LA IMPOSTORA
JANE FEATHER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

Francia, junio de 1806

La luna casi llena pendía baja en el cielo sobre el bosque de St. Cloud. Un zorro se movía sigiloso entre los helechos, un conejo permanecía sentado sobre las patas traseras, los ojos fijos, la nariz vibrando al captar el olor del predador. De pronto desapareció, un relámpago de rabo blanco que se desvaneció en las malezas. El hueco ulular de un búho se prolongaba sobre un claro donde un ciervo bebía en una corriente de agua que corría entre unas piedras chatas.

El pabellón rústico del pequeño claro estaba a oscuras, o así le parecía a la figura pegada al tronco de un haya cobriza. Vestida de negro, se fundía con el ambiente circundante, una sombra más oscura entre las sombras del bosque. Sus ojos penetraban la oscuridad en dirección al edificio de una sola planta que se alzaba en el centro del claro. Grandes puertas de cristal se abrían a un porche con columnas que rodeaba el pabellón cuando la brisa nocturna atrapaba las cortinas de muselina, una pizca de blanco aleteaba por la puerta abierta situada frente al observador.

El hombre llevaba mocasines de suela blanda, no hizo ruido alguno mientras se deslizaba desde el lugar donde se ocultaba y se aproximaba al portal. Pantalones negros, camisa negra, el pelo escondido bajo una gorra negra, el cutis claro oscurecido con corcho quemado; el único toque de color era el destello del largo cuchillo de doble filo que sostenía a un costado. Era un asesino que conocía bien su trabajo.

En una habitación forrada de libros, en el extremo opuesto del pabellón circular, una vela ardía baja en su candelero, su luz tan insignificante que resultaba invisible para cualquiera que se hallara afuera.

Charles Maurice de Talleyrand Perigord dormitaba junto al hogar vacío con un libro abierto boca abajo sobre su regazo. Un suave ronquido salía de los labios ligeramente abiertos de una delgada boca aristocrática. La cabeza dio un respingo sobre el pecho, como si algún sonido hubiera penetrado su sueño, luego la respiración volvió a profundizarse.

El asesino avanzó sobre sus suelas de cuero hasta la ventana abierta del otro lado del pabellón. Su trabajo nocturno no era asunto de Monsieur de Talleyrand, ministro de Asuntos Exteriores del emperador Napoleón... o así lo creía él.

El lecho que había en la habitación era suntuoso, alto, rodeado de finas cortinas blancas que se elevaban y caían con la brisa como si la cama fuera un barco en alta mar. Entre arrugadas sábanas blancas y colchas de damasco dormían entrelazadas dos figuras desnudas, los cuerpos pesados por la profunda relajación de la satisfacción. La mujer dormía estirada, de espaldas, con un brazo sobre el cuello de su compañero, cuya cabeza morena se acurrucaba en sus pechos; una de las piernas de él descansaba sobre los muslos de ella, hundiéndola con su peso en el mullido colchón de plumas. La espalda del hombre se curvaba hacia la puertaventana, el cuello descubierto y vulnerable, las costillas claramente delineadas bajo la piel tensa.

El cuchillo se deslizó entre la tercera y la cuarta costillas. Guillaume de Granville se agitó cuando un dolor agudo invadió su sueño, sus sueños de amor. Emitió un sonido breve, un sonido de protesta, de confusión, pero pronto se extinguió en un suave suspiro y su cuerpo perdió la tensión de la carne viva, para desplomarse sobre el cuerpo de su amante con una pesadez fláccida que no guardaba relación alguna con el relajamiento de un momento antes.

Gabrielle no debería haberse despertado, tan silencioso había sido el asesinato, pero, tras las largas horas de amor, su cuerpo aún continuaba sintonizado con el de Guillaume, y cuando la vida iba dejándolo ella despertó y se sentó en la cama en el mismo instante. El cuerpo de su amante se deslizó de costado, y los ojos de ella, llenos de sueño, se quedaron mirando incrédulos la roja mancha en la carne lisa y clara de la espalda de Guillaume.

Era una mácula pequeña; sin embargo, ni por un minuto, aun en el trance aturdido del reciente despertar, la consideró insignificante. La mancha morral comenzó a extenderse en un fluir lento, inexorable.

Habían pasado apenas unos segundos desde la entrada del asesino y, al levantar su mirada anonadada, Gabrielle se encontró con la mirada fría y vacía de unos ojos claros en un semblante ennegrecido. Ojos sin vida, sin emoción. Ella abrió la boca en un grito y el hombre se abalanzó, el cuchillo buscando su garganta. Gabrielle se arrojó a un costado, apartando el cuerpo muerto de Guillaume de Granville con la fuerza sobrehumana del terror. Su grito desgarró el aposento, hizo añicos el silencio del elegante pabellón.

Durante un segundo de insólita vacilación el asesino permaneció inmóvil, alzada la mano que sostenía el cuchillo. El alarido de Gabrielle continuó como si jamás fuera a quedarse sin aliento. De pronto su grito fue superado por el tañido de una campana y el ladrido violento de unos perros. El asesino giró sobre sus pies hacia la puertaventana y saltó por la abertura con la agilidad de un ser del bosque.

Talleyrand había despertado de su adormecimiento al oír el primer alarido penetrante, y su mano fue de inmediato a la cuerda de la campana que pendía junto a su sillón. Ante el fuerte llamado, hombres entrenados para reaccionar con la velocidad del pensamiento atravesaron a la carrera el pabellón hacia el lugar de donde provenían los gritos. Afuera, en los caniles, el cuidador, obedeciendo órdenes, soltó a los perros.

Se abrió de golpe la puerta que daba a la alcoba. Los hombres apenas echaron un vistazo a la cama, donde la mujer acunaba el cuerpo de su amante, con los ojos enloquecidos, la boca aún abierta en un grito continuo. Corrieron hacia la puerta abierta y el portal pistolas en mano.

El grito de Gabrielle murió cuando al fin le falló el aliento. Se quedó mirando fijo el cuerpo de Guillaume, donde ahora la sangre bombeaba apenas entre las costillas. La mano de Gabrielle le acariciaba el pelo, sintiendo la curiosa falta de vida casi como si mera una sensación puramente intelectual.

Talleyrand entró en la habitación. Con su vacilante cojera cruzó hasta la cama. Tomó la colcha y envolvió los hombros de la mujer para cubrir su desnudez; luego examinó el cuerpo de Guillaume de Granville, palpando el pulso en la garganta.

- ¿Quién? -Gabrielle pronunció esa única palabra en un susurro. La locura había desaparecido de sus ojos y su cuerpo estaba tenso, con una energía feroz, que Talleyrand, que la conocía desde que era pequeña, reconoció y comprendió.

- ¿Vengarás su muerte, Gabrielle? -preguntó Talleyrand en voz baja.

-Sabes que sí-la respuesta fue tan directa como él esperaba.

El noble fue hasta la puertaventana. El ladrido de los perros se tornaba más débil a medida que se internaban tras su presa en lo más profundo del bosque. Sin embargo, habían salido tras él en pocos minutos y terminarían por atraparlo, a menos que, como un espíritu, el asesino no tuviera olor alguno y no dejara huellas.

Monsieur de Talleyrand no creía en espíritus. El se manejaba con el mundo de lo concreto, donde la astucia y la intriga constituían las únicas defensas eficaces y el único medio seguro de progreso e influencia, tanto en lo personal como en lo político. Y el ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón era sin duda el principal exponente de esas artes en Europa.

El se volvió hacia la cama; en su mirada fría había una chispa de compasión al posarse en el rostro pálido de la joven. Pero la compasión no era una emoción útil, Gabrielle se hallaba en aquello desde hacía tiempo suficiente para saberlo. Quería tomar la venganza en sus manos. Una venganza que, en forma en absoluto coincidente, beneficiaría tanto a Francia como a Monsieur de Talleyrand Perigord.

El comenzó a hablar; su voz bien modulada sonaba baja pero clara en la ahora silenciosa alcoba de muerte.

1

Inglaterra, enero de 1807

- ¿Quién es la pelirroja, Miles? -Nathaniel Praed acomodó las gafas para realizar una mejor inspección.

Miles Bennet siguió la mirada de su amigo, aunque la descripción respondía a una sola mujer de las presentes en el salón de lady Georgiana Vanbrugh.

-La condesa de Beaucaire -respondió-. Una prima lejana de Georgie, por parte de madre. Se conocen casi desde la cuna.

Nathaniel se quitó las gafas y comentó secamente: -Es probable que haya también un conde de Beaucaire.

-Ya no -dijo Miles, algo sorprendido por la demostración de interés. En general, Nathaniel era indiferente a los encantos de las mujeres de sociedad-. Murió trágicamente poco después de que se casaron, creo. Según sé, se lo llevó una fiebre, de repente, en pocos días -se encogió de hombros-. Oficialmente, Gabrielle ya terminó el luto, pero todavía viste casi siempre de negro.

-Sabe que le sienta bien -observó lord Praed, al tiempo que volvía a acomodarse las gafas,

Miles no encontró errada la observación. Gabrielle se hallaba de pie en una habitación llena de mujeres ataviadas con diáfanos tonos pastel. Su vestido de terciopelo negro, de corte austero, destacaba su altura fuera de lo común y ponía de llamativo relieve la masa de pelo rojo oscuro que caía en una rebelde nube de bucles a ambos lados del rostro pálido.

-Magníficas esmeraldas -murmuró Nathaniel al evaluar con ojo experto las joyas del cuello, las orejas, las muñecas y el pelo.

-Imagino que formarán parte de la riqueza de los Hawksworth -comentó Miles-. Su madre era Imagen Hawksworth... casada con el duque de Gervais... ambos, victimas de *madame* Guillotine en la época del Terror. Gabrielle fue la única hija. Después de la Revolución no quedó mucho para heredar, pero de algún modo las joyas de la madre se salvaron -miró a su amigo con curiosidad-. ¿Por qué tanto interés?

-Tienes que admitir que es una mujer llamativa. Sería una niña durante el Terror. ¿Cómo sobrevivió?

Miles sacó del bolsillo una caja de rapé de Sévres y *tomó* una pizca.

-Sus padres fueron asesinados en plena época del Terror, a finales de los noventa, creo. Unos amigos de la familia se las ingeniaron para sacar a Gabrielle de Francia. Tendría unos ocho años. Fue entonces cuando ella y Georgie se volvieron inseparables; son casi de la misma edad, y Gabrielle se convirtió en parte de la familia hasta que pudo regresar a Francia sin correr peligro. Tiene contactos poderosos: madame de Stael y Talleyrand, para nombrar sólo dos. Hace seis o siete años que vive en Francia, de vez en cuando visita a Georgie y Simón.

-Mmm. Eso explica por qué no sé nada acerca de ella... y por qué tú, amigo, como siempre, lo sabes todo

Nathaniel rió. Miles era famoso por su agudeza de oído para todo tipo de novedades, así como por la confiabilidad de su información.

-Georgie es mi prima política -aclaró Miles, como para defender la fuente de información.

-Entonces estás perfectamente situado para hacer una presentación -arqueó una ceja plateada.

-Pero por supuesto -accedió Miles de inmediato-. No podéis pasar toda la fiesta sin conoceros. Y a mí mismo me interesa saber si os caeréis bien.

-Dime, ¿qué significa eso?

Miles esbozó una sonrisa tonta. -Ya verás. Ven.

Nathaniel siguió a su amigo por el salón hacia donde se encontraba Gabrielle de Beaucaire en un pequeño grupo junto a la ventana.

Mirando por encima del borde de la copa de champán, Gabrielle lo observó aproximarse. Sabía perfectamente de quién se trataba: Nathaniel Praed era el motivo de que ella se encontrara allí, así como ella lo era para Nathaniel... aunque, si Simón había mantenido su palabra, él aún no lo sabía. Le complacía tener ventaja en ese aspecto; eso le daba la oportunidad de evaluar al hombre sin que la estorbara el papel que sin duda adoptaría él una vez que supiera con exactitud quién y qué era ella.

-Gabrielle, te presento a lord Praed -Miles hizo una reverencia, sonrió y señaló con un gesto a su acompañante.

-Señor -Gabrielle le tendió una mano enfundada en un guante de seda, tan helada como su sonrisa-. Encantada.

-*Enchanté,* condesa -se inclinó-. Entiendo que acaba de llegar de Francia.

-Mi parentesco me convierte en persona grata a ambos lados del canal -repuso ella-. Una posición envidiable, como sin duda convendrá.

Tenía los ojos negros como el carbón, enmarcados por tupidas pestañas negras y cejas del mismo color. Contrastaban de manera sorprendente con la cabellera pelirroja y la tez muy blanca.

-Al contrario -respondió Nathaniel, fastidiado por un indefinido dejo de burla en la mirada de ella-. Yo consideraría incómodo tener un pie en ambos lados en tiempos de guerra.

- ¿No estará poniendo en duda mi lealtad, lord Praed? -las cejas negras se enarcaron-. La única familia que tengo está en Inglaterra... en esta habitación, de hecho. Mis padres y toda la familia por parte de mi padre perecieron durante el Terror -una sonrisa helada se dibujó apenas en la boca ancha y generosa, Gabrielle inclinó la cabeza hacia un costado mientras esperaba ver cómo reaccionaba él al ser puesto en una situación tan incómoda.

Nathaniel no perdió un instante, y ni una pizca de su fastidio se reflejó en el rostro intrigado y ascético.

-Jamás me atrevería a ser tan impertinente, madame, en particular a tan poco tiempo de conocernos. Le ofrezco mis condolencias por la muerte de su esposo. Estoy seguro de que fue un defensor leal de los Borbones aun cuando la conveniencia requiriera sumisión simbólica al emperador.

Bueno, aquello le había bajado los humos. Satisfecho, observó la expresión de sorpresa ante esa dura devolución del golpe.

-El era francés, señor. Un hombre que amaba su país -respondió Gabrielle con calma mientras le sostenía un momento la mirada. Nathaniel era de estatura media, y los ojos de la alta Gabrielle, negros como el carbón, quedaban casi a la altura de los de él; a pesar de la proximidad, Nathaniel no consiguió descifrar el mensaje que encerraban. Tenía la firme convicción de que de algún modo Gabrielle de Beaucaire estaba jugando con él, de que sabía algo que él desconocía. Para lord Praed, ésa era una sensación desconocida y no le interesaba en absoluto.

-Ah, me alegra tanto que os hayan presentado -lady Georgiana Vanbrugh se acercó a ellos. Era una mujer hermosa; su figura deliciosamente redondeada estaba realzada con un

vestido de delicada gasa color lila. Enlazó un brazo al de Gabrielle y sonrió con el afecto y el placer sinceros que sentía siempre que creía que sus amigos lo estaban pasando bien.

-Es una pena que Simón se haya marchado a la ciudad tan pronto, lord Praed. Me encargó expresamente que le dijera cuánto lamenta no estar aquí para saludarlo. Pero cuando el deber llama... -sonrió y alzó los hombros blancos y redondeados de manera que la agraciada prominencia de los pechos abultó el escote-. Me aseguró que hará todo lo posible para estar aquí mañana para la cena.

Habría resultado difícil encontrar dos mujeres más distintas, reflexionó Nathaniel mientras las miraba, tomadas del brazo, el severo terciopelo negro contra la fina gasa lila. La pelirroja, de tez blanca, pómulos altos, mentón con hoyuelo y nariz respingada, sólo se podía calificar de llamativa, si acaso un hombre encontraba atractivos los rasgos asimétricos bien definidos, una sonrisa torcida y una figura alta y esbelta. De lo contrario, quizá se inclinara a descartarla por carente de encantos. Georgiana, en cambio, era hermosa de una manera convencional, con suaves curvas femeninas, tez color crema y melocotón, rasgos menudos y simétricos, y reluciente pelo dorado.

-Los miembros del gobierno no son sus propios amos, en especial en tiempos de guerra -comentó Nathaniel.

-Habla como alguien que sabe, lord Praed -repuso Gabrielle-. ¿También esta involucrado en el trabajo del gobierno?

¿Por qué daba la impresión de que ella quería dar a entender algo entre líneas? Nathaniel le echó una mirada penetrante y se encontró con los ojos serenos y fríos y esa sonrisita torcida.

-No -contestó con brusquedad-, no lo estoy.

Ella amplió la sonrisa como si de nuevo estuviera saboreando algún saber secreto, y luego se volvió hacia Miles, que observaba el intercambio de palabras con aire muy entretenido, aunque hasta el momento silencioso.

- ¿Irás a cazar mañana, Miles?

-Si tú vienes -respondió él con una reverencia-. Aunque dudo de que pueda seguirte el ritmo -hizo un gesto a Nathaniel-. Gabrielle es una imbatible cazadora con jauría, Nathaniel. Harías bien en no competir con ella.

-Oh, estoy segura de que lord Praed podría saltar cualquier valla que se le presentara -repuso Gabrielle, aún sonriendo.

-Hasta ahora nunca he fallado en una valla, condesa -Nathaniel hizo una rápida reverencia y se retiró, molesto porque le había permitido provocarlo, aunque intrigado a pesar suyo... casi como un conejo fascinado por la cobra, pensó irritado mientras se servía otra copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba.

Había una clara aura de problemas que rodeaba a Gabrielle de Beaucaire.

-Parece que lord Praed no te cae bien, Gabby-comentó Georgiana, en tono a medias de reproche, a medias ansioso-. ¿Te molestó?

«Oh, él no hizo más que matar al hombre cuya vida era más preciada para mí que la mía misma.»

-Por supuesto que no -respondió Gabrielle-. ¿Estuve descortés? Ya sabes como se pone mi lengua cuando se suelta.

-Creí que ibas a encontrar un compañero de pelea en Nathaniel -comentó Miles-. Y sospecho que te resultará un digno rival -sonrió con ironía-. Sin embargo, creo que tú ganaste este asalto, de modo que será mejor que vaya a tranquilizarlo -se retiró riendo entre dientes, con el placer maligno del que disfruta provocando a alguien demasiado satisfecho de sí mismo.

-Miles es un malvado -declaró Georgie-. Nathaniel Praed es su amigo más íntimo; no sé por qué disfruta tanto haciendo estas perversidades.

-Oh, querida-dijo Gabrielle-, ¿debería disculparme con lord Praed? -su expresión cambió por completo. Había calidez en los ojos cuando sonrió a su prima, y una energía en la expresión antes insulsa-. No fue mi intención deshonrarte al ofender a tu invitado, Georgie.

- ¡Tonterías! -Exclamó Georgiana-. En realidad a mí tampoco me cae bien, pero es muy amigo de Simón. Al parecer, tienen una suerte de sociedad -se encogió de hombros-. Sospecho que él tiene algo que ver con el gobierno, a pesar de que lo niegue. Pero es un tipo tan frío... Me aterra, si quieres que te diga la verdad. Cuando estoy cerca de él, me siento cohibida para hablar.

-Bueno, a mí no me intimida -declaró Gabrielle-. Aunque sus ojos son como piedras en el fondo de un estanque.

En ese momento, el mayordomo anunció la cena. Gabrielle entró del brazo de Miles Bennet; Nathaniel Praed se sentó del lado opuesto a ella y le fue posible observarlo en secreto mientras él respondía a la conversación social de los comensales sentados a su lado.

Definitivamente tenía los ojos de piedra, pensó ella. Castaño verdosos, fuertes y fijos en el rostro delgado, de boca cincelada y nariz aguileña. A ella le recordaba a un cazador demasiado refinado. Había el mismo tipo de energía nerviosa en la contextura atlética y esbelta, flexible y fibrosa más que muscular. El pelo era el rasgo más llamativo: crespo y oscuro, salvo los mechones plateados de las sienes, que combinaban con las cejas canosas.

De repente se percató de que él la miraba, y comprendió que su propia observación ya no era encubierta; de hecho, para expresarlo sin rodeos, lo bahía estado observando con desvergonzado interés.

Agradecida, no por primera vez en su vida, de sonrojarse muy de vez en cuando, Gabrielle concentró su atención en el hombre que se hallaba a su izquierda, con una indagación animada acerca de sí conocía el poema de Sir Walter Scott «The Lay orthe Last Minstrel».

En ausencia de su anfitrión, los hombres no se demoraron mucho en la sobremesa bebiendo su oporto y pronto se reunieron con las damas en el salón. Aunque irritado consigo mismo, Nathaniel buscó a la pelirroja, pero la condesa de Beaucaire brillaba por su ausencia.

Deambuló con aparente indiferencia por los salones más pequeños, donde se habían dispuesto diversos juegos, pero no había señal de la pelirroja entre los exuberantes jugadores de boletos de lotería ni entre los más intensos jugadores de canas de las mesas de whist.

Examinó los rostros de los hombres sentados a las mesas de juego. En algún momento de la semana alguno de ellos se revelaría como el candidato de Simón... una vez que éste decidiera dejar de jugar tontos juegos secretos. Lo había arrastrado allí con la promesa de un candidato perfecto para el servicio, pero había rehusado divulgar su identidad y había optado, en cambio, por jugar un juego tonto con una forma ridícula de presentación.

Era típico de Simón, por supuesto. Para ser un hombre grande, se divertía como un niño con juegos y sorpresas. Nathaniel tomó su té y se sentó en un rincón del salón a atender ceñudo las diversas ejecuciones musicales que se sucedían en arpa y pianoforte.

-El desempeño de la señorita Bayberry parece no encontrar aprobación -observó Miles al tiempo que se acercaba donde se encontraba su amigo-. Su voz es un poco débil, claro.

-No me había dado cuenta -respondió Nathaniel apenas-. Además, como bien sabes, no soy juez.

-No, jamás has tenido tiempo para las finezas de la vida -reafirmó Miles con una sonrisa tranquila-. ¿Cómo está el joven Jake?

Ante la referencia a su pequeño hijo, Nathaniel frunció el entrecejo.

-Bastante bien, según su institutriz.

- ¿Y según Jake...? -lo azuzó Miles.

-Por Dios, Miles, el niño tiene seis años; no voy a preguntarle. Es demasiado chico para opinar acerca de cualquier cosa -se encogió de hombros y agregó con cierto desdén-: Según todos los informes, parece ser bastante obediente, de modo que se deduce que está bastante contento.

-Sí, supongo que sí -Miles no sonaba muy convencido, aunque sabía cuáles eran los puntos débiles de su amigo que era mejor no exacerbar. Si el niño no hubiera sido tan misteriosamente parecido a la madre, quizá las cosas habrían sido distintas. Cambió de tema-. ¿Entonces, qué incentivos te traen a Vanbrugh Court? Las fiestas privadas no son tu estilo habitual de entretenimiento.

Nathaniel se encogió de hombros con aparente indiferencia. Ni siquiera Miles sabía cómo servía Nathaniel Praed a su país.

-Con franqueza, ahora que estoy aquí, no lo sé. Simón se puso muy insistente y simplemente me ganó por cansancio. Acceder a su pedido me pareció la única manera de tener un poco de paz. Al parecer, pensó que me divertiría. Ya sabes cómo es él -Nathaniel movió la cabeza con una mezcla de exasperación y resignación- Jamás ha aceptado una respuesta negativa, ni siquiera en Harrow -echó un vistazo a la habitación-. Sería de esperar que dadas las circunstancias se las ingeniara para venir en persona.

-Un hecho, ocupa una posición bastante alta en el ministerio de Portiand -señaló Miles con moderación-. De cualquier modo, mañana estará aquí.

-Y mientras tanto tenemos que soportar este aburrimiento con buen humor.

Miles rió entre dientes.

-Eres un desgraciado de mal carácter, Nathaniel. El más absoluto misántropo -contempló el salón-. Me pregunto dónde habrá desaparecido Gabrielle.

-Mnnn -respondió lord Praed, y aspiró una pizca de rapé.

Miles le echó una mirada penetrante. Por alguna razón, el refunfuño indiferente de su amigo no sonaba sincero. Nathaniel no siempre había sido un misántropo. La muerte de Helen lo había vuelto introspectivo, de carácter frío, alguien que parecía disfrutar rechazando cualquier acercamiento amistoso. La mayoría de sus amigos lo habían abandonado; sólo conservaba a Miles y Simón, en parte porque lo conocían desde que era un muchacho y sabían la clase de amigo sólido y generoso que era cuando un hombre

necesitaba un amigo, y en parte porque ambos sabían que, a pesar de su actitud, Nathaniel necesitaba y contaba en su lealtad y amistad, sin la cual se recluiría del mundo por completo y sería irrecuperable para siempre.

Un hombre no podía prolongar su luto toda la vida; algún día el Nathaniel de otros tiempos volvería a habitar en él. Quizás ese oculto interés en Gabrielle de Beaucaire fuera una señal de esperanza.

-Espero que la condesa haya decidido retirarse a dormir temprano -comentó-. Para estar descansada para la cacería de mañana.

-No sé por qué, pero lo dudo. No me da la impresión de que ella sea una mujer que necesite dormir mucho en ninguna circunstancia -el tono de voz de Nathaniel era de desaprobación, aunque en él la desaprobación era un hábito, reflexionó Miles.

Poco después Nathaniel subió a su habitación, dejando atrás el bullicio de la fiesta. Tenía trabajo que hacer, y leer informes le resultaba un modo infinitamente más provechoso de pasar el final de la velada.

Alrededor de medianoche la casa quedó en silencio.

Las fiestas privadas terminaban temprano, en especial si a la mañana siguiente había una cacería. Nathaniel bostezó y dejó a un lado el informe de un agente de la corte del zar Alejandro. El zar había designado a un nuevo comandante en jefe de su ejército; quedaba por ver si Bennigsen se desempeñaría mejor que el débil Kamensky al enfrentarse con las tropas de Napoleón en Prusia oriental. En apariencia, el zar estaba cumpliendo la promesa de apoyar a Prusia contra Napoleón, pero el agente de Nathaniel le informaba de la enérgica oposición de la madre del zar en cuanto a una política que podía sacrificar a Rusia por Prusia. Estaba por verse hacia qué lado saltaría el zar al final. Resultaba difícil ser más listo que un hombre que, según el último informe, era descrito por su socio más cercano como «una combinación de debilidad, inseguridad, terror, injusticia e incoherencia que lo conduce a uno al dolor y la desesperación».

Nathaniel bajó de la cama y fue a abrir la ventana.

Cualquiera fuera la temperatura, no podía dormir con la ventana cerrada. Varias escapadas por un pelo lo habían llevado a detestar los lugares encerrados.

Era una noche luminosa y clara, de aire vigorizante y estrellas nítidas en el ilimitado cielo negro. Abrió la ventana de par en par, apoyó los codos en el alféizar y contempló el césped liso donde el rocío brillaba bajo la luz de las estrellas. Sería una hermosa mañana para la cacería.

Volvió a la cama y sopló la vela.

Casi de inmediato oyó un roce en la enredadera.

Deslizó una mano debajo de la almohada hacia su compañía constante, la pequeña pistola plateada. Permaneció muy quieto, cada músculo tenso en la espera, los oídos aguzados en la oscuridad. El leve crujido susurrante continuaba, acercándose a la ventana abierta. Alguien estaba subiendo por la tupida y añosa enredadera que trepaba por los muros de viejos ladrillos de la mansión de los tiempos de Jacobo I.

La mano apretó la pistola con más firmeza, y Nathaniel se incorporó para apoyarse sobre un codo, los ojos fijos en el cuadrado de la ventana, esperando.

Unas manos hábiles se aferraron del antepecho, seguidas de una cabeza oscura. El visitante nocturno deslizó una pierna por encima del alféizar, se izó y quedó a horcajadas en el marco.

-Como hace apenas un momento que apagó la vela, estoy segura de que aún está despierto -dijo Gabrielle de Beaucaire en el cuarto oscuro y quieto-. Y también estoy segura de que tiene una pistola, así que por favor no dispare. Sólo soy yo.

A Nathaniel rara vez lo tomaban por sorpresa, y cuando lo hacían, era un experto en disimularlo. En esta ocasión, sin embargo, el entrenamiento lo abandonó.

- ¡Sólo! -exclamó-. ¿Qué diablos está haciendo?

-Adivine -desafió divertida su visitante desde el lugar donde estaba.

-Tendrá que disculparme, pero no encuentro divertido el juego de las adivinanzas -declaró él con tono cortante. Se sentó, aún con la pistola en la mano, y observó la oscura figura delineada bajo la luz de la luna. Aquella aura de problemas que rodeaba a Gabrielle de Beaucaire no había sido producto de su imaginación-.Quizá debiera sentirme halagado -continuó con tono de hielo- ¿Debo suponer que detrás de esta visita de honor se oculta un deseo incontrolable, madame? -entornó los ojos.

De manera desconcertante, ella parecía impermeable a la ironía. Lanzó una carcajada. Un sonido cálido y alegre que Nathaniel encontró tan inapropiado en aquellas circunstancias como inquietantemente atractivo.

-En este momento no, lord Praed, pero nadie sabe qué podría deparar el futuro -la afirmación misteriosa y osada lo dejó por un momento sin palabras.

Gabrielle sacó algo del bolsillo de sus pantalones y lo tendió en la palma de la mano abierta.

-He venido a presentarle mis credenciales. Se bajó de la ventana y se acercó a la cama, una figura sinuosa vestida con pantalones negros y una camisa blanca que parecía brillar tenuemente.

Nathaniel se inclinó hacia un costado y volvió a encender la vela situada al lado de la cama. El pelo rojo oscuro brilló con la luz cuando ella extendió la mano, con la palma hacia arriba, y él vio lo que sostenía.

Era un pedazo de terciopelo negro, de bordes irregulares.

-Bueno, bueno -al fin se resolvían los acertijos de la noche. Lord Praed abrió un cajón de la mesa de noche y tomó un papel tisú. Lo desenvolvió y dejó ver un pedazo de material idéntico-. Debería haberlo supuesto -dijo, pensativo-. Sólo a una mujer podría habérsele ocurrido una idea tan ingeniosa -tomó el terciopelo de la mano extendida y arrimó el borde irregular junto al del otro trozo, formando un cuadrado completo-. Así que la sorpresa de Simón era usted. No es de sorprender que se haya mostrado tan reservado.

Nathaniel se apoyó en las almohadas y mostró una expresión de aburrimiento en los rasgos enjutos.

-Esto es una tediosa pérdida de tiempo, madame. Yo no empleo a mujeres en mi profesión, y Simón lo sabe.

-Qué definitivas suenan sus palabras -replicó Gabrielle, en apariencia imperturbable-. Las mujeres resultan buenas espías. Yo diría que tienen valores y técnicas distintas de las de los hombres.

-Bueno, son bastante astutas, lo admito -aceptó Nathaniel, con tanta indiferencia como antes-. Pero son más vulnerables... se hieren con más facilidad.

Gabrielle se encogió de hombros.

-Sí una mujer decide arriesgarse y aceptar las consecuencias, difícilmente sea su responsabilidad, lord Praed.

-Al contrario. Cada agente es parte de una cadena entrelazada: dependen unos de otros. De acuerdo con mi experiencia, las mujeres no son buenas integrantes de equipo. Y no soportan bien la presión -los labios se le afinaron-. Usted me entiende, sin duda.

Gabrielle negó con la cabeza.

-Es más probable que las mujeres hablen bajo tortura-dijo.

-No es más probable -replicó él con indiferencia-. Sólo hablan más rápido. Al final todos hablan. Pero la vida de toda una célula puede depender de una hora más que un hombre sea capaz de resistir.

-Creo que yo tengo tanto valor como la mayoría de los hombres -declaró Gabrielle. «Y con certeza tanta experiencia en el tema como usted, sir Maestro de Espías ", agregó, pero fue una reflexión privada-. Puedo moverme con libertad entre Francia e Inglaterra -continuó-. Hablo ambos idiomas sin acento -se sentó en el borde de la cama con un aire de serena seguridad que Nathaniel encontró absolutamente irritante. Parecía una acción calculada para aumentar la desventaja de la posición de él, acostado bajo las mantas con su camisa de dormir, como un inválido.

-Tendrá que disculparme -dijo Nathaniel con tono sardónico-, pero no confío en las mujeres -comenzó a contar con los dedos-. Como ya le dije, no son buenas integrantes de equipo, carecen de atención, no pueden concentrarse en una tarea y por lo general no logran captar la esencia de la información. Yo no empleo a mujeres.

Resultaba evidente que era un hombre de prejuicios ciegos y estúpidos. Qué sorprendente que fuera tan exitoso y gozara de tan alta consideración.

-También conozco muy bien a Talleyrand -Gabrielle continuó enumerando sus antecedentes como si no lo hubiera oído-. Era amigo íntimo de mi padre, y las puertas de su casa están siempre abiertas para mí. Me muevo en círculos políticos en París y tengo acceso a la corte. Hasta conozco bien a Fouché. Yo podría serle muy útil, lord Praed. No creo que un experto espía pueda permitirse ceder a sus prejuicios contra las mujeres en general cuando se encuentra con tantas ventajas en una potencial agente.

Nathaniel hizo lo imposible por dominarse.

-Yo no tengo prejuicios contra las mujeres en general -aclaró con frió énfasis-. De hecho...

-Ah, bueno -lo interrumpió ella, divertida-. Me alegra que lo haya aclarado. Trabajar juntos puede resultar complicado si realmente le desagradan las mujeres. Al parecer Simón pensó que yo podría prestarles un buen servicio descubriendo la identidad de los agentes franceses en Londres.

-Simón no es el responsable de la selección de agentes, madame - ¿por qué tenía esa sensación casi desesperante de que se enfrentaba a un objeto inamovible?

-No -convino ella-. Es usted. Pero estoy segura de que pide consejos. Y Simón es un ministro de muy alto rango del gobierno de kird Portiand -se estudió las uñas con aire de gran interés.

Tenía las manos largas y finas, según notó él, con las uñas cortas, los dedos blancos y delgados. Nathaniel se incorporó con brusquedad. Gabrielle acababa de hacer la ofensiva sugerencia de que él estaba obligado a someterse a las instrucciones de Simón Vanbrugh. Sólo el primer ministro tenía el poder de veto sobre los temas del servicio secreto... y aun eso estaba abierto a discusión.

-Está muy equivocada, madame, si piensa que alguien puede influir en mí contra mi mejor juicio. Mi palabra es la última, condesa, y la única que cuenta. Yo no empleo a agentes mujeres.

-Toda regla tiene su excepción, lord -destacó ella con una sonrisa tranquila-. Mis antecedentes son impresionantes, ¿no le parece?

Por supuesto que lo eran; Simón no había exagerado al describir la utilidad potencial de su candidata al servicio. Su sexo, por supuesto, explicaba el plan tan elaborado. Simón sabía, que si hubiera dicho la verdad, Nathaniel se habría negado rotundamente incluso a recibirla. Pero, al parecer, Simón había comprobado el valor de Gabrielle de Beaucaire y no había conseguido convencerla de aceptar una respuesta negativa.

Ahora Nathaniel hablaba con calculada hostilidad, sazonando las palabras con agravios.

-Ah, sí, muy impresionante, madame. Tan impresionante en el servicio de Francia como en el de Inglaterra. Entiendo que ha pasado en Francia la mayor parte de los últimos años, ¿y ahora se supone que yo crea que está ansiosa por traicionar a Francia a favor del país enemigo? Me temo que está poniendo demasiado a prueba mi credulidad.

Observó la expresión de Gabrielle en busca de la menor señal de vacilación: un movimiento de los ojos, un toque de color en las mejillas, un temblor en los labios.

Sin embargo, la mirada franca del color del carbón no titubeó y la tez pálida permaneció traslúcida.

-No es una pregunta irrazonable -respondió ella en calma-. Permítame explicarle. Siempre me he sentido más cercana a la familia de mi madre -la voz ya no era ligera, sino baja y sombría-. Durante el Terror, pasé la mayor parte de mi niñez aquí, con la familia de Georgia. Mi padre apoyaba la reforma antes de la Revolución, pero siempre fue monárquico y habría apoyado a los Borbones si hubieran sobrevivido al Terror. La mejor manera de servir a la memoria de mis padres y a mis propias creencias es ayudar a destituir a Napoleón y a devolver a los Borbones el trono de Francia.

Ladeó la cabeza, y una sonrisa dio vida al rostro sombrío.

-Entonces, lord Praed, estoy a disposición del servicio secreto inglés.

- ¿Su esposo...?

Unas sombras oscurecieron sus ojos, que se tornaron negros.

-El amaba Francia, señor. Hubiese estado de acuerdo con cualquier cosa que beneficiara a su amado país... y Napoleón no es bueno para Francia.

-No -Nathaniel opinaba lo mismo, y por un instante olvidó el motivo de la discusión-. A la larga, sin duda es cierto. A pesar de que los triunfos militares parecen indicar lo contrario -añadió con ironía.

La explicación de Gabrielle era convincente. Los informes que recibía Nathaniel indicaban que en aquellos tiempos muchos franceses preocupados y pensantes comenzaban a comprender que la creciente megalomanía de Napoleón perjudicaba a su país. El

emperador quería controlar toda Europa, pero llegaría un momento en que los países que había subyugado y humillado se aliarían y se levantarían contra el dictador porque ya no tenían nada que perder. Y cuando eso sucediera, las mujeres y los hombres franceses comunes serían los que pagarían el precio de la ambición desmedida de un único hombre. Trabajar para derrocar a Napoleón no era necesariamente el accionar de un traidor a Francia. Y Gabrielle de Beaucaire se bailaba espléndidamente situada para acceder al tipo de información que otro agente demoraría meses en descubrir.

Pero Nathaniel no empleaba a mujeres.

La observó en silencio reflexivo. Pensó que ella carecía de algo esencial de la feminidad, cierta debilidad o vulnerabilidad que él asociaba con el sexo femenino. Era dúctil, fuerte, firme. Pero con sentido del humor. Y algo más, algo que hacía tiempo él había aprendido a reconocer en un buen espía: creía que ella poseía esa cualidad indefinible y esencial de doblarse, como el sauce, con el viento. Un espía debía ser flexible, adaptarse, cambiar con rapidez de una postura a otra.

Y cada regla tenía su excepción, pero aquélla no.

-No niego sus antecedentes, pero yo no empleo a mujeres. No hay nada más que decir. Ahora quizá pueda hacerme el favor de retirarse. No quisiera ser poco hospitalario -intentó otra sonrisa irónica al tiempo que levantaba una ceja. Pero, si esperaba desconcertarla, surtió una nueva decepción.

-Muy bien -Gabrielle se levantó de la cama-. Entonces le deseo buenas noches, lord Praed -se dirigió hacia la puerta-. ¿Le importa si salgo por aquí?

-No -respondió él, conteniendo su enfado- Al contrario. Tal vez quiera explicarme por qué eligió llegar de una forma tan poco ortodoxa. ¿Qué diablos había de malo en la puerta? En la casa todos están durmiendo.

-Parecía más interesante... más divertido -contestó ella, y se encogió de hombros.

-Y más peligroso -agregó Nathaniel con voz dura-. Esto no es un juego. No estamos en esto para divertimos. En el servicio secreto no nos arriesgamos sin necesidad. Puede que tenga buenos antecedentes, madame, pero es obvio que no posee la prudencia ni la inteligencia imprescindibles.

Gabrielle permaneció inmóvil, con la mano en el tirador, mordiéndose el labio inferior mientras luchaba por controlar la violenta furia que crecía ante tan punzante menosprecio. El no sabía cuánto se equivocaba. Ella jamás corría riesgos innecesarios, y aquél había sido por entero justificado desde el punto de vista de su plan.

Pero por supuesto que Nathaniel Praed no se enteraría de eso.

Con un esfuerzo supremo, procuró un tono de digna defensa.

-No soy tonta, lord Praed. Sé distinguir la diferencia entre los juegos y la realidad. Esta noche no había nada en juego, de modo que no vi por qué no podía permitirme un ejercicio algo fuera de lo normal.

-Aparte de comprometer su reputación -remarcó él con acidez.

Ante estas palabras, Gabrielle lanzó otra carcajada, y otra vez él se sintió atraído por ese sonido profundo y cálido.

-No tanto -replicó Gabrielle-. En la casa están todos durmiendo, como usted dijo. E incluso si alguien me viera escalando el muro, difícilmente reconocerían a la condesa de Beaucaire con estas prendas -se pasó una mano por el cuerpo, delineando su figura-. ¿O no?

-Depende de cuánto la conozcan -replico él, tan cortante como antes, reflejando que, una vez que uno la veía de aquel modo, Gabrielle era imposible de olvidar.

-Bien, no se ha hecho ningún daño -dijo ella con un movimiento desdeñoso de cabeza-. Y de hecho he comprendido lo que quiso decir, señor.

-Eso me alivia. Aunque no cambia en nada las cosas. Buenas noches -sopló la vela.

-Buenas noches, lord Praed -la puerta se cerró detrás de ella.

Nathaniel permaneció acostado de espaldas, mirando hacia arriba en la oscuridad. Era de esperar que aquél fuera el fin de cualquier enredo con Gabrielle de Beaucaire. Al día siguiente aclararía algunos puntos con Simón. ¿Qué diablos creía que hacía alentando a aquella mujer problemática a imaginarse como agente? Sin duda ella tenía un concepto romántico y aventurero de ese trabajo, que en realidad era peligroso y sucio, y Simón siempre era susceptible a la persuasión femenina.

Gabrielle se quedó un momento en el corredor de afuera, abrazando las sombras, mientras aflojaba despacio los puños y respiraba hondo hasta que se le relajaron los músculos entumecidos. Estaba segura de que Nathaniel no había notado su tensión. Pero le dolía todo el cuerpo, como si lo tuviese anudado. Al final él la aceptaría, tenía que hacerlo. Simón había dicho que llevaría tiempo y que ella tendría que apelar a los aspectos menos ortodoxos de la naturaleza de Nathaniel, si quería vencer su resistencia. Con certeza lo había intentado esa noche; mañana sería otro día.

Pero qué difícil le resultaba ocultar su furia y el ansia de herirlo como él lo había hecho con Guillaume. No, no había sido la mano de Nathaniel la que empuñaba el cuchillo, pero había sido él quien había dado la orden.

No conocía a Guillaume, ni siquiera sabia su verdadero nombre; sin embargo había ordenado asesinarlo.

¿Como podría seducir a un hombre así? Pero tenía que hacerlo. Recordaría a Guillaume, reviviría su muerte y entonces sería capaz de hacer lo que debía hacerse.

2

Había dos hombres en el confortable estudio al fondo de la casa de altos en la d'Anjou. Eran una pareja despareja: el ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón y su ministro de Policía. Talleyrand, el elegante aristócrata, y Fouché, de rasgos brutales, eran tan distintos físicamente como en la elección de métodos v técnicas.

Pero ambos eran expertos en trabajar en las sombras, en lograr sus objetivos siguiendo los senderos tortuosos del secreto y la intriga, diplomáticos en un caso e implacablemente pragmáticos en el otro.

Después de Napoleón, ellos eran los dos hombres más influyentes y poderosos de Francia y, por extensión, de la Europa napoleónica. En general, rara vez colaboraban entre sí, pues cada uno dejaba al otro su esfera de operaciones, cada uno adulaba a Napoleón a su manera.

Pero en aquella fría noche de enero en París, mientras Napoleón se preparaba para enfrentar al ejército ruso en Prusia oriental, se habían reunido para discutir el progreso de un plan en el que se combinaban los intereses de ambos.

-Ella estuvo haciendo contacto este fin de semana en la casa de los Vanbrugh en Kent. -Talleyrand bebió un sorbo de coñac, al tiempo que hacía un gesto a su invitado para que volviera a llenar su copa.

Los dedos de Fouché, al rodear la delicada botella de cristal, eran gruesos y vulgares, con las uñas desprolijas y mechones de vello que brotaban de los nudillos rojos. Con los dedos delgados y suaves de un aristocrático consentido, Talleyrand tamborileó sobre la madera lustrada del apoyabrazos del sillón.

- ¿Qué sabe ella de Praed? -preguntó Fouché antes de beber un buen trago de la copa que acababa de volver a llenar con abundancia.

-Que es el espía más inteligente que jamás hayan producido los ingleses- que hasta el momento no hemos podido acercarnos a él... que es la tarea que ella debería cumplir.

-Además de proveernos los medios para quitarlo del camino para siempre -aclaró Fouché, mientras hacía un chasquido con los labios tras saborear el coñac.

Talleyrand se sobresaltó un poco. Fouché era muy poco sutil. De hecho, deshacerse de Nathaniel Praed era lo último que quería el ministro de Asuntos Exteriores, pero Fouché no necesitaba saberlo. A ambos les convenía tener a Gabrielle infiltrada en el servicio secreto inglés, y habían combinado sus fuentes para lograrlo. Fouché quería un doble agente en Inglaterra para que le fuera posible desbaratar el servicio secreto del país, y Talleyrand, mucho más tortuoso, quería una línea que comunicara directamente con los oídos del gobierno inglés. Nathaniel Praed para Gabrielle sería ese oído.

Por el momento, ambos hombres podían trabajar juntos en busca de sus distintas metas. Si en algún momento del futuro el objetivo de Fouché interfería en el de Talleyrand, entonces el ministro de Asuntos Exteriores lidiaría con el problema.

- ¿Crees que la mujer logrará infiltrarse en su sistema? -mientras hacía la pregunta, Fouché observaba a su anfitrión con ojos sagaces.

Talleyrand asintió con la cabeza.

-Gabrielle ha sido una de nuestras mensajeras más hábiles e intrépidas durante los últimos cinco años, a lo largo de todo su romance con *le lievre noir.* Esta misión requiere habilidades distintas, por supuesto, pero ella es una mujer de determinación y convicciones apasionadas, decidida a vengar el asesinato de su amante. Tendrá éxito.

-Ojalá supiera quién lo traicionó -declaró Fouché con un rictus salvaje en la boca-. ¡Perder de esa manera a nuestro agente número uno! *Mon dieu,* ¡me dan ganas de escupir!

Frunció los labios, y Talleyrand hizo una mueca al pensar que el otro estaba a punto de llevar las palabras a la acción, pero Fouché se controló y vació de un solo trago el coñac que quedaba en su copa.

Hubo un momento de silencio. El fuego chisporroteó de pronto y una vela se arrebató cuando una ráfaga de aire helado encontró paso por la rendija de abajo de la puerta.

-Sin embargo -dijo al fin Talleyrand-, como estamos de acuerdo, hay un modo de sacar las castañas del fuego. Gabrielle convertirá la desventaja en ventaja. Una vez que gane la confianza de Praed, nos traerá, entre otras informaciones, una lista de agentes ingleses que estén trabajando actualmente en Francia. Si Guillaume fue traicionado por un doble agente inglés de nuestras propias filas, lo descubriremos.

- ¿Estás seguro de que no hay nada que conecte a Gabrielle de Beaucaire con *le Lievre?*

-Nada -respondió Talleyrand con firmeza-. Sólo yo conocía su aventura amorosa. Como sabrás, Gabrielle es mi ahijada. Su padre era uno de mis mejores amigos de la infancia. Era obvio que yo iba a ofrecerle mi protección cuando ella regresó de Inglaterra, después de la Revolución. Gabrielle conoció a Guillaume una noche que él vino a visitarme en secreto. Se convinieron en amantes casi de inmediato.

Cayó una sombra sobre el semblante altivo de Talleyrand cuando recordó la pasión de los dos jóvenes, la atracción abrumadora que los había llevado a una de las relaciones más turbulentas e intensas que él jamás había tenido el privilegio de promover.

Fouché no hizo comentarios. Tales relaciones amorosas eran mucho más frecuentes de lo que la gente reconocía oficialmente.

-De manera inevitable, con una relación tan apasionada, Gabrielle descubrió la verdad acerca de Guillaume y de qué forma él servía a Francia. Yo pensé que quizás él reveló sus secretos con demasiada facilidad...

Talleyrand se encogió de hombros con una media sonrisa al recordar cómo le había reprochado al joven su poco profesional indiscreción. Guillaume se había defendido enérgicamente, tanto a sí mismo como a su amante, y resultó tener razón. Gabrielle insistió en desempeñar su propio papel en el servicio, y *le lievre* la entrenó como mensajera. A modo de cobertura, se presentó en sociedad como mi ahijada y la viuda del absolutamente ficticio conde de Beaucaire, de quien se cree murió en forma trágica y repentina en su finca del Midi. Pero ella vivió su verdadera vida en las sombras.

Hizo un gesto amplio con las manos.

-Sólo se encontraban en el más absoluto secreto y esperaban el momento en que pudieran volver a vivir libres... casarse y tener hijos -meneó la cabeza- No habría de ser posible.

-No -convino Fouché, con un dejo de impaciencia.

El era un hombre desprovisto de sentimientos-. ¿Y ella seducirá a Praed?

-Si es necesario.

La insípida afirmación hizo esbozar una sonrisa al policía.

-Tú tienes tanta sangre fría como yo -comentó mientras se ponía de pie-. A pesar de la mitra de obispo, Talleyrand.

-Un obispo excomulgado -corrigió Talleyrand al tiempo que se ponía de pie junto con su invitado-. Alguien que ama su país. ¿Te irás por la puerta trasera? -alzo las cejas.

- ¿De qué otro modo? -Replicó Fouché-. Hay ojos penetrantes alrededor, y a nuestro emperador no le alegraría enterarse de que el ministro de Asuntos Exteriores y el ministro de Policía tienen conferencias secretas.

Talleyrand sonrió.

-*D'acord.* Sospecho que nuestro jefe consideraría una alianza entre nosotros algo mucho más formidable que otro Trafalgar.

-Y estaría en lo cierto -convino Fouché con otra sonrisa seca. Cuando la puerta se cerró detrás del policía, Talleyrand regresó junto al fuego. El y Fouché eran incómodos aliados, pero practicaban un juego de intriga en que las apuestas eran muy altas. El emperador Napoleón iba a ser destituido de su trono imperial. Ambos trabajarían juntos para alcanzar esa meta, utilizarían sus distintas técnicas y círculos de influencia, y un día triunfarían. Y cuando ese día llegara, terminaría su incómoda alianza y se convertirían en rivales a causa del vacío de poder creado.

Talleyrand bebió un poco de coñac con aire pensativo. Fouché era consciente de aquello tanto como él mismo, pero hasta aquel momento estaba tan preparado como Talleyrand para usar a su archirrival en los intereses de la conveniencia.

El mundo no carecía de interés, reflexionó al tiempo que tomaba de la biblioteca una copia de *Candide,* de Voltaire. Lo hojeó y rió entre dientes del eterno optimismo pasivo de Pangloss: «Todo es para mejor en el mejor de todos lo mundos posibles». El desacuerdo con respecto a esa filosofía en particular era algo que tenían en común el ministro de Asuntos Exteriores y el ministro de Policía de Napoleón. Siempre había lugar para el cambio.

En Vanbrugh Court, Gabrielle dormía el sueño de los justos, tranquila a pesar de la obstinación de lord Nathaniel Praed. Despertó antes de que la criada le llevara su chocolate caliente; se sentía renovada, como si no hubiese pasado parte de la noche escalando paredes. Saltó de la cama, abrió las cortinas y vio una perfecta mañana de invierno en que el sol del amanecer se reflejaba en la escarcha del césped bajo la ventana.

Estiró el cuello para ver a través de la tupida enredadera de la fachada de la casa hacia la ventana de Nathaniel Praed; se preguntó si el habría decidido cerrarla después de recibir su visita nocturna. A plena luz del día, el trecho desde el sendero de grava hasta allí arriba parecía un poco más intimidante que a la noche, pero en aquel momento ella había estado muy concentrada en su objetivo como para sentir miedo.

Se apartó de la ventana al oír que la criada golpeaba y entraba con una bandeja con chocolate y galletas dulces.

-Se levantó temprano, madame -dijo la muchacha al tiempo que apoyaba la bandeja junto a la cama-. Aquí está frío como una tumba. Mejor cierre la ventana, que yo encenderé el fuego.

-Gracias, Maisie -Gabrielle, temblando, pues sólo llevaba el camisón, cerró la ventana y saltó de nuevo a la cama mientras observaba a la joven inclinarse hacia el hogar y rastrillar con mano experta las cenizas y echar leña.

- ¿Le preparo la ropa, madame? -la criada se puso de pie y se sacudió el polvo de las manos mientras el fuego ardía en el hogar.

-Por favor -Gabrielle se sirvió un exquisito y aromático chorro de chocolate del recipiente de plata.

-El muchacho de las botas lustró muy bien las suyas -observó Maisie, sosteniendo a la luz las botas de montar de Gabrielle, de cuero cordobés, y examinándolas por si había alguna señal de rasguños.

Gabrielle murmuró una vaga aprobación. Con Talleyrand había acordado que ella debía viajar sin su propia criada, por lo cual debía confiar en el personal de Georgiana. Cuantas menos personas la rodearan, menos probabilidad habría que se cometieran errores peligrosos e inadvertidos, y si tenía que preocuparse sólo por sí misma, dispondría de mucha más libertad de movimiento.

Maisie se movía a prisa por la habitación acarreando jarras de agua caliente, atando cordones, abotonando, cepillando el pelo de Gabrielle, todo mientras conversaba alegremente acerca de los últimos achaques de su hermana embarazada y del cazador furtivo al que había atrapado el guardabosque durante la noche. Gabrielle dejaba que la conversación le resbalara, y murmuraba alguna respuesta vaga cuando le parecía necesario. Sus pensamientos estaban fijos en el día que tenía por delante y en la mejor manera de renovar su ataque a Nathaniel Praed.

Una hora después se dirigió a la sala para desayunar, mientras tarareaba una vieja ronda infantil: «De caza iremos, de caza iremos, un zorro cazaremos y en una caja lo pondremos. De caza iremos».

Pero ese día su presa no sería sólo Reynard.

Un sirviente se adelantó a abrir la puerta de la sala del desayuno; Gabrielle entró y se encontró a solas con lord Praed.

-Buenos días, señor-lo saludó con una sonrisa superficial como si jamás hubiese trepado hasta su ventana ni se hubiera sentado en el borde de su cama en mitad de la noche- Parece que nos adelantamos al resto.

-Sí -afirmó él brevemente, levantando apenas la mirada del plato.

-Hermoso día -insistió ella al tiempo que levantaba las tapas de las bandejas.

-Sí.

-Perfecto para cazar.

No hubo respuesta.

-Oh, discúlpeme. ¿Acaso usted es una de esas personas que odia que le hablen a la hora del desayuno? -la sonrisa torcida era vagamente burlona.

La respuesta de lord Praed fue algo entre un gruñido y un resoplido.

Gabrielle se sirvió una porción de *kedgel.ee* y se sentó en el extremo opuesto de la larga mesa, lo más lejos posible de su taciturno compañero de desayuno. Tarareó la tonta ronda infantil mientras untaba una tostada con mantequilla, evitando empeñosamente mirar a Nathaniel.

- ¿Es necesario? -inquirió de manera abrupta lord Praed, con el entrecejo profundamente fruncido y los ojos castaño verdosos llenos de invitación.

- ¿Si es necesario qué? -Gabrielle levantó la vista en inocente y perpleja interrogación.

-Cantar esa maldita canción -contestó él-. Me crispa los nervios.

-Ah, sí -repuso ella con una sonrisa serena-. A mí también, pero no puedo quitármela de la cabeza. Me da vueltas y vueltas. Ya sabe cómo son estas canciones tontas.

-No, me alegra decir que no lo sé -replicó él con brusquedad. Gabrielle se encogió de hombros y tomó la cafetera.

-Lord Praed, debo decir que si a mí me desagradara tanto como a usted tener compañía mientras desayuno, desayunaría sola.

-Eso era exactamente lo que yo intentaba hacer. La mayoría de la gente no viene a desayunar antes de las siete y media; a esa hora yo ya me habré marchado hace rato.

-Dios mío, qué discurso largo -observó Gabrielle con admiración-. ¿Podría pasarme la leche, por favor?

Nathaniel empujó la silla hacia atrás haciendo ruido en el piso lustrado, tomó la cremera de plata, fue hasta el otro extremo de la mesa y la depositó junto a la taza de café de Gabrielle con tanta fuerza que se volcó un poco de leche.

-Gracias -dijo ella con dulzura mientras enjugaba con la servilleta la leche derramada.

Nathaniel la miró fijo un instante con impotente exasperación. Luego giró sobre sus talones y se marchó de la sala, evitando por poco llevarse por delante a Miles Bennet y la señorita Bayberry, que entraban en el salón del desayuno sumidos en intensa charla.

-Buen día, Nathaniel -saludó Miles a su amigo con tono alegre-. Supongo que ya desayunaste en espléndida soledad.

-Al contrario -replicó Nathaniei, y siguió su camino.

Con una sonrisa burlona. Miles retiró una silla para la señorita Bayberry.

-Buenos días, Gabby. Deduzco que has perturbado la necesidad de soledad matinal de nuestro amigo.

-Así parece -repuso Gabrielle con tranquilidad-. Debería comer en su habitación, si detesta tanto tener compañía.

La mesa se llenó con rapidez de ávidos cazadores; poco después Gabrielle subió a su cuarto para tomar su sombrero, sus guantes y su fusta. Nathaniel Praed llevaba pantalones y chaqueta de montar, de modo que en apariencia iba a participar en la cacería. Sin embargo, si era tan malhumorado en el campo como en la mesa del desayuno, podía resultar difícil llevarlo a una conversación interesante. Pero siempre existía la posibilidad de que se presentara espontáneamente la oportunidad de un contacto menos convencional.

Nathaniel también viajaba sin criados personales, por la misma razón que Gabrielle. Se acomodó la ancha corbata frente al espejo y sacudió el sombrero de copa contra el muslo. Su aspecto prolijo y convencional, aunque común. La condesa de Beaucaire, por otro lado, lo había dejado sin aliento al entrar en el salón del desayuno, si bien él confiaba en no haberle dado la satisfacción de notario.

Si existía una mujer que supiera cómo vestirse para impresionar, era la condesa. La mayoría de las mujeres altas intentaban disimular su altura; Gabrielle la aprovechaba al máximo. El traje de montar negro, de un corte tan severo como el vestido de la noche anterior, se adhería a las líneas de su cuerpo de una manera muy seductora. El único adorno eran unos galones verde esmeralda; Nathaniel creía recordar que ella llevaba al cuello una chalina de muselina blanca como la nieve, con un prendedor de esmeraldas.

¿Cómo diablos se las había ingeniado para observar todo eso mientras ella perturbaba su paz con un parloteo anodino?

Obedecería los dictados de cortesía y esperaría a que Simón se reuniera con ellos; luego le diría con exactitud lo que pensaba de su solapado ardid y se marcharía... Iría a Hampshire en busca de un poco de paz y calma. A ver cómo andaba Jake.

Jake. El solo hecho de pensar en el niño le producía una ola de incomodidad y desaliento. ¿Qué había intentado decirle Miles la noche anterior al preguntarle qué pensaba Jake de su vida? ¿Qué derecho tenia un niño de seis años a opinar sobre ese tema?

Los ojos castaños del niño perduraban en la visión interior de su padre. De pestañas tupidas, líquidos, emocionales. Los ojos de Helen. El pelo rizado, rubio, con mechones más claros. El pelo de Helen. El hoyuelo del mentón. El hoyuelo de Helen; el mentón de Helen. El rostro agotado de Helen sobre la almohada... tan blanco, de un blanco imposible para la carne aun viva. El velo vidrioso de los ojos mirándolo con necesidad desesperada y dependiente... confiando en que Nathaniel no dejaría que le sucediera nada malo.

Y él le había fallado. Helen murió cuando sacaron a Jake de su cuerpo con esos instrumentos espantosos.

Nunca llegó a posar los ojos en ese hijo cuya vida había tomado la de ella.

Habían pasado seis años y Nathaniel aún se sentía como si aquello hubiera ocurrido el día anterior. ¿Alguna vez terminaría ese tormento? Sin duda un Dios piadoso debería poner un límite al sufrimiento emocional de la memoria, el sufrimiento devastador de una culpa irrazonable que no podía absolverse.

El llamado imperativo de una trompa de caza irrumpió en los desolados pensamientos circulares. Nathaniel tomó los guantes y la fusta y abandonó el cuarto. Un día de caza en el campo aventaría los recuerdos, al menos en forma temporaria. Un cuerpo cansado era una gran panacea.

Al atravesar la puerta de entrada vio a Gabrielle de Beaucaire; se detuvo allí para observar la multitud de cazadores, perros, jinetes congregados en el sendero circular de grava frente a la casa. La condesa, que llevaba un sombrero tricornio con una pluma plateada que le llegaba al hombro, montaba un caballo de caza negro y su falda daba la impresión de fundirse con el pelaje lustroso del animal.

Como sabiendo que la observaba, Gabrielle se volvió con lentitud y lo miró a los ojos. El se hallaba demasiado lejos como para verle la expresión con claridad, pero le resultó fácil imaginar el vislumbre burlón en los ojos color carbón y la leve sonrisa torcida que él había visto más de una vez. Por un momento, sintió como si ella lo inmovilizara con la mirada, como si le hubiera robado la voluntad de moverse. Luego Gabrielle se inclinó para tomar la copa del estribo que le ofrecía un sirviente; un mozo de cuadra llevó a Nathaniel su caballo gris, y se rompió el hechizo. Montó con rapidez y llevó al caballo hacia el borde del gentío, lejos de las conversaciones animadas, los gritos de saludo y las maldiciones de los criados de caza cuando azuzaban a los sabuesos.

Gabrielle bebió el vino caliente con especias y devolvió la copa al criado antes de comentar a su vecino:

-A lord Praed el prójimo le tiene realmente sin cuidado, ¿no Miles?

Miles rió entre dientes.

-Lo has notado.

-Difícil no hacerlo. Míralo merodear por los alrededores -arrugó la frente-. ¿Alguna razón en especial?

-Está así desde que murió su esposa al dar a luz hace seis años. La adoraba.

-Ah -Gabrielle quedó en silencio. Talleyrand no le había dado detalles personales sobre el hombre al que ella tenía que seducir y traicionar. El querido y buen Simón, atraído al plan sin saberlo, sólo había comentado que Nathaniel era un hombre difícil y que Gabrielle tendría que encontrar su propio modo de tratarlo. Pero ella no quería sentir pena por él. No quería encenderlo ni saber nada acerca de los rincones y grietas secretos de su alma. Lisa y llanamente lo usaría, y en el proceso vengaría la muerte de Guillaume. Verlo al hombre como a un ser humano con una tragedia en su pasado obstruiría la pureza del plan y los motivos de Gabrielle.

-Hay un hijo. Jake... -continuó Miles, ignorante de los pensamientos de Gabrielle-. Un buen chico, pero apartado del padre. Nathaniel no sabe cómo tratarlo; imagino que debe de ser porque el niño es la viva imagen de su madre.

No, definitivamente Gabrielle no quería escuchar eso.

-Espero que lo supere -respondió con indiferencia. Se dio cuenta de la frialdad y la insensibilidad de sus palabras, y también de la desaprobadora sorpresa de Miles. Pero ella no podía hacer nada al respecto.

-El montero mayor estaba diciendo que batirían el soto de Dunnet -comentó para cambiar de tema-. En general, allí se encuentran presas.

-Esperemos que sea un buen día -Miles le dirigió una ligera reverencia y se alejó, con un toque frío en la sonrisa.

El montero mayor hizo sonar la trompa para dar comienzo a la cacería, y los sabuesos partieron en una jauría exuberante que ladraba y gruñía, mientras los perreros les gritaban en un idioma que sólo entendían ellos y los perros. La partida de caza fue descendiendo por el camino; Gabrielle se aseguró con destreza una posición al frente, justo detrás de los sabuesos, el montero mayor y los sirvientes de caza. Mientras él también se adelantaba, Nathaniel la observaba maniobrar con una renuente mirada de respeto.

Resultaba evidente que Gabrielle de Beaucaire era una jinete agresiva que sabía cómo conducirse en un campo de caza. Algo que se vio obligado a admitir que ambos tenían en común. Aunque debiera cabalgar junto a ella, no estaba dispuesto a quedar rezagado. La alcanzó y le dirigió una breve inclinación de cabeza a modo de saludo.

- ¿Cuando monta es tan reacio a conversar como en la mesa del desayuno, lord Praed? ¿O puedo aventurarme a hablarle sin que me arranque la cabeza de un mordisco?

Formuló la pregunta con tono dulce, acompañado por una mirada de soslayo con un destello divertido y más que un dejo de desafío. Cierta energía parecía emanar de ella. Nathaniel la había percibido la noche anterior, pero ahora parecía más intensa. De nuevo tuvo la sensación de que ella lo había elegido para algo, que ella sabía algo que él

desconocía. Aunque creía que el objetivo de la visita nocturna de Gabrielle había logrado explicar esa sensación, ahora la experimentaba con mayor intensidad aún.

-Siempre y cuando no cante esa maldita canción -replicó y, para su sorpresa, sonrió.

La sonrisa fue una revelación. En lugar de piedras marrones, sus ojos se tornaron de un agradable color avellana. Los rasgos magros se ablandaron, se dibujaron pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos, y la boca perdió su dura expresión.

Gabrielle se percató con asombro de que Nathaniel Praed era un hombre muy atractivo cuando quería.

-A cazar iremos, a cazar iremos -cantó ella en voz baja, y rió-. Es su culpa, lord Praed, por recordármela. Ahora otra vez ya no puedo quitármela de la cabeza. Un zorro cazaremos...

- ¡Gabrielle, basta!

-Necesito un incentivo, señor.

Pura malicia. Aunque una malicia sugerente. Nathaniel distinguió la sugerencia con tanta claridad como si ella la hubiera expresado en voz alta. La mente le daba vueltas; esa mujer lo estaba provocando. Hacía ocho años que Nathaniel no flirteaba con una mujer: desde que había conocido a Helen. Ese no era el estilo de Helen, tan inocente y franca.

Se dio cuenta de que ya no sabía responder en el tono adecuado; esto le hizo sentirse tan tímido e incómodo como un colegial

-Estuve pensando -dijo Gabrielle, ahora seria, brindando una bienvenida distracción a la ineptitud de Nathaniel- Estuve pensando en la posibilidad de que me tome algún tipo de prueba que me permita demostrarle qué útil podría serle yo.

- ¡¿Cómo?! -aunque en voz baja, la exclamación fue enérgica.

-Una prueba -repitió ella con paciencia-. Realizar alguna tarea... conseguir alguna información... o...

- ¡Silencio! -La interrumpió él, con un movimiento cortante con la mano-. Está cometiendo una indiscreción que...

-No -cortó ella ahora-. No es ninguna indiscreción. ¿Cómo podría alguien saber de qué estamos hablando? Incluso en el caso de que alguien nos oyera... Estamos muy adelantados -con un gesto amplio señaló el campo que se extendía tras ellos. Era cierto que en ese momento cabalgaban solos.

Sin embargo, no por eso se atenuó el enfado de Nathaniel. Maldijo a Simón por exponer su identidad ante aquella mujer suelta de lengua que creía que la actividad mortalmente seria en que él se hallaba involucrado era una especie de juego.

-No sé qué diablos creyó Simón que estaba haciendo -dijo en voz baja, enfurecido-. Nadie, fuera del gobierno y el servicio, sabe a qué me dedico. Le repito: nadie. Ni siquiera Miles. Y ahora usted tiene el coraje de hablar con total despreocupación sobre un tema de vida o muerte, ¡en medio de un maldito campo de caza!

-Usted exagera-replicó Gabrielle, en absoluto molesta por este ataque-. Ya he demostrado a Simón lo útil que puedo llegar a ser; por eso accedió a presentarme a usted. Puede preguntarle lo que quiera al respecto.

-Ah, créame que lo haré -replicó lord Praed con severidad.

-Además -continuó Gabrielle, como si no lo hubiese oído-, en mi opinión, tiene senado tener en lugares públicos como éste aquellas conversaciones para las cuales el sigilo es de vital importancia. Nadie sospecharía nada jamás y nadie puede oír nada. Me parece una táctica muy racional. Si se hace con astucia, uno puede pasar una valiosa información en medio de una cena, sin que nadie lo perciba -le disparó una mirada de reojo, y una de las cejas negras se alzó burlona.

Nathaniel apretó los dientes. Era absolutamente cierto y era una táctica que él mismo apoyaba. Pero oírla explicada en defensa propia por una aburrida y malcriada dama de sociedad era demasiado para soportar.

-Alto el fuego -dijo ella-. Usted sabe que tengo razón. Y puedo asegurarle que jamás soy indiscreta. No traicionaré su confianza. Simón lo sabe. Pero, bueno, él me conoce un poco mejor que usted... aunque espero que eso cambie pronto -agregó, con aire pensativo.

-Madame, lo lamento, pero ésa es una esperanza que no comparto -respondió con los labios apretados.

Cuando llegaron a un sendero que comunicaba con una guarida, él se rezagó un poco. Los sabuesos corrieron adelante y los cazadores los siguieron con relativa lentitud en una sola fila.

Nathaniel se quedó atrás y permitió que Gabrielle se adelantara bastante. Había sólo dos maneras de tratar los problemas: enfrentarlos o alejarse. Esta última le resultó el curso más sensato para lidiar con el problema personificado en la condesa de Beaucaire.

Mientras cabalgaba, Gabrielle se preguntaba si habría avanzado un paso o retrocedido dos. Habían tenido aquel momento de cordialidad y humor, ¿pero lo habría estropeado yendo demasiado rápido? Sin embargo, debía moverse con rapidez. Sólo disponía de esa semana.

Una vez que el jefe de los espías abandonara Vanbrugh Court, no sabía cuándo volverían a encontrarse, menos aún bajo el mismo techo. En verdad, era poco probable que ella volviera a tener una oportunidad tan buena como aquélla para influir en él.

De pronto cambió el tenor de la extraña vocalización del montero mayor entre el grupo de sabuesos que ladraban y buscaban; Gabrielle alzó de golpe la cabeza, sin pensar ya en otra cosa que no fuera el zorro, pues todo otro pensamiento desapareció bajo la familiar oleada de excitación de la cacería.

El montero hizo sonar la trompa: una larga serie de dos notas en el aire helado. Los perros, ladrando sin cesar, se precipitaron hacia la guarida; enseguida, uno de los sirvientes de la cacería lanzó un grito que hizo correr la sangre como un torrente por las venas de Gabrielle.

- ¡Huyó! -alguien había visto al zorro abandonar la guarida.

El montero hizo sonar la nota correspondiente para los que no habían captado el mensaje, y todo el grupo de cazadores se disparó hacia el campo, saliendo de entre los árboles, los cascos golpeando el suelo escarchado, el aliento humeante en el aire helado. Más adelante se extendía una gran pradera en pendiente, y Gabrielle sofrenó en forma abrupta a su caballo, llevándolo hacia un costado, mientras los jinetes pasaban precipitados a su lado.

- ¡Nathaniel! -Gritó al verlo adelantarse al cuerpo principal de los cazadores- ¡Por aquí!

No se dio cuenta de que lo había llamado por su nombre de pila en la urgente necesidad de llamar su atención. Sólo tenía conciencia de que Nathaniel era un cazador tan afanoso e intrépido como ella; por eso compartiría con él su conocimiento personal, adquirido por haber cazado en aquellas tierras en la niñez.

Lord Praed giró en dirección a ella sin detenerse a pensar, y ella salió a la carga delante de el, guiándolo hacia el otro extremo de la pradera.

Nathaniel vio el enorme seto de zarzas en una especie de estupor, mientras el caballo de Gabrielle se preparaba para saltar. Imposible, pensó Nathaniel. Era un salto suicida. Entonces su propio animal se preparó, asustando el paso, y enseguida navegó por el aire. Sólo cuando tocaron tierra del otro lado Nathaniel reparó en la ancha zanja cubierta de hielo, en la base del seto, que también habían debido saltar.

¡Qué mujer tan loca y salvajemente imprudente! Pero no tenía tiempo para seguir pensando en eso; Gabrielle ya corría más adelante, por un campo llano, en dirección a un vallado compasivamente más bajo. Nathaniel sintió en la sangre la excitación de la persecución, pues el ladrido frenético de los sabuesos se oía cada vez más cerca y el mugido de la trompa del montero mayor llenaba sus oídos.

Volaron por encima del vallado, y él vio que se encontraban muy adelantados, justo detrás del montero mayor y sus sabuesos, y el zorro era una mancha marrón rojizo que corría hacia un soto que se encontraba a la derecha de ellos.

Juntos corrieron detrás de los perros hasta dentro del soto; el resto de los cazadores iban a unos cien metros detrás de ellos. De repente la jauría perdió la dirección y comenzó a correr en círculos confundidos, ladrando frenéticamente. Gabrielle tiró de las riendas justo a tiempo para no adelantarse a los sabuesos y cometer el pecado cardinal de destruir el rastro.

-Se ha escondido -dijo, jadeante-. No sé si sentirme contenta o apenada. ¿No fue una carrera maravillosa?

Tenía el sombrero levemente torcido, y los rizos rojo oscuro escapaban de sus confines. La palidez traslúcida de su cutis había adquirido un brillo rosado y sus ojos oscuros estaban encendidos. A Nathaniel volvió a darle vueltas la cabeza.

-Usted está loca-declaró-. ¡Qué manera imprudente de cabalgar! Tenía que haber una manera más fácil de cruzar ese vallado.

Gabrielle lo miró como si él se hubiera convertido en un ser extraño.

-Por supuesto que la había. Pero queríamos adelantarnos al resto de los cazadores.

-Eso no es una excusa.

Ella continuó mirándolo sin comprender.

- ¿Qué quiere decir?

-Ese salto fue una de las cosas más arriesgadas que he visto en mi vida -respondió él sin rodeos.

-Bueno; si estaba tan asustado, ¿por qué me siguió?

-No estaba asustado. Yo podía saltar el cerco sin problemas; mi caballo es más grande y más fuerte que el suyo.

-Ah, aguarde un momento -contestó Gabrielle con voz suave-. Esto no tiene nada que ver con los caballos, ¿no es así, lord Praed? Esto tiene que ver con lo que los hombres pueden hacer y las mujeres no... ¿O acaso debo decir no «deberían»?

-Puede decir lo que quiera -replicó él-. Pero usted ha demostrado una vez más la falta de aptitudes para unirse al servicio secreto. Anoche le dije que correr riesgos imprudentes, y hacérselos correr a otros, es algo inaceptable.

-Tonterías -contestó Gabrielle con determinación-. En mi salto no había nada de imprudencia. Mi montura es uno de los caballos de caza de Simón; es muy fuerte y puede soportar el peso de un hombre adulto; mucho más el mío. Además, he saltado ese vallado cientos de veces. Las propiedades de la familia de Georgia lindan con las de los Vanbrugh, y yo he cazado en estas tierras casi todos los inviernos hasta hace unos pocos años.

-Usted no se detiene a contemplar las consecuencias, madame -afirmó Nathaniel-. Esa costumbre la convierte en una compañera peligrosa e indigna de confianza.

Con impaciencia echó un vistazo a la jauría frustrada, al montero mayor que insultaba y los jinetes que se dispersaban por el soto.

-Esto no conduce a nada. ¿Por qué no van a batir otra guarida?

-En un momento irán hacia el bosque Hogart -anunció Gabrielle con tono pensativo. No tema sentido defenderse verbalmente contra semejante caudal de prejuicios descaminados; terminarían en una discusión a gritos que no serviría para nada. Era necesario un acercamiento distinto, más desafiante.

-Si me disculpa, lord Praed, creo que iré al bosque. Hay un atajo. Usted no querrá tomarlo, por supuesto, ya que requiere salvar otro obstáculo considerable. Pero estoy segura de que no se perderá nada si sigue al grupo principal de cazadores.

Hizo girar su caballo y se alejó del soto a medio galope. Pronto oyó a sus espaldas unos cascos que sonaban satisfactoriamente cerca, y ella sonrió para sus adentros.

Se agachó, inclinándose contra el pescuezo del caballo, al salir a un campo cubierto de aulagas. Tocó con suavidad los flancos de su cabalgadura, y el caballo se lanzó a galope suave. Gabrielle no había exagerado al decir que su montura podía aguantar un peso mucho mayor que el de ella; ese factor le daba ventaja en la carrera que corría con Nathaniel Praed.

Continuaron galopando a través del campo, subieron una colina bastante empinada y bajaron por el otro lado. El obstáculo que ella se proponía saltar era un muro de piedra de tres metros de alto que había al pie de la colina; bordeaba el huerto de una casa de granja de considerable tamaño. El bosque Hogart se extendía al otro lado del huerto, y los sabuesos tendrían que rodear el muro para llegar. Por lo tanto, un jinete audaz podía asegurarse de estar ya en el lugar cuando los perros batieran el bosque.

Nathaniel no sabía por qué la seguía. Salvo que Gabrielle lo había desafiado otra vez con su ironía. Salvo que, al parecer, él no podía mantener la distancia. Salvo que, en compañía de ella, él obedecía a sus impulsos de manera tan tozuda como la condesa de Beaucaire.

Vio el muro más adelante: de piedra dorada bajo la intensa luz del sol, que empequeñecía al caballo y la jinete que avanzaban impetuosos. Nathaniel quiso gritarle que no fuera tonta, pero el corcel negro ya se preparaba para el salto, y lord Praed supo que no podía arriesgarse a, cortar el ímpetu del animal sobresaltándolo. Una vacilación podía bastar para hacerle perder el equilibrio, y si las patas llegaban siquiera a rozar la parte de arriba del muro a semejante altura y a esa terrible velocidad, el animal caería y despediría a su jinete contra el suelo como si fuera una bala de cañón.

Sin querer cerró los ojos, y al abrirlos de nuevo vio que el muro estalla casi sobre él y ya era demasiado tarde para detener a su propio caballo aunque hubiera querido. El animal, como todos los caballos, simplemente seguía a su guía con confianza ciega.

Durante un momento vertiginoso notaron por el aire, y luego aterrizaron con un fuerte impacto en tierra firme, en medio de los manzanos del huerto del granjero Gregson.

El caballo de Gabrielle se había detenido, jadeante, con las riendas flojas colgando del cuello. En el suelo, junto a él, yacía la figura inmóvil de su jinete, el sombrero caído a unos metros del cuerpo, la falda negra desplegada sobre la hierba verde y húmeda, debajo de los árboles.

3

Nathaniel se arrojó del caballo y corrió hada la figura inerte.

- ¡Gabrielle! ¡Dios Santo!-cayó de rodillas junto a ella, le aflojó el níveo pañuelo para descubrirle la garganta y le buscó el pulso con los dedos. Lo sintió fuerte pero acelerado. Suspiró aliviado, pero enseguida frunció la frente. Las pestañas oscuras formaban dos medialunas en el rostro pálido, los labios estaban levemente entreabiertos, el pecho subía y bajaba cada vez que respiraba.

El pulso era demasiado vibrante para alguien que estaba inconsciente.

-Gabrielle -dijo, casi susurrando-. Si esto es un truco, juro que haré que te arrepientas como nunca en tu vida.

-Inténtalo -contesto ella.

Se alzaron los párpados para dejar ver unos ojos maliciosos, del color del carbón, y en el mismo momento Gabrielle se sentó. Le rodeó la nuca con los brazos antes de que él pudiera darse cuenta de lo que estaba sucediendo, y Nathaniel percibió el perfume de la piel tibia mezclado con la frescura del aire invernal. La boca de Gabrielle encontró la de él, y Nathaniel saboreó su dulzura mientras los labios dóciles se abrían a los suyos y la lengua le acariciaba con suavidad la boca. El cuerpo de Gabrielle se pegaba al del noble, las manos le acariciaban la cabeza. Nathaniel sentía el corazón de la condesa latiendo contra su pecho.

Una oleada salvaje lo embargó. La rodeo con los brazos, le recorrió la espalda con las manos, sintiendo su flexible delgadez, el movimiento de los músculos al obedecer a la presión y adherirse a él. Durante un minuto las dos lenguas se enlazaron, a medias jugando, a medias en guerra, y luego él levantó las manos para tomarle la cabeza y sostenérsela con fuerza mientras se sumergía en lo profundo de la boca, en un naje de afirmación que en algún débil rincón de su mente parecía haber esperado demasiado.

Gabrielle había pensado que sería capaz de fingir una reacción convincente. Se había preparado para experimentar repulsión, y confiaba en poder controlarla lo suficiente para que sirviera a sus fines. Esperaba encontrar placer en la satisfacción de engañarlo, de alcanzar su objetivo.

Pero no se hallaba preparada para lo que estaba sucediendo. No esperaba descubrir que reaccionaba desde un punto profundo y apasionado de su ser, mientras la bruma roja del erotismo la devoraba, mientras absorbía el perfume de Nathaniel, mientras sentía y saboreaba a Nathaniel... y lo deseaba. Lo deseaba de una forma tan vital como antes a Guillaume. Lo deseaba de todas las maneras, desenfrenadas e irreflexivas, pues las reacciones viscerales de su cuerpo la dominaban y reprimían cualquier freno que pudiera intentar imponerle el cerebro.

No se suponía que sucediera aquello. Pero estaba sucediendo. Y Nathaniel Praed sentía exactamente lo mismo, Gabrielle lo sabía en su sangre; se lo transmitía la piel de él.

Y aquello iba a hacer estragos en sus planes de venganza.

Al fin él la soltó, con la palma de la mano le acarició suavemente el pelo, y levantó la cabeza. Gabrielle sentía desnuda la boca; sabía que su rostro se mostraba abierto y vulnerable, la verdad de sus reacciones expuesta en sus ojos, pero no podía disimular.

La expresión de Nathaniel era tan desconcertada y sincera como la de ella; ya no tenía los ojos duros e insípidos, sino profundos y luminosos, con el deseo ardiendo como una vela en sus nebulosas profundidades.

- ¿Cómo diablos sucedió? -Preguntó Nathaniel en voz baja; con gesto interrogante se llevó un dedo a la boca, y luego lo pasó por los labios de Gabrielle.

-Parece...como que debía suceder-respondió ella con el mismo asombro divertido.

Hacía seis años que Nathaniel no besaba a una mujer. Había tenido mujeres, efímeros encuentros nocturnos en su mayoría, que satisfacían una aguda necesidad corporal y luego caían en el olvido; no eran el tipo de encuentros que incluían besos prolongados y apasionados.

Se sentó sobre los talones y contempló a Gabrielle con un ceño perplejo. Ella le devolvió la mirada con una leve sonrisa inquisitiva en los ojos, sin un rastro de la burla a la que él estaba acostumbrado. Entonces Nathaniel sacudió la cabeza en un brusco e irritable gesto de desdén. Bajo sus rodillas, la hierba estaba desagradablemente húmeda y fría. Acallaba de entregarse a una flagrante idiotez al dejarse manipular por una mujer consentida que no tenía nada mejor que hacer con su vida que jugar juegos tontos. O al menos eso fue lo que se dijo.

Se puso de pie y se frotó las rodillas húmedas. En ese momento, desde el otro extremo del huerto, llegó el sonido de la trompa del montero mayor.

- ¡*Merde!*-exclamó la condesa sin elegancia alguna, al tiempo que se ponía de pie también-. Al final, llegaron al bosque Hogart antes que nosotros. Ayúdeme a montar, por favor. No puedo montar los caballos de caza de Simón sin ayuda.

-Lo tendría bien merecido volver andando -declaró lord Praed, sin ayudarla- Maldita sea; no pienso alentarla a que me juegue más tretas -con esta afirmación hostil montó su caballo y se dirigió a medio galope hacia la salida del huerto.

-Bueno, qué tipo de... -Gabrielle se tragó la frase antes de terminarla. No le servia para nada en el aprieto en que se encontraba. A su debido tiempo se vengaría de lord Praed. Observó el huerto en busca de algo en que pudiera apoyarse para montar. Desmontar del caballo negro había sido tarea sencilla; ella estaba tan entusiasmada con su plan que no había pensado en la logística del movimiento siguiente. Pero, claro, tampoco se le había ocurrido que Nathaniel Praed se comportaría de manera tan perversa.

Levantó el sombrero, se lo encasquetó, condujo al caballo de nuevo hasta el muro, encontró un punto de apoyo en una piedra de forma irregular que se elevaba unos cuantos centímetros del suelo, y consiguió subir a la silla, agradecida de que no hubiese testigos de aquel procedimiento indigno. Demoró sólo un momento en acomodarse la pluma del sombrero sobre el hombro, acomodar la falda sobre la silla y ajustarse el pañuelo al cuello. Evocó la alborotada urgencia con la que él se lo había aflojado para liberarle la garganta y por un instante sus dedos se detuvieron en el lugar donde Nathaniel Praed la había tocado; un escalofrío le recorrió la espalda y se le erizo la piel al recordar.

¡Dios santo! El destino le había jugado una mala pasada. Pero quizá pudiera aprovecharla en su favor. Si a él le resultaba tan difícil como a Gabrielle resistir la atracción que había entre ambos, entonces los hechos se sucederían con rapidez.

Nathaniel no había pensado en ningún momento que negativa a ayudarla iba a derrotar a Gabrielle, de modo que no le sorprendió verla entrar al trote en el bosque unos cinco minutos después de que él había alcanzado a los demás cazadores. Ahora los perros se habían dispersado y trataban de encontrar el rastro perdido del zorro, mientras el grupo de cazadores esperaba que sucediera algo.

-No es el estilo de Gabrielle aparecer en el fondo del campo -observó Miles al tiempo que desenroscaba la tapa de plata de una pequeña botella de bolsillo y la ofrecía a Nathaniel.

-No, ¿verdad? -Nathaniel se las ingenió para hablar con tono indiferente; bebió un sorbo de coñac y devolvió la botella.

-Parece que no simpatizáis, ¿no es cierto? -Observó Miles mientras bebía un trago y volvía a guardar la botella en un bolsillo-. Qué extraño; yo creía que el espíritu de Gabrielle te resultaría atractivo. Es una mujer fuera de lo común, y a ti siempre te aburre lo convencional.

-Esa mujer es un problema -afirmó Nathaniel.

Las cejas de Miles se enarcaron. Resultaba evidente que la reacción de su amigo a la condesa de Beaucaire no era en absoluto indiferente, pese a no ser cálida. Sin embargo, se limitó a responder:

-Siempre ha sido algo así como una *enfant terrible,* te lo aseguro.

Los perros encontraron un rastro y con gran alboroto echaron a correr; los cazadores los siguieron con un poco menos de entusiasmo que el que habían tenido al comienzo de la mañana.

-El problema de la caza -comentó Miles mientras iba a medio galope junto a Nathaniel- es que alterna frenéticos arranques de energía y excitación con largos períodos de aburrimiento e inactividad en medio del frío. ¿Qué te parece si nos perdemos y vamos a comer algo?

Más allá del próximo campo hay una posada donde preparan una empanada de pastor bastante aceptable. Y tienen un excelente queso Saltón.

Nathaniel negó con la cabeza, los ojos fijos en el caballo negro y su jinete vestida de negro delante de ellos. Con una sensación de algo inevitable se percató de que no tenía intención de abandonar el campo antes que Gabrielle de Beaucaire.

-Veré qué me trae esta carrera, Miles.

-Como gustes. Yo quiero una jarra de cerveza y algo para comer. Tengo congelados los dedos de los pies -Miles hizo girar el caballo y se alejó al galope de la cacería.

Unos minutos después el zorro salió de su escondrijo y los perros estallaron en ladridos. Nathaniel dio rienda a su caballo, se puso a la par de Gabrielle y ambos se precipitaron por el campo arado. Ella le dedicó una rápida mirada de soslayo cuando él la alcanzó y le dijo:

-Esta vez, Doña Imprudente, seré yo quien la guíe.

La carcajada de Gabrielle sonó fuerte y exultante.

-No me perderá, lord Praed, se lo puedo asegurar.

-Ah, ya lo sé -respondió él, con los ojos brillantes.

Y ninguno de los dos pasó por alto el significado subyacente en aquellas palabras. Algo había comenzado, y no terminaría pronto. Pero ninguno de ellos estaba aún dispuesto a dar un nombre a lo que fuese.

La persecución los llevó a través de cuatro prados, y en todo el trayecto Gabrielle se mantuvo pisándole los talones. Volaban sobre vallados y arroyos v el casi podía sentir la respiración de ella en el cuello. El helado aire de enero pasaba silbando por sus oídos; los cascos golpeaban en los anchos surcos de la tierra arada. Se sumergieron en un matorral y él la oyó maldecir entre risas cuando una rama le arañó la mejilla y la obligó a agacharse sobre el cuello del caballo.

Y cuando mataron al zorro, Gabrielle permaneció sentada en el caballo jadeante, con calma, sin sobresaltarse ante la matanza rápida y sangrienta.

De nuevo Nathaniel sintió el poder que emanaba de aquella figura alta y esbelta. Sin poder evitarlo, reaccionaba a la fiereza, la pasión, la fuerza que la impulsaban.

Intrépida y original, Gabrielle de Beaucaire representaba una forma de problema que él creía no ser capaz de resistir, al menos si permanecía cerca de ella.

Esperaba que Gabrielle demostrara algo de cansancio a medida que avanzaba el día, o al menos que dijera que tenía hambre. Pero ella llevaba la delantera entre los cazadores, incansable y sin quejarse. Nathaniel estaba famélico y sabía que también ella lo estaría, pero no podía admitir una necesidad que su indomable compañera ignoraba. Intercambiaron algunas palabras, sin apartarse en ningún momento de la misma senda. A veces él iba adelante de Gabrielle; a veces era a la inversa. Nathaniel comenzó a sentir que estaban en una competencia no declarada. ¿Cuál de los dos se detendría primero?

Al fin Gabrielle dijo;

-Será mejor que regresemos. Estamos a unos quince kilómetros de Vanbrugh Gourt, y tendremos suerte si logramos regresar antes de que oscurezca.

-Los caballos están cansados -repuso él con tono de aprobación.

Gabrielle le echó una mirada rápida por la observación superficial, y sus labios se crisparon.

-Yo también.

-Ah, ¿de veras? Yo me siento tan fresco como esta mañana.

-No me venga con ese cuento -contestó ella, negándose a responder a la provocación-. Si tomamos por aquí, podremos acortar el camino un kilómetro y medio -hizo un gesto con la insta señalando una pequeña valla.

- ¿Y cuántas veces nos arriesgaremos a quebrarnos el cuello?

Ella hizo como que meditaba la pregunta.

-Dos -con una sonrisa apenas dibujada, hizo dar vuelta el caballo *y* saltó la valla.

Ya casi oscurecía cuando los agotados caballos entraron al trote en Vanbrugh Court. Por la puerta principal salía un carruaje con las armas de los Vanbrugh.

-Debe de haber llegado Simón -observó Gabrielle.

Nathaniel no hizo comentario alguno. Una vez que le expusiera su punto de vista al anfitrión, quedaría libre para abandonar los problemas y la tentación que había en Vanbrugh Court antes de que la situación empeorara aún más. Se pondría en marcha al amanecer.

Gabrielle desmontó sin ayuda, pero los ojos penetrantes de Nathaniel notaron que vaciló un momento cuando los pies tocaron el suelo; la espalda recta se curvó apenas y los hombros cayeron un poco.

De modo que Gabrielle no era por completo invencible. Eso constituía una pequeña satisfacción. Nathaniel la sujetó tomándola con suavidad por un codo mientras subían los escalones hacia la puerta abierta. El contacto era electrizante; él percibió que ella inhaló con fuerza.

- ¡Ah, ahí están! -Exclamó Georgie, que salía de la biblioteca-. Son los últimos en llegar. Ya comenzaba a preocuparme.

-Gabby siempre es la última en llegar de una cacería -comentó el esposo, que la siguió al vestíbulo.

Simón Vanbrugh era un hombre regordete, de expresión amistosa animada por un par de ojos grises muy penetrantes. Su mirada evaluadora recorrió a los recién llegados.

¿Gabrielle habría conseguido ganarse el favor del gran espía? Resultaba difícil saberlo, aunque en apariencia habían pasado el día juntos y se notaba una promisoria informalidad en la actitud de Nathaniel llevándola tomada del codo.

- ¿Te dejó agotado, Nathaniel? -preguntó, riendo, mientras se inclinaba para besar a la prima de su esposa.

Él y Georgie eran vecinos en la infancia y se habían enamorado en aquel entonces, de modo que Simón conocía a Gabby casi desde hacía tanto tiempo como su esposa.

- ¿Qué responde, lord Praed? -Gabrielle se volvió a mirar a su acompañante con una sonrisa picara.

-No lo creo, madame -respondió él, de pronto rígido y formal, y retiró la mano del codo-. Si dispones de un momento Simón, quisiera hablar contigo.

-Georgie, ¿vendrías a charlar conmigo mientras me baño? -Pidió Gabrielle al tiempo que los dos hombres desaparecían en la biblioteca-…O acaso durante la próxima hora ¿tienes que jugar a la anfitriona?

Georgie meneó la cabeza, con ojos chispeantes de interés.

-Todos han ido a cambiarse para la cena. Además, nada puede ser más importante que el relato de tu día con Nathaniel Praed.

Gabrielle rió y tomó a su prima del brazo mientras subían la escalera.

-Tengo algo que contarte, Georgie.

En la biblioteca, Nathaniel se desplomó en un *sois* de cuero, con un fuerte suspiro. Estiró las piernas en dirección al fuego y miró sus botas salpicadas de lodo.

Fue al grano con su habitual falta de ceremonia.

- ¿Qué diablos te proponías al imponerme a esa mujer indómita, Simón?

- ¿Indómita? ¿Gabby? -Simón, que se hallaba junto al bar, se dio vuelta con una botella de cristal en la mano-. No es en absoluto indómita, Nathaniel. Tal vez un poco briosa, lo admito, pero tiene la cabeza tan fría como cualquiera.

- ¿Ah, sí? ¿Y esa cabeza fría la lleva a escalar el muro hasta la ventana de mi habitación a la una de la mañana? ¿Esa cabeza fría la lleva a saltar una valla de piedra de tres metros como si fuera una pila de leños?

- ¿Clarete? -Ofreció Simón con un dejo divertido en la voz-. ¿De veras escaló el muro hasta tu ventana?

-Gracias -Nathaniel tomó la copa ofrecida-. Sí, eso hizo. Se presentó en mi habitación con ese ridículo retazo de terciopelo, algo de lo más absurdo y fantasioso. Es obvio que cree que el servicio secreto es una especie de gran juego de señales ocultas y divertidas excursiones clandestinas. Te aclaro, Simón, que no tenías derecho, ningún derecho en absoluto, a comprometerme revelando mi identidad a una mujer obstinada, imprudente y salvaje.

Tras haberse desahogado, Nathaniel bebió todo el clarete.

Simón se sentó en un sillón de orejas frente a él y bebió su vino con expresión pensativa.

-No te he comprometido, Nathaniel. Deberías saber que yo no revelaría tu identidad sin una buena razón.

Se reclinó en el sillón v tomó una pizca de rapé.

-Hace unas semanas, Gabby vino a verme. ¿Recuerdas aquella interesante información que recibiste acerca de la intención de Napoleón de atacar Sicilia?

Nathaniel movió la cabeza en gesto afirmativo, los ojos intensos de atención. El dato de inteligencia, proveniente de una fuente hasta el momento desconocida, había permitido al gobierno reforzar la flota británica para proteger al rey Borbón en Sicilia. La demostración de fuerza había hecho cambiar de idea a Napoleón de manera bastante abrupta.

-Bueno; Gabby la trajo -Simón se permitió una sonrisa de satisfacción al ver la reacción de su compañero-. Ella lo supo por Talleyrand y me la dio como prueba de su habilidad y su deseo de actuar como agente de inteligencia para Inglaterra. Por supuesto, yo lo discutí con Portiand, y decidimos que tú debías tomar la decisión. Aun si decides en su contra, apostaré absolutamente a su discreción. La conozco desde que tenía ocho años. Es una mujer fuera de lo común. Es inteligente. Tiene astucia y valor. Y desea con desesperación servir a Inglaterra.

-Aunque admita que posee algunas de esas cualidades, sabes que yo no empleo a mujeres -Nathaniel se puso de pie y fue a llenar de nuevo su copa.

-Existen excepciones a toda regla-recordó el anfitrión-. Dime, ¿dónde encontrarás otro agente tan bien situado, tan impecablemente calificado? Ella tiene entrada en todos los círculos sociales, políticos y diplomáticos de París. ¡Talleyrand es su padrino, hombre!

- ¿Y está dispuesta a traicionarlo? -Nathaniel lo miró con escepticismo.

-Se crió en Inglaterra -explicó Simón-. Cuando Talleyrand le insistió para que regresara a Francia, Gabrielle se sintió muy desdichada. Pero, en esencia, él estaba *loco párente* y ella en realidad no tenía otra alternativa que obedecerle. Sin embargo, siempre ha tenido claro dónde está su verdadera lealtad, Y es aquí.

Simón se inclinó hacia adelante y de un puntapié volvió a echar dentro del hogar un leño que se había caído.

-Después de la muerte de su esposo, quedó muy deprimida... indiferente. Sus cartas ya no tenían nada del brillo y la vitalidad habituales. Georgie estaba preocupada por ella. La invitó a quedarse un tiempo aquí, y Gabby me propuso utilizar su posición y sus contactos en Francia para trabajar para Inglaterra. Fue muy convincente -se encogió un poco de hombros-. Lo más convincente fue su información.

Miró a su amigo, que ahora guardaba silencio.

-Gabrielle siempre ha tenido una mente política, a diferencia de Georgie, que la mayoría de las veces no podría decirte los nombres de los miembros del gabinete. No le interesa. Pero Gabby es muy distinta. Quizá se deba a su crianza. O a haber perdido a los padres durante el Terror. O a la influencia de Talleyrand... lo que sea. Sabe mucho. Cuando de información se trata, sabe distinguir entre lo útil y la hojarasca. Y necesita algo que le ocupe la mente -estudió a su amigo con perspicacia mientras insistía en sus argumentos-. Has estado buscando alguien que trabaje en París. Gabby es la mejor situada para eso.

-No lo niego -Nathaniel, como bien sabía Simón, nunca podía resistirse a la lógica y los hechos. Hasta sus prejuicios cedían ante tan potentes factores de persuasión.

Simón volvió a sentarse, cruzó las piernas y entornó los ojos mientras evaluaba la reacción de Nathaniel.

-No lo haré -Nathaniel volvió a ponerse de pie-. Aunque esta mujer sea lo que tú dices, no veo cómo trabajar con ella. No es disciplinada, y no arruinaré al resto de mi gente tomando a una desconocida.

-Muy bien -Simón inclinó la cabeza con cortesía-. La decisión siempre era tuya. Sabemos que nadie conoce tu trabajo mejor que tu.

-Ah, en este aspecto, Simón, créeme que es así.

En la manera en que Nathaniel dijo estas palabras hubo algo que despertó cierta curiosidad en Simón.

Nathaniel dejó la copa sobre la mesa.

-Debo cambiarme para la cena. Me marcharé a primera hora de la mañana, pues mi trabajo aquí ha acabado -la puerta se cerró detrás de él.

« ¿Y la amistad? -Pensó Simón con tristeza-. ¿Eso también ha acabado?» En los últimos tiempos Nathaniel veía todo desde el punto de vista del trabajo, y los dictados de la amistad no significaban nada para él. No siempre había sido de ese modo. Al igual que Miles Bennet, Simón Vanbrugh esperaba que algún día el antiguo Nathaniel resurgiera del caparazón frío y distante. Había albergado la leve esperanza de que Gabby pudiera causar algún efecto, ya que muy poca gente podía cruzarse en la órbita de Gabrielle sin verse afectada por su personalidad o su visión de la vida. Pero, al parecer, no habían sido más que ilusiones.

En la planta alta, en su alcoba, frente a un fuego llameante, Gabrielle remojaba en agua caliente sus músculos extenuados mientras contaba a Georgie los detalles de su día con lord Praed.

Su prima era demasiado mundana para sorprenderse de la imagen de dos casi extraños trabados en un abrazo ardiente en un huerto desierto. Sin embargo, inquirió en forma tentativa acerca del gusto de Gabrielle.

-Creí que no te agradaba. Dijiste que sus ojos eran como dos piedras en el fondo de un estanque.

-Así son a veces -Gabrielle estiró una pierna y se la enjabonó con gesto lánguido-. Pero también pueden ser cálidos y agradables... y muy apasionados -agregó con intención, y cambió de pierna.

- ¿Y tú estás abierta a la pasión? -Georgie bebió un sorbo de su copa de jerez mientras miraba con atención a su amiga.

-Por supuesto que sí -respondió Gabrielle con calma-. Ya he jugado bastante a la viuda desconsolada.

- ¡Gabby! -Aquello sí sorprendió a Georgie-. Después de la muerte de tu esposo quedaste desolada.

-No, no es cierto -replicó Gabrielle-. Roland era un hombre profundamente desagradable que se las arregló para ocultarlo hasta nuestra noche de bodas. Cuando murió, no me sentí en absoluto desolada. Pensé que iba a sufrir muchos menos golpes siendo su viuda que siendo su esposa.

-Oh -Georgie permaneció en silencio mientras absorbía esa nueva luz que iluminaba el pasado de su prima-. Pero tus cartas eran tan depresivas... tan apáticas.

Gabrielle se sentó en el agua y tomó su copa de jerez que había dejado en la alfombrilla junto a la tina. Frunció un poco la frente, trazó un dibujo en la humedad condensada en la copa.

-Sí, estaba deprimida, pero no por la muerte de Roland, sino por haber permitido que me tratara tan mal. Lo había interpretado mal, me dejé engañar por su fachada. Me sentía una tonta... o algo peor -bebió un sorbo y volvió a dejar la copa-. Es humillante que te maltraten, Georgie. Es algo que no quieres que sepa nadie. Comienzas a pensar que de algún modo te lo merecías.

-Oh, Gabby, ojalá me hubieras dicho algo... -Georgie no sabía cómo expresar su compasión. Tales situaciones no eran infrecuentes, pero no por eso resultaban menos horrorosas.

Gabrielle levantó la vista hacia ella y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

-Ya pasó; ya he vuelto a ser yo misma. En lord Praed encontré la posibilidad de un pequeño flirteo... muy seductor... ¿o debo decir desafiante? -los hombros mojados se encogieron apenas-. De cualquier manera, deseo entrar en el comedor con él, si es que puedes arreglarlo.

Georgie rió, muy complacida de poder olvidar la imagen perturbadora de su fuerte e independiente prima bajo el dominio de un esposo violento.

-Por supuesto que puedo. Aunque debo admitir que no sé qué le ves.

-A ti no te gustan los caminos pedregosos -señaló la prima-. Mientras que yo siempre los he preferido a los senderos llanos.

Y el amado Guillaume era el camino más pedregoso que jamás había elegido. Pedregoso, maravilloso, desesperado... jamás un terreno llano. O estaba en la cama, o enfrentando la muerte y el peligro en algún lugar. Había amor o temor. No quedaba sitio para la satisfacción de una felicidad común o la posibilidad del aburrimiento, no había tiempo para aprender los pequeños hábitos, ni los irritantes ni los gloriosos.

-Es cierto, supongo -Georgie se puso de pie-. Simón es un sendero muy tranquilo... Bueno, será mejor que baje. Lady Asiop siempre aparece mucho antes que los demás invitados y se siente ignorada si no estoy para atenderla y cuidar de que la lleve de inmediato junto al fuego, protegida de las llamas por una pantalla, con una copa de ratafía al lado.

-No sé por qué dejas que la vieja te tiranice -dijo Gabrielle con tono irreverente.

Georgie sacudió la cabeza.

-Es la tía abuela de Simón. Y, de todos modos, no me molesta.

«No, claro que no», pensó Gabrielle con cariño al tiempo que la puerta se cerraba detrás de su amiga. Georgie era una persona muy dulce.

Sin duda le resultaba muy desagradable engañar a sus amigos, reflexionó Gabrielle, pero la causa era demasiado importante como para permitir que le estorbaran los escrúpulos personales. Tendría que inventar alguna justificación creíble para su disposición a lanzarse a una relación amorosa cuando se suponía que era una viuda desconsolada. Georgie comentaría con Simón la verdadera causa de su depresión, y ninguno de los dos cuestionaría los sucesos que se darían más adelante. Los sucesos futuros. Se levantó de la tina goteando *y* se envolvió en una toalla. Primero debía ingeniárselas para llegar a la cama de Nathaniel Praed. Sabía que Guillaume lo entendería. El aprobaría la motivación de sus actos;

pertenecían al mundo de los secretos oscuros que él le había transmitido. ¿Pero cómo se sentiría por lo otro, por la corriente sexual que existía entre ella y el hombre que había ordenado la muerte de Guillaume? Gabrielle creía que lo entendería. El mismo era un hombre de tales pasiones, y conocía las de ella. Sin embargo, Gabrielle deseaba con todo el corazón sentir sólo aversión por Nathaniel Praed.

Ir de buena gana... no, no sólo de buena gana, sino ávida y llena de excitación... al lecho del noble significaba traicionar a Guillaume, por muy puros que fueran los motivos.

Pero Guillaume estaba muerto. Gabrielle tenía veinticinco años, y los que le quedaban aún por vivir se extendían ante ella como una desolación deprimente.

Tomó la cuerda de la campanilla y llamó a Maisie para que la ayudara a vestirse.

Nathaniel esperaba que ella entrara en el salón. Intentaba convencerse de que no era así, pero sus ojos se hallaban fijos en la puerta. Cuando su vigilancia fue recompensada, de nuevo quedó sin aliento por la apariencia impresionante de Gabrielle. El terciopelo negro se abría sobre un vestido de satén rojo fuego. Tenía el pelo recogido, sujeto con una peineta de diamantes. Un pendiente de la misma piedra anidaba en el profundo escote. Eran los únicos adornos que llevaba.

Gabrielle atravesó la habitación directamente hacia él, como si no viera a nadie más, como si él no viera a nadie más que a ella. Las cabezas se volvieron a mirarla, pero Gabrielle parecía no darse cuenta.

-Buenas noches -saludó con voz suave al aproximarse a Nathaniel.

-Buenas noches -él le sonrió y le pasó un dedo por la mejilla, donde un levísimo rasguño estropeaba la pálida transparencia del cutis-. La rama del árbol te arañó.

-Sí-repuso ella-. Una cicatriz de batalla.

Estaban solos en el salón lleno de gente, indiferentes a las miradas perplejas, los murmullos, los codeos.

-Debemos hacer algo -susurró con urgencia Georgie a Simón, que, tras haber escuchado los detalles de las confesiones de Gabrielle a la hora del baño, observaba el encuentro con divertida fascinación.

-Todo el mundo los mira.

Georgie atravesó el cuarto con rapidez, con su esposo a los talones.

-Y bien, ¿qué opina de nuestro coto de caza, lord Praed?

Su voz quebró el círculo encantado, pero los ojos de Nathaniel permanecieron como nublados un instante cuando se volvió para responder.

-Un poco accidentado, lady Vanbrugh -repuso, ya más compuesto.

-Georgie no caza -dijo Gabrielle al tiempo que recobraba la serenidad con similar rapidez-. De modo que, cuando habla de caza, usted debe darse cuenta de que sólo lo hace por cortesía. Ella emplea términos adecuados, pero no tiene la menor idea de qué significan.

-Ah, qué injusta-contestó Georgie, riendo-. Os he escuchado, a ti y a Simón, casi toda mi vida. Por supuesto que sé qué significan, ¿verdad Simón?

Su esposo le devolvió una sonrisa.

-No importa, mi amor, como quiera que sea. ¿Para qué necesitarías saber qué significan?

-Bueno, admito que cazar me desagrada profundamente -repuso Georgie-. Siento tanta pena por el zorro...

-Así es -convino Gabrielle.

-Ah, vamos, condesa -intervino Nathaniel-. Bien que usted se aseguró de presenciar la matanza; juro que ni pestañeó.

-No soy impresionable -aclaró Gabrielle-. Pero eso no quiere decir que no pueda sentir pena por el zorro.

Pronto la conversación se tomó general, y cuando Gabrielle entró en el comedor del brazo de Nathaniel, el extraño y desconcertante momento de intimidad pasó al olvido para la mayoría de los invitados, aunque no para sus protagonistas.

4

-Hacía mucho tiempo que no oía ese sonido -comentó Miles a Simón mientras entraban en el salón de estar después de la cena.

Simón no necesitó explicación del comentario. El sonido cálido y profundo de la risa de Nathaniel Praed parecía llenar todos los rincones de la habitación larga y de techo alto, el noble estaba apoyado en el respaldo del sillón de Gabrielle, que conversaba con él sentada en los almohadones de tafetán. Lo que ella decía parecía divertir mucho al lord.

-Nathaniel dice que ella es un problema -continuó Miles, pensativo-. Pero tengo la impresión de que el caballero protesta demasiado.

- ¿Y eso te sorprende, amigo? -Simón rió entre dientes-. Si yo no estuviera felizmente casado con Georgie, creo que también me sentiría tentado.

-Yo no -contestó Miles-. Gabby es demasiado *enfant terrible* para mí. Con ella un hombre jamás sabe dónde está parado. Gabrielle tiene un sentido del humor de los mil diablos, siempre burlándose. La mitad del tiempo no sé si habla en serio o no.

-Pero con ella no te aburres nunca -comentó Simón-. Tal vez sea eso lo que necesita Nathaniel.

-Tal vez -Miles tomó un poco de rapé con un indolente movimiento de la muñeca-. Con certeza que no le hará daño cruzar espadas con alguien capaz de dar tanto como recibe. Una lección de humildad podría ser su salvación. A Gabrielle no la intimidará la peculiar arrogancia de Nathaniel.

Simón rió.

-Por mucho afecto que le tenga, debo admitir que a ella tampoco le falta arrogancia. Quizá cada uno le baje los humos al otro.

-Bueno, sin duda será una contienda interesante para observar. Propongamos un partido de whist. Me encantaría verlos como pareja de juego.

Se acercaron a la pareja y Miles dijo alegremente;

-Gabby... Nathaniel... tenéis que rescatarnos de cierto desastre. Lady Asiop y el coronel Beamish buscan dos personas para una mesa de whist. Si vosotros no accedéis a jugar con nosotros, Georgie nos ofrecerá como voluntarios en el momento en que mire en nuestra dirección.

Gabrielle examinó a lord Praed con un aire de especulación tan maliciosamente invitante como desafiador.

- ¿Usted juega bien, señor?

-Bastante bien, señora -respondió él, guiñándole un ojo-. Pero me temo que debo hacerle la misma pregunta.

-Juego tan bien como cazo -afirmó ella con tranquilidad.

-Aunque confío en que no con tanta imprudencia.

-No corro riesgos innecesarios.

-Tendrá que disculparme si lo dudo -le sostuvo la mirada, y el circulo encantado volvió a atraparlos.

Simón carraspeó.

-Doy fe de que Gabrielle juega muy bien a las cartas, Nathaniel. Por cierto no es una apostadora conservadora, pero no te dejará en la ruina.

-No -convino Gabrielle con una sonrisa dulce dirigida a su inminente compañero-. Soy una pareja de juego por demás confiable, lord Praed. Tanto en el whist como en otras cosas. Tal vez ya sea tiempo de que se lo demuestre.

A Nathaniel le daba vueltas la cabeza y sentía tirante el cuero cabelludo, como si estuviera afiebrado. Y quizá lo estaba, pensó. Esa mujer lo arrastraba al borde del infierno,

de algún modo él debía evitar caer en la trampa. Buscó una de las respuestas frías y formales que ya eran un hábito en él.

Por un instante no acudió nada a sus labios; sabía que estaba sonriendo y que sus ojos miraban con calidez. La sonrisa torcida y los ojos oscuros de Gabrielle pendían como la luna en medio de la bruma ante su mirada fascinada; unos mechones de pelo rojizo escapaban de la peineta de diamantes. Gabrielle era rojo y negro; era un problema. Los suaves rasgos de Helen se presentaron a rescatarlo; los ojos líquidos, las expresiones tentativas, la mano tierna.

-No estoy de humor para las cartas -dijo Nathaniel con voz cortante, con ojos ahora fríos y duros-. Debo pedirle disculpas, madame; no podría hacerle justicia como compañero -hizo una reverencia y se retiró con excesiva rapidez hacia la puerta del salón.

Simón suspiró.

-Por un minuto creí vislumbrar al Nathaniel de otros tiempos.

- ¿Al Nathaniel de otros tiempos? -las cejas de Gabriel se alzaron.

-Esta mañana te conté que perdió a la esposa durante el parto -le recordó Miles con un toque de su rigidez anterior.

-Todos sufrimos tragedias -repuso Gabrielle y, para sorpresa de ambos, por una vez no había burla en su voz. Sus ojos parecían dos pozos oscuros de infelicidad, pero enseguida esa expresión desapareció-. Bueno, si lord Praed no juega, deberán encontrar otro compañero para mí.

Sonrió del modo en que lo haría siempre y tomó a Simón del brazo mientras se dirigían hacia la sala de Juego.

Nathaniel se acostó en la cama completamente vestido, y se quedó escuchando las voces que llegaban desde abajo y los acordes de la música mientras unas cuantas parejas ocupaban la pista de baile en una improvisada danza campestre. En el establo había dejado instrucciones para que su carruaje estuviese listo en la puerta principal a las cinco de la mañana, bastante antes del amanecer.

Ahora lo único que debía hacer era pasar la noche; luego se hallaría en marcha a Hampshire, resguardado del infierno personificado en un par de ojos color carbón.

Al cabo de un rato, el bullicio se apagó, y Nathaniel oyó los saludos de buenas noches mientras los otros invitados se rearaban a sus cuartos. Se desvistió e intentó dormir. Pero le fallaron todos los trucos que conocía para inducir el descanso cuando estaba demasiado excitado.

Y cuando un puñado de guijarros entró volando por la ventana abierta y golpeó el suelo de madera lustrada, comprendió qué había estado esperando.

Cuestionar lo inevitable era un ejercicio fútil. Volvió a encender la vela de junto a la cama, se levantó, se echó la bata sobre los hombros y se dirigió a la ventana. Gabrielle de Beaucaire estaba en el sendero de abajo, con las manos en las caderas, cada línea de su cuerpo una pregunta y una invitación.

Nathaniel se asomó a la noche bañada por la luz de la luna. No dijo nada; se limitó a dirigir a la quieta figura un gesto con un dedo. Por un breve instante ella dio la impresión de vacilar; luego comenzó a trepar la enredadera, una mano tras la otra, buscando con los pies un hueco donde pisar. Con los codos apoyados en el ancho alféizar, él la observaba avanzar e intentaba controlar su ansiedad.

Cuando la cabeza de Gabrielle llegó al antepecho de la ventana, Nathaniel la tomó con fuerza por debajo de los brazos, la levantó y la dejó en el interior de la habitación.

Tanto le sorprendió a Gabrielle semejante evidencia de una fuerza mayor que la habitual en un hombre cuyo físico indicaba resistencia y agilidad más que potencia muscular, que no emitió sonido hasta que sus pies hicieron firme contacto con el suelo de la habitación y Nathaniel la soltó.

Entonces inspiró y se apartó el pelo de la frente al tiempo que le dirigía una pequeña sonrisa.

-Esta noche me dio un poco de miedo la escalada. Pero no se debe ceder al miedo, ¿verdad?

El la observó serio.

- ¿Y la tentación? -inquirió con voz suave-. ¿Qué hacemos con la tentación, Gabrielle?

-Ah -inclinó la cabeza hacia un lado mientras lo pensaba-. Resistir la tentación es otro tema. Un tema que es mejor dejar a las conciencias individuales, creo, de acuerdo con las circunstancias.

-Sí -repuso él en voz baja.

¿Qué razón tenía para resistir aquella tentación? En pocas horas estaría lejos de allí, lejos de Gabrielle de Beaucaire, y jamás volvería a verla. Ella lo deseaba tanto como él. Era una tentación efímera, no una que necesitara ser resistida.

Las manos de Nathaniel fueron hacia los botones de la camisa de Gabrielle. Muy lentamente los desprendió, uno a uno. Gabrielle permanecía inmóvil ante el resuelto acto de desnudarla, a pesar de que su sangre fluía de prisa y su corazón latía acelerado.

El le tomó las muñecas, desabrochó los pequeños botones de perlas y terminó de quitarle la camisa. Arrojó la prenda a un lado y se quedó mirando a Gabrielle, desnuda hasta la cintura bajo la luz de la luna. Ella continuó inmóvil ante la prolongada inspección, con la piel erizada, los pezones tiesos y endurecidos por la brisa helada que entraba por la ventana.

Nathaniel tomó la generosa redondez de los pechos en la palma de sus manos y acarició los pezones con sus pulgares, mientras la miraba a los ojos; luego bajó la cabeza y pasó la lengua, suave y lenta, primero por el pezón derecho y después por el izquierdo. Era una caricia tan llena de promesas que Gabrielle contuvo la respiración, pero obedeció a la tácita regla de silencio que ambos mantenían.

En el mismo silencio, Nathaniel la tomó de la cintura y la sentó sobre el antepecho de la ventana; le quitó las botas y luego las medias. Despacio, aflojó la cintura de los pantalones, volvió a bajarla de la ventana y le deslizó la prenda por las caderas. Luego, sonriendo, la apoyó de nuevo contra el frío antepecho de piedra y le sacó los pantalones por los pies.

Gabrielle se estremeció, pero no de frío, aunque sintió la piedra dura y helada bajo el trasero y los muslos al estar sentada desnuda en el alféizar.

Nathaniel la levantó con la misma facilidad que antes, la alzó en brazos, la llevó a la cama y la depositó con delicadeza sobre la colcha abrigada.

- ¿Por qué me llevas de un lado a otro? -quiso saber ella, y su voz sonó extraña al quebrarse por fin el intenso silencio. Intentó una nota divertida, pero en su voz había un estremecimiento que revelaba mucho más que diversión.

Nathaniel se quedó contemplándola mientras ella yacía en la cama, vulnerable en su desnudez. Las extremidades eran largas v esbeltas, y las curvas generosas de las caderas y los pechos sorprendieron y complacieron a Nathaniel. Vestida, la estatura ocultaba la belleza de su cuerpo.

-Supongo que eso te vuelve más dócil -respondió él-. O al menos a mí me da esa impresión.

- ¿Y necesitas que sea dócil?

-Tengo mi orgullo masculino -un destello de burla hacia sí mismo se notó en sus ojos; me como si la frialdad áspera y aislada que a menudo demostraba pertenecieran a otro hombre. Se quitó la ropa y se metió en la cama junto a ella.

-Jamás lo habría imaginado -murmuró Gabrielle mientras le acariciaba el pecho-. Creía que eras un hombre muy recatado y retraído.

Nathaniel rió entre dientes y deslizó una pierna sobre los muslos de Gabrielle, para atraerla más cerca del calor de su cuerpo.

-Debo de haber sido demasiado delicado en mi acercamiento. Jamás había tenido trato con una mujer demonio.

Ambos sabían que la broma era una táctica para demorarse, un último intento de controlar el embriagador torbellino de pasión que los envolvía.

Gabrielle cerró los ojos y la esencia de la piel de Nathaniel llenó el aire que la rodeaba. Inhaló con avidez, y le recorrió la espalda con las manos, aprendiendo la curva de las caderas y los glúteos, la prominencia de los músculos, los nudos de la columna. Le acarició la cabeza, enroscando en sus dedos el pelo ondulado.

Nathaniel sintió la presión de los pechos contra el suyo, la rigidez de los pezones duros mientras probaba la dulzura de la boca de Gabrielle con lengua inquisidora.

Su necesidad se alzó dura y urgente, eclipsando todo lo demás salvo la inmediatez del deseo. Con un suave gemido de similar urgencia, Gabrielle se apoyó contra la carne erecta, tensando los muslos y atrayéndolo hacia el surco caliente de su cuerpo, con los labios pegados a la boca de él murmuraba palabras obscenas de pasión desinhibida.

-Te deseo -dijo él en voz baja y feroz, al tiempo que con las palmas de las manos abiertas le acariciaba y le abría el interior de los muslos. Le tocó el ardiente centro femenino y ella gimió.

-Penétrame, amor, ahora.

A pesar del ferviente imperativo, Nathaniel intentó contenerse, mantener el control de ambos, sabiendo que la demora aumentaría el placer, temiendo cometer un error si se entregaba a la necesidad apresurada, y sabiendo con dolorosa certeza que ese acto amoroso sería único y no debía echarlo a perder con una lujuria precipitada y bestial.

La miró mientras Gabrielle se abría debajo de él en lascivo abandono, las caderas alzadas inconscientemente, los muslos separados, un brillo de humedad en las satinadas ondulaciones internas que relucía con el tenue resplandor de la vela situada junto a la cama. Nathaniel le acarició los labios con la lengua y ella repitió la orden:

-Ahora, Nathaniel.

Estaba perdido, sin remedio. Con respiración temblorosa la montó, deslizó las manos por debajo de ella para levantarla *y* prepararla para recibir la pujante entrada de su miembro

en la vaina húmeda y acogedora. Con cada profunda arremetida él sondeaba el cuerpo de Gabrielle, y los ojos de ella le sostenían la mirada; hubo un resplandor de sorpresa en esas profundidades color carbón cuando se extasió con la presencia de la carne masculina en sus entrañas.

Hubo un breve instante de conciencia cuando ella le rozó los labios con los dedos y murmuró:

- ¿Serás cuidadoso?

-Por supuesto -respondió él simplemente.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Gabrielle a medida que el prodigioso placer crecía en su interior y el fuerte ritmo del cuerpo de él en el suyo se convertía en parte de ella misma.

Y al final soltó una risilla, un pequeño sonido jubiloso de puro placer que provocó en Nathaniel una reacción de encantada diversión. Y entonces estalló el éxtasis y por un instante mágico existieron como una sola carne, antes de que, con una desgarradora sensación de pérdida, Nathaniel cumpliera su promesa; pero ella lo aferró con fuerza contra sí, envolviéndole las caderas con las piernas, apretándole las nalgas con los talones, como si él aún estuviese dentro de su cuerpo, mientras el palpitante orgasmo lo lanzaba al mar de la sensación última, y hasta que cayó hacia adelante, encallado sobre Gabrielle, y los brazos de ella cayeron hacia atrás, y sus piernas se abrieron amplias alrededor de él con el desgarbo de la satisfacción.

Al cabo de un instante, Nathaniel hizo un esfuerzo supremo y se puso a un costado junto a ella. Le acarició la piel húmeda del vientre, con el rostro hundido en la curva de su cuello. Gabrielle levantó una mano y la dejó caer pesadamente sobre su espalda en un intento de corresponder a las lánguidas caricias de gratitud.

-Salvaje -murmuró Nathaniel al fin, y su aliento cálido le rozó el cuello-. Fue indecentemente apresurado. Me gusta tomarme mi tiempo, no lanzarme de cabeza al éxtasis.

-Ambos teníamos una poderosa sed que saciar -respondió Gabrielle con una sonrisa en cierto modo complaciente-. La próxima vez podemos tomamos más tiempo.

Nathaniel volvió la cabeza hacia la ventana. La luna pendía del cielo negro y las estrellas brillaban más que nunca. Faltaba una eternidad para el amanecer, eternidad en la que se podía permitir la tentación.

-Entonces quizá podamos comenzar ahora la próxima vez -murmuró al tiempo que se incorporaba sobre un codo y se deleitaba los ojos con el cuerpo de Gabrielle, recorriendo cada centímetro ahora que el impulso del deseo se había saciado.

La piel de Gabrielle era blanca como la leche, y suave; se extendía tensa sobre el tórax y se curvaba en la concavidad del vientre. Nathaniel bajó la cabeza para hundir la lengua en el delicado hueco del ombligo y juguetear con los sedosos vellos rojo oscuro del ápice de los muslos.

Gabrielle se estiró sensualmente bajo la mano que la acariciaba con movimientos suaves y seguros, arrancándola de las aletargadas profundidades de la saciedad para reencender las cenizas de la excitación.

-No, quédate quieta -ordenó Nathaniel cuando ella intentó responder al juego-. Quiero explorarte, descubrir lo que te gusta. Quiero que tu cuerpo me hable.

-En este momento está muy elocuente -murmuró ella mientras se arqueaba como un gato bajo el contacto, ofreciéndose llena de deseo a esas manos tan hábiles y experimentadas y dejando para después su propio juego de descubrimiento íntimo.

Nathaniel jugó con ella, gozando de la suprema sensibilidad que le permitía llevarla al punto de gozosa excitación una y otra vez. Sus voces se mezclaban en murmurado placer y a veces se sorprendían cuando veían que avanzaba la noche y el viaje erótico tomaba giros inesperados.

Gabrielle sentía que él había recorrido cada centímetro de su cuerpo, que cada hendidura se revelaba al hombre que sabía amar con tan exquisita sensibilidad. El conocía los lóbulos de sus orejas, los huesos de sus tobillos, los dos hoyuelos de la parte baja de su espalda, los espacios entre los dedos de los pies y cada una de las uñas. Al fin, él le entrego su propio cuerpo y ella lo estudió con la misma minuciosidad, sabiendo que tal conocimiento crea entre dos personas vínculos que no se pueden romper con facilidad.

La fusión final fue una unión soñada de dos entidades separadas que ya no reconocían su individualidad. Se elevaban y bajaban juntos con una cadencia suave; la piel de él era de ella y viceversa, la carne de él presionaba contra el útero, una parte inextricable de su esencia.

Luego permanecieron acostados uno junto al otro mientras recuperaban su individualidad; las estrellas comenzaron a apagarse; con la llegada del amanecer, Nathaniel se obligó a abandonar el bosque encantado. Era hora de regresar al mundo real, de oscuros peligros y enredados secretos. También era hora de ponerse un tiempo el manto de la paternidad, por muy incómodo que fuera.

El no hacía el amor desde que el embarazo de Helen la había debilitado tanto que apenas podía levantar la cabeza de la *chaise longue* -no pensaba dignificar las subsiguientes satisfacciones apresuradas de las necesidades del cuerpo con el término «hacer el amor» -; esta noche no había pensado ni una sola vez en Helen. Percatarse de esto atravesó como una astilla de hielo su cálido letargo, su apacible contemplación del interludio exquisito y sensual que había compartido con la figura esbelta y sinuosa que se hallaba acostada a su lado.

¿Cómo podía no haber pensado en la mujer que ahora estaría viva si él no hubiera cedido con tal incontinencia a sus urgencias físicas? Helen había sufrido tres abortos antes de poder completar el embarazo de Jake y dar su vida por la del niño. Y sin embargo él no había pensado en ser cuidadoso. Sólo esperaba que ella fuese su mujer y la madre de sus hijos, y Helen no había objetado ese papel. Pero no era del tipo de mujer que contradice a un hombre, ni renegaba de lo que creía eran sus obligaciones. Sabiéndolo, él debería haber pensado, debería haber comprendido, debería haber tomado la decisión por ambos. En cambio...

Gabrielle cambió de posición en el lecho y volvió la cabeza para mirarlo. Los rizos de color rojo oscuro se derramaban sobre la almohada blanca de linón, como una intensa mancha rojiza, como la sangre de Helen que fluía incesante de su cuerpo hasta dejarla agotada, sin vida, exangüe.

-Te pasa algo -dijo Gabrielle directamente-. ¿Qué es, Nathaniel?

No era su culpa. Ella lo había tentado, y él había elegido entregarse. Se aferró con firmeza a este pensamiento hasta que la ardiente necesidad de lastimarla, de castigarla por su propia debilidad se mitigó lo suficiente como para permitirle hablar, aunque no con afecto, al menos sin evidente hostilidad.

-La noche ha terminado -dijo al tiempo que abandonaba la cama, se estiraba y bostezaba-. Es hora de que regreses a tu habitación, antes de que los sirvientes comiencen a andar de un lado a otro.

Gabrielle lo observó un momento con ojos entornados. Algo lo perturbaba, pero muy por adentro. Lo que había compartido del espíritu de Nathaniel esa noche le permitía darse cuenta de eso. Pero ni siquiera ese tipo de intimidad admitía intromisiones; además ella no deseaba entrometerse. Gabrielle tenía un solo objetivo con respecto a Nathaniel Praed. Si en el proceso se presentaba una explosión extra de placer carnal, tanto mejor. Pero la intimidad debía detenerse allí. No podía haber nada más.

-Tienes razón -respondió-. Ya está amaneciendo. Quizá deba marcharme por la ventana, para mayor seguridad.

- ¿Para mayor seguridad? -se mofó él-. Para marcharte por esa ventana tendrás que pasar sobre mi cadáver.

Gabrielle ladeó la cabeza a su habitual manera encantadora y a menudo irritante.

-Bueno, me parece un poco extremo, señor. Un sacrificio innecesario, con seguridad.

Los labios de él se crisparon.

- ¡Bruja! Vístete y márchate por la puerta -tomó la ropa-. Póntela.

Las prendas volaron hacia ella: camisa, pantalones, medias y botas. Gabrielle las atajó en el aire con instintiva precisión y Nathaniel disfrutó del movimiento flexible de su cuerpo cuando ella se estiró y se inclinó en rítmica reacción. Y entonces volvió a recordar a Helen. Deseaba mirar hacia otro lado mientras Gabrielle se ponía los pantalones y se abotonaba la camisa, pero no pudo. Sus ojos estaban fijos en ella, como si alguien le hubiese puesto palillos bajo los párpados.

Pero, para su alivio, Gabrielle no dio muestras de querer demorarse una vez vestida. Tampoco demostró la ternura de la noche anterior, ni siquiera le ofreció un beso de despedida antes de dirigirse a la puerta.

-Que duerma bien, lord Praed. Prometo no molestarlo en el desayuno esta mañana.

Cuando cerró la puerta, su risa contenía toda la burla acostumbrada.

Con una velocidad hermana de la desesperación, Nathaniel se vistió, arrojó sus pertenencias en una maleta, bajó a prisa la escalera y se dirigió al carruaje que lo esperaba.

Cuando dobló por el pasillo hacia su habitación, Gabrielle se encontró con una sirvienta que forcejeaba con un cubo de carbón. Le ofreció un alegre "buen día», pero la muchacha, muda, se quedó mirando boquiabierta la aparición matutina vestida con pantalones y camisa.

Gabrielle se encogió de hombros y siguió su camino.

Lo más probable era que la muchacha perteneciera a la clase mas baja del plantel de sirvientes y no supiera los nombres de los invitados de los Vanbrugh, aunque tuviera propensión al chisme. De cualquier modo, no tenía importancia. Ningún sirviente sería capaz de adivinar en qué cama había pasado la noche la condesa de Beaucaire.

Llegó a la habitación sin más incidentes. La prolija cama abierta la esperaba, prueba muda de que ella no había pasado allí la noche. Una hoja de papel sobre la almohada abultada e intacta le llamó la atención de inmediato.

La tomó. La letra de Georgie se esparcía desgarbada por el papel:

Gabby, ¿dónde estás? ¿O puedo adivinarlo?

Quizá no deba intentarlo. Sólo para prevenirte; Simón dice que lord Praed ha pedido su carruaje para el amanecer. Al parecer ha decidido que sus asuntos aquí han terminado, ¡y ni siquiera se quedará a desayunar! Es un hombre muy rudo, Gabby; no entiendo qué ves en él. Aunque sobre gustos no hay nada escrito, ¿verdad? No sé si querrás saber sus planes, pero por las dudas... ¡Que duermas bien!

Gabrielle arrugó el papel en el puño mientras miraba por la ventana el día que iba tomándose cada vez más luminoso. Nathaniel no había dicho nada acerca de marcharse. ¿Aún se iría después de una noche así? ¿Era capaz de levantarse y marcharse sin una explicación o al menos una despedida, como si esas horas gloriosas jamás hubiesen existido?

Recordaba el modo en que las sombras habían retomado a su rostro un momento antes de que se separaran. Sus ojos se habían vuelto piedras oscuras una vez más. Y supo que el era capaz de alejarse de un efímero encuentro erótico sin mirar atrás.

Pero Gabrielle no podía permitirlo. La seducción de Nathaniel Praed tenía que llegar más profundo que una mera noche de mutuo placer. Ella aún no había conseguido persuadirlo de que la aceptara en el servicio secreto... y se hallaba todavía muy lejos de vengar la muerte de Guillaume.

Con veloz eficiencia comenzó a moverse por la habitación mientras llenaba una maleta con prendas útiles: el equipo de montar, lencería limpia y varios vestidos de día. Los vestidos de noche y el cofre de las joyas no le harían falta; además, no podría llevarlos. Desde luego, no le vendría mal saber adonde iba. Encima de todo lo demás echó sus cepillos para el pelo y el polvo dentífrico; cerró la maleta, se envolvió los hombros con un abrigo de terciopelo negro con capucha, guardó dentro del profundo bolsillo una pistola con cachas de marfil y una máscara negra; se puso los guantes, tomó la fasta y la maleta y se dirigió hacia la puerta.

¡Merde! No podía marcharse sin decir una palabra a Georgie. Se quitó los guantes, me hasta el secreter, buscó un papel y una pluma y garabateó unas pocas palabras de oblicua explicación. Su prima leería entre líneas y le enviaría el resto de sus pertenencias una vez que Gabrielle supiera adonde iba.

Con la nota en la mano, salió de la habitación y anduvo de prisa por el pasillo. Ante el cuarto de Georgie, dobló el papel con cuidado y lo deslizó por debajo de la puerta, donde lo vería la criada cuando fuera a despertar a su ama, en unas pocas horas.

Gabrielle corrió escaleras abajo hasta la puerta principal y notó que ésta ya estaba abierta. Probablemente lord Praed, malditos fueran sus ojos, no había perdido tiempo para emprender su retirada. Fue apresurada hasta el establo; el abrigo le golpeaba los tobillos con cada uno de sus largos pasos. Tendría que tomar prestado uno de los caballos de Simón, pero a él no le molestaría.

Cuando entró, vio a un mozo de cuadra que estaba barriendo el establo.

-Ensille a Major-ordenó-. ¿Sabe en qué dirección partió lord Praed?

-Yo no, señora -respondió el muchacho, y se tiró de un mechón de pelo que le caía sobre la frente-. Pero calculo que Bert lo sabrá -entró en la cuadra y salió un minuto después con el caballerizo.

-Major tiene una articulación hinchada, señora. Será mejor que lleve a Thunderer - informó mientras se aproximaba a Gabrielle. El hombre sabía que el establo de lord Vanbrugh se hallaba a disposición de la condesa, y la vestimenta poco convencional que llevaba en aquel momento no le sorprendió, ya que la conocía desde la niñez y sabía que le agradaba tener la libertad de cabalgar a horcajadas temprano por la mañana.

-Puede que lo necesite varios días, Bert. ¿Acaso lord Vanbrugh lo necesitará para montarlo él?

-No lo creo, señora. El señor tiene al nuevo caballo castrado para probar.

Gabrielle movió la cabeza.

- ¿Sabe qué dirección tomó el coche de lord Praed? Tengo un mensaje urgente para él.

-El conductor dijo que iban a Hampshire, señora. A la finca que el señor tiene allí. Supongo que habrán tomado el camino de Crawley.

Gabrielle frunció el entrecejo, recordando el trayecto.

- ¿Cuánto hace que se marcharon?

-Media hora, señora. El coche estuvo listo a las cinco, pero el señor no apareció hasta las cinco y media.

-Entiendo.

El muchacho llevó a Thunderer ensillado, y Bert ayudó a montara Gabrielle. Ella se acomodó en la silla y esperó mientras Bert te alcanzaba las riendas y ajustaba la maleta en la grupa. Si el caballerizo pensaba que había algo extraño en la partida no anunciada de la condesa al romper el alba, sin compañía y vestida como iba, lo guardaría para sí y se comportaría como si aquélla fuera una más de sus largas excursiones matutinas antes del desayuno.

Gabrielle salió al trote con Thunderer y tomó por el largo sendero hacia el camino de Crawley, que quedaba hacia la izquierda; si tomaba un atajo podría llegar unos ocho kilómetros más adelante; si recordaba bien, allí había una alameda junto al camino. Sería perfecto para lo que tenía en mente. A buen galope a campo traviesa, Thunderer alcanzaría con facilidad al carruaje, más lento y obligado a avanzar sólo por el camino.

Una leve sonrisa torcida curvó sus labios cuando imaginó la sorpresa de lord Praed. Probablemente se pondría furioso, por supuesto, pero, a menos que ella lo hubiese interpretado mal, lo cual, después de semejante noche, era impensable, el abordaje poco ortodoxo de Gabrielle le resultaría decididamente irresistible.

5

Nathaniel se apoyó en los cojines de cuero del ligero vehículo con los brazos cruzados sobre el pecho y la expresión más amenazadora que de costumbre. En esa partida apresurada aunque planeada había algo que iba contra su naturaleza. Parecía una huida... una huida de la hechicera.

Su cuerpo cantaba al recordarla. El aroma de Gabrielle perduraba en su piel; llevaba su sabor en la lengua; su risa exultante le sonaba en los oídos. ¿Quién era? ¿Qué era? Aparte de lo que le había dicho Simón, no sabía nada de ella excepto los rincones más recónditos, las más profundas intimidades de su cuerpo glorioso.

¿Cómo era posible? ¿Cómo alguien podía sondear las profundidades eróticas de otro cuerpo y aun así no saber nada de la personalidad, la constitución espiritual, las motivaciones, los temores y las esperanzas de una amante como aquélla?

Con el entrecejo fruncido, Nathaniel intentó reunir los pocos datos que tenía. Pero añadieron muy poco a la suma. Gabrielle era viuda, una viuda desconsolada según Simón, desesperada por realizar alguna actividad que la distrajera de su dolor. Pero la mujer que había compartido su lecho no había demostrado ninguna de las restricciones que se podían esperar de una viuda desconsolada.

Bueno, tampoco él había demostrado ninguna de las restricciones de un viudo desconsolado, y bien sabía que lo era. La pena y la compasión corrían tan hondo que fluían junto con la sangre por sus venas. Eso no lo había detenido... no había puesto frenos al exceso sensual de la noche.

Gabrielle era temeraria y, según Simón y Miles, lo había sido siempre. Seguía el impulso y perseguía lo que quería. Escalaba muros y cabalgaba como un demonio. ¿Pero por qué? ¿Qué la habría vuelto así?

Se frotó los ojos con cansancio, de repente harto de aquel ejercicio. Ya había acabado. No le interesaba quién o qué era Gabrielle. No quería tener nada más que ver con ella. Simón tendría que repetir el mensaje de que no existía la menor posibilidad de que el jefe de los espías cambiara su política y admitiera a una mujer en la red, y entonces ella encontraría otro juego... y otro amante... al cual dedicarse.

Semejante mujer no podía vivir sin un amante por mucho tiempo.

Esta reflexión le provocó el mismo efecto que chupar un limón. Se le secó la boca, se le fruncieron los labios, se le arrugó la nariz, y aun más la frente. Era algo de lo más desagradable. Pero la distancia y el tiempo surtirían el efecto habitual. Se desdibujarían los nítidos contornos del recuerdo, se mitigaría el penetrante conocimiento de la dicha.

De manera abrupta cambió el curso de sus pensamientos hacia un mejor propósito. Jake. Debía tomar algunas decisiones con respecto a su hijo. Era hora de que la institutriz se marchara y un tutor ocupara su lugar. En dos años el niño iría a Harrow, y debía estar preparado. Una niñez pasada en exclusiva compañía de blandas mucamas e institutrices no constituía una preparación adecuada para enfrentar los rigores de la escuela. Y Jake era demasiado tímido. Temía a cualquier caballo más grande que su Shetiand. Odiaba ver un

pescado destripado o un ratón en una trampa. Se amedrentaba ante la menor reprimenda. Y rehuía a su padre. ¿Por qué?

Nathaniel se arropó más en su abrigo y se cerró el cuello para protegerse del frío de las primeras horas de la mañana. ¿Por qué Jake siempre miraba a su padre con ojos grandes y trémulos? ¿Por qué le resultaba casi imposible decir una oración completa en respuesta a una pregunta común? ¿Por qué su voz sonaba apenas más fuerte que un susurro cuando hablaba con él?

El niño había pasado demasiado tiempo escondido detrás de las faldas de las mujeres. Esa era la conclusión a la que siempre llegaba Nathaniel. No podía haber otra explicación. En ocasiones lo desaprobaba, y lo había regañado una o dos veces; exigía su presencia en la biblioteca antes de la cena siempre que él se hallaba en la casa; lo examinaba con regularidad para comprobar su progreso en los estudios... pero jamás había hecho nada para justificar el temor de su hijo. Ni su amor.

Descartó el pensamiento por considerarlo irrelevante. Tampoco él había amado a su padre; de hecho, Gilbert, el sexto lord Praed, era un hombre frío y distante que gobernaba su hogar, y muy especialmente a su único hijo, con una severidad militar. Nathaniel tenía buenas razones para temerle, muchas más de las que tenía Jake para temer al séptimo lord Praed. Pero un hijo debía respeto a su padre; el amor no era un sentimiento apropiado entre padres e hijos. Con las hijas era distinto. Tenían pocas responsabilidades por delante y se las podía criar con emociones menos severas. En realidad, la ternura las equipaba para su papel adulto como esposas y madres. Una madre podía prodigar ternura y amor tanto a un hijo como a una hija, y eso era lo correcto y apropiado. Además, el amor de la madre contrarrestaba la distancia necesaria entre un padre y su hijo. Pero Jake no tenía madre...

Nathaniel murmuró una maldición. Ese problema siempre se reducía a lo mismo. Cerró los ojos e intentó dormir. Sabía Dios que lo necesitaba después de la noche que había pasado con Gabrielle de Beaucaire. No creía que ella fuera una mujer capaz de demasiada ternura y suavidad... pero también había perdido a sus padres en una de las tiranías más sangrientas desde la Inquisición.

Un disparo de pistola y el violento bamboleo del coche lo despertaron del momentáneo devaneo; llevó una mano a su arma, los sentidos alertas y los ojos bien abiertos. Bajó de golpe el cristal de la ventana; apoyó la pistola en el marco y puso el ojo en la mira con más rapidez que si se hubiera detenido a pensar la secuencia de esas acciones.

-La bolsa o la vida, lord Praed.

Esa voz tan llena de risa burlona era inconfundible, aun cuando el cuerpo de Nathaniel no hubiera vibrado de reconocimiento cuando sus ojos se posaron en la figura alta y esbelta montada en el semental zaino. Sostenía en la mano una pistola que apuntaba con eficiencia al cochero que iba en el pescante. Una capucha ocultaba su pelo y una máscara negra cubría su rostro,

- ¡Qué diablos! -exclamó lord Praed, pero su arma permaneció firme y sus ojos no se apartaron-. ¡Baja de inmediato esa maldita pistola!

-Ah, no voy a dispararla por error -contestó ella, encogiéndose de hombros con despreocupación-. En cuanto a eso no necesita temer, señor.

- ¡Bájala! -durante un instante, los ardientes ojos castaños sostuvieron la tranquila mirada color carbón, en una batalla por ver quién se salía con la suya. Nathaniel no retiró el dedo del gatillo.

¿Lo apretaría? Gabrielle consideró esa posibilidad con curioso desinterés. El le había dicho que no jugaba a nada, y ella no tenía razón para discutirlo. En aquel momento el lord no tenía aspecto de ser un hombre al que le gustara jugar.

Con un gesto que esperaba resultara indiferente, Gabrielle volvió a encogerse de hombros y guardó su pistola en la cintura.

-Disculpe, señor, pero ¿qué diablos está sucediendo? -El cochero se volvió en el pescante y se asomó para hablar a su patrón-. ¿Esto es un asalto o no? Aquí tengo mi trabuco -hizo un gesto con la fea arma.

-Sí, es un asalto -contestó Nathaniel con sequedad-. Pero no hace falta usar el trabuco, Harkin.

Dejó su pistola sobre el asiento a su lado y abrió la puerta del carruaje. Pateó el pedal que dejaba caer los peldaños y se balanceó con facilidad en el primer escalón. Quedó al nivel de los cuartos delanteros del zaino.

Antes de que Gabrielle comprendiera qué estaba por hacer, Nathaniel la alzó con brusquedad de la silla y la arrojó en el interior del carruaje como si fuera un saco pesado.

-Ponga aquí su maleta y ate el caballo a la parte trasera del coche -instruyó Nathaniel al cochero-. Después continué la marcha. Quiero cambiar de caballos en Horsham en una hora.

Esperó hasta que Harkin soltó la maleta de la silla de Thunderer y se la alcanzó. El cochero estaba acostumbrado a obedecer órdenes de extraños sin objeciones.

Lord Praed exigía discreción y presteza a sus sirvientes, y pagaba bien por ambas cosas. Si había elegido albergar en su carruaje a una bandolera bastante fuera de lo común, no era asunto de Harkin.

Nathaniel arrojó la maleta sobre el asiento, cerró de un golpe la puerta del coche y se volvió hacia Gabrielle, que trataba de acomodarse en el asiento.

-Quítate esa ridícula máscara -ordenó Nathaniel con tono brusco-. Estoy harto de tus juegos, Gabrielle.

De veras parecía exasperado. En realidad era comprensible, pensó Gabrielle, pero al menos sus ojos ya no eran piedras oscuras en el fondo de un estanque de lodo; de hecho, estaban positivamente vivos, hasta apasionados, a pesar de que no era exactamente el tipo de pasión que ella prefería. Sin embargo, no se debía ser tan quisquilloso. Ella andaba sobre hielo muy fino. Y cualquier actitud que no fuera de rechazo podía considerarse una ventaja.

Obediente, bajó la capucha del abrigo y se quitó la máscara.

- ¿Por qué no podemos jugar a este juego, Nathaniel? Un interludio de pasión sin promesas... ¿Qué daño podría hacernos a cualquiera de los dos... o a cualquier otra persona, para el caso? -se pasó la mano por el pelo suelto y apoyó la cabeza en los cojines, mientras lo observaba con las cejas levantadas en expresión inquisitiva.

Incrédulo, Nathaniel se percató de que no se le ocurría una sola razón lógica para decir que no. Al mirarla, vio la invitación, la promesa, y recordó cómo ella había satisfecho esas promesas. No era una mujer que pudiera ser juzgada según pautas comunes.

- ¿Qué temes? -preguntó ella. Se inclinó hacia adelante y le tocó las rodillas.

La corriente sexual lo exaltó hasta su fibra más íntima.

-A ti no te temo -anunció él.

-Bueno -sonriendo, Gabrielle volvió a apoyarse en los cojines-. Estoy famélica. ¿Debemos esperar hasta llegar a Horsham para desayunar?

Los ojos de Nathaniel se entornaron.

-Eres -dijo con suave deliberación- una bandida, Gabrielle de Beaucaire.

Se sentó frente a ella, y enseguida se oyó el chasquido del látigo del cochero y el carruaje volvió a ponerse en marcha con un tirón.

Gabrielle prefirió tomar el epíteto como un cumplido y esbozó de nuevo su sonrisa torcida.

Nathaniel se, inclinó hacia adelante, enganchó un dedo en el broche del abrigo de ella y la atrajo hacia sí.

-No tengo intención de desayunar con una bandida -le besó la boca con rudeza. Luego le desabrochó el abrigo y se lo quitó de los hombros. Le cubrió con las manos la redondez de los pechos por debajo de la camisa blanca de linón, y los pezones se erizaron en inmediata y gratificante respuesta-. Una bandida sensual y desvergonzada -murmuró-. Quítate esas malditas prendas.

-Pero hace trío -protestó ella con una risita atrevida.

-Te lo tienes merecido -se reclinó de nuevo, con los brazos cruzados sobre el pecho-. No quiero que me vean en público con una mujer desvergonzada, de modo que si quieres desayunar debes cambiarte de ropa.

-Bueno, está bien, si es algo tan grave... -contestó ella con tono cordial; se desabrochó la camisa y se la soltó de la cintura del pantalón.

Nathaniel se estiró y al mismo tiempo tomó la pistola con rapidez.

-Tampoco necesitarás esto -la examinó con ojo de experto. No era ningún juguete, pese a su pequeño tamaño y su aspecto delicado. Hizo girar el tambor. Estaba cargada.

- ¿Por qué llevas una pistola?

-Nunca se sabe cuándo puedes necesitar protección -respondió ella mientras se aflojaba los pantalones y levantaba las caderas para sacárselos. La redondez, de los pechos se agitaba de manera sensual con el zarandeo del coche y sus propios movimientos. Entonces quedó desnuda en el asiento de un carruaje que avanzaba bamboleándose rumbo a Horsham. El pelo rojo oscuro le caía sobre los hombros, y las largas piernas se extendían en el espacio angosto que había entre ellos.

Ni un monje lo hubiese resistido. Nathaniel la atrajo hacia él y la sujetó entre sus rodillas. La piel de Gabrielle estaba tibia a pesar de la mañana invernal y del vehículo sin calefacción.

- ¿Quieres jugar de nuevo? -Gabrielle levantó las cejas negras-. Podría ser un desafío, en circunstancias como éstas.

-Jamás he temido a los desafíos -replicó él al tiempo que se aflojaba los pantalones con una mano-. Y sé muy bien cómo los consideras tú.

Su cuerpo erecto se liberó de las restricciones. Gabrielle lo tocó sonriente y enseguida, obedeciendo a la presión de la mano masculina en sus caderas, descendió despacio hasta quedar a horcajadas sobre él y guiar la carne de Nathaniel dentro de la suya.

-Ahh -murmuró-. ¿Por qué me gustas tanto?

- ¿Y por qué me gustas tanto tú a mí? -respondió él en un murmullo y cerró los ojos. El carruaje saltó en un bache y él la asió más fuerte, hundiendo los dedos en las caderas. El movimiento del coche se insinuaba lento en el ritmo de los cuerpos mientras Gabrielle se movía hacia arriba y en forma circular y él levantaba las caderas para acompañarla.

-En algún lado leí que los cosacos hacen el amor galopando a caballo -murmuró Gabrielle mientras bajaba la cabeza para frotar los labios contra los de Nathaniel en una caricia fugaz-. Quizá podamos intentarlo más tarde.

Nathaniel gruñó.

- ¿Cuánta más resistencia crees que tengo, mujer?

-Ilimitada -respondió ella con una sonrisa de suma confianza.

-Tu fe es conmovedora -sonriente, la asió con más firmeza para sentir los movimientos internos de su cuerpo, las pequeñas ondas que le indicaban que Gabrielle se acercaba al orgasmo.

Ella lanzó una exhalación, echó la cabeza hacia atrás y arqueó la columna blanco puro de la garganta. Nathaniel volvió a embestirla y hundió los dedos en la carne mientras ella se convulsionaba sobre su miembro. Gabrielle cayó hacia delante con un gemido de placer, apoyando la frente sobre la cabeza de él; Nathaniel la abrazó con fuerza mientras descendía poco a poco de su propio orgasmo y el carruaje se bamboleaba y se sacudía debajo de ellos.

-*Mon Dieu,* creo que estamos pasando por una aldea -dijo Gabrielle, jadeante, con un débil risita, al levantar la cabeza para mirar por la ventanilla-. ¿Crees que alguien pueda mirar para adentro?

- ¡No me digas que te preocupan las apariencias!

Una risa maravillosa y despreocupada burbujeó en su pecho. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había sentido tan alegre, tan desinhibido, tan a gusto con otra persona. En el fondo, le parecía que el verdadero poder de seducción de Gabrielle de Beaucaire radicaba en su habilidad para provocar esa sensación.

-Bájate, criatura perversa -la levantó de su regazo y la depositó en el asiento opuesto. Sacudió la cabeza al ver la maravillosa y desgarbada postura de esos miembros desnudos, la maraña indócil de pelo rojo oscuro, la sonrisa torcida, los ojos lánguidos de saciedad.

-Por el amor de Dios, ponte algo de ropa -ordenó Nathaniel con voz ronca-. Te morirás.

- ¿Y de quién será la culpa? -sin hacer ademán de obedecerle, se limitó a seguir son riéndole.

Nathaniel acercó la maleta y la abrió.

-Confío en que no tendrás el descaro de insinuar que yo tengo algo que ver con tus actos -echó un rápido vistazo al contenido de la maleta.

-Sólo hasta el punto en que tú seas la causa -respondió Gabrielle-. Parecería que te encuentro irresistible... Mi traje de montar está ahí, en algún sitio.

Nathaniel levantó la vista y la evaluó con ojos penetrantes. Luego movió la cabeza con resignación.

-El sentimiento es recíproco, parece. ¿Hay ropa interior aquí, o siempre andas sin ella?

-Sólo cuando puede resultar un estorbo -aclaró Gabrielle con una sonrisa serena-. No tenía demasiado sentido usarla anoche, y esta mañana tu partida fue tan precipitada que no tuve tiempo de cambiarme de ropa -lo dijo con una insinuación de reproche en la voz.

Nathaniel sacó una camisola de seda y unas bragas.

-Ponte esto -se los tendió. Luego, con cierta inhibición, agregó-; Sentí que ya había cedido bastante a la tentación. Quizá debería haberte dicho algo...

-Huir de ese modo fue muy impropio de un caballero... para no hilar demasiado fino -replicó Gabrielle una vez que su cabeza emergió del cuello de la camisola.

-Quizá -se inclinó hacia delante y comenzó a abrocharle los botones-. Aunque tú dejaste muy en claro que eras responsable de tus propios actos. No creí que fuera necesario comentarte mis planes. Lo había decidido mucho antes de que tú llegaras a mi cama.

Gabrielle tomó las bragas que él le alcanzó, las pasó por los pies y levantó las caderas para subírselas.

-Bueno, ¿has accedido a modificarlos? -se puso las medias que él le tendía.

Nathaniel le levantó la pierna derecha y deslizó hasta el muslo una liga de encaje; luego hizo lo mismo con la izquierda. Acarició la musculosa redondez de las pantorrillas, la satinada suavidad del interior de los muslos.

-Así parece -respondió él con una sonrisa irónica mientras le alcanzaba una camisa limpia y la falda del traje de montar.

-Bueno -dijo Gabrielle con un gesto con la cabeza que indicaba satisfacción. Se abrochó los botones de la camisa, se puso la falda y abotonó la cintura-. Jugaremos un juego de pasión... un interludio. Sin promesas.

- ¿Y dónde creerá la gente que estás?

Ella se encogió de hombros, ya con la chaqueta puesta.

-Georgie lo sabe. Ella es la única persona que necesita saberlo, y no es ninguna mojigata. Yo no soy una virginal inocente, lord Praed. Y hago lo que me place.

-No lo cuestiono -contestó Nathaniel-. Sin embargo, mis vecinos mirarán intrigados a una mujer que comparte mi techo de manera tan escandalosa.

Gabrielle esbozó una amplia sonrisa.

-De algún modo, lord Praed, no creo que te importe un bledo lo que piensen tus vecinos. Y por cierto que a mí no. Ellos no me conocen, y nunca lo harán.

Era absolutamente cierto. Desde la muerte de Helen, Nathaniel tenía el menor contacto posible con sus vecinos del condado. No alentaba las visitas, ni visitaba a nadie. Tenía fama de ser un solitario. Habría habladurías, por supuesto, pero no le preocuparían.

Pero... ¿y Jake? Ah, el niño era muy pequeño para enterarse de los chismes, y con seguridad también para especular acerca del huésped de su padre. De cualquier manera, pasaría la mayor parte del tiempo en su cuarto y en el aula.

Gabrielle dijo de repente:

- ¿Y tu hijo?

Era como si le hubiera adivinado el pensamiento.

- ¿Qué sabes de Jake? -inquirió Nathaniel en tono punzante. Ella se encogió de hombros.

-En realidad, nada. Miles simplemente lo mencionó al pasar.

- ¿Y te comentó algo de Helen? -su tono seguía siendo punzante.

-Sólo que falleció -decidió no decirle lo que te había contado Miles acerca del dolor de Nathaniel y sus dificultades como padre. Al fin y al cabo, no era asunto de su incumbencia-. Fue un comentario al pasar. Yo no tenía particular interés en el tema, y tampoco lo tengo ahora. Los interludios románticos no deben tener vínculos con el pasado ni lazos con el futuro. ¿Estás de acuerdo?

-Eres una mujer extraordinaria -Nathaniel frunció el entrecejo-. No tienes nada de la blandura de tu sexo.

« ¿Cómo lo sabes? Vi a mi madre en el carretón camino a la guillotina. Después de eso, ¿cuánta blandura puede sobrevivir en el alma de una niña de ocho años? Y lo que quedó me lo arrancaron del alma junto con la sangre de Guillaume mientras moría en mis brazos.»

Gabrielle ladeó la cabeza con un movimiento repentino, para ocultar tanto el dolor como la furia que había en sus ojos; enseguida habló con ligereza, sin revelar nada en la voz.

-Es una buena razón para que reconsidere la cuestión de emplearme, señor jefe de espías -contestó-. Puesto que es la blandura de las mujeres lo que objetas.

- ¿De esto se trata? -su voz era fría e indiferente porque de repente sospechó que ella lo estaba manipulando.

Gabrielle negó con la cabeza.

-No -lo dijo con tanta convicción que se dio cuenta, consternada, que una parte de ella de veras lo creía así. La seducción había cobrado vida propia, y ella era can víctima de su plan como Nathaniel.

Apoyó la cabeza en los cojines y lo observó con ojos entornados.

-No, y me toma tan por sorpresa como a ti. Pero eso no significa que vaya a renunciar a intentar persuadirte para que cambies de idea.

La expresión de Nathaniel era enigmática; no reflejaba nada de lo que pensaba. Un hombre inteligente sabía reconocer cuándo debía dejar de lado sus prejuicios.

Gabrielle de Beaucaire tenía valor, ingenuidad, agallas y audacia... todo lo esencial para ser un buen espía... excepto que era mujer. Durante muchos años él había intentado poner a alguien en los círculos internos del gobierno de Napoleón. Esta mujer podía ser la respuesta perfecta.

¿Pero era genuina? Había convencido a Simón, pero, cuando había tantas vidas en juego, en última instancia Nathaniel sólo confiaba en su propio juicio. Gabrielle podía ser una agente enviada para tenderle una trampa. Sus contactos en Francia eran tan fuertes como sus contactos allí. Era tan francesa como inglesa. Y la seducción y la estafa eran los dos trucos más antiguos del negocio.

Si era genuina, entonces era un regalo caído del cielo que sólo un tonto obstinado rechazaría. En la mansión Burley, Nathaniel dispondría de todo el tiempo necesario para ponerla a prueba. De pronto su expresión se iluminó y un destello de diversión apareció en su mirada fija.

-Tus poderes de persuasión son temibles, madame. Veo que deberé esforzarme mucho para resistirlos.

-Haré una pequeña apuesta a que no tendrás éxito -replicó ella con una sonrisa atrevida.

- ¿Qué apostamos?

-Oh... -frunció los labios mientras lo pensaba-. Digamos que al cabo de dos semanas el perdedor se pondrá por entero a disposición del ganador durante veinticuatro horas.

Nathaniel sonrió.

-Bueno, es una apuesta que vale la pena ganar.

-Quizá valga más la pena perderla -murmuró ella con una risita lujuriosa que hizo que a Nathaniel se le calentara la sangre y le fluyera más rápido por las venas.

-Ya tienes tu apuesta, mi bandida desvergonzada.

«Hasta el momento, todo marcha bien.» Gabrielle inclinó la cabeza en silencioso reconocimiento al tiempo que el carruaje se detenía en el patio de la posada Black Cock, en Horsham.

6

Jake estaba sentado en el último peldaño de la escalera de piedra que conducía a la puerta principal de la mansión Burley, haciendo garabatos con una vara en la grava en que apoyaba los pies. Bajo de la punta de la vara apareció una casa cuadrada con ventanas rectangulares; el niño contempló ceñudo su obra de arte.

El sol de media mañana iluminaba las vetas casi blancas de su pelo rubio; tenía el labio inferior apretado entre los dientes. Era un niño delgado que aún no había perdido el rostro redondo y las manos con hoyuelos de cuando aún gateaba.

Al oír el ruido de las ruedas del carruaje en el sendero, levantó la vista. El coche de su padre avanzaba por la curva de grava frente a la casa. Jake tiró la vara y se puso de pie con lentitud al tiempo que se limpiaba las manos en las posaderas del pantalón de franela. Una mirada cautelosa apareció en sus redondos ojos castaños, pero Jake permaneció donde estaba, con las manos a la espalda, mientras el carruaje se detenía y se abría la puerta.

Observó a su padre liberar de un puntapié la escalerilla y saltar ágilmente al suelo. Luego lord Praed tendió una mano y, para sorpresa de Jake, tras él se apeó una mujer. Su padre recibía visitas a menudo, a pesar de que nunca las presentaba a Jake. En general llegaban y se iban de noche, y permanecían encerradas en la biblioteca durante toda su estancia. Jake sólo se encontraba de vez en cuando con su padrino, Miles Bermet, que no iba allí con mucha frecuencia. El niño no recordaba haber visto nunca que llegara una dama a la mansión Burley.

Esta, de pie bajo el sol, sonreía mientras observaba la elegante y añosa fachada de la casa estilo Reina Ana. No llevaba sombrero y tenía el pelo recogido con cierto descuido a la altura de la nuca.

Entonces Nathaniel vio a su hijo; se le dibujaron pequeñas arrugas en la frente y se le endureció la boca de la manera que a Jake le resultaba tan conocida. El niño sintió que se le anudaba el estómago. Siempre esperaba que sucediera algo distinto, aunque nunca podía expresar sus deseos con palabras, pero la respuesta del padre jamás cambiaba.

-Jake -Nathaniel caminó hacia él y tendió la mano para saludarlo. El niño se la estrechó con solemnidad-. ¿Por qué no estás estudiando? -el padre liberó la mano pequeña con la frente más fruncida aún.

-Es domingo, señor. Los domingos no tengo clases -la voz de Jake sonó un poco vacilante, como si se preguntara si esa regla había cambiado y nadie le había dicho nada.

Nathaniel bajó la mirada para observarlo mientras recordaba los domingos de su propia infancia. Durante aquellas maravillosas horas libres, él habría estado en el establo o pescando en el río o trepando a los árboles de enormes ramas de la entrada del parque o... Cualquier cosa en lugar de estar sentado en inimaginable holgazanería en los escalones de la casa.

-Hola, Jake -la dama se acercó con una sonrisa-. ¿Estabas dibujando algo en la grava? A mí me encantaba hacerlo -se inclinó para ver el dibujo-. Yo siempre dibujaba dos chimeneas en mis casas, una en cada extremo. ¿Me permites? -sonriéndole, tomó la vara que él había tirado y con habilidad agregó una chimenea mientras Nathaniel veía cómo los ojos de Jake se agrandaban y se volvían aún más redondos.

Jake pensó que ella debía de ser la más hermosa de las mujeres, con esos sonrientes ojos oscuros, ese pelo que brillaba bajo el sol y esa piel tan, tan blanca. El quería mucho a Primmy, su institutriz, con un amor feroz, y toleraba las minuciosas atenciones de la niñera porque lo hacían sentir querido y a gusto aun cuando le resultaran irritantes; pero no las veía como mujeres. La acompañante del padre era distinta de cualquier mujer que él había visto. Pensó en la señora Bailey, el ama de llaves, pero en realidad era igual a Primmy la Nurse. La señora Addison, la esposa del vicario, se parecía a esta dama, aunque no demasiado. La señora Addison vestía de rígido bombasí, era altiva y tenía un mentón filoso.

- ¿Dónde están tus modales, Jake? -Dijo su padre con severidad-. Haz una reverenda a la condesa de Beaucaire.

Parpadeando, Jake obedeció.

-Oh, puedes llamarme simplemente Gabby-dijo Gabrielle al tiempo que le tomaba la mano con gesto afectuoso-. Todos mis amigos ingleses me llaman así.

-Sube al aula, Jake -ordenó Nathaniel-. Puede que sea domingo, pero estoy seguro de que tienes oraciones para aprender.

-O alguna otra tarea interesante -murmuró Gabrielle cuando el niño se volvió y subió los escalones con obvia renuencia.

-No es apropiado que te llame Gabby -protestó Nathaniel en voz baja y enfadada-. Demuestra una marcada falta de respeto.

- ¡Tonterías! -exclamó Gabrielle en voz igualmente baja, y se quedó mirando hasta que el niño estuvo lo bastante lejos como para no oírlos-. ¿De qué otra manera va a llamarme que no sea una palabra ampulosa para un niño como él?

-En primer lugar, ya no es un bebé. Y en segundo lugar, «madame» quedaría muy correcto y no tiene nada de ampuloso.

Gabrielle arrugó la nariz.

-Si yo le doy permiso, no entiendo por qué tú deberías objetar. No hay falta de respeto en ello. -Es demasiado familiar -la miró de soslayo-. Tú misma dijiste que así es como te llaman tus amigos. Un niño de seis años no entra en esa categoría.

-Sinceramente espero que sí -afirmó Gabrielle.

-Si todos tus amigos te llaman Gabby y yo no, ¿dónde me sitúa eso? -Nathaniel cambió el giro de la conversación hacia él sin saber por qué. El tema de Jake estaba lejos de haberse resuelto.

-Donde tú quieras -entornó los párpados con una indolencia seductora para protegerse los ojos del sol; arqueó las cejas y curvó los labios en un picara invitación-. Los amantes ocupan un lugar especial, un lugar que trasciende la mera amistad.

-Quizá la trascienda -repuso él lentamente, con los ojos clavados en ella-. ¿Pero puede incluirla?

-Sería de esperar-replicó Gabrielle. «Pero no en este caso. No con el hombre responsable de la muerte de Guillaume.»

En ese momento el pensamiento sombrío casi se notó en su expresión. Los años de amor en las sombras con Guillaume le habían enseñado bien cómo disimular los verdaderos sentimientos ante el mundo exterior.

Meneó la cabeza, aún sonriendo, y dijo:

-No discutamos por algo tan simple e insignificante como la forma en que debe llamarme Jake mientras yo esté aquí. Si de veras te molesta que me llame «Gabby», entonces dile que me diga «señora». No me agradará, pero... -se encogió de hombros-. Es tu hijo.

-Supongo que no es tan importante -para su propio asombro, Nathaniel se oyó decir-: De cualquier modo no lo verás demasiado.

- ¿Por qué?

-Porque su lugar está en la sala de clases yen su cuarto. Y tan pronto como le encuentre un tutor adecuado, estará demasiado ocupado para andar afuera jugando tonterías con varas. Ahora, entra.

La tomó del codo y la condujo escalera arriba hasta la puerta principal abierta, donde el ama de llaves les esperaba para saludarlos.

Gabrielle se guardó su opinión acerca de aquella afirmación indiferente e intransigente. En realidad no era asunto suyo, aunque Miles no había exagerado. Las relaciones entre Nathaniel y su pequeño hijo en verdad parecían difíciles.

La señora Bailey hizo lo mejor que pudo para ocultar su asombro y su perplejidad cuando lord Praed le presentó a su invitada y le anunció que la condesa se quedaría de visita por un buen tiempo y que se la debía alojar en la Suite de la Reina, contigua a la suya.

Disimuladamente, el ama de llaves examinó a la condesa francesa; aparte del hecho de que no llevaba sombrero, no pudo encontrar ninguna falla ni en su apariencia ni en su conducta. La invitada de lord Praed era afable pero serena, y no mostraba signos de incomodidad ni falta de familiaridad con la residencia de un caballero. Correspondía a los saludos de los sirvientes con tranquilidad. Y, aunque fuera francesa, hablaba el inglés sin el menor acento.

La presencia de una mujer sola en la casa de un soltero tenía una sola interpretación, pero la señora Bailey decidió que cualquier presunción de familiaridad por parte del personal de lord Praed sería acogida con frialdad por la condesa, que sin duda era una dama. El señor, por supuesto, destriparía a quien la ofendiera, pensó el ama de llaves con vulgaridad.

-Si la señora me sigue, le mostraré sus aposentos -le dirigió una sonrisa amistosa aunque deferente-. Bartram subirá su equipaje.

-Gracias, señora Bailey.

Gabrielle siguió al ama de llaves escalera arriba, pensando divertida que la escasez de contenido de su maleta añadiría más leña al inevitable fuego de especulación en el ala de los sirvientes. Pero Georgie le enviaría el resto del equipaje tan pronto como recibiera un billete suyo.

Nathaniel fue a la biblioteca a revisar la correspondencia que se había acumulado durante su ausencia. Pronto también tendría que enviar a buscar al administrador y tomar de nuevo las riendas de las propiedades. Y necesitaba un informe de la institutriz acerca de los progresos de Jake.

Debería anunciar a la señorita Primmy que no necesitaría más de sus servicios una vez que empleara a un tutor. ¿Al niño estaría yéndole mejor en las clases de equitación? En cuanto viera al administrador, iría al establo a hablar de eso con Milner.

-La señora Bailey me dijo que te encontraría aquí -la voz alegre de Gabrielle interrumpió las meditaciones de Nathaniel, que se volvió hacia la puerta con la frente fruncida-. Discúlpame -dijo Gabrielle, desconcertada por la ferocidad de su expresión-. ¿No debí entrar sin golpear? No sabía que era una habitación privada.

Toda su casa era privada, pensó Nathaniel con una irritación que no podía controlar. Al menos así era desde la muerte de Helen. No estaba acostumbrado a que la gente irrumpiera inesperadamente y perturbara sus pensamientos. ¿Qué diablos lo había empujado a ceder a los impulsos escandalosos de Gabrielle de Beaucaire? Tenía muchos asuntos que resolver y no le era posible atender a una mujer que se había metido en su vida sin pedir permiso.

-Oh, querido -dijo Gabrielle con inmediata comprensión-. Estás arrepentido de haberme invitado.

-Yo no te invité -contestó él con brusquedad-. Tú te invitaste sola.

-Pero tú estuviste de acuerdo -cerró la puerta detrás de sí con suavidad y se acercó a él-. Quizá deba recordarte por qué accediste. Esta mañana estábamos algo urgidos. Aquella posada no era exactamente propicia para un despertar cómodo, ¿no es cierto?

Sonriendo, ella le tocó la boca con los dedos.

-Me pregunto qué es lo que encuentro irresistible en ti, lord Praed, porque de verdad eres el hombre más malhumorado del mundo. Y cuando arrugas así la frente, ni siquiera eres atractivo. Pareces duro y hosco.

Nathaniel la tomó de la muñeca y sintió el pulso firme en los dedos que rodeaban los huesos frágiles.

-Entiendo que crees en la verdad desnuda, madame.

-En ocasiones una persona necesita escuchar la pura verdad, sin rodeos -respondió ella, medio en broma.

-Mmm. Bueno, yo también puedo decir una de esas verdades. Eres una manipuladora desvergonzada, Gabrielle de Beaucaire, y no sé qué diablos me poseyó desde que te conocí.

Ella ladeó la cabeza y lo observó con la debida consideración.

-Deseo, creo que lo llaman.

Nathaniel se rindió. Curvó la boca bajo la caricia de los dedos de Gabrielle. De algún modo, ella se las ingeniaba para rehuir sus respuestas habituales. Parecía no temer los límites que él trataba de imponerle; de hecho, parecía querer encontrarlos. Para ambos, pensó Nathaniel al leer el mensaje que se traslucía en los ojos color carbón. Gabrielle no era una mujer que se contentara con experiencias convencionales. Siempre deseaba escalar la próxima cumbre, probar las aguas del próximo río, saltar las barreras más altas.

Una mujer peligrosa... por sus venas corrían los problemas. Pero era la mujer más excitante que él jamás había conocido, y no podía resistirse más a ella; era como si quisiera controlar una avalancha con un dedo. Le tomó ambas muñecas con una sola mano, se las apretó detrás de la espalda y de un tirón la atrajo contra su cuerpo. Ella rió bajo su boca, la respiración mezclada con la de él, y le mordisqueó el labio inferior. Los pellizcos sensuales encendieron la sangre de Nathaniel, lo llenaron de lujuriosa avidez. Le soltó las muñecas y estrujó las nalgas, apretándola contra su carne erecta, mientras metía una pierna entre las de ella en un gesto rudo de violento deseo.

-Dios mío -susurró Nathaniel, agitado, al tiempo que levantaba la cabeza sin dejar de aferrar por la pared inferior el cuerpo de Gabrielle-. ¡Me haces sentir como si fuese un marinero que no ha visto a una mujer en un año!

-Y tú me haces sentir como una prostituta de la zona portuaria -respondió ella con una risita jubilosa-, Todo cuerpo sin mente... todo deseo sin pensamiento.

Se oyó un llamado a la puerta. Las manos de Nathaniel cayeron y Gabrielle se volvió con rapidez, para dirigirse a los estantes de la biblioteca. Nathaniel ordenó a quien había llamado que entrara.

-Ah, lord Praed, quería saber si desea que Jake se reúna con usted en la biblioteca esta noche, después de la cena.

Nathaniel se aclaró la garganta y miró a la señorita Primmy con su acostumbrada expresión impasible... o así lo esperaba.

-En general eso es lo que hago, señorita, cuando me encuentro en casa -contestó con indiferencia.

-Le pido disculpas. No estaba segura... Como tiene visita... -la institutriz balbuceó y calló, incómoda, mientras se esforzaba por no mirar a Gabrielle, que permanecía de espaldas examinando cuidadosamente los libros de los estantes.

-La condesa de Beaucaire no objetará la presencia de Jake durante media hora antes de nuestra cena -dijo Nathaniel.

-No, por cierto que no -Gabrielle consideró que era el momento de darse vuelta para conocer a la recién llegada-. Ni sueño con interferir en su rutina habitual. Los niños dependen tanto de ellas, ¿verdad? -sonrió a la institutriz, quien de inmediato olvidó los escandalosos comentarios del ama de llaves acerca de la presencia de la condesa.

-Sí, así es, condesa-convino la mujer con una sonrisa tímida-. Y a Jake lo desestabilizan bastante los cambios.

-Creo, señorita Primmy, que, en ese caso, debería estar más expuesto a mayores variaciones en su vida -observó Nathaniel-. Necesita aprender a adaptarse mejor. Cuando vaya al colegio...

-Sí, por supuesto, señor. Pero aún es muy niño -la señorita Primmy miró a Gabrielle como buscando una aliada.

Era una mujer de mediana edad, delgada y pálida, con tímidos ojos claros y el semblante de alguien que hacía mucho que estaba acostumbrado a las humillaciones y para quien las pequeñas mortificaciones eran una forma de vida.

Ni punto de comparación con el patrón, resumió fácilmente Gabrielle al reconocer señales de creciente impaciencia en Nathaniel. Al parecer, la señorita Primmy también los notó, y comenzó a retroceder hacia la puerta.

-Le pido disculpas por interrumpirlo, señor. Traeré a Jake a la biblioteca a las cinco y media.

-No necesita acompañarlo -aclaró Nathaniel en tono aburrido-. El es bastante capaz de encontrar el camino hasta la biblioteca.

La señorita Primmy permaneció en la puerta en dolorosa indecisión; se notaba que quería decir algo pero no se atrevía.

- ¿Algo más, señorita? -inquirió Nathaniel.

-No, señor -la institutriz retrocedió y cerró la puerta con suavidad.

-Cuanto antes se vaya, mejor -comentó Nathaniel-. Según parece, piensa que Jake se marchitará si ella no está aquí para protegerlo.

- ¿Protegerlo de qué?

-Sólo Dios lo sabe. Espíritus, fantasmas y bestias patilargas y cosas que andan de noche -contestó Nathaniel, y se encogió de hombros-. El chico es un afeminado. Si no se endurece, en Harrow se lo comerán vivo.

-Pero no irá a la escuela ahora mismo -observó Gabrielle.

-Dos años no es tanto.

-No -convino Gabrielle. Le llevó un minuto de reflexión recordar que no tenía ni derechos ni interés en los asuntos personales de Nathaniel Praed. Pero algo había extinguido de manera muy efectiva la creciente pasión de hacía unos minutos.

- ¿Te gustaría conocer la casa? -preguntó Nathaniel de pronto.

-Me encantaría, si es que dispones de tiempo para ello -respondió ella con amabilidad.

-Tengo una hora antes de encontrarme con el administrador -le abrió la puerta-. Imagino que podrás entretenerte sola, ¿verdad?

-Muy fácilmente -se adelantó a ella para pasar al vestíbulo-. Me gustaría enviar por el resto de mi ropa, de modo que debo escribirle a Georgie.

-Si me traes la carta una vez que la escribas, yo la enviaré por ti -ofreció él con cortesía.

-Eres muy amable, lord Praed -murmuró Gabrielle al tiempo que le dirigía una dulce sonrisa burlona; luego se detuvo en la escalera, con la vista fija en una pintura que colgaba a la altura de los ojos.

-Qué hermosa mujer -el retrato era de una joven cuyos ojos castaños, líquidos, llenos de dulzura y emoción, miraban desde el lienzo con una vibración que parecía dar vida a la pintura. Tenía el pelo claro, rizado, sus bucles dorados caían sobre unos suaves y desnudos hombros blancos; una mano se apoyaba en la garganta en un gesto que resultaba tan atrayente como la mirada.

-Es de Henry Raebum -dijo apenas Nathaniel-. La pintó en Escocia. Tengo una casa allí -la tomó de la muñeca para que no se demorara en la escalera.

-Es Helen, por supuesto -dijo Gabrielle mientras ignoraba la mano que la urgía-. Jake tiene sus ojos y su pelo.

-No es nada raro -ahora había impaciencia en su voz, y aumentó la presión en la muñeca-. Vamos, no dispongo de mucho tiempo.

Tras decidir que dedicaría algún rato en privado con el retrato, Gabrielle accedió y continuaron por la escalera hacia una galería donde había colgados retratos de los anteriores lord Praed con sus esposas e hijos.

Gabrielle recorrió toda la habitación, examinando cada cuadro. Los hombres le daban la impresión de ser individuos aborrecibles, todos con los mismos rasgos delgados *y* magros del residente actual. Se detuvo frente a la imagen de Gilbert, el sexto lord Praed.

-No parece demasiado divertido -observó-. No me gustaría estar bajo su dominio. Parece un firme defensor del castigo corporal.

-Lo era -confirmó Nathaniel-. Tenía un poderoso brazo derecho, y no dudaba en usarlo... aunque no me hizo mucho daño -agregó.

Gabrielle lo miró y se preguntó cuánto de verdad habría en esas palabras. Los padres duros producían padres duros.

- ¿Le tenías miedo?

Nathaniel rió apenas.

-Sí, me aterrorizaba.

- ¿Y eso no te hizo ningún daño?

-Un poco de temor saludable tonifica el carácter -respondió él, encogiéndose de hombros.

...¿Pero qué tipo de carácter tonificaba? Gabrielle se guardó la pregunta y volvió a recordarse una vez más que no le interesaba entender los recovecos de la personalidad del jefe de espías.

- ¿Te informan tus agentes que Napoleón ordenó a Talleyrand que se una con él en Varsovia? -inquirió Gabrielle de modo casual.

-Sí -fue una afirmación lacónica.

- ¿Te informan también que Talleyrand intenta persuadir a Napoleón para que apoye a los patriotas polacos? -se detuvo frente a otro retrato, al que en apariencia prestaba toda su atención.

Nathaniel no se había enterado. El funcionamiento interno de la mente del ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón era un libro cerrado para él, como para todo el mundo. Sin embargo, no le convenía admitirlo por el momento. Aunque no lo supiera, Gabrielle estaba a prueba.

- ¿Y qué? -contestó con desdén.

-Bueno, pensé que te interesaría. Talleyrand está convencido de que a Napoleón sólo le interesa quitar a Polonia su riqueza y sus recursos militares mientras los lleva a creer que hará algo concreto por su independencia.

-Yo habría creído que eso era obvio para cualquiera que observe el modo en que se conduce Napoleón.

Gabrielle frunció el entrecejo ante la respuesta humillante. Contaba con varias pequeñas porciones de información provistas por Talleyrand para alimentar a Nathaniel y ganar su confianza, pero si él las recibía en la manera indiferente que aparentaba, ella no podría alcanzar su objetivo.

-Y supongo que también es obvio por qué Talleyrand, a diferencia de su emperador, está a favor de una Polonia fuerte e independiente -continuaba estudiando el retrato de la madre de Nathaniel, una mujer de aspecto arrogante que parecía la pareja perfecta para el intimidante Gilbert.

Nathaniel le miró la espalda, vuelta hacia él. Gabrielle tenía una postura erguida, según notó, con los hombros hacia atrás y la cabeza en alto. Su postura era tan determinadamente intransigente como el resto de su persona, reflexionó.

-Puedo adivinarlo -contestó lord Praed-. Dime tu versión.

Ella se volvió riendo.

-Ese es un viejo truco solapado, señor. Y no caeré en él. Tengo toda la intención de ganar nuestra apuesta.

Nathaniel levantó una ceja escéptica y dijo con ironía:

-Sólo los tontos son demasiado confiados.

Gabrielle entornó los ojos, para ocultar la furia ardiente que se reflejaba en ellos. Pronto descubrirían quién era el tonto.

Se encogió de hombros.

-Ya lo veremos -olvidó deliberadamente el tema de Talleyrand y Polonia; fue hasta la gran ventana y miró a través de ella el césped ondulante que conducía a un río que corría entre riberas llanas-. ¿Qué río es ése?

-El Beaulieu. Fluye hacia el Solenr. Si te gusta navegar, hay una caseta de botes -se acercó por detrás, le rodeó levemente el cuello con las manos, le masajeó con los dedos la piel suave bajo el mentón. Parecía no poder estar sin tocarla. La fragancia de la piel y el pelo de Gabrielle le penetraban por los poros. Bajó la cabeza y hundió la nariz y la boca entre los cabellos.

-No sé navegar -Gabrielle bajó la cabeza y habló con voz lánguida mientras se deslizaba hacia el trance de la excitación.

-Creí que no había nada que no supieras hacer -con los dedos le recorrió la forma de las orejas y le acarició la curva de las mejillas.

-No sabes demasiado de mí -murmuró ella mientras frotaba et rostro contra las palmas de las manos de Nathaniel como un gato que devuelve una caricia. ¿Cómo podía hacerle eso? ¿Reducirla a lava derretida con el menor contacto? La profundidad del rencor que sentía hacia él, la potencia de la necesidad de venganza, eran como plumas al viento comparadas con esa atracción física.

En forma fugaz vio el rostro de Guillaume, los apasionados ojos negros, la boca amplia, el mentón prominente. En forma fugaz su piel recordó la sensación de las manos de Guillaume en su cuerpo, el roce seguro de un amante que conocía los rincones más profundos de su alma.

En aquel momento la pena la invadió de manera tan intensa y penetrante como en los primeros días después de la muerte de él. Y quedó sin aliento por el dolor.

Nathaniel sintió el cambio en ella, sintió el dolor en su propio cuerpo, transmitido por la calidez de la piel debajo de sus dedos.

- ¿Qué sucede? -Murmuró entre sus cabellos-. Estás sufriendo, lo percibo.

-Sólo un recuerdo -respondió ella con esfuerzo, al tiempo que se apartaba de las manos masculinas con un leve estremecimiento de repulsión que no pudo contener. No podía compartir su dolor con ese hombre-. Creo que aquí termina el paseo, ¿verdad?

Nathaniel se quedó mirándola ceñudo, sintiendo el estremecimiento de rechazo, oyendo la cruda despedida. ¿De dónde venía aquello? ¿Acaso Gabrielle ocultaba algo?

-Sí, debo dejarte -contestó-. Hace una hora envié a buscar a mi administrador. Te dejo para que te entretengas sola. Si deseas escribir tu carta en la biblioteca, en el secreter encontrarás papel, pluma y tinta.

-Gracias. Me quedaré un poco más aquí arriba.

-Como gustes -le hizo una pequeña reverencia a modo de despedida y con paso firme se retiró de la galería.

Gabrielle siguió mirando por la ventana hasta que el dolor se apaciguó y la pena quedó encerrada una vez más en un rincón de su alma, a salvo de la invasión.

Luego se dio vuelta, bajó la escalera con paso vivo y se detuvo un instante a observar con más atención el retrato de Helen Praed. Miles le había dicho que Nathaniel la adoraba. No era difícil descubrir por qué; la bondad y la dulzura parecían emanar de sus ojos. Ella era todo curvas suaves, sin asperezas, sin ninguno de los ángulos y aristas que Gabrielle reconocía en sí misma.

¿El Nathaniel al que Helen había amado sería tan distinto del hombre que era ahora? Siempre debía de haber sido severo, pensó. Ese aspecto amenazador de su naturaleza. Por lo que había visto en sus ancestros, parecía ser una característica de los Praed. Era un hombre impaciente. Pero quizás había refrenado esa arista suya ante Helen.

Con Gabrielle no le haría falta tener tanto cuidado. Ella era tan dura como él, o aun más. Endurecida por el fuego de la revolución, del terror, por la pérdida de tantos seres queridos. Pero era una dureza superficial; Guillaume lo había sabido. Nathaniel Praed no lo descubriría nunca, jamás se acercaría a ella lo suficiente para descubrirlo.

En la biblioteca, Gabrielle comenzó una inspección metódica del lugar, en busca de algún indicio donde el jefe de espías podría guardar sus papeles y sus secretos. No tenía sentido pasar por alto ninguna oportunidad de obtener información.

Al principio de su inspección no descubrió nada prometedor, salvo un cajón del escritorio cerrado con llave.

Pero era un cajón poco profundo, y Gabrielle no creía que pudiese contener mucho más que una o dos hojas.

Deslizó un cortapapeles entre el borde superior del cajón y el escritorio y tanteó la cerradura con hábil experiencia.

Oyó que alguien golpeaba a la puerta y se apartó con rapidez del escritorio. El cortapapeles cayó sobre la alfombra; Gabrielle se puso de rodillas para levantarlo, respirando con tranquilidad, y notó con satisfacción que no le temblaban las manos.

- ¿Gabrielle? -Era la voz de Nathaniel-. ¿Qué diablos estás haciendo en el suelo?

-Se me cayó el cortapapeles -se puso de pie, dejó el objeto sobre el secante como al descuido y sonrió.

-Ah -la miró con evidente asombro-. ¿Para qué necesitabas el cortapapeles? Pensé que ibas a escribir a tu prima.

-Así es, pero no pude encontrar la tinta. Estaba buscando sobre el escritorio y se me cayó el cortapapeles.

Observó con atención la expresión de él, en busca de un signo de sospecha o duda, pero Nathaniel pareció aceptar su explicación,

-La tinta está en el secreter, con el papel y la pluma, ¿no? -Se dirigió al mueble de caoba, bajó la tapa del escritorio y buscó en uno de los departamentos-. Aquí está.

-Ah, gracias. Olvidé que me dijiste dónde encontraría todo -se acercó apresurada al secreter-. Ahora me pondré a escribir la carta.

-La señora Bailey dejó un aperitivo en el salón oval -dijo Nathaniel-. Vine a ver si tenías hambre.

-Oh, sí... sí, estoy famélica -tomó un mechón de pelo que se le había soltado y lo enroscó en la hebilla de la nuca-. Parece que hubiesen pasado años desde el desayuno.

-Así es -convino él-. Salimos de la posada a las seis de la mañana, y ya pasa del mediodía.

-Entonces eso explica todo. ¿Terminaste tus asuntos con el administrador?

-De momento -fue hasta uno de los estantes y tomó varios volúmenes-. Tal vez te guste montar esta tarde. Hoy no puedo ofrecerte la excitación de la caza, pero podemos salir a cabalgar por New Forest.

-Seria encantador -respondió ella con tranquilidad, con los ojos clavados en lo que se había revelado detrás de los libros que Nathaniel había depositado sin cuidado en una mesa lateral.

Los dedos largos de Nathaniel manipulaban la cerradura de una caja de seguridad de metal gris. Estaba de espaldas a ella, de modo que Gabrielle no podía ver con exactitud qué hacía, pero la puerta se abrió del todo. Ella se acercó y miró por encima del hombro de lord Praed.

Adentro había papeles y una variedad de cajas y bolsas. Nathaniel retiró un fajo de papeles y los hojeó rápidamente; luego volvió a ponerlos en su lugar y cerró la puerta. Manipuló la cerradura una vez más y se oyó un clic. Puso de nuevo los libros en los estantes y se dio vuelta hacia Gabrielle.

- ¿Ahí es donde guardas tus secretos? -preguntó ella directamente, con un leve tono de broma. Tenía que hacer algún comentario, pues ignorarlo habría resultado demasiado peculiar.

-Así es -confirmó él con indiferencia-. Las herramientas de trabajo del jefe de espías. Vayamos a comer algo.

Estaría muy seguro de la inexpugnabilidad de su caja fuerte, reflexionó Gabrielle mientras salía con él de la biblioteca. Nathaniel no había hecho el menor intento de ocultarle el escondite, a pesar de que se hallaba oculta de los observadores fortuitos. Pero, por otro lado, ¿por qué iba él a suponer que ella tendría algún interés especial en sus secretos? ¿O que era indigna de confianza?

Gabrielle había ofrecido sus servicios al gobierno inglés y había convencido a Simón y a lord Praed de la honestidad de su ofrecimiento. La única objeción del maestro de espías era su sexo. Entonces, ¿por qué iba a considerar necesario esconderle algo, salvo el contenido de la caja de seguridad?

Por supuesto, él ignoraba que su invitada era una experta en abrir cajas fuertes. Lo que no había aprendido de Guillaume se lo habían enseñado los hombres de Fouché.

7

Jake luchaba con las lágrimas mientras veía que Milner sacaba a Black Rob del establo. El pony era enorme, dos veces más grande que el Shetland que Jake montaba en los últimos dos años. Pero Milner opinaba que tenía que aprender a montar un verdadero pony, y el padre compartía la opinión. Sin embargo, cada vez que Milner lo ponía sobre la silla, Jake se paralizaba del terror y las lágrimas le bañaban el rostro por mucho que intentara controlarlas.

-Bueno, señorito Jake, basta de lágrimas por hoy -dijo Milner con áspera benevolencia-. El señor querrá saber que usted ha montado a Black Rob como un soldado.

Jake dio un paso atrás cuando el pony resopló, levantó los belfos y dejó ver unos dientes amarillos gigantes.

-Tome, déle un trozo de manzana -Milner dio al niño la mitad de una manzana-. Póngala en la palma de la mano, muchacho, y ofrézcasela. Es manso como un cordero. Se la sacará sin que usted se dé cuenta.

Jake negó con la cabeza y contuvo un sollozo. Luego tomó la manzana y con gesto vacilante alzo la mano hacia la boca temible. El pony inclinó la cabeza y abrió los labios gomosos. A último momento, Jake retiró la mano y la manzana cayó en los adoquines. Black Rob bajó la cabeza con calma y recogió la fruta del suelo.

-Oh, Dios -dijo Milner con un suspiro-. ¿Por qué hizo eso?

-Lo lamento -murmuró Jake con desdicha-. Se me cayó de la mano.

Milner sacudió la cabeza.

-Bueno, ahora arriba, e intente ser un niño valiente esta vez. Sólo daremos una vuelta alrededor del corral.

Levantó el cuerpo rígido del niño y lo acomodó en la silla. Jake, blanco como un papel, se agarró frenéticamente de la perilla, mirando el suelo, que quedaba a una distancia vertiginosa.

En aquel momento entraron en el campo su padre y la condesa de Beaucaire, que regresaban de su cabalgata de la tarde.

-Ahora vamos, señorito Jake -urgió Milner en voz baja-. Muestre al señor qué es capaz, de hacer -comenzó a guiar al pony alrededor del campo, mientras Jake chillaba, incapaz de mantenerse en equilibrio al ver que la silla se movía e imaginar que caería bajo los grandes cascos herrados del pony.

- ¿Qué diablos sucede? -Nathaniel, aún montado en su caballo gris, se acercó-. ¿Por qué lloras, Jake?

Jake no pudo responder. Las lágrimas rodaban por su rostro pálido y él se aferraba con desesperación a la perilla de la silla.

-Tiene un poco de miedo, señor -explicó Milner-. Como verá, Rob es un poco más grande que el Shetland. Lleva un poco de tiempo acostumbrarse al tamaño.

-Está aterrorizado -dijo Gabrielle-. Pobre pequeño.

-Bueno, Jake, no seas tonto -reprendió Nathaniel con tono enérgico-. No hay nada que temer. Siéntate recto; pareces un saco de patatas. Suelta la perilla y aprieta la silla con las rodillas.

Las instrucciones no surtieron más efecto que aumentar la cascada de lágrimas silenciosas del niño.

-Móntalo contigo -sugirió Gabrielle en voz baja-. Necesita acostumbrarse a estar tan alto. Contigo se sentirá seguro y comenzará a relajarse.

-No seas absurda -replicó Nathaniel-. Tiene casi siete años. Ya es bastante grande para montar un pony de este tamaño sin que lo traten como a un bebé.

-Algunas personas temen a los caballos -observó Gabrielle-. No entiendo por qué, pero creo que nacen así. No pueden evitarlo.

Sin darle tiempo a responder, acercó a Thunderer a Black Rob, alzo a Jake de la parte trasera del pony y lo depositó sobre su caballo, delante de ella.

-Vamos Jake, iremos a cabalgar con Thunderer. Es mucho más grande que tu pony, pero yo no dejaré que te caigas.

Nathaniel miró un momento con incrédulo asombro mientras Gabrielle conducía el caballo por el campo hacia la entrada del corral.

-Disculpe, señor, pero puede que la señora tenga razón -comentó Mitner-. Yo no sabía qué hacer. Hice todo lo posible para que el señorito Jake se acostumbrara al pony, pero el chico estaba como petrificado. Tal vez, sea ésta la solución.

Nathaniel no emitió respuesta, pero fue al trote en su caballo hasta alcanzar a Thunderer.

Jake perdió el terror a montar al sentir la cálida y constante presión del cuerpo de Gabrielle en su espalda. Cuando ella le indicó que tomara las riendas, él obedeció. Gabrielle cubrió las manos de él con las suyas y guió los movimientos mientras el niño dirigía al gran caballo en un círculo alrededor del corral.

- ¿Estás listo para trotar? -preguntó Gabrielle.

Jake tragó saliva y asintió con la cabeza, valeroso.

Obedeciendo las instrucciones, tocó ligeramente con los talones al gigantesco animal castrado y, tras una señal más firme de Gabrielle, el caballo echó a trotar parejo.

Nathaniel iba junto a ellos con expresión sombría. El hecho de que Gabrielle hubiera asumido el control lo irritaba y turbaba demasiado como para decir algo, pero mientras observaba a su hijo en aquellas lecciones tan poco ortodoxas notó que Jake sabía montar perfectamente y, una vez que se relajaba, su postura mejoraba. Para Nathaniel resultaba inconcebible que su hijo temiera a los caballos. El mismo había participado en su primera partida de caza cuando tenía ocho años y se había deleitado con la rara aprobación del padre en cuanto a sus habilidades como jinete. Gabrielle poseía la misma habilidad natural y la misma intrepidez. Sin embargo, a diferencia de Nathaniel, daba la impresión de creer que no había nada fuera de lo común en el miedo de Jake.

Le resultaba exasperante, pero aun a regañadientes, Nathaniel tenía que admitir que el método de Gabrielle había demostrado cierta medida de éxito. Jake no estaba disfrutando, pero había dejado de llorar y de nuevo era capaz de concentrarse en las técnicas fundamentales de la equitación.

-Ahora, ¿que te parece si montas tu pony? -sugirió Gabrielle cuando habían dado al medio galope una vuelta alrededor del corral, Jake pálido como un papel y agarrado con fuerza a la silla, pero resueltamente silencioso-. Ahora verás que no es ni de lejos tan alto como Thunderer. ¿No es así, Nathaniel?

-Imagino que sí -respondió Nathaniel con tono helado, al tiempo que hacía girar su caballo para regresar al establo.

Jake miró ansioso a Gabrielle por encima del hombro y ella le devolvió una sonrisa alentadora, aunque comenzaba a darse cuenta de qué altanero y presuntuoso habría parecido su comportamiento a Nathaniel.

De regreso en el establo, bajó a Jake en el lugar donde esperaba el caballerizo y luego desmontó ella.

- ¿Quieres que yo guíe tu pony, Jake?

-Ése es trabajo de Milner -intervino Nathaniel, cortante. Subió a Jake en la parte trasera de Black Rob-. Toma las riendas y pon los pies en los estribos -las instrucciones eran rápidas pero sus manos fueron bastante amables cuando enderezó la espalda del niño y deslizó los pequeños pies en los estribos-. ¿Cómo te sientes?

Jake se limitó a mover la cabeza con rigidez, con la boca tensa.

-Llévalo al corral, Milner -Nathaniel retrocedió un paso y el caballerizo tomó las riendas del pony y lanzó un chasquido con la lengua contra los dientes, y el animal salió con su pequeño jinete tieso en la silla, aunque por el momento en silencio y con los ojos secos.

Nathaniel y Gabrielle observaron un momento; luego él dijo:

-Ven a la casa.

Caminó delante de ella con pasos largos e impacientes, y Gabrielle lo siguió, preparada para recibir su furia. Nathaniel no perdió el tiempo. Cerró la puerta de la biblioteca de un golpe y comenzó:

- ¿Quién te dio permiso para intervenir, Gabrielle?

-Bueno, en realidad, nadie -respondió ella mientras se quitaba los guantes-. Y lamento que lo hayas interpretado así. Pero me pareció que no estabas resolviendo bien la situación. -"¡Qué falta de tacto!» Pero ya estaba dicho.

-La manera en que yo elija tratar a mi hijo es asunto mío -aclaró Nathaniel, con una sombra blanca alrededor de la boca y los labios apretados-. El es tímido y sobreprotegido y debe aprender a superar sus miedos. No toleraré ninguna interferencia de una comedida entrometida que no tiene derecho alguno a asumir ninguna autoridad en mi hogar.

Fue mucho peor que lo que Gabrielle imaginaba. Estaba perfectamente dispuesta a disculparse, pero ese castigo humillante era demasiado para tolerar en humilde silencio.

-Tu hijo podrá ser asunto tuyo, lord Praed, pero si crees que amedrentándolo superará el miedo, entonces entiendes de niños menos aún de lo que aparentas... por decirlo de algún modo -contestó con lamentable falta de delicadeza.

-Tú no sabes nada de eso, madame -replicó él con furia-. Entraste en mi vida por la fuerza sin más permiso que el tuyo, y ahora das por sentado que tienes derecho a imponer...

- ¡No es verdad! -interrumpió Gabrielle, encolerizada-. No entré en tu vida por la fuerza...

-Sí lo hiciste en mi cama -interrumpió él a su vez.

-Bueno, ¡tú no te opusiste! -estaban yéndose un poco del tema, pero Gabrielle no hacía más que contestar lo que él decía, dispuesta a devolverle tanto como recibía.

-No toleraré que interfieras con mi hijo.

- ¿Y qué pensabas hacer? ¿Quitarle el miedo a golpes? -Preguntó con resonante desdén-. Imagino que eso es lo que habría hecho tu padre. ¡Asegurarse de que le temieras más que al caballo!

A Nathaniel le latían los tímpanos y un rubor oscuro le subió por los pómulos. Sin embargo, no replicó de inmediato al desafío mordaz de Gabrielle, que esperó inquieta durante un largo y tenso silencio.

Cuando al fin Nathaniel habló, su voz era monótona sin rastros de la emoción previa.

-Sí, eso habría hecho, pero yo no seguiré su ejemplo -se apartó de ella y se inclinó para arrojar otro leño al fuego.

Pendía una pesadez en el ambiente, resultado de una furia chispeante que había volado entre ellos.

-Jamás le haría daño a Jake -afirmó Nathaniel, y apoyó un codo en la repisa de la chimenea, con la mirada fija en el fuego-. Sería como hacer daño a Helen.

A Gabrielle no se le ocurrió nada para decir. El comentario era demasiado confidencial, demasiado íntimo.

Nathaniel levantó la cabeza y la miró. Tema la expresión sombría, de pronto franca y vulnerable, pero luego se cerro de nuevo como las ostras que encerraban las perlas. Se dio impulso para levantarse.

-Debo pedirte que me disculpes. Tengo que trabajar.

Fue una despedida cortante. Gabrielle se retiró del cuarto sin decir una palabra y cerró la puerta al salir.

Nathaniel permaneció serio un instante, tamborileando con los dedos en la repisa de la chimenea. Luego fue hacia los anaqueles de libros y tomó los volúmenes del *Tratado sobre el gobierno,* de Locke, con lo cual dejó a la vista la caja de seguridad. Giró la perilla y abrió la puerta. Sacó los papeles, los deslizó dentro de la pechera de su abrigo y los reemplazó en la caja por una pila de documentos del secreter relacionados con los negocios de la propiedad. Material por entero inocente para cualquier ojo curioso. Se arrancó de la sien un cabello plateado y lo introdujo con cuidado entre la puerta y el marco de la caja fuerte antes de cerrarla. Satisfecho al comprobar que resultaba invisible desde afuera, guardó los libros y salió de la biblioteca.

Gabrielle, aún perturbada por el furioso intercambio de palabras, subió a sus aposentos para cambiarse la ropa de montar. Se cruzó con el ama de llaves, que iba bajando la escalera con una pita de ropa blanca.

Gabrielle se detuvo.

- ¿A qué hora cena el señor, señora Bailey?

-A las seis en punto, madame. El señor mantiene aquí los mismos horarios que en la ciudad. Ve al señorito Jake en la biblioteca, en general a las cinco y media, y después cena.

-Entiendo. Gracias.

-Enviaré a Ellie para que la ayude a vestirse, madame. Ella ha planchado sus prendas. Estaban un poco arrugadas por la maleta.

-Sí, no me sorprende -respondió Gabrielle sin parpadear, pero se preguntó qué habrían hecho Ellie y el ama de llaves con los pantalones que acompañaban las prendas más respetables de la maleta.

-Espero que en pocos días me envíen el resto de mis pertenencias, así que estaré muy agradecida de que por ahora Ellie haga lo que pueda con lo que he traído.

-Por supuesto, señora -la señora Bailey siguió su camino con más curiosidad que nunca acerca de la condesa de Beaucaire. Era una dama digna, a pesar de las raras prendas de vestir que llevaba en su escaso equipaje, ¿pero qué hacía en aquella situación escandalosa una dama digna, que hasta llevaba en el dedo un anillo de bodas? Las habladurías correrían pronto por toda la ciudad. Aunque al señor eso le interesaba un bledo.

Desde su llegada, por la mañana, Gabrielle no había tenido oportunidad de inspeccionar los aposentos que le habían asignado. Era una habitación grande y soleada, con pesadas cortinas de invierno, de terciopelo, que colgaban de la cama y las ventanas; una alfombra turca cubría el suelo de madera muy lustrado, y ardía el fuego en el hogar, debajo de la elegante repisa tallada de la chimenea. Junto a ésta había un pequeño *boudoir* alfombrado, con cortinas de terciopelo rosado como en la habitación, y amueblado con una *chaise longue,* varios sillones y un delicado secreter estilo Reina Ana. También allí ardía un fuego en el hogar.

Una puerta situada en la pared opuesta comunicaba el *boudoir* con las dependencias del lord. ¿Habrían sido éstos los aposentos de Helen? Por un lado, parecía obvio que fuera así, pero, por otro, Gabrielle no podía creer que Nathaniel hubiera instalado a su amante de turno en la alcoba de su amada y fallecida esposa. Era un hombre formidable y a menudo malhumorado, pero tenía una sensibilidad que quizá sólo mostraba realmente durante el acto amoroso. Gabrielle estaba segura de que él no ofendería la memoria de su esposa.

Reprimió cualquier otra curiosidad acerca de la fallecida lady Praed. No guardaba relación con la causa por la que ella se encontraba allí... Lo mismo que cualquier otra interferencia en la relación de lord Praed con su hijo.

Permanecería en sus aposentos hasta las seis, y dejaría que Nathaniel condujera su entrevista diaria con Jake en privado.

Tras esta decisión, Gabrielle saludó con gran entusiasmo a Ellie y su ofrecimiento de llevarle agua caliente para un baño. No tenía idea de cómo se comportaría Nathaniel luego de los acontecimientos poco placenteros de la tarde, pero dejaría que fuera él quien decidiera el tono de la velada.

A las cinco y media, sentada en la ventana salediza del *boudoir,* contemplaba el crepúsculo que caía sobre el río, oyendo los graznidos de la bandada de cuervos que se preparaba para pasar la noche en un bosque de coníferas al final del jardín. La propiedad de la familia de Nathaniel era hermosa, flanqueada por un lado por la primitiva majestuosidad del New Forest, y por el otro, por el río Beaulieu, que cruzaba serpenteante unos marjales hasta el Solent, el ancho brazo de mar que se extendía entre el continente y la isla de Wight.

Aquella tarde habían cabalgado por el bosque, atravesando los campos comunales cubiertos de aulaga y brezo, hasta los amplios senderos por donde anduvieron bajo robles y hayas centenarios. Era una parte del país que Gabrielle no conocía, pero había sentido su atracción y había visto en la expresión de Nathaniel, relajada y apacible, que aquel claro contraste entre mar y bosque le corría por las venas.

Un suave golpe a la puerta la distrajo de su ensueño. Insegura de si en realidad lo había oído, se volvió hacia la puerta. La llamada volvió a sonar, más un rasguño que una señal definida.

-Adelante.

La puerta se abrió lentamente. Allí estaba Jake, con las manos aún en el tirador, una expresión seria en el rostro y solemnes los redondos ojos castaños. Estaba muy limpio y prolijo, con la almidonada camisa de cuello fruncido, abotonada y metida dentro del pantalón; el pelo le brillaba a causa de una prudente humedad para que le quedara arreglado sobre la frente.

- ¿Jake? -Gabrielle se puso de pie y atravesó el cuarto-. Qué sorpresa -le sonrió-. Entra. Jake negó con la cabeza.

-Debo ir a la biblioteca -pero seguía allí, aferrando la puerta, con los ojos fijos en los pies calzados con botas abotonadas.

-Tu padre estará esperándote -dijo Gabrielle, mirando el reloj.

- ¿Usted también viene? -Levantó la vista del suelo-. ¿A ver a papá?

Nathaniel había prohibido a la señorita Primmy que le llevara al niño, recordó Gabrielle. ¿Acaso Jake se sentía tan intimidado por el padre que no era capaz de enfrentarlo a solas? Era absurdo. Y sin embargo, quizá no. A los niños los podía intimidar cualquier cosa, y Nathaniel, excepto en circunstancias muy específicas, no era una persona atrayente.

-Si tú quieres -se decidió. Lo acompañaría, pero no intervendría en la conversación.

Tomó al niño de la mano y bajaron la escalera.

- ¿Cómo anduvo Black Rob Jake? ¿Trotaste con él?

-No -respondió Jake con aire solemne-. Pero paseé con él sin que Milner sostuviera las riendas. Mañana trotaré... pero sólo en el corral -agregó-. Hasta que me sienta más valiente, dice Milner.

-Eso es muy sensato -convino Gabrielle-. ¿Cómo supiste dónde encontrarme?

-Primmy dijo que estaba en la Suite de la Reina. Se llama así porque una reina se alojó aquí una vez.

-Ah, ¿qué reina?

-No lo sé.

Llegaron a la biblioteca; Jake se detuvo y levantó la mano para golpear la puerta.

Gabrielle percibió la rigidez del pequeño y le sonrió.

Abrió la puerta antes de que el niño llegara a golpear.

-Jake dice que una vez durmió una reina en mi habitación, Nathaniel. ¿Quién era?

Nathaniel estaba leyendo papeles sentado ante el gran escritorio. Levantó la vista y la miró, y de nuevo lo impresionó el excelente gusto de Gabrielle para vestirse.

El vestido de suave y adherente crepé era de color pizarra y brezo, con mangas largas y ajustadas abotonadas en las muñecas. Un triple votado de encaje negro que se fruncía bajo la garganta formaba el cuello alto apropiado para un vestido de tarde. Tenía el pelo recogido sobre la nuca, y un racimo de bucles le caía sobre las orejas.

La imagen de su cuerpo desnudo sobre el asiento del carruaje aquella mañana de repente obstruyó esa visión de discreta elegancia y lo dejó sin aliento, haciendo desaparecer todos los resentimientos de la tarde y la fría indiferencia con que él había preparado la trampa en la caja fuerte.

-Me gusta ese vestido -afirmó abruptamente.

-Me disculpo por la informalidad -repuso Gabrielle con una seriedad que contradecía el brillo burlón de sus ojos-. Me temo que no he traído nada para usar por la noche... ya que no sabía adonde iba.

-En este condado no prestamos mucha atención a la etiqueta -aseguró Nathaniel con la misma solemnidad, y señaló sus modestos pantalones de ante y su fina chaqueta marrón.

-Yo lo prefiero así -respondió ella; se rozó los labios con la lengua y ambos supieron que no se refería a la vestimenta adecuada para la noche.

La mano de Jake se movió en la de Gabrielle, y ese contacto la ayudó a liberarse de las sutiles hebras de la excitación erótica.

- ¿Qué reina? -preguntó de nuevo, como si el primer intercambio de palabras no hubiese interrumpido el anterior hilo del pensamiento.

-La reina Carolina, esposa de Jorge II -respondió Nathaniel-. Pasó una noche aquí, cuando estaba en camino de Southampton a Londres -se puso de pie-. ¿Puedo servirte jerez? ¿O prefieres vino de Madeira?

-Jerez, por favor -tomó la copa que él le alcanzo, se sentó junto a la ventana y de una mesita lateral tomó un periódico. Era un ejemplar del *Formero Almanac,* una lectura nada estimulante para alguien que no fuera agricultor pero era lo único que tenía a mano y serviría para indicar a Nathaniel que ella ya no estaba prestando atención a él y Jake.

Lord Praed se sentó en el borde del escritorio y estiró las piernas mientras sorbía el jerez. Jake cambiaba el peso de un pie a otro, de pie sobre la alfombra, esperando las preguntas inevitables acerca del progreso de sus clases durante la ausencia de su padre.

Gabrielle daba vuelta con gesto ocioso las páginas del periódico mientras escuchaba la formal sesión de preguntas y respuestas. Resultaba atrozmente doloroso oír las cuidadosas preguntas de Nathaniel y las respuestas monosilábicas del niño; ella tenía que morderse la lengua para abstenerse de interrumpir. Parecía no existir conexión alguna entre el hombre y el niño, ni física ni emocional. Gabrielle experimentaba una urgencia casi abrumadora por juntar a ambos en un abrazo.

¿Qué era lo que volvía a Nathaniel tan distante, tan frío, con su hijo? Con certeza no podía deberse solamente a sus intentos de endurecerlo. Resultaba obvio que también él había tenido una relación comedida con su propio padre, aunque hubiera dicho que no tenía intención de seguir ese ejemplo. ¿Acaso no se daría cuenta de que la manera como lo trataba podía ser para el niño tan perjudicial como cualquier cruda disciplina física?

Obviamente no. Nathaniel ya estaba despidiendo a su hijo, enviándolo de nuevo a su cuarto con un apretón de manos. Qué absurdo, pensó Gabrielle mientras observaba con disimulo cómo desaparecían las pequeñas manos con hoyuelos de Jake en las manos grandes del padre y cómo el niño movía la cabeza en una reverencia de despedida formal.

-Da las buenas noches a la dama -indicó Nathaniel; tendió la mano para volver a llenar su copa, y el alivio se reflejaba con claridad en cada línea de su cuerpo ahora que la sesión paternal había terminado por aquel día.

-Buenas noches, Jake -Gabrielle cogió al niño cuando él se acercó, lo rodeó con los brazos y lo besó-. ¿Primmy te leerá un cuento?

-Quizá -respondió Jake. Se quedó un momento en el círculo de esos brazos, con el cuerpo inclinado hacia el de Gabrielle, con una torpeza levemente ambivalente, como si quisiera quedarse pero no supiera si debía.

Gabrielle volvió a besarlo.

-Mañana te contaré un cuento -prometió ella.

- ¿Sabe muchos?

«Algo ha cambiado en este cuarto», pensó Nathaniel con vaga perplejidad. Parecía como si la luz se hubiera suavizado, como si se hubiera intensificado el crujir del fuego, imbuyendo la biblioteca, habitualmente austera, de un calor y un solaz domésticos, hospitalarios. Y eso emanaba de Gabrielle. Las cortinas aún estaban abiertas detrás de ella, y la luna que ascendía pendía baja sobre la oscura curva del río, un fondo plateado y negro para la cabeza vibrante y la piel clara.

-Sí, conozco muchos cuentos -respondió Gabrielle, al tiempo que se separaba con delicadeza de Jake, pues había reparado en que Nathaniel los observaba silencioso y ceñudo-. Buenas noches, Jake.

La puerta se cerró tras el niño y se produjo un silencio incómodo hasta que Nathaniel dijo:

-Preferiría que no hicieras promesas a mi hijo, en particular las que alterarían sus hábitos.

-Nathaniel, sólo le ofrecí leerle un cuento a la hora de dormir -protestó ella con cierto matiz de exasperación-. Si no quieres que lo haga, ¿por qué no lo haces tú?

-Yo no sé ninguno -respondió Nathaniel con malhumor.

-Vamos, debes de recordar alguno de tu niñez -lo miró incrédula por encima del borde de la copa.

Él negó con la cabeza.

-Jamás me contaron uno que pudiera recordar.

-Pobre muchachito -comentó ella con ternura-. Qué infancia horrible tuviste.

-No fue en absoluto horrible -él frunció el entrecejo, mirando fijo el hogar.

- ¿Eras hijo único?

-Sí, lo mismo que tú.

- ¿Cómo lo sabes?

-Algo me dijo Miles -se encogió de hombros, vació la copa y se puso de pie- Si estás lista, deberíamos ir a cenar. No me gusta enfadar a la cocinera; tiende a irritarse si le arruinan la cena.

-Tiene razón -Gabrielle se puso de pie y tomó el brazo que él le ofreció con gesto formal-. Por supuesto, yo tenía apenas ocho años cuando fui a vivir con la familia de Georgie, y me quedé con ellos hasta los dieciocho. De modo que no me siento una hija única.

Nathaniel no emitió respuesta mientras mantenía abierta la puerta del salón comedor para que ella pasara. Era una habitación enorme, con pesados muebles de roble y paredes recubiertas con paneles de madera oscura.

En la larga mesa se habían dispuestos dos cubiertos, uno en cada extremo. Varias velas colocadas en ornados candelabros de plata puntuaban la extensión intermedia, y los manchones de luz amarilla no hacían más que acentuar la vasta distancia entre los dos comensales.

Gabrielle abrió la boca para proponer una disposición más amistosa, que además facilitaría la tarea de los sirvientes, pero enseguida la cerró con firmeza. Ya había hecho bastantes comentarios fuera de lugar por aquel día. Aun era una invitada en la casa de Nathaniel, por muy poco ortodoxa que hiera la situación.

Se sentó en la silla que Nathaniel apartó para ella y lo miró desde su extremo de la mesa con una expresión que deseó fuera de inteligente y cortés compañerismo.

- ¿Conoces a la familia de Georgie?

-En realidad no -respondió Nathaniel, quien de inmediato probó el vino e hizo un gesto al sirviente para que llenara la copa de Gabrielle.

Los pasos del criado resonaban muy fuertes sobre el suelo de roble lustrado a medida que recorría todo el largo de la mesa.

-Georgie es la mayor de seis hermanos -perseveró Gabrielle, que de algún modo sentía como si tuviera que dar explicaciones de su afinidad con los niños a un hombre que evidentemente no sabía nada de ellos.

Ella esbozó una leve sonrisa. Los DeVane eran una familia grande y errática, en general feliz, cuyos integrantes menores vivían metiéndose en apuros que lady DeVane consideraba con vaga consternación en las raras ocasiones en que les prestaba atención, mientras que el esposo respondía con bofetadas y caricias indiscriminadas. A ninguno de los niños lo perturbaba recibir tanto una cosa como la otra, por la razón que fuere. En el hogar de los DeVane la justicia era una fiesta movible y se la aceptaba como tal con alegre pragmatismo.

Gabrielle se sirvió una ración de alcachofas de una bandeja que le ofreció el sirviente ambulante, y comenzó a describir a su acompañante la vida en el hogar de los DeVane. En general, se consideraba una buena conversadora; sin embargo, Nathaniel respondía a sus comentarios y anécdotas con un murmullo evasivo en el mejor de los casos, y en el peor, con el entrecejo fruncido y un gruñido vago.

Al cabo de un momento decidió dejar la conversación a Nathaniel y se quedó callada. Sólo rompían el silencio los movimientos y las susurradas preguntas del sirviente.

-Te dejaré con tu oporto -dijo Gabrielle cuando por fin retiraron los platos y el sirviente se hubo retirado; el silencio no se había quebrado durante todo el segundo plato.

-Me parece innecesario -contestó Nathaniel, mientras llenaba la copa con una botella que tenía al lado-. Estamos solo nosotros dos... Amenos que, por supuesto, pretieras retirarte a dormir.

-No creo que haya demasiada diferencia -replicó ella, y se reclinó en la silla-. Ya que tu aversión a conversar a la hora de las comidas es tan profunda, no veo que mi compañía importe de una manera o de otra. No hay duda de que mis pobres esfuerzos para entablar conversación no han logrado entretenerte.

Nathaniel la miró furioso a la luz de las velas.

-Qué maldita manera de cenar-declaró-. ¿Quién diablos decidió tender la mesa así? Casi no te veo, y mucho menos puedo conversar.

Gabrielle corrió la silla hacia atrás.

-Si estás dispuesto a compartir el oporto, me reuniré contigo en aquel extremo.

-Me gustaría que lo hicieras -se puso de pie mientras ella caminaba junto a la mesa y se sentaba en una silla junto a él-. Supongo que volverás a acusarme de ser hosco y malhumorado.

-Niégalo -desafió ella.

Nathaniel hizo una mueca de arrepentimiento y rompió una nuez con los dedos.

-No puedo, maldición -limpió la nuez y la puso en el plato de Gabrielle.

-Bueno, supongo que mi conversación no era demasiado estimulante -repuso ella con tono divertido, y se echó la nuez en la boca-. ¿Lo intentamos de nuevo? ¿Qué tema sería el más apropiado? Es evidente que los niños y la infancia están prohibidos -lo miró de reojo para juzgar la reacción a sus palabras.

La expresión de Nathaniel era oscura; luego se encogió de hombros.

-No es un tema que me inspire, te lo aseguro. Y no me interesa hablar de Jake, de modo que, si no te molesta, de ahora en adelante lo dejaremos fuera de nuestras conversaciones.

-Si tú lo dices.

Gabrielle bebió un sorbo de oporto; sus ojos, brillantes de sensual sugerencia, le sonrieron por encima del borde de la copa

8

Charles Maurice de Talleyrand Perigord se hallaba inclinado sobre la baranda de la galería que daba al salón de baile del elegante palacio del siglo XVIII situado en la calle Miodowa, en Varsovia, examinando a los invitados que estaban más abajo. Era una vista digna de satisfacer al estadista más ambicioso. La flor de la nobleza de Polonia y la corte triunfante del emperador Napoleón se habían reunido para la inauguración de la temporada de carnaval, en calidad de invitados del ministro de Asuntos Exteriores, a quien, el agradecido emperador acababa de conferir el título de príncipe de Benevento. El baile, según lo había planeado Talleyrand, estaba resultando la función más brillante que veía Varsovia desde los gloriosos tiempos de la monarquía polaca...antes de que Rusia, Austria y Prusia dividieran el país y tomaran cada uno su porción.

En ese crudo invierno de 1807, los polacos habían dado la bienvenida a Napoleón, a su ejército y a su corte con adulación ferviente, como siempre a la espera del apoyo y la protección del emperador en su lucha por la restauración de la independencia de Polonia. Napoleón recibía la adulación con tanta presteza como recibía a sus soldados y el contenido de sus arcas, pero no prometía nada a cambio.

El príncipe de Benevento contemplaba la multitud enjoyada que remolineaba más abajo y se preguntaba cuántos de ellos comprenderían que su salvador no era ningún

salvador. Habían acogido su entrada en una Varsovia cubierta de nieve con dos arcos de triunfo iluminados y adornados con una inscripción que decía; «Viva Napoleón, el salvador de Polonia. Enviado a nosotros directamente del Cielo». Había habido desfiles con antorchas por la ciudad y hogueras alrededor del viejo palacio real, en lo alto de un risco sobre el Vístula -donde habría de residir el emperador-, y todas las casas y tiendas ostentaban el águila dorada de Napoleón.

Pero su «libertador» los desangraría hasta dejarlos pálidos y luego los abandonaría a sus otros enemigos derrotados, los austriacos, los prusianos y los rusos. La partición de Polonia continuaría un muy largo tiempo.

Había algunos aspectos en los que el emperador era muy corto de vista, reflexionó Talleyrand mientras tamborileaba sus largos dedos en la baranda dorada. Una Polonia fuerte era esencial para la estabilidad del continente. Como barrera en el norte, constituiría un vital estado tapón entre Rusia y Occidente. Pero abandonada a la partición, se hallaba tan indefensa como un pájaro herido ante un gato.

-Al menos hay cierta compensación por el clima terrible de este deprimente país.

Talleyrand se volvió al oír la voz de su hijo. Charles de Flahaut se inclinó sobre la baranda junto a su padre, dispuesto a estudiar la escena. A pesar de que el conde de Flahaut había reconocido oficialmente al niño como hijo suyo, la paternidad de Talleyrand siempre había sido del conocimiento tanto de su hijo como del mundo, y la influencia del padre natural fluía en todos los aspectos de la carrera del joven.

-Te refieres a las mujeres -Talleyrand sonrió-. En general son atractivas, lo admito.

-Y una en especial -agregó Charles en tono meditabundo-. El emperador parece bastante cautivado por madame Walewska -miró con el rabillo del ojo al hombre mayor, con mirada perspicaz.

-En verdad -convino Talleyrand con otra sonrisa insulsa-. ¿Pero te sorprende? Esa mujer es una encantadora combinación de belleza e inteligencia, con esos modales tan dulcemente tímidos... El emperador la encuentra más placentera que Josephine... y las otras. No sabes lo cínico que se ha vuelto en estos días con respecto a las mujeres…

-Y la encantadora Marie bien podría ejercer una influencia beneficiosa... -sugirió Charles con el mismo brillo perspicaz en los ojos.

-Quizá, *mon fíls,* quizá.

El viejo zorro no revelaba nada, como siempre, reflexionó Charles con una risa entre dientes. Pero él había estado observando los hábiles manejos del padre con la joven y encantadora esposa del chambelán Anastase Walewska, ya entrado en años. Si Marie Walewska se convertía en amante de Napoleón, bien podría influir en él a favor de Polonia, y triunfar allí donde había fracasado todos los halagos y peticiones de la nobleza y los políticos del país.

El joven se retiró, y el padre continuó con su observación. La exquisita madame Walewska, con un delicado traje de satén blanco sobre una enagua oro pálido y rosa, y una sencilla corona de laurel sobre los rizos rubios, era la pareja del emperador en una contradanza. El contraste entre la exquisita gracia de la dama y la torpeza de su acompañante resultaba gracioso, pero a Napoleón le importaba un bledo su torpe desempeño, como bien lo sabía Talleyrand. En la opinión del emperador, un hombre que se sentía a sus anchas en el campo de batalla no tenía por qué sentirse a sus anchas en la pista de baile.

Sin embargo, el emperador no ocultaba el hecho de que encontraba encantadora a madame Walewska. No obstante, ¿podría convencer a la dama de sacrificar su honor por el país? Talleyrand había descubierto que Marie era apasionadamente devota de la causa de la liberación polaca. Sabía que ella daría cualquier cosa por la causa, incluso su vida, como en verdad lo hacían muchos de sus conciudadanos. Pero ella era joven, inocente, delicada. ¿Por qué daría a Napoleón lo que éste quería?

Los ojos de Talleyrand se detuvieron en el profundo alféizar de una ventana, desde donde Anastase Walewska, muy satisfecho de sí mismo, contemplaba a su esposa. No habría inconvenientes con el viejo, pensó Talleyrand con cínico reconocimiento. Entregaría su mujer a Napoleón sin remordimientos, con tal de obtener un poco de gloria.

Sin embargo, para jugar con seguridad, el ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón dedicaría cierta atención aduladora al arrogante canciller.

El príncipe se retiró de la baranda y fue cojeando hasta la amplia curva de fa escalinata que llevaba al salón de baile. Hacer de alcahuete para su emperador era una experiencia nueva para él, pero Talleyrand utilizaba las armas que tenía a mano en su diplomacia. Si el camino de la liberación de Polonia pasaba por la cama del emperador, entonces lo andaría.

Podría resultar de utilidad informar a Gabrielle del nuevo interés amoroso de Napoleón. Mediante mensajero expreso enviaría una carta al contacto en Londres, quien la enviaría a la casa de los Vanbrugh en Kent; una carta en apariencia coloquial e inocua, propia de un padrino a su amada ahijada. Gabrielle pasaría la información al jefe de los espías, como señal de buena fe y prueba adicional de su acceso a los oídos privados del círculo íntimo del emperador. La difusión de esa información no causaría daño a Francia ni a los planes de Talleyrand.

Los ingleses no eran más que observadores del destino de Polonia.

Con una sonrisa benigna, cruzó el salón en dirección al canciller Anastase Walewska, disponiéndose a felicitarlo por el éxito de su esposa y la posibilidad de su inminente ingreso en la categoría de cornudo.

Los rostros se apiñaban cada vez más cerca. Sudorosa, enrojecida, con los ojos inyectados de sangre, la multitud empujaba para adelantarse. Tenían la baca abierta, como grandes agujeros en los rostros grotescos mientras gritaban obscenidades al hombre y a la mujer acorralados detrás de una mesa larga, contra la pared del salón.

Un garrote se estrello contra la mesa lustrada y abrió una enorme rajadura en la madera de palisandro. La mujer se encogió contra la pared recubierta en seda, y el esposo intentó hablar por sobre el ruido del tumulto. Su tono de voz era medido, razonable, y quedó ahogada bajo el griterío, las risas burlonas y otras obscenidades.

Un citoyenne con el gorro frigio de la Revolución escupió sobre la mesa, y en algún lado se oyó un ruido de cristales rotos cuando una ventana se rompió por el golpe de un garrote.

Un hombre con delantal de carnicero manchado de sangre se esforzaba por levantar el borde de la mesa. Otro la levantaba con él; las venas de los antebrazos parecían gruesos cordones azules bajo la piel curtida por la intemperie. La mesa cayó sobre un costado e hizo un ruido estrepitoso. Demolida la frágil barrera, la pareja que estaba detrás ahora estaba expuesta a la muchedumbre. Las manos se alcanzaron, los arrastraron; luego se perdieron en la multitud, empujados y *tironeados hacia las grandes puertas dobles del salón. Continuaba el ruido de cristales rotos, y la niña, rígida entre las vigas del techo, olió humo cuando*

alguien puso fuego a los tapices y la galería de arriba y la orgía de destrucción alcanzó nuevos niveles de entusiasmo...

La estrecha calle empedrada estaba colmada de gente, el hedor de personas sin bañarse apestaba en el aire opresivo del verano. Los carretones abiertos avanzaban con estrépito sobre los adoquines en una caravana interminable, las pasajeras apretadas mejilla contra mejilla, con las manos atadas por delante, el pelo rapado para despejar la cara; los rostros pálidos miraban sin ver la multitud burlona que corría junto a las carretas arrojándoles duros cascotes de barro seco y basura de los desagües.

Ahora la niña estaba en una ventana de gablete debajo del alero de una tienda de vinos. Abrazaba las sombras mientras miraba la escena que se desarrollaba más abajo. Era la misma escena todos los días, desde el amanecer hasta el anochecer, cuando Madame Guillotine cerraba los ojos para dormir.

De pronto el rostro de una mujer, mire los condenados de la segunda carreta, se volvió claramente definido en medio del mar de desesperación. La niña se apretó la boca con la mano para evitar llorar mientras veía pasar la carreta bajo la ventana basta que se perdió de vista, al doblar en la esquina de la ruede Seine...

El leve sollozo desconsolado sobresaltó a Nathaniel hasta despertarlo por completó, antes de darse cuenta de qué era. La habitación estaba iluminada por la luz de la luna; el resplandor rojizo de los leños que se estaban consumiendo en el hogar contrastaba con la fría claridad plateada.

Gabrielle estaba sentada junto él; de los párpados cerrados le resbalaban lágrimas que surcaban sus mejillas. Los sollozos se le atascaban en la garganta y mecía el cuerpo, dolorosamente doblado sobre las rodillas.

-Gabrielle -susurró Nathaniel, conmocionado hasta lo más hondo.

Ella no respondió, y él le tocó la espalda desnuda. Tenía la piel brillante de sudor y fría como una tumba.

-Gabrielle -dijo de nuevo, esta vez un poco más fuerte, y le cubrió la curva húmeda del hombro con la mano cálida. Cuando los ojos continuaron cerrados y el sollozo no cesó, se dio cuenta de que ella aún estaba dormida. Absolutamente dormida se había sentado, se había encorvado sobre las rodillas flexionadas y temblaba con una desoladora angustia interior. ¿Qué pesadilla la invadía?

- ¡Gabrielle! ¡Despierta! -le habló con serena autoridad; giró para tomarla de frente por los hombros y sacudirla para que despertara. -Despierta. Has tenido una pesadilla.

Gabrielle abrió los ojos, y la tristeza que Nathaniel vio en ellos le desgarró el corazón. Los rizos rojo oscuro que rodeaban el rostro le caían sobre las mejillas húmedas de sudor y lágrimas. Ella lo miró un momento sin reconocerlo. Los sollozos se le anudaban en la garganta, mientras él la observaba con impotente compasión. Gabrielle tragó con dificultad, se enjugó los ojos con el brazo y se frotó el pelo con los dedos, apartándoselo de los hombros.

-Discúlpame -dijo con voz engrosada por el residuo de las lágrimas-. ¿Te desperté?

- ¿Qué te pasó? -Preguntó él con dulzura-. ¿Qué estabas soñando?

Gabrielle alzó los hombros en un movimiento infinitesimal y negó con la cabeza.

-Nada...absolutamente nada-se acostó de nuevo y cerró con fuerza los ojos-. Vuelve a dormir, Nathaniel. Perdón por haberte despertado.

-Con eso no me basta -replicó él, cortante, sin dejar de mirarla.

- ¿Qué cosa? -rodó hacia un costado en posición fetal-. Tengo sueño.

El percibía el dolor de Gabrielle como si fuera un aura casi tangible alrededor de la figura acurrucada, y tuvo la certeza de que estaba tan despierta como él.

-Con eso no me basta -repitió, y se levantó de la cama-. Y no finjas tener sueño, porque sé que no podrías estar más desvelada.

Se dirigió al hogar, se inclinó para acomodar los leños y los atizó hasta que cobraron vida. Arrojó más leña a la llama vacilante y esperó que encendiera la madera seca. Luego regresó a la cama.

Ahora Gabrielle estaba boca arriba, con los ojos aún firmemente cerrados. Las lágrimas habían manchado la palidez traslúcida de sus mejillas, y tenía un punto de sangre en el labio inferior, donde se había mordido.

Hacía unas horas él había caído en un sueño saciado junto a una mujer arrojada, dominante y excitante, de pasión intensa e ingeniosa. Y ahora despertaba junto a una mujer vulnerable y profundamente herida, que parecía mucho más joven aunque paradójicamente mayor.

-Gabrielle -se acercó y se sentó al costado de la cama junto a ella; le apoyó una mano en el vientre y sintió la inmediata reacción refleja de los músculos bajo sus palmas frías-. Quiero saber qué estabas soñando.

Ella abrió los ojos y él percibió el residuo del intenso dolor en esas profundidades color carbón.

-No era nada, ya te lo dije. Nada importante. Discúlpame por haberte despertado.

-No sigas con eso -la impaciencia, nunca demasiado lejos de la superficie, se abrió paso en medio de la compasión-. Estabas soñando algo terrible.

Gabrielle suspiró y se sentó.

-Y sí fuera así, ¿qué? Todos tenemos derecho a nuestra intimidad, Nathaniel. Tú no tienes derecho sobre mi alma.

Nathaniel se puso de pie abruptamente.

-Ahora escúchame bien. Hacemos el amor durante horas, de la manera más maravillosa y trascendental, y me duermo abrazándote, sintiendo tu respiración, oliendo tu piel y tu pelo, consciente del contacto de cada milímetro de tu piel con la mía. Y cuando despierto, en medio de la noche, te encuentro bañada en sudor, sollozando desconsolada, ¡y me dices que no tengo derecho a saber qué sucede! Bueno, no es así, Gabrielle. La pasión no puede existir en el vacío -la miró.

-Ni arrancándome la cabeza conseguirás desnudar mi alma -replicó ella. La recorrió un estremecimiento cuando el sudor se le secó con el frío aire nocturno y se le puso la carne de gallina.

Nathaniel percibió en su voz el comienzo de la resignación. Fue hasta el armario y sacó una pesada bata de terciopelo.

-Ponte esto y ven cerca del fuego -le dijo, ahora con tono tranquilo y amable. La calma tras la exasperación podía resultar un potente factor de persuasión, como bien lo sabía un interrogador experimentado. Se puso una bata sobre los hombros y se dirigió a la puerta.

-Traeré un poco de coñac.

-Me encantaría un poco de leche caliente -murmuró Gabrielle mientras se acurrucaba en los pliegues cálidos de la bata-. Si vas abajo.

Nathaniel se rascó la cabeza. Rara vez se había aventurado en la zona de servicio de la casa y no estaba en absoluto seguro de cómo procurar tal artículo.

Gabrielle le sonrió en gesto de perfecta comprensión, y en sus ojos había apenas un dejo de la acostumbrada ironía.

-Iré contigo -dijo-. Estoy segura de que el fuego de la cocina estará bien encendido. Hará más calor que aquí.

-Y luego escucharé la historia -afirmó Nathaniel.

Gabrielle había contado la pesadilla a sólo dos personas: Georgie y Guillaume. Ellos eran los únicos con quienes había compartido una cama durante las largas y oscuras horas de la noche, cuando despertaban los recuerdos del terror. Pero decírselo a Nathaniel equivalía a revelar una debilidad -un rincón de su alma- al enemigo. Sin embargo -le dijo la voz pragmática de la razón- el relato sustentaría su hostilidad contra el país de su padre.

Ganó la razón sobre la instintiva renuencia.

-Sí, te lo contaré -prometió Gabrielle-. Tal vez vuelva a ocurrir, así que es razonable que lo sepas.

Nathaniel la tomó de la mano y fueron a la cocina; la bata de terciopelo rozaba los pies descalzos de Gabrielle.

Ella puso un recipiente de leche sobre el fuego, se sentó y apoyó los pies sobre el guardafuego de cobre lustroso, mientras Nathaniel tomaba la botella de coñac de la biblioteca.

- ¿Y bien? -preguntó él con calma cuando ambos estuvieron sentados en la cocina silenciosa, donde sólo el fuerte tictac del reloj de pared perturbaba la paz soñolienta.

Gabrielle tomó con las dos manos la taza de leche caliente e inhaló el vaho aromatizado con coñac.

-Al comienzo de la Revolución, mi padre votó con el Tercer Estado en los Estados Generales, junto con el duque de Orleáns, Mirabeau y Talleyrand. Todos ellos creían en la reforma. Cuando el asunto se les escapó de las manos, Talleyrand marchó al exilio -se encogió de hombros y permitió que un dejo de aversión tiñera sus palabras. Nathaniel debía creer que ella no defendía a su padrino.

-El es un hombre muy astuto... más astuto de lo que jamás fue mi padre. Talleyrand era consciente de la inconstancia del viento y la población en tiempos de anarquía, y siempre sabe donde residen sus intereses. Mi padre, creo, pensaba que la gente siempre lo reconocería por lo que era. Creía de verdad en que no le podían causar daño aquellos a quienes él había jurado apoyar.

-Pero el Terror no hacía distinciones -intervino Nathaniel.

-No -confirmó ella con un sombrío movimiento de la cabeza-. Devoró a sus defensores más fanáticos con tanto afán como a los aristócratas. De cualquier manera, una tarde la turba se llevó a mis padres. Los llevaron directamente al tribunal, los condenaron y los ejecutaron al día siguiente... Al menos -agregó- a mi madre. La vi en la carreta. No sé

exactamente qué fue de mi padre. Desapareció en las prisiones y nunca se volvió a saber de él.

- ¿Y tú dónde estabas? -quiso saber Nathaniel.

-Cuando se dieron cuenta de que venía la turba, mi padre me escondió en el techo de la sala. Había unas anchas vigas de roble, lo bastante grandes como para que una niña pequeña se acostara encima y nadie la viera desde abajo -levantó la vista por encima del borde de la taza. -En la pesadilla revivo aquella tarde. No es realmente una pesadilla, no es todo confuso y simbólico como en general son los sueños. Siempre es la misma escena... revivida... de lo que sucedió. Y después, siempre revivo el momento en que vi a mi madre en la carreta, cuando la llevaban a la guillotina.

Bebió un gran trago de leche en silencio. Sólo estaba dispuesta a revelar la esencia de la historia,

- ¿Cómo escapaste de Francia?

-Talleyrand -respondió Gabrielle-. El mantuvo contactos en París durante el Terror, aunque no me preguntes cómo. Es un oportunista experto, un experto en el arte de mantener un pie en cada campo.

Se quedó mirando un momento el fuego.

-Probablemente habría podido salvar a mis padres... Bueno, no lo sé -continuó Gabrielle-. A veces pienso que las atenciones que tiene conmigo son producto de la culpa -sacudió la cabeza con impaciencia-. Aunque no puedo imaginar que el príncipe de Benevento se sienta culpable de algo. Es demasiado pragmático.

Nathaniel absorbió estas palabras y las guardó para futura reflexión.

- ¿Y qué sucedió después?

-Los contactos de Talleyrand me sacaron de París a escondidas y me embarcaron en un bote pesquero en Bretaña. Una mañana temprano, un refugiado francés a quien le habían dicho adonde debía llevarme me dejó en el umbral de la puerta de la casa de los DeVane en Londres.

Los DeVane acogieron a una niña casi muda, aterrorizada y desconsolada *y* le dieron el tiempo que necesitara para recuperarse. Respetaron mi silencio, mi pena, mis cambios de humor; daban automáticamente por sentado que yo me uniría a ellos en sus actividades, y lo aceptaban cuando no lo hacía. Y un día superé mis problemas. Permanecí con ellos hasta los dieciocho años. Ellos son mi familia, y sus lealtades son las mías.

Sonrió apenas por encima del borde de la taza.

-No me alcanzan las palabras para contarte lo que hicieron por mí -continuó-. En la cena intenté describir la familia grande, cariñosa y caótica que son.

-Sí -repuso Nathaniel, recordando con incomodidad sus reacciones hoscas y monosilábicas a esos intentos de conversación-. No fui demasiado receptivo, ¿verdad?

-Se podría decir eso -respondió Gabrielle, con una amplia sonrisa-. Pero recobraste el buen humor... el poco que tienes -agregó con el acostumbrado destello burlón en los ojos.

Nathaniel sacudió la cabeza en triste aceptación.

-Miles y Simón siempre me dicen que soy un bastardo de mal genio.

- ¿Por qué eres así? -Preguntó Gabrielle mientras dejaba la taza vacía en el suelo, junto a la silla-. Creo que se impone cierta reciprocidad. Cuéntame algo sobre ti -en ese mismo instante se arrepintió. No quería conocer ningún secreto de Nathaniel Praed. Pero ya era demasiado tarde para volver atrás.

Nathaniel sacudió la cabeza e hizo con la mano un gesto abarcador.

-Estás en mi casa, compartiendo mi vida. Aquí puedes leer toda mi historia.

-Pero quizá yo no entienda el idioma -replicó ella, ya sin sonreír.

El volvió a mover la cabeza en brusca negativa.

-Lo dudo, madame. Tengo la absoluta convicción de que tú eres políglota. Volvamos a la cama -se dirigió hacia la puerta.

Gabrielle ocultó el alivio que le brindaba ese escape.

-Sube tú -dijo-. Todavía no tengo sueño. Me quedaré un momento junto al fuego. Dormiré en mi cama, así no te molesto cuando suba.

Nathaniel se volvió hacia ella, con la mano en el tirador. Le estudió el rostro. La expresión de Gabrielle era tranquila, y sus ojos oscuros le devolvieron francos el escrutinio.

-Si estás segura de que es eso lo que quieres... -dijo Nathaniel.

-Muy segura. Ahora estoy perfectamente bien. Esta noche no volverá a suceder.

El siguió mirándola un instante; luego hizo un ademán como de satisfacción.

-Pero no te quedes hasta muy tarde.

-Buenas noches, Nathaniel.

-Buenas noches, Gabrielle -la puerta se cerró suavemente detrás de él.

Gabrielle se quedó mirando los rojos destellos del fuego, moviendo los dedos de los pies al calor de la pantalla. El reloj dio las tres. En la casa todos dormían y no despertarían hasta por lo menos dos horas más. Nathaniel pronto se dormiría. Ella tenía intención de revisar la caja de seguridad esa noche, pero el exceso de tumultuosa pasión la había vencido. Al parecer, la pesadilla le había dado una segunda oportunidad.

Sin pensarlo más, se levantó y se fue hacia la puerta; sus pies descalzos no hacían ruido alguno en el suelo de lajas de la cocina. Se detuvo en el estrecho pasillo que daba al vestíbulo principal con los oídos alertas al menor movimiento. Un gato rozó sus piernas al pasar a la caza de un ratón, con la nariz crispada, las orejas achatadas sobre la cabeza y la cola erecta.

Para los oídos de Gabrielle, la casa dormida parecía llena de pequeños sonidos... crujidos, susurros y murmullos. Podía oír su propio corazón y el fluir de su sangre. Escalar muros y desafiar a un cazador a saltar una cerca atroz requerían otro tipo de valor que andar de esa manera cautelosa e ilícita para meterse en la intimidad de alguien.

Pero a ella jamás le había faltado el valor cuando trabajaba con Guillaume, y no iba a faltar a su memoria.

Gabrielle corrió a hurtadillas por el pasillo y entró en un gran vestíbulo cuadrado. La puerta doble de la biblioteca quedaba a su derecha. Ya adentro, la cerró con suavidad y aguardó un momento hasta que sus ojos se acostumbraron a la tenue luz de luna que iluminaba la habitación. Los sirvientes debían de haber corrido las cortinas antes de

retirarse, de modo que por las grandes ventanas entraba una luz plateada. Los pesados muebles formaban figuras enormes encorvadas sobre la alfombra de Aubusson.

Gabrielle sacó los volúmenes del *Tratado sobre el gobierno,* de Locke, y los depositó sin ruido sobre la mesa que había detrás de ella. Sin moverse, se quedó mirando la caja de seguridad, de metal gris, emporrada en la pared revestida de madera, intentando imaginar los mecanismos del interior de la cerradura para proyectar la mente en ellos. Era un poderoso modo de concentrarse.

Apoyó la oreja en la cerradura y comenzó a girar la perilla con delicadeza. Los clics sonaban como címbalos en el silencio, pero la experiencia le indicaba que sólo ella podía oírlos. Tenía los dedos resbalosos por la transpiración, los hombros se le acalambraron por la tensión.

Se enderezó, movió los hombros y se secó los dedos mojados en la bata. Luego se inclinó de nuevo a realizar su tarea, escuchando las conexiones cuando los pestillos se accionaban. La noche se prolongaba hasta la eternidad en el cuarto silencioso bañado en luz plateada. Las ramas de un árbol, desnudas por el invierno, arañaron la ventana, y el corazón le salto a la garganta. Respiró hondo y continuó con la delicada manipulación.

- ¡Lo tengo! -respiró con silenciosa satisfacción cuando sintió que los pestillos se conectaban. Abrió la puerta de la caja de seguridad con facilidad e inspeccionó el contenido; los secretos del jefe de espías estaban allí.

Volvió a secarse las manos y tomó la pila de papeles.

No sabía qué iba encontrar, pero esa serie de prolijos documentos contables, columnas de cifras, precios de granos, listas de reparaciones de la vivienda no era lo que había esperado.

Decepcionada, guardó los documentos y cerró la caja. Todo quedó como estaba al principio. Se volvió para tomar los volúmenes de la mesa lateral, y algo te llamó la atención. Un rayo de luz de luna iluminó algo que había en la alfombra, al pie de los anaqueles.

Se inclinó para ver más de cerca. Sobre la alfombra había un delgado cabello plateado. El cuerpo de Gabrielle quedó como petrificado mientras su mente se aceleraba. Aquello tenía una explicación muy fácil. Unas horas antes, Nathaniel había abierto la caja fuerte; ella lo había visto. Quizá se había quitado del hombro un cabello caído.

Pero.., ¿y si no había sido así? El cabello era un viejo truco para probar a los intrusos. ¿Sería posible que Nathaniel estuviera sometiéndola a prueba? Por supuesto que sí. Era un maestro de espías. El más listo que jamás había tenido Inglaterra, según Talleyrand y Fouché. ¿Por qué otra razón iba a revelar con tanta despreocupación dónde tenía su caja de seguridad?

¡Maldito! ¡Era una serpiente lista, engañosa, infame, terriblemente suspicaz! Y ahora ella debía poner el cabello donde había estado.

Comenzó de nuevo todo el tedioso trabajo de abrir la cerradura. No quería saber cuánto tiempo hacía que estaba en la biblioteca... ni especular si Nathaniel dormía... ni siquiera considerar la posibilidad de que la descubrieran.

Por fin la puerta de la caja fuerte se abrió otra vez.

Gabrielle tomó el cabello con dos dedos. ¿Dónde lo habría puesto Nathaniel? ¿Arriba o a un costado?

¡Merde! Imposible saberlo. Pero, una vez más, quizá no interesara. No bien él abriera la puerta, sin duda el cabello caería, como había sucedido al abrirla ella. Y él jamás vería desde qué punto había caído.

No tenía opción. Con rapidez pero con delicadeza, introdujo el cabello entre el borde superior y la puerta de la caja de seguridad, y volvió a cerrarla. Limpió la superficie con la manga de la bata para que no quedaran manchas ni huellas. Y luego el corazón le dio otro vuelco. ¿Nathaniel habría usado también una película de polvo? Si era así, estaba perdida.

Ahora no había rastros de polvo ni tenía sentido preocuparse por eso, se dijo enérgicamente, y guardó los tomos de Locke, De nuevo echó un vistazo a la habitación.

Para su sorpresa, vio en el reloj que toda la fútil operación había demorado menos de media hora.

Su espíritu se rebelaba con la idea de retirarse con las manos vacías. Aún quedaba el cajón del escritorio cerrado con llave. Un objetivo mucho más fácil, que podía contener algo interesante.

Se dirigió hacia el escritorio. El cortapapeles estaba en el mismo lugar donde se hallaba a la mañana. Se sentó en el gran sillón de cuero de Nathaniel y con suavidad deslizó el filo del cuchillo entre la parte superior del cajón y el escritorio para tantear el pestillo de la cerradura.

Cuando lo encontró, fue tarea sencilla empujarlo hacia abajo con la punta del cuchillo y hacer saltar la cerradura. El cajón contenía un rollo de pergaminos atados con una cinta negra.

Gabrielle lo miró mordiéndose un labio. Con seguridad el maestro de espías no dejaría secretos preciados atados con una cinta. Debían de ser documentos privados.

Sólo para asegurarse, sacó del cajón un rollo de papel, desató la cinta y lo desplegó.

Eran cartas, cartas muy privadas. Cartas de amor. Correspondencia de galanteo entre Nathaniel Praed y su entonces prometida Helen. Gabrielle fijó la vista en las firmas, sin casi prestar atención al contenido. No buscaba algo íntimo.

De repente se le erizaron los finos vellos de la base de la nuca y sintió un hormigueo en el cuero cabelludo.

No oía nada, pero corrió por sus venas la sensación de que alguien se acercaba; su sangre se tomó tan fría y ligera como un arroyo de montaña. Arrojó las cartas en el cajón, con la cinta encima, y cerró despacio el cajón justo cuando se abría la puerta.

-Estuve buscándote por todas partes. No puedo dormirme si estás levantada y sola. ¿Qué haces aquí? Hace mucho frío.

Nathaniel, aún en bata, estaba en el umbral de la puerta mirando con ojos entornados la penumbra plateada.

A Gabrielle le martilleaba el corazón. ¿Cuánto tiempo había estado buscándola por todas partes? ¿Cómo era posible que ella no hubiera oído sus pasos por la casa? ¿Y si él hubiera entrado un minuto antes?

-Estaba buscando algo para leer -explicó Gabrielle al tiempo que se levantaba de la silla con naturalidad y se daba vuelta para apoyarse en el escritorio con apariencia de total tranquilidad, de modo de tapar el cajón violado con la falda de la bata de Nathaniel. En realidad no había nada para ver, pero en ese momento estaba tan nerviosa que casi le parecía ver que su culpa resplandecía tras ella.

- ¿En la oscuridad? -Nathaniel dio un paso hacia el interior de la habitación.

-Estalla buscando pedernal y mecha -ambas cosas se hallaban bien a la vista sobre la repisa del hogar, así que Gabrielle desvió la mirada.

-Encenderé la vela por ti -Nathaniel me hasta el hogar. Raspó el pedernal, y la luz dorada de la vela bañó la repisa del hogar.

- ¿Qué te gustaría leer? -tomó el candelero, lo levantó y se acercó a los estantes.

Gabrielle se apartó del escritorio. De algún modo tenía que abrir de nuevo el cajón y volver a atar las cartas con la cinta negra. Seguramente él no desearía leerlas esa noche. « ¡Oh, por favor, que no quiera revisar la correspondencia esta noche!»

-En realidad no lo sé. Me sentía inquieta -se acercó a él y se restregó contra su cuerpo mientras examinaba los lomos de los libros a la luz de la vela.

Nathaniel la miró. Su palidez bajo el destello dorado parecía más acentuada de lo normal.

-No sé si estás inquieta -comentó-, pero pareces agotada. ¿Por qué mejor no intentas dormir?

-Sí, quizá lo haga -se echó el pelo hada atrás y esbozó una sonrisa que rogó pareciera natural. Sopló la vela que él sostenía-. Vamos arriba.

Cuando ella se dirigió a sus aposentos, Nathaniel no intentó persuadirla de que fuera a la cama de él. Sólo dijo:

-Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

-Sí -respondió ella-. Gracias.

Se quedó unos diez minutos junto a la puerta que conectaba su *boisoir* con las dependencias de Nathaniel, esperando el silencio que le indicaría que él se había dormido de nuevo. Cuando ya no oyó más el crujido de la cama al acomodarse él para dormir, Gabrielle bajó corriendo a la biblioteca, bloqueando una vez más la mente a todo pensamiento de que la descubrieran. Otra vez abrió la cerradura con el cortapapeles, retiró las cartas y volvió a dejarlas de la forma más parecida posible a su posición original, según recordaba.

Había sido una noche improductiva- excepto que ahora sabía que el jefe de espías no confiaba en ella.

9

- ¿Cuánto demoraremos en llegar a la mansión Burley Simón?

- ¿A la mansión Burley?-lord Vanbrugh levantó la vista del plato de lomo y miró con cierta sorpresa a su esposa, que en ese momento entraba en el salón del desayuno.

-Sí. Acabo de recibir una carta de Gabby -Georgiana agitó una hoja de papel que le había llegado junto con el chocolate matutino-. Quiere que le enviemos sus cosas. Se queda

con lord Praed pur... Déjame ver cómo lo expresó... Ah, si, aquí está: por tiempo indefinido, dice.

Georgie levantó la vista con un brillo pícaro de diversión en los ojos azules.

- ¿No es escandaloso?

-Suena típico de Gabby -observó Miles Bennet, al tiempo que tomaba un sorbo de cerveza de su jarro de peltre-. Aunque en absoluto típico de Nathaniel.

-Bueno, es evidente que tenemos el deber de ir allí y salvar su reputación -declaró Georgie, y tendió una mano por encima del hombro del esposo para quitarle una seta del plato.

- ¿Ir allí? -preguntaron al unísono Simón y Miles, consternados.

- ¿Invadir a un hombre sin advertirle, cuando está en... en... asuntos privados e íntimos? -continuó Miles, moviendo la cabeza con horror.

Georgie comió la seta y robó otra.

-Gabby es más hermana mía que mis propias hermanas -dijo-. Mamá insistiría en que es mi deber familiar rescatarla del desastre social -hizo un pequeño gesto de satisfacción con la cabeza.

-Eres una descarada entrometida-le apartó la mano cuando ella comenzó un nuevo saqueo del plato-. ¡No me engañas ni mucho menos! ¡Sólo quieres ir a husmear!

-De ninguna manera -protestó Georgie con aire de inocencia herida-. Si llega a saberse que Gabby está sin compañía bajo el techo de un soltero, quedará deshonrada. Papá diría que es deber tanto mió como tuyo ofrecerle protección. De hecho -agregó con aire pensativo-, también esperaría que retaras a duelo a lord Praed.

- ¡Por Dios! Qué perspectiva espantosa. Ningún hombre en sus cabales intentaría tener un duelo con Nathaniel Praed.

-Por supuesto que no, si quisiera salir con vida -comentó Miles, riendo entre dientes-. Georgie, querida, un hombre no interfiere en los asuntos privados de sus amigos.

-Qué par de cobardes sois -replicó Georgie, disgustada-. Bueno, ¡entonces iré yo, si vosotros no lo hacéis! Gabby me necesita -dio media vuelta y se retiró del salón.

Simón gruñó.

-Puedes prohibírselo -sugirió Miles tentativamente, y miró a su amigo con cierta compasión.

-No daría resultado -contestó Simón con convicción-. Georgie podrá actuar como una esposa recatada y parecer una mosquita muerta, pero no olvides que es una DeVane.

-Ah, sí.

Un silencio sombrío cayó en el salón del desayuno mientras los dos hombres reflexionaban sobre la personalidad obstinada de los DeVane.

-Desde luego, podría tener razón -dijo Miles al fin-. Si es que alguna vez llegara a saberse.

-No es eso lo que le interesa a mi curiosa esposa, en absoluto -respondió Simón-. Ella quiere chismorrear con Gabby y saber exactamente qué está sucediendo. ¿Imaginas cómo verá Nathaniel semejante intromisión?... ¿Si los tres nos apareciéramos allí, a invadirlo?

- ¡Eh! ¿Quién habló de «los tres»? -se apresuró a protestar Miles.

- ¡No pensarás que iré sin ti! -Replicó Simón-. Ah, no, amigo mío, estamos juntos en esto.

-Yo no estoy casado con una DeVane -recordó Miles.

-Nathaniel es tan amigo tuyo como mío.

-Pero no se trata de Nathaniel, sino de la reputación de Gabby. Y ella es tu pariente, no mía.

-Y tú eres mi primo; por lo tanto también estás emparentado con la *enfant terrible.*

- ¡Ah, qué absurdo! Un parentesco espurio, lejano...

-Sin embargo, mi querido amigo, vendrás con nosotros -Simón empujó la silla hacia atrás y se levantó de la mesa-. No puedo permitir que Georgie vaya sola. Dos mujeres bajo el techo de un soltero sólo harían un doble escándalo. ¡Su padre vendría a visitarme con un látigo!

-Eres incapaz de dominar a tu esposa -observó Miles.

-Creo que sí -aceptó Simón con un resignado encogimiento de los hombros y la mano en el tirador-. Diremos que sólo estamos de paso y le pediremos pasar una noche en su casa. Con suerte, una noche con Gabby satisfará la curiosidad crónica de Georgie.

- ¿Y crees que eso engañará a Nathaniel?

-No, por supuesto que no. Pero no nos negará la entrada, aunque rehúse hablar dos palabras en toda la noche. No será la primera vez, ¿verdad?

-No -murmuró Miles de mal humor mientras la puerta se cerraba detrás de lord Vanbrugh-. Lejos de ello -se acomodó las gafas y estudió la fuente que estaba en la mesa lateral, pero por alguna razón había perdido las ganas de desayunar.

-Vaya, parece que tienes mucho trabajo -observó Gabrielle al entrar en la biblioteca a la intensa luz del sol de las primeras horas de la mañana.

Nathaniel levantó la vista del escritorio y se pasó la mano por el ensortijado pelo oscuro.

-Sí. Despachos -respondió-. Me temo que tendrás que entretenerte sola.

-Soy absolutamente capaz de hacerlo, señor.

Nathaniel movió la cabeza y empujó la silla hacia atrás con gesto abrupto. Tomó del escritorio una pila de papeles y fue con aire casual hasta los estantes de libros.

Gabrielle se acercó a la ventana y se puso a mirar con aparente interés ocioso hacia la terraza de suelo de piedra y el césped salpicado de gotas de rocío que se extendía más abajo.

Se le erizaron los finos vellos de la nuca cuando oyó los movimientos de Nathaniel e imaginó las manos de él retirando los volúmenes de Locke, los dedos manipulando la cerradura de la caja fuerte, los ojos buscando el cabello delator.

Nathaniel miró por encima del hombro a Gabrielle, que continuaba de espaldas. Había esperado a que ella estuviese en el cuarto para ir a revisar si había signos de manipulación en la caja de seguridad.

Se volvió de nuevo hacia la caja y comenzó a accionar la cerradura. Antes de abrir la puerta, miró de nuevo para atrás y exclamó en voz alta:

- ¡Por todos los diablos!

- ¿Qué sucede? -preguntó Gabrielle con calma al tiempo que se daba vuelta. Sus ojos estaban serenos; su tez marfileña, más traslúcida que nunca-. ¿Olvidaste la combinación, maestro de espías? -una de sus pequeñas sonrisas irónicas acompañó a la pregunta provocativa.

No reveló ninguna reacción, concluyó Nathaniel.

Ni pizca de ansiedad en su mirada.

-No, pero me agarré una uña en la cerradura -explicó él mientras se chupaba el dedo índice para hacerlo creíble. Luego abrió con suavidad la puerta de la caja de seguridad.

-Ah, ahí está Jake -dijo Gabrielle en voz alta; abrió la ventana y llamó al niño.

Sorprendido, Nathaniel la miró un brevísimo instante, con una mano en la puerta de la caja fuerte. De inmediato volvió su atención a la caja, a tiempo para ver que el cabello volaba hada el suelo.

Gabrielle hablaba con Jake por la ventana, en apariencia sin prestar atención alguna a Nathaniel cuando éste se inclinó a levantar el cabello.

- ¿Qué harás esta mañana, Jake? -le pellizcó la nariz.

-Primmy y yo iremos a pasear por el bosque -respondió el niño con aire solemne, al tiempo que espiaba detrás de ella con una crispación de ansiedad en la boca al ver la figura oscura de su padre en el fondo de la habitación.

La institutriz, detrás de él, sonreía nerviosa y se retorcía las manos enfundadas en guantes.

-Bueno, Jake, no molestes a la señora.

-No me molesta -dijo Gabrielle-. ¿Qué recogen en esos paseos?

-No recogemos nada -respondió Jake-. Sólo miramos.

-Ah -a Gabrielle no se le ocurrió una respuesta adecuada. Los niños DeVane se tomaban de manera muy seria y competitiva el trabajo de recoger insectos, renacuajos, flores, mariposas; ella misma había descubierto muy pronto el atractivo de esa actividad. Limitarse a mirar las cosas le parecía demasiado aburrido para un niño de seis años de edad.

-No nos gusta traer cosas sucias al aula -explicó la señorita Primmy.

-No, supongo que no -repuso Gabrielle.

-Y a la niñera no le gusta que haya nada de eso en mi cuarto -agregó Jake-. Dice que es suficiente con todas las moscas y cosas que entran por su cuenta.

-Vamos, Jake -la institutriz lo tomó de la mano-. Tenemos que estar de regreso a las once en punto para tus lecciones con el globo terráqueo. Esta noche el señor querrá saber cuánto has aprendido acerca de los océanos.

La expresión de Jake perdió un poco de animación, y sus ojos miraron rápidamente detrás del brazo de Gabrielle que mantenía abierta la ventana. No hubo ninguna reacción del padre, de modo que el niño tomó obediente la mano extendida de la institutriz y se despidió de Gabrielle.

Ella cerró la ventana y se quedó mirando a la mujer y el niño que caminaban con paso enérgico por el césped rumbo al sendero. No verían nada demasiado interesante si seguían por allí, reflexionó.

Se volvió hacia el cuarto, la sonrisa alegre aún en los labios, sin traicionar la violenta agitación que sentía en la cabeza.

Nathaniel cerró de un golpe la caja de seguridad. Sus ojos se posaron en Gabrielle un momento, castaños e indescifrables.

-Qué aspecto feroz tienes -comentó ella con tono ligero pero el pulso acelerado-. ¿Algo te perturba? ¿Te molestó que hablara con Jake?

-No -respondió él. Volvió a sentarse a su escritorio y de manera ostentosa se puso a clasificar papeles.

-No quiero fastidiarte -dijo Gabrielle-. Veo que tienes trabajo para hacer - ¿se habría delatado sola? Resultaba imposible saberlo por el semblante de Nathaniel.

El se limitó a responder con un gruñido y hundió la pluma en el tintero.

-Me preguntaba... -comenzó Gabrielle-. Ah, discúlpame. No era mi intención molestarte -se paseó de un lado a otro de la habitación, enderezando almohadones, acomodando los periódicos de la mesita lateral, canturreando para sí, intentando decidir cuál era la mejor manera de resolver su incertidumbre. Quizá si planteaba en forma abierta el tema del espionaje, él le diera alguna pista.

-Me preguntaba si tienes agentes en todas las ciudades del continente.

-En la mayoría -Nathaniel no levantó los ojos de los papeles y respondió con brusca impaciencia.

Gabrielle ignoró el tono de voz.

-Supongo que tendrás gente situada estratégicamente en todas las cortes reales también. ¿Tienes a alguien cerca de Talleyrand? ¿O quizás en el salón de madame de Stáel en París?

Se fruncieron tos labios de Nathaniel.

- ¿Has desayunado? -preguntó.

-Todavía no. ¿Y tú?

-Sí.

-Mmm. Parece que tu capacidad de conversación no ha mejorado. Pensé que sólo eras reacio a conversar cuando estabas en la mesa.

-Jamás soy reacio a conversar; sólo a parlotear.

Gabrielle silbó de manera admirativa.

-Bueno, ése fue un buen golpe, señor.

-Lo dudo, madame -replicó el con aridez.

Gabrielle perseveró en el mismo tono reflexivo.

- ¿Alguna vez participas personalmente en una actividad? ¿O acaso un maestro de espías sólo permanece sentado en medio de su red dirigiendo magistralmente las maquinaciones? Me pregunto qué se sentirá al enviar gente al peligro sin exponerse uno mismo de vez en cuando.

-Me parece que te preguntas demasiadas cosas, madame. Ve a tomar tu desayuno - Nathaniel mantuvo la mirada firme en los papeles.

-De verdad resulta difícil encontrar un tema de conversación aceptable -comentó Gabrielle, moviendo la cabeza-. Los niños y la infancia son tabú. Tu trabajo está absolutamente prohibido. Cualquier especulación sobre por qué eres un bastardo de mal genio está igualmente prohibida. La verdad, contigo cuesta mucho cumplir con los deberes sociales de una huésped cortés.

Durante un momento no hubo respuesta; luego Nathaniel levantó la cabeza. Daba la impresión de estar considerando algo, luego una de sus sonrisas extrañas se extendió lentamente de los ojos a la boca.

-Hay un tema de lo más aceptable, Gabrielle. Me sorprende que no lo hayas abordado.

- ¿Sí? -de pronto tuvo la absoluta convicción de que todo estaba bien. Había escapado a la trampa. Sintió que también ella comenzaba a sonreír, respondiendo sin querer a la actitud de Nathaniel, al tiempo que se preguntaba si él era consciente del poder de esa sonrisa que con tanta cautela resguardaba.

-Tu cuerpo -respondió él sucintamente. Los ojos se entrecerraron pero la sonrisa permaneció-. ¿Sabías que tienes unas pecas deliciosas debajo del pecho derecho, en forma de margarita...? Y lo realmente delicioso es que tienes otras, casi con la misma forma, en la curva de la espalda. Definitivamente, creo que vale la pena una inspección más detenida.

- ¡Nathaniel! -exclamó ella, pero su débil protesta se contradecía con la risita traviesa y el brillo de sus ojos.

-Me gustaría que fuese la temporada de las fresas -continuó Nathaniel.

-Estoy segura de que no debería preguntar, pero... ¿por qué? -las rodillas le temblaban de manera inexplicable, así que apresuró a sentarse en el apoyabrazos del sofá.

-Bueno, tengo una fantasía -respondió él con el mismo tono práctico-. Quisiera llenarte el ombligo de champán y mojar allí las fresas.

Los miembros de Gabrielle se volvieron manteca derretida; el vientre le latía.

- ¿Trabajarás todo el día?

-Si ahora me dejas en paz, no.

- ¿Es una promesa?

-Podría ser... Ahora, ¡vete!

-Sí, señor -luchó un momento con su cuerpo alborotado y luego consiguió dirigir a Nathaniel un saludo burlón, al dirigirse a la puerta.

- ¿Gabrielle?

-Señor.

-Fíjate si antes de esta tarde puedes encontrar algo que reemplace a las fresas.

- ¿Y el champán?

-En la bodega tengo varias cajas de muy buena cosecha.

Gabrielle sonrió, mirando la oscura cabeza rizada que continuaba inclinada sobre los papeles con la misma indiferencia como si hablaran del menú de la cena. Nathaniel Praed era un hombre difícil, irascible, solitario, pero nada de ello disminuía ni una pizca su sensualidad.

-Entonces hasta luego, señor.

-Hasta luego, condesa.

Ella cerró la puerta al salir y aún sonriendo, se dirigió al pequeño salón del desayuno, situado detrás de la escalera. Se detuvo al pie de ella, luego, sin pensarlo, subió hasta quedar a la altura del retrato de Helen, lady Praed.

Los dulces ojos sonrientes la miraban, la boca cálida se curvaba suavemente. ¿Qué habría sabido Helen de la vibrante sensualidad de su esposo? ¿De sus caricias y su instinto infalibles? ¿O de sus manos excitantes?

Gabrielle inhaló profundamente cuando el deseo le estremeció el vientre con la fuerza de un rayo. En las cartas que había visto por la noche no había visto palabras de cruda pasión. Nathaniel había escrito palabras tiernas y adorables para describir la sonrisa de Helen, la dulzura de sus ojos, para decirle que casi no podía soportar la espera hasta que pudieran estar juntos. Eran palabras cariñosas de un hombre profundamente enamorado, cuidadoso de no decir o hacer nada que asustara o lastimara a su amada.

Y las respuestas de Helen... Pero Gabrielle no las había leído. Ya era bastante malo no haber podido quitar los ojos de lo que había escrito Nathaniel, así que mucho peor habría sido que se metiera en los sentimientos privados de una mujer fallecida hacía mucho, a la cual jamás había conocido.

Giró de manera abrupta y volvió a bajar al salón del desayuno. La relación de Nathaniel con Helen era territorio peligroso que le convenía dejar en paz. Y lo mismo se aplicaba a la relación de lord Praed con su hijo.

Ese mismo día, más tarde, le resultó difícil mantener esa resolución, cuando la señorita Primmy salió de la biblioteca poco antes de la merienda, con la cara tensa, el labio inferior tembloroso y un pañuelo apretado contra la boca.

Gabrielle, que llegaba de caminar entre los arbustos de los alrededores pensando en algo que pudiera sustituir a las fresas, se detuvo preocupada.

- ¿Qué le sucede, señorita Primmy? ¿Por qué está así? -los ojos miraron rápidos la puerta cerrada de la biblioteca. Tal vez la institutriz acababa de tener una entrevista con su empleador.

-Oh, Dios mío, condesa... Qué amable de su parte- Es sólo... Bueno, yo sabía que iba a suceder... y el señor ha sido sumamente generoso- me ha dado un mes de paga... pero… ¡oh, Dios! No puedo evitar preocuparme...

Se incorporó un poco, se enjugó ligeramente los ojos y enderezó los hombros encorvados.

- ¡Que Dios me ayude! ¡No sé qué voy a hacer! -Dijo con patética dignidad-. No me haga caso, querida condesa. Lo que pasa es que esto ha sido toda una sorpresa, así, de repente... Yo pensaba que quizá continuaría dos años más- Pero el señor sabe lo que hace, por supuesto.

-Lo dudo -murmuró Gabrielle. «En lo que concierne al hijo, no», pensó -suba a la sala y acompáñeme con un jerez. Entonces podrá contarme todo -la tomó del brazo y la instó a subir, ignorando las débiles protestas.

La señorita Primmy permitió que Gabrielle la sentara en un sillón y le pusiera una copa de jerez en la mano, aunque protestó levemente.

-El señor me comentó que estaba considerando emplear a un tutor para Jake -dijo Gabrielle sin rodeos mientras se sentaba en un ancho sillón junto a la ventana.

-Sí... Por supuesto, yo sé que tiene que ser así... pero creí que no sería tan pronto. Jake es un pequeño tan tímido... Sería mucho mejor si pudiera quedarme con él un tiempo más, hasta que se acostumbre a otra persona.

- ¿Quiere decir que lord Praed la despedirá apenas llegue el tutor? -Gabrielle no pudo evitar un tono de desaprobador asombro, pese a haberse dicho que aquello no era de su incumbencia.

La señorita Primmy asintió con la cabeza, aspiró, se limpió con delicadeza la nariz con el pañuelo y bebió un sorbo de jerez bastante largo.

-El señor es todo generosidad. No tengo de qué quejarme condesa, pero creo que Jake necesita algún tiempo.

-Sí -Gabrielle se apoyó en el alféizar de la ventana y volvió apenas la cabeza para contemplar el río. Si bien la señorita Primmy no había mencionado su propia desventura, no debía de ser en absoluto agradable que la despidieran a esa edad, tras haber prestado un largo servicio, aun cuando le hubieran dado muy buenas referencias y un mes extra de paga. La vida de una institutriz no era envidiable.

-Tengo una hermana casada -continuó la señorita Primmy, como si adivinara los pensamientos de su acompañante-. Podré quedarme con ella un tiempo hasta que encuentre otra cosa. Puedo ayudarla con la casa y los niños. Eso le da un respiro a la niñera, ¿comprende?

-Perfectamente -respondió Gabrielle. Sin duda se podía sacar buen partido de una pariente pobre a quien se le ofrecía techo.

-Pero es Jake quien me preocupa -reiteró la señorita Primmy-. No sé cómo decírselo.

-Creo que eso debería corresponder a lord Praed -aclaró Gabrielle con firmeza.

-Ah, pero estoy segura de que él espera que lo resuelva yo... ¡Ay, Dios! No quise decir eso- Creo que el señor desearía que yo preparara a Jake para...

-Sin embargo, no creo que usted deba decir nada. Sí es que le interesa mi consejo, desde luego -tomó la botella y ofreció llenar de nuevo la copa de la mujer.

-Oh, usted es demasiado amable... No... No, gracias. Esto me marea un poco... No estoy acostumbrada, comprenda usted.

Y en verdad tenía las mejillas algo encendidas y los ojos algo brillantes.

-Debo ir al salón de clases. Jake ya habrá terminado su merienda -la señorita Primmy se puso de pie con cierta inestabilidad-. Oh, Dios -murmuró al tiempo que se tomaba del respaldo del sillón-. Ha sido usted muy amable, condesa.

Gabrielle negó con la cabeza.

-No es nada -escoltó a la visita hasta la puerta-. Todavía no diga nada a Jake.

La señorita Primmy la miró con un destello de esperanza en los ojos.

- ¿Cree que sea posible que lord Praed cambie de opinión?

-No sé -repuso Gabrielle con absoluta sinceridad-. Pero tal vez reconsidere el momento de su partida.

La institutriz se alejó de prisa con expresión un poco menos desolada, y Gabrielle regresó al sillón junto a la ventana. En el pequeño Jake había algo que le atraía con intensidad. Quizás era el recuerdo de ella misma cuando era niña: tan solitario, asustado y confundido. Jake no era huérfano, pero no tenía madre y la relación con su padre era conflictiva, por decirlo de algún modo. Y estaban por arrebatarle uno de los pilares de su corta existencia. Y no habría caóticos y adorables DeVanes que reemplazaran a la señorita Primmy, sino sólo un tutor y la dura realidad de la escuela.

Gabrielle ya sabía bastante de esas realidades, gracias a los niños DeVane, como para saber que el pequeño Jake apenas sobreviviría físicamente a la situación; ni hablar del aspecto emocional. ¿Por qué Nathaniel no se daba cuenta? Pero, por supuesto, eso era lo que se ocultaba tras el despido de la institutriz. Era una preparación. Sin duda aquello prepararía a Jake para la impensable severidad.

-Espero que tu imaginación haya estado trabajando arduamente esta mañana.

Era la voz de Nathaniel, su otra voz, la que acompañaba a la mano persistente de la excitación. Gabrielle volvió la cabeza hacia la puerta, en cuyo umbral él se apoyaba desganado, en mangas de camisa, mientras se desprendía los puños con gesto deliberado.

-Confites -dijo Gabrielle, de pronto sin aliento, y todo pensamiento de niños con problemas se esfumó de su mente.

- ¿Confites? -las cejas del lord se arquearon. Luego enrolló las mangas de su camisa.

-Ciruelas y almendras azucaradas -agregó-. Un acompañamiento perfecto para el champán.

Nathaniel asintió.

-Sí, creo que irá muy bien -le hizo una seña para que entrara en su habitación-. ¿Quieres entrar en mi salón, madame? -los ojos castaños estaban encendidos; la boca, curvada de promesas.

-Será un placer, señor -cuando Gabrielle pasó a su lado, Nathaniel cerró la puerta.

-Vaya, qué ocupado has estado-observó ella al tiempo que miraba la mesa servida junto a la ventana-. ¡Dos botellas de champán, nada menos!

-Planeo una larga tarde.

-Pero no tenemos dulces -objetó Gabrielle-. Jamón y pollo frío, pero ninguna ciruela azucarada.

-Sin embargo, hay uvas de invernadero -señaló él mientras tomaba una suculenta uva negra de un racimo que descansaba en una bandeja de plata.

-Parece que no necesitabas mi imaginación, lord Praed -murmuró ella mientras lo observaba fascinada pelar una uva con los dientes.

-Dos imaginaciones son mejores que una -replicó él-. Llamaré para que nos traigan las ciruelas azucaradas en un momento -le puso una uva en los labios-. Abre la boca.

Introdujo una uva pelada entre los labios de Gabrielle y sonrió cuando la vio enroscar la lengua alrededor de la fruta, saboreando su frescura y su textura antes de morderla.

-Una promesa -dijo Nathaniel en voz baja.

-Creo que las mejores son las almendras azucaradas -afirmó Gabrielle al tiempo que sumergía uno de los dulces en el diminuto charco de champán-. Hay algo especial en el crujido de la almendra y la sedosidad del champán. ¿Qué opinas?

-No me creo capaz de emitir opinión -murmuró Nathaniel mientras estiraba el cuerpo bajo los aleteos de mariposa de la lengua de Gabrielle al sorber el néctar de su ombligo. Cuando ella volvió a llenar el hueco con champán y unas gotas le salpicaron la piel, Nathaniel inhaló profundamente.

-Quédate quieto -ordenó ella-. Lo vuelcas.

Un estremecimiento de risa lo sacudía mientras luchaba por mantenerse inmóvil.

-Esta vez probaré con una uva -dijo Gabrielle, y tendió una mano para elegir una del racimo ya casi despojado-. Sólo para refrescarme la memoria -se puso la uva entre los labios y antes de que inclinara la cabeza sus ojos risueños miraron un momento a los de Nathaniel.

Cuando ella sumergió bien la uva en el champán, él sintió el peso de Gabrielle apenas apoyado sobre sus muslos, la respiración de ella en su piel, el cosquilleo de la caricia de los rizos rojo oscuro en su vientre. Con la suculenta fruta empapada entre los labios, Gabrielle fue subiendo por el cuerpo hasta que quedó cara a cara con Nathaniel.

El abrió la boca, cerró los ojos y ella acercó los labios y con la lengua, delicadamente, le pasó la uva.

- ¿Ahora quieres una ciruela? -le pasó el dedo por la boca, las brasas del deseo satisfecho le brillaban en los ojos

-Si tratas de volver a encender mis energías agotadas, madame, mucho me temo que no funcionará -dijo él sonriendo mientras le pasaba las manos por la cascada de bucles y se los apartaba de la cara-. Me has extenuado, amor.

Gabrielle rió entre dientes y se elevó hasta quedar de nuevo montada sobre los muslos de él.

-No creo estar dispuesta a admitir la derrota tan pronto.

- ¡Piedad! -exclamó él, y le tomó las manos que ya se ponían a trabajar con perversa y diestra habilidad. -Ven a abrazarme un momento.

-Si así lo prefieres -aceptó Gabrielle, sumisa, y se acostó junto a él-. Pero recuerda que no fui yo la primera en claudicar.

-No eres tú la que tiene que trabajar tanto -aclaró Nathaniel mientras le acariciaba la espalda con mano ociosa.

Gabrielle sonrió y le besó el hueco del hombro, saboreando la piel salada.

- ¿No crees que sería más fácil para Jake acostumbrarse a un tutor si la señorita Primmy se quedara un tiempo más? -preguntó con tono ligero, al tiempo que le recorría la forma de la oreja con un dedo.

-Creí que habíamos acordado que Jake no era un tema de conversación apropiado -replicó Nathaniel.

Resultó evidente que él estaba haciendo un esfuerzo para dominar su creciente enfado. Retiró la mano que acariciaba la espalda y dejó un espacio frío.

Aun sabiendo que no debía, Gabrielle perseveró. Se había propuesto no decir nada por el momento, pero de algún modo la larga intimidad de la tarde había atenuado su natural cautela y las palabras habían surgido por cuenta propia.

-Sólo me pregunto si has considerado todos los aspectos -dijo ella mientras le besaba la oreja.

-No hagas eso, Gabrielle -Nathaniel apartó la cabeza-. No me gusta.

- ¿No te gusta que te bese la oreja, o que hable de Jake? -«Total, igual se enfadará», pensó ella.

-Lo último -contestó él-. No es asunto tuyo, y no tienes derecho a darlo por sentado sobre la base de... de lo que hemos estado haciendo toda la tarde.

-Creo que se llama «hacer el amor» -Gabrielle se sentó-. Y no pretendo darlo por sentado. Pero hay otras formas de ver las cosas; quizás estés pecando de cortedad de miras.

Nathaniel suspiró.

-De veras te agradecería que no hablaras de mis asuntos personales con mis sirvientes mientras estés aquí.

Gabrielle tragó saliva. ¿Era eso lo que ella había estado haciendo?

-La señorita Primmy estaba muy apenada. Yo sólo le pregunté qué sucedía -percibió el tono defensivo de su voz.

-Y ella derramó su pena y sus opiniones en tus receptivos oídos, probablemente a la espera de que usaras tu influencia cuando me sorprendieras con la guardia baja.

Gabrielle se sobresaltó.

-No creo que haya sido así. No me dio la impresión de ser una manipuladora, pobre mujer.

- ¡Oh, por el amor de Dios! -Nathaniel abandonó todo intento de controlarse-. ¡Pobre mujer! Has escuchado sus lamentos; ahora yo soy un empleador inflexible y explotador que despide a una vieja patética y desamparada...

- ¡Oh, basta! -Gabrielle perdió los estribos-. No es en absoluto así; bien lo sabes. Ella habló mucho de tu generosidad, pero le preocupaba Jake, al igual que a todos, ¡presumiblemente hasta al padre! -lo miró furiosa a través de un velo indómito de rizos rojo oscuro.

Nathaniel se levantó de la cama.

-Sí, incluso al padre. Creo que ya has dicho demasiado, Gabrielle. Si queremos rescatar algo de esta tarde, sugiero que nos separemos y nos tranquilicemos.

No podría haberla echado de manera mas clara. Si Gabrielle no se cuidaba, él pondría fin al interludio amoroso mucho antes de que pasaran las dos semanas, y ella habría fracasado.

Sin decir una palabra, Gabrielle se levantó de la cama, recogió sus prendas y se dirigió desnuda hacia la puerta que conectaba ambos cuartos.

-No olvides que fuiste tu quien señaló que la pasión no puede existir en un vacío -dijo al partir, y cerró la puerta con deliberada suavidad.

Nathaniel maldijo entre dientes mientras contemplaba la habitación, las mantas revueltas y los restos de la lujuriosa merienda. Interludios de pasión sin vínculos con el futuro ni conexión con el pasado. ¿A quién diablos trataban de engañar?

10

El memorandum era claro y preciso: *«Le lievre noir* eliminado 6 de julio de 1806. Agente seis desapareció en cumplimiento de su misión; se presume muerto. Sin repercusiones. Se presume muerto antes de captura».

Gabrielle miraba fijo el papel que ahora tenía en sus manos, escrito con la elegante letra de Nathaniel. Una oleada de furia le subió por las venas con todo el vigor y la claridad cristalina de las fuentes de los jardines de Versalles.

Ella lo sabía, pero la confirmación que ahora tenía en sus manos, quemándole los ojos, la sacudió con más intensidad de lo que jamás podría haber imaginado.

El documento pertenecía a un archivo de memorandums privados: anotaciones, informes desapasionados del éxito o el fracaso de diversas misiones dirigidas por lord Praed. Era el diario personal y profesional del jefe de espías. Y contenía la confirmación de que la muerte de Guillaume había sido ordenada por Nathaniel Praed.

Gabrielle aspiró una honda y lenta bocanada de aire y miró alrededor de la habitación de Nathaniel. Las sombras de las altas horas de la tarde convergían en un rincón del cuarto meticulosamente ordenado. Había muy pocos detalles personales y estaba decorado con una sencillez casi espartana.

La casa se hallaba en absoluto silencio y en la quietud había una extraña sensación de algo suspendido. El reloj de bronce dorado de la repisa dio las cuatro. Nathaniel no regresaría de su cabalgata por la propiedad con el administrador hasta cerca del anochecer, pero no tenía sentido arriesgarse. Aun había mucho que investigar en el archivo; la búsqueda en la habitación de Nathaníel había llevado casi dos horas y resultaba muy fácil cometer errores si uno hilaba demasiado fino.

Gabrielle deslizó la carpeta de nuevo en la cavidad de abajo del doble fondo del primer cajón del armario. Se quedó con la vista fija en el espacio, concentrándose en la posición en que se encontraba la carpeta cuando ella había levantado el doble fondo. Satisfecha de haberla dejado exactamente en la misma posición, bajó el fondo del cajón a su lugar y volvió a acomodar con meticulosidad las corbatas alineadas que lo cubrían. Las había apartado una a una para asegurarse de no caer en una trampa para bobos escondida entre los pliegues, pero no había encontrado ninguna hilacha de algodón ni pelos estratégicamente colocados.

De nuevo permaneció observando el cajón, visualizándolo tal como se hallaba antes de abrirlo. Parecía estar igual. Lo cerró y sacó del bolsillo de la falda un pequeño sobre que contenía un fino polvo blanco.

Se humedeció los labios con la lengua y las cejas se le juntaron en un intenso ceño mientras esparcía una película de polvo sobre la parte superior del armario para reproducir el aspecto de la superficie intacta que había encontrado.

Había sido el polvo lo que la alertó del lugar secreto, aunque estaba dispuesta a admitir que podría no haberse dado cuenta de no haber temido tanto la posibilidad de pasar algo por alto, como le había ocurrido con la caja fuerte. Pero también ella conocía unos cuantos trucos propios de la actividad de lord Praed, y no le costaba nada dejar todo tal como lo había encontrado.

Retrocedió hacia la puerta que conectaba con el *bousoir y* se quedó muy quieta, examinando la habitación, controlando todo mentalmente. Todo estaba igual; ella apostaría que ni siquiera alguien tan experimentado como Nathaniel podría adivinar que por allí había pasado un intruso.

Gabrielle cruzó la puerta de nuevo hacia el resguardo de sus aposentos. Sólo allí permitió que el dolor volviera a salir a la superficie. Brotaba desde lo más profundo de su ser; grandes nudos de angustia le oprimían la garganta hasta casi impedirle respirar; las lágrimas le empapaban la pechera del vestido y el rostro se le desfiguraba con la cruda brutalidad de la emoción.

Se quedó inmóvil y en silencio bajo el azote violento de una angustia indescriptible; luego, cuando ésta menguó, esperó que el fuego purificador de la ira la invadiera y la endureciera con el apremiante poder de la venganza.

Se vengaría de Nathaniel Praed y de su servicio secreto. Sería la venganza más sutil, y por ello la más satisfactoria. Usaría y manipularía al hombre que había ordenado el asesinato de su amante. El jamás se enteraría de cómo lo había burlado. A menos que ella decidiera decírselo, por supuesto. Quizás un día lo hiciera... y cuánto lo disfrutaría entonces.

De nuevo en calma, se lavó la cara, se mojó los ojos con agua fría hasta que los párpados hinchados se desinflamaron y se restauró la traslúcida palidez de su cutis.

Luego se sentó a organizar sus pensamientos en su lugar favorito, el sillón situado junto a la ventana. Después de la desilusión con la caja fuerte de la biblioteca, había decidido que Nathaniel habría retirado los documentos importantes, y resultaba razonable que no los hubiera dejado con descuido por ahí. El día anterior, cuando él se había marchado a caballo hacia Southampton, por negocios, Gabrielle había llevado a cabo una búsqueda intensa en la pequeña oficina donde él trataba los temas de la propiedad y se reunía con el administrador.

No había encontrado nada, aunque era la primera en admitir que eso no significaba que no hubiera nada, pues siempre era posible ocultar cosas incluso al espía más

experimentado. Pero aquella tarde había atacado el siguiente lugar más obvio y había encontrado oro. Qué irónico que las precauciones de Nathaniel hubiesen delatado el escondite. Pero Gabrielle había sacado provecho de la lección de la biblioteca.

Un golpe en la puerta anunció la ahora habitual visita nocturna de Jake. Estaba notablemente animado, y la razón se tomó obvia en lo primero que dijo, entusiasmado:

-Hoy papá no quiere recibirme en la biblioteca, porque aun está hablando de negocios con el administrador.

Así que podrás contarme un cuento bien largo -había gran confianza en su afirmación. El niño se trepó al sillón de la ventana, al lado de Gabrielle, y le sonrió radiante.

Gabrielle le devolvió la sonrisa y lo rodeó con un brazo.

- ¿Qué cuento?

Jake ladeó la cabeza y frunció un poco la frente al considerar la pregunta. Se parecía mucho más al retrato de Helen que al padre, pero había momentos, como ése, en que una expresión, la inclinación de la cabeza o algún pequeño gesto le recordaba más a Nathaniel con una precisión casi abrumadora.

-Ese de cuando tú y Georgie y Kip corrieron al carnero de los cuernos enroscados y los persiguió por el campo y tú quedaste enganchada en una cerca de zarzas.

-Ese ya lo sabes -Gabrielle rió.

-Sí, pero quiero oírlo de nuevo -se puso el dedo en la boca y se acurrucó contra ella.

Los niños siempre se sentían inmensamente reconfortados por lo conocido, reflexionó Gabrielle mientras comenzaba a contar la historia y buscaba algún detalle interesante y no revelado hasta el momento para embellecer el relato.

Oyó que la puerta de Nathaniel se abría y se cerraba. Oyó sus pasos en el suelo lustrado. Oyó el ruido del cajón que se abría en la puerta de un armario que se destrababa. El corazón comenzó a acelerársele, pero su voz no se alteró mientras continuaba con el cuento. Sintió que el niño se ponía rígido por un momento al oír también los ruidos que indicaban la proximidad de su padre, pero luego Jake se relajó de nuevo.

Nathaniel abrió la puerta que conectaba ambas habitaciones y se quedó apoyado en el marco, en mangas de camisa, aflojándose con una mano la corbata mientras observaba la conmovedora escena.

La piel de Gabrielle se erizó cuando sus ojos se posaron en las manos de dedos largos sobre el lino blanco de la corbata, en la figura atlética y esbelta. Su cuerpo se lanzó a uno de sus viajes unilaterales hacia el mundo de la palpitante excitación, y sintió las manos y el cuerpo de él sobre el de ella de una manera tan vivida como si en realidad estuviera sucediendo. Diez minutos antes la embargaba un odio letal hacia ese hombre; ahora sólo podía pensar en lo que ese cuerpo le provocaba.

-Nathaniel -de algún modo, a pesar de la turbulenta conmoción que se producía cuando las reacciones físicas luchaban contra sus emociones, se las ingenió para saludarlo con una sonrisa serena, y apretó el brazo alrededor del niño cuando sintió la corriente de intranquilidad que fluía por el pequeño cuerpo.

-Ya casi terminamos un cuento. ¿Tuviste una tarde productiva?

-Tediosa, pero cumplí con lo que tenía que hacer -respondió él-. ¿No es hora de que estés en la cama, Jake?

-Todavía no sé la hora -confesó Jake en voz baja, y sus ojos castaños y solemnes miraron al padre con ansiedad.

Nathaniel no emitió una respuesta inmediata. Estaba perplejo por la cómoda intimidad de la mujer y el niño y la dulzura que rodeaba a Gabrielle como un aura. Era algo femenino y afectuoso que parecía fluir sobre Jake.

¿Cómo había podido pensar alguna vez que ella carecía de ternura femenina? Cuanto más la conocía, tanto menos parecía saber de ella.

- ¿No ha intentado enseñártela la señorita Primmy? -preguntó al cabo de un momento.

-No soy muy hábil para eso-confesó Jake, retorciéndose incómodo.

Como siempre, la atmósfera de la habitación había cambiado con la llegada de su padre, y él percibía algo distinto en Gabby, casi como si ella estuviera enfadada por algo. A él no le gustaba que la gente se enfadara. Cuando la cocinera gritaba a Hetty, la sirvienta que lavaba los platos, y ésta lloraba, él siempre sentía ganas de llorar y se le hacía un nudo en el estómago. Pero aunque él sentía que algo andaba mal, Gabby sonreía. Su padre no, pero nunca lo hacía, pensó Jake.

-Bueno, creo que es hora de que seas hábil para eso -declaró Nathaniel, y miró el reloj Chippendale colgado en la pared encima de la *chaise longue-.* Son casi las seis.

-Sí, señor-murmuró Jake con los ojos bajos. Se soltó del brazo de Gabrielle y bajó del sillón.

- ¿No quieres escuchar el final del cuento? -preguntó Gabrielle, apoyándole una mano en el brazo. Jake miró al padre y luego volvió la vista a sus pies, mientras murmuraba algo inaudible.

-Termina el cuento -dijo Nathaniel de manera abrupta.

Se sintió como un ogro de un cuento de hadas, que sembraba depresión y desaliento dondequiera que iba.

Cualquiera pensaría que le daba placer hacer sentir infeliz al niño, pero, por alguna razón, todo lo que le decía le salía mal. Y Jake, lo miraba todo el tiempo como si sólo esperara rudeza de él. ¿El habría mirado a su padre con la misma aprensión? Si era así, con certeza él había tenido muchos más motivos que Jake.

Sacudió la cabeza con un gesto impaciente.

-Tengo que asearme antes de la cena, Gabrielle. Te veré en la biblioteca en media hora.

Ella asintió y alzó a Jake de nuevo para sentarlo en el sillón de la ventana. Los ojos del niño lanzaron una mirada rápida hacia su padre y, con gesto impulsivo, Nathaniel dio un paso adelante y le dio una torpe palmada en la cabeza.

-Buenas noches, Jake.

El saludo dejó al niño tan sorprendido que se quedó mirando mudo a su padre; éste, sin esperar respuesta, dio media vuelta y se dirigió a su habitación cerrando la puerta detrás de sí.

«Bueno, esto ha sido de lo más prometedor», pensó Gabrielle mientras continuaba con el cuento. Por mucho que fuera el daño que le deseara a Nathaniel, aquello pertenecía al oscuro mundo del espionaje y no tenía nada que ver con la relación de lord Praed con su

hijo. Si ella podía obrar algunos cambios en ese aspecto, inyectar un poco de calor, entonces lo haría.

Nathaniel permaneció ceñudo, acariciándose el mentón con gesto pensativo, detrás de la puerta cerrada de su habitación. Dirigió la vista al armario. La película de polvo continuaba intacta. Y la segunda caja que guardaba oculta debajo de las maderas flojas de abajo de la cama tampoco presentaba signos de intrusión. Aunque en realidad él no esperaba que alguien la encontrara sin efectuar una revisión exhaustiva que requeriría dar vuelta la maciza cama de doseles. Con seguridad, Gabrielle no podría moverla sola.

Miró por encima del hombro la puerta cerrada y movió la cabeza con aire reflexivo. Hasta el momento, daba la impresión de que Gabrielle era lo que aparentaba. Sin embargo, faltaba algo más antes de sentirse completamente satisfecho. Debía examinar sus pertenencias. En cuanto los Vanbrugh le enviaran el resto del equipaje, llevaría a cabo dicha inspección, y luego -siempre que no surgiera nada ni siquiera remotamente fuera de lugar reconsideraría la posibilidad de incluir a Gabrielle en la red.

Aquella noche, el particular desafío sensual de Gabrielle pareció mucho más perverso que de costumbre, y un par de veces, aunque le correspondió, Nathaniel sintió una punzada de inquietud. Había en ella una cierta susceptibilidad, casi un dejo de desesperación. Se dijo que estaba imaginando cosas, que su amante sólo estaba más apasionada e intensa que lo habitual, y mientras ambos se remontaban a las cimas del éxtasis durante las gloriosas horas de la noche, lord Praed olvidó sus previos recelos, sumido en los prodigios caleidoscópicos de su fusión amorosa.

Gabrielle procuró subyugar su conmoción interior con las reacciones puras de la pasión. Se dijo a sí misma que los hallazgos de esa tarde no habían alterado nada, pues sólo habían confirmado lo que ella ya sabía. Pero quienquiera que fuera Nathaniel Praed... más allá de lo que hubiera hecho... nada podía disminuir el poder de su mutua obsesión, una obsesión que facilitaría la venganza.

A la mañana siguiente despertó boca abajo, el cuerpo presionado contra el colchón por el largo cuerpo de Nathaniel estirado sobre su espalda.

- ¿Ya ha amanecido? -murmuró al tiempo que estiraba los brazos por encima de la cabeza y con los dedos de los pies tocaba el extremo de la cama, desperezándose bajo el peso de él.

-Mmm.

- ¿Qué haces? -se retorció debajo de Nathaniel, tensando los muslos en resistencia juguetona.

-Adivina -él le mordió el lóbulo de la oreja e introdujo con firmeza una rodilla entre los muslos cerrados.

- ¿Y si no me hubiera despertado?

-Me habría ofendido mortalmente.

Gabrielle rió perezosa y cedió a la presión insistente del miembro que buscaba entre sus piernas.

Media hora más tarde, el sol de invierno llenaba el cuarto cuando Nathaniel hizo a un lado las sábanas a regañadientes y se levantó estirándose y bostezando. Sonrió al contemplar la figura de Gabrielle que yacía aún con la nariz sumergida en la almohada. Se inclinó y con un dedo le dibujó la columna y le acarició con la mano plana la redondez de melocotón de las nalgas.

-Parece que es un hermoso día. Si no hace demasiado frío y el viento y la marea son apropiados, ¿te gustaría ir a navegar en el río?

-Me encantaría -respondió ella sinceramente-. ¿Me enseñarás a navegar?

-Si quieres -algo bastante parecido a una sonrisa le curvó los labios-. ¿Eres una alumna paciente?

-Eso depende del profesor, señor -rodó sobre la espalda y lo miró de soslayo con una sonrisa irónica-. Apostaría a que la paciencia no es tu especialidad... de modo que quizá sea una mala idea.

-Ah, podría sorprenderte -respondió él-. No soy tan predecible.

-Entonces, sorpréndeme.

-Con gusto, madame -se indinó sobre ella y te pasó tos dedos por los pezones hasta que se erizaron bajo su caricia; luego, con un gesto de satisfacción, la dejó sonriendo de lánguida saciedad.

Durante el resto de día, Gabrielle vio un aspecto distinto de Nathaniel. Era una compañía agradable, relajada, preocupado por el bienestar y el placer de ella, con una extraordinaria paciencia cuando le enseñaba a izar las velas, a aprovechar el viento, a calcular el momento exacto de cambiar de nimbo en el ancho río.

Navegaron por el río bordeando los pantanos cercanos, sin aventurarse al mar agitado del Solent invernal.

El tiempo estaba frío y vigorizante, y durante esas pocas horas mantuvieron a raya a los oscuros mundos interiores gobernados por la sospecha, el cálculo, la traición y la venganza.

Al mediodía amarraron la barca de tres metros y medio de eslora a un muelle aislado y fueron caminando por el pasto fangoso hasta una posada con techo de paja. Los pescadores que estaban en la taberna saludaron a Nathaniel con camaradería. En la conversación había una igualdad que fascinó a Gabrielle, dado que lord Praed era el señor de la finca y aquellos hombres eran sus inquilinos. A ella la ignoraron, por lo que supuso que las mujeres no frecuentaban la taberna de la aldea.

Se sentó satisfecha junto al fuego, bebió cerveza amarga y comió un trozo de suculenta empanada de carne y una rebanada de queso cheddar con cebollas en vinagre. Mientras tanto, Nathaniel continuaba sentado, en la barra, en mangas de camisa, un pie apoyado en el travesaño del taburete, en la mano una jarra de cerveza, .mientras hablaba de mareas y vientos y pesca con sus compañeros de copas.

De repente Gabrielle se preguntó qué pensaría Jake si viera a su padre de ese modo. Era a Jake a quien Nathaniel debería estar enseñando a navegar y a pescar. Debería estar presentando su hijo a los lugareños con quienes mantenía una relación tan relajada.

Estiró los dedos de los pies hacia el fuego y cerró los ojos.

-Vamos, dormilona. En media hora cambiará la marea, y estamos en la costa de sotavento -Nathaniel, de pie entre ella y el fuego, le bloqueó el calor mientras se ponía de nuevo el abrigo.

- ¿Qué es la costa de sotavento? -preguntó Gabrielle con un bostezo.

-La que está del lado contrario del que viene el viento -respondió él, y le extendió una mano para que se pusiera de pie-. No es fácil salir si la marea cambia, quizá necesitemos arrastrar la barca por el canal, con el lodo hasta las rodillas.

-No me parece una perspectiva atrayente -Gabrielle salió tras él a la tarde fría, de vuelta al muelle.

-Ha sido un día encantador -dijo con sinceridad al final de la tarde, mientras salían de la caseta de botes rumbo a la casa. Esbozó su sonrisa torcida y lo tomó del brazo.

Nathaniel se inclinó y le besó la punta de la nariz.

-Por una vez, has sido una compañera sorprendentemente dócil.

- ¿Dócil? ¿Yo?

-Sí, tú -respondió él-. Y tendrás tu recompensa cuando... ¿Quién diablos está aquí?

Se detuvo en el sendero que llevaba al costado de la casa y a la puerta de la sala de armas, por la cual entraba siempre Nathaniel cuando venía del campo. Desde allí se podía ver la senda curva de grava que llegaba hasta la puerta principal. Había un carruaje al pie de la escalinata; los caballos resoplaban y su aliento formaba un vaho en el aire de las últimas horas de la tarde. Bajo la dirección de Bartram, los sirvientes estaban bajando el equipaje del techo del carruaje, y en el primer escalón de la mansión se veía a la señora Bailey conduciendo a alguien hacia el interior.

Gabrielle forzó los ojos en la oscuridad creciente, intentando descifrar el escudo de armas del coche; luego dijo con risa jubilosa:

-Oh, es Georgie. Ella misma habrá traído mis cosas. Y habrá venido con Simón; sería imposible que viniera a pasar la noche en la vivienda de un soltero sin él.

-Tú lo has hecho -señaló Nathaniel con displicencia.

-Bueno, pero yo soy distinta -aclaró Gabrielle con absoluta franqueza. Se recogió la falda y corrió hacia la puerta principal.

Un poco más despacio y con un evidente gesto de desagrado en la boca, Nathaniel entró en la casa por la puerta de la sala de armas. Aún no estaba preparado para saludar a las visitas con el entusiasmo de Gabrielle.

11

- ¡Georgie, qué maravilloso verte! -Gabrielle voló por los escalonas y entró en el vestíbulo con los brazos extendidos para abrazar a su prima-. Qué maravillosa sorpresa.

-No pude resistirlo -murmuró Georgie en su oído mientras la abrazaba-. Simón y Miles están enfadadísimos.

Gabrielle le dio un abrazo de conspiradora y se apartó para saludar a los dos hombres que estaban detrás de Georgie. Su sonrisa torcida mostró un aire de burla al ver la evidente incomodidad en ambos.

-Simón... y también Miles. Qué gentil de su parte escoltar mi equipaje.

-Sólo estamos de paso -dijo Simón al besarle la 'mejilla.

-Sí, solo de paso -afirmó Miles al tiempo que le tomaba la mano y se la llevaba a los labios-. Estás muy... eh… muy bien -concluyó sin gran convicción.

-Positivamente despeinada por el viento -comentó Georgie al tiempo que se quitaba el sombrero de terciopelo y sacudía los bucles dorados-. ¿Qué has estado haciendo?

-Navegando en el río -respondió Gabby-. Nathaniel estuvo enseñándome... ¿Dónde está Nathaniel? -miró alrededor, confundida, pues daba por sentado que él la había seguido escalera arriba-. Debe de haber entrado por la sala de armas. ¿Pero por qué lo haría, sabiendo que tenía visitas?

Miles y Simón intercambiaron una mirada de hosca comprensión justo en el instante en que Nathaniel entró en el vestíbulo por un pasillo lateral.

-Bueno, bueno -dijo con voz lenta-. Qué inesperado placer. ¿A qué lo debo? ¿O es que no debería preguntar?

-Sólo estamos de paso -repitió Simón tan sin gracia como antes-. Pasábamos por aquí y se nos ocurrió detenemos en nuestro camino para dejar el equipaje de Gabby -en busca de apoyo, echó una mirada intensa a Miles que trataba de hacerse invisible.

-Sí... sí, sólo pasábamos -reiteró Miles mientras se aclaraba la garganta.

- ¿Pasabais de dónde y hacia dónde? -Inquirió Nathaniel-. Por lo que sé, la mansión Burley no queda en el camino a ningún lugar que pudiera tentar a lord y lady Vanbrugh ni al señor Miles Bennet en mitad de temporada. Es demasiado rural.

Un leve rubor surgió en las mejillas de Miles ante el comentario cáustico; disparó una mirada de «te lo dije» a Simón, que frunció los labios y no contestó. Hasta Georgie pareció perder algo de la seguridad que hasta el momento había vencido toda oposición.

- ¡Por el amor de Dios, Nathaniel! -Exclamó Gabrielle-. ¡No seas tan cascarrabias! Son amigos, y han hecho todo este viaje para visitarte. Lo menos que puedes hacer es ofrecerles un refresco. Además, me hicieron un favor al traer mi equipaje tan rápido.

-Me doy por enterado, madame -dijo Nathaniel con tono tan sardónico como antes-. Olvidaba su propia imposición con respecto a mi hospitalidad. Por supuesto que debe extenderse a sus amigos.

Gabrielle aspiró hondo, pero antes de que se le ocurriera una réplica adecuadamente cortante, Nathaniel indicó con un gesto la biblioteca.

-Me temo que no hay fuego en el salón, caballeros, pues yo no esperaba visitas, pero pasad a la biblioteca. Sin duda podré ofrecerles una botella de un clarete decente. -Gabrielle, te dejo a solas para que converses con lady Vanbrugh.

-Es tan grosero -comentó Georgie en voz baja-. ¿Cómo lo soportas, Gabby?

-Todo a su tiempo -respondió Gabrielle con una amplia sonrisa-. Sé perfectamente que es por eso que estás aquí. Subamos a mi *boudoir,* donde podremos charlar cómodas.

-Disculpe, señora... -dijo la señora Bailey, que había estado en las sombras, observadora silenciosa de los últimos minutos-. ¿Debo preparar habitaciones para las visitas del señor?

-Sí, por favor -Gabrielle sonrió con calidez-. Lord y lady Vanbrugh y el señor Bennet se quedarán esta noche, por supuesto. Usted sabrá la mejor manera de hospedarlos.

- ¿Entonces digo a la cocinera que serán cinco para cenar? -la señora Bailey aún hablaba con tono vacilante.

-Sí -respondió Gabrielle-. ¿Y podría enviar a Ellie al *boudoir* con un poco de té, por favor? Estoy segura de que a lady Vanbrugh le gustará beber una taza después del viaje.

Condujo a Georgie arriba, hasta la Suite de la Reina, y cerró la puerta con firmeza tras ellas.

-Qué habitación tan agradable -Georgie echó una mirada al lugar con ojos despiertos y conocedores, evaluando la elegancia de los muebles, el lujo de las alfombras y las cortinas.

-Es una casa muy agradable en su conjunto -comentó Gabrielle mientras corría las cortinas y dejaba afuera la invasora oscuridad-. Quítate la pelliza y siéntate junto al fuego, Georgie. Sé cuánto detestas cualquier tipo de esfuerzo, y en particular el de los viajes, de modo que sólo una curiosidad avasalladora pudo haberte traído hasta aquí. Me siento profundamente halagada, te lo aseguro.

Georgie no se molestó ni un poco con sus bromas; estaba bastante acostumbrada. Su prima siempre había sido el triple de enérgica que ella, y el contraste entre ambas siempre había constituido un motivo de broma en la familia.

-Bueno, de verdad te estás comportando de manera escandalosa -afirmó lady Vanbrugh mientras dejaba la pelliza sobre una silla y se inclinaba para calentarse las manos ante el fuego-. Si llega a saberse una palabra de esto, no quiero ni pensar cómo te recibirán en Londres. Hasta podrían negarte la entrada en Almacks -su voz invistió de la debida solemnidad a esta última y desagradable posibilidad, pero sus ojos, que ardían de curiosidad y excitación, contradecían su tono.

-Tonterías -se burló Gabrielle-. No saldrá de aquí, a menos que lo revelen tú o Simón o Miles... y sé que no lo harán. Simplemente diré que regresé a Francia durante un par de meses.

Observó a su prima con ojos entornados.

-Dime la verdad, Georgie. No tienes un solo hueso de mojigata en el cuerpo, y con certeza no has venido en calidad de dama de compañía para garantizar mi preciosa reputación. Has venido porque quieres ver lo que sucede con tus propios ojos.

Georgie rió y se sentó junto al fuego.

-Sí, así es. Así que cuéntame, y comienza desde el principio.

-Escucha con atención -dijo Gabrielle con el tono confidencial de alguien que estaba por contar un escandaloso *on dit* en el mayor de los secretos. La benévola sed de chismes de Georgie se saciaría fácilmente con la verdad superficial; los hechos reales estaban tan lejos de su experiencia que de todos modos no podría creerlos. Gabrielle era una experta en el arte de entretener a su prima, y sabía con exactitud qué detalles de su relación con el misántropo y descortés lord Praed divertirían a Georgie.

Abajo, Simón tomó la copa de vino que le tendió su anfitrión y tosió.

-Supongo que tienes derecho a fastidiarte por la intrusión, Nathaniel. Pero Georgie insistió en venir a ver a Gabby.

- ¿Insistió? -Nathaniel levantó las cejas con incredulidad mientras aspiraba el aroma del vino.

-Insistió -subrayó Miles-. Es una DeVane -añadió, como si eso constituyera explicación suficiente para todos.

-Lo compadezco, Vanbrugh -dijo Nathaniel con frialdad-. ¿Y cuánto tiempo crees que demorará tu esposa en completar su… visita? ¿Una hora quizá...dos como máximo?

- ¡Por Dios, Praed! -Explotó Miles-. ¡No irás a dejarnos en la calle esta noche!

-En Lymington hay una posada-dijo Simón, tieso. Se puso de pie y apoyó sobre la mesa la copa medio vacía-. Discúlpanos por la intromisión. Tal vez puedas pedir a un sirviente que llame a mi esposa y vuelva a enganchar los caballos al coche.

Los labios de Nathaniel se crisparon, y una risa intensa le subió de pronto a los ojos.

-Si te marchas tan resentido. Simón, probablemente esa *enfant terrible* que me impusiste me cuelgue de los pulgares. Puede que estés casado con una DeVane, pero te diré que sólo alguien que valore poco su vida se casaría con Gabrielle de Beaucaire.

Se produjo un silencio desconcertado mientras los visitantes de Nathaniel trataban de acomodarse al abrupto cambio de actitud. Luego los rasgos rígidos de Simón se disolvieron en su acostumbrada y cálida cordialidad.

-Bastardo -dijo, y golpeó con cierta fuerza el hombro de Nathaniel-. Sabías qué incómodos nos sentíamos; te aprovechaste en forma desvergonzada.

-Hábito -confesó Nathaniel con una media sonrisa-. No esperaba que me complaciera verlos pero, curiosamente, así es.

Miles lanzó una carcajada.

-Evidentemente, Gabby ha obrado un milagro.

-Posee cierto talento -admitió Nathaniel al tiempo que volvía a llenar las copas.

Se le ocurrió que esa visita inesperada podría resultar fructífera. En algún momento, cuando consiguiera quedarse a solas con Simón, se sentaría con él a repasar las aptitudes de Gabrielle para el servicio secreto. Ahora que ya no se oponía a la idea, sería un poco más exhaustivo en sus preguntas.

Jake estaba muerto de curiosidad cuando llamó a la puerta de Gabrielle poco antes de las seis. Había oído la llegada de las visitas, y la señorita Primmy y la niñera habían hablado del tema mientras comían. Había llegado el padrino, pero también había otra dama, algo que lo intrigaba en extremo.

Al oír el permiso de Gabrielle, entró y miró con ojos muy abiertos y franca curiosidad a la hermosa mujer que estaba sentada junto al luego. Llevaba un vestido de viaje de color beige claro y una blusa con volantes que le rozaban el mentón. Le dio la impresión de ser suave, curvilínea y sonriente, y su pelo dorado brillaba como oro a la luz del fuego. Jake se dio cuenta de que Gabby no era tan suave, curvilínea y dorada, pero en un arranque de feroz lealtad decidió que era mucho más hermosa que la otra dama.

-Jake, ven a conocer a lady Vanbrugh -Gabby le tendió una mano, y con temblorosa formalidad el niño se adelantó e hizo una reverencia a la invitada.

-El es Jake, Georgie -dijo Gabby al tiempo que lo atraía hacia ella y lo rodeaba con un brazo-. Nathaniel lo recibe en la biblioteca antes de que se vaya a la cama, así que en general bajamos juntos.

Georgie sonrió al niño.

-Yo también tengo un niño, pero es mucho más pequeño que tú.

- ¿Cómo se llama?

-Edward... Pero le decimos Ned.

-Ah... ¿Me contarás un cuento esta noche, Gabby? -Jake dejó de lado al desconocido Ned en favor de sus propios intereses.

-Esta noche quizá no -respondió Gabrielle-. Porque tu papá tiene visitas. Además ha venido tu padrino. Vamos a la biblioteca.

Jake vaciló mientras, mordiéndose el labio. Luego dijo:

-Papá no me deja ir a la biblioteca cuando hay visitas.

-Ah, pero hoy está tu padrino -contestó Gabrielle-. Y estas visitas son mis amigos especiales, así que estoy segura de que querrá que te presente. ¿Vienes, Georgie? ¿O prefieres ir a tu cuarto a cambiarte para la cena?

-No, iré -respondió Georgie con gusto, y se puso de pie.

Gabrielle ahogó una risa. No esperaba otra cosa.

Si Nathaniel estaba molesto por la interrupción, no dio señales de ello. De cualquier modo, al parecer Gabrielle se había hecho cargo de la situación, reflexionó lord Praed mientras la observaba presentar a Jake a Simón y facilitar el encuentro del niño tímido con el padrino torpemente cordial. Hasta el momento, Miles había tenido poco que ver con su ahijado y en general poseía poca experiencia con los niños, de modo que sus intentos de hacer sentir cómodo a Jake tendían a provocar el efecto contrario.

No obstante, a pesar de los esfuerzos de Gabrielle, Jake mostró poca resistencia cuando Nathaniel lo envió de vuelta a su cuarto al cabo de quince minutos. Haciendo sus rígidas y temblorosas reverencias, deseó un formal «buenas noches» a todos excepto a Gabby.

- ¿Me contarás un cuento? -le preguntó con una voz que era poco más que un susurro.

-Esta noche no, mi amor. Tengo que cambiarme para cenar, pero iré a darte un beso cuando estés en la cama y te cantaré una de mis canciones divertidas. Hay una que Georgie y yo solíamos cantar juntas. ¿La recuerdas, Georgie? La del hombre con la barba en la que anidaban los pájaros.

Nathaniel oyó la risa de las mujeres y reconoció la intimidad de la infancia compartida. Notó que también Simón la compartía, en menor medida. Sin duda él tenía una relación casi fraternal con Gabrielle. Los tres intentaron recordar las letras de las sencillas canciones escolares que habían cantado juntos en otros tiempos, y su risa era tan contagiosa que hasta el niño tímido sonreía aferrado a la falda de Gabrielle y observando con sus redondos ojos castaños los rostros de los adultos.

Un torrente de soledad sorprendió a Nathaniel cuando de pronto se vio a sí mismo a la edad de Jake. Un pequeño solitario que vivía en la periferia de la vida de los adultos. No recordaba que lo tocaran, o al menos del modo en que Gabrielle siempre tocaba a Jake. Sólo lo tocaban las niñeras en la tarea diaria de cuidar de un niño. Su padre sólo le ponía una mano encima para castigarlo. No creía que su madre lo hubiese tocado jamás.

-Detesto interrumpir este júbilo, pero debemos cambiamos para la cena -dijo mientras se ponía de pie-. Jake, ya deberías haber subido hace rato. La niñera debe de estar buscándote.

El no se proponía decir nada semejante. Le habría gustado integrar de algún modo el risueño grupo, unirse a ellos y participar en el vínculo que Gabrielle de manera tan evidente compartía con su hijo. Pero oyó que su voz, punzante y censuradora, decía palabras mezquinas.

La risa abandonó los ojos del niño, que se dirigió a la puerta con inmediata obediencia. Nathaniel sintió un repentino dolor en el pecho, como si allí dentro algo se le hubiera roto. No era físico, y sin embargo lo sentía tanto como si lo fuera. Cuando Jake pasó a su lado, el padre estiró la mano y le alborotó el pelo como lo había hecho la noche anterior. Y, al igual que la vez anterior, el gesto sorprendió a ambos.

-No termino de comprender -esa misma noche, más tarde. Simón se paseaba por la biblioteca, con un ceño perturbado que alteraba su expresión habitualmente tranquila-. ¿Acaso sospechas algo de Gabrielle?

-De momento, nada -respondió Nathaniel con más paciencia que de costumbre.

Estaba apoyado en la repisa de la chimenea y sus ojos castaños reflejaban comprensión al ver la agitación de su huésped. Nunca resultaba agradable que alguien cuestionara el juicio, en particular cuando se trataba de un íntimo amigo.

-Pero tengo una mente desconfiada, Simón -agregó-. En mi actividad, eso es necesario.

-Sí, entiendo -repuso Simón con un gesto brusco que hizo remolinear el líquido ámbar contenido en la copa de coñac-. Pero ya te di toda la información que nos trajo Gabrielle. Te he explicado su historia... ¡Por el amor de Dios, hombre, la conozco desde que era una mocosa peinada con coletas!

Nathaniel suspiró.

-Sí, ya lo sé, Simón. Pero debo ser precavido. *Timeo Dañaos et dona ferentes* -levantó una ceja-. El caballo de Troya fue un arma poderosa, amigo mío.

Simón lo miró fijo, incrédulo.

- ¿Crees que Gabrielle podría haber sido plantada por los franceses? ¡No seas ridículo! -vació la copa de un solo trago y la apoyó de un golpe sobre la mesa al tiempo que buscaba en un bolsillo la caja de rapé.

Nathaniel no dijo nada; se limitó a mirar a Simón, que tomó una pizca de rapé y sucumbió a un acceso de estornudos tan violentos como su agitación ante la inquisición de Nathaniel.

Cuando los espasmos cedieron, Nathaniel dijo con tono monocorde;

-Yo no sospecho nada. Simón. Sólo soy precavido. Sus antecedentes son casi perfectos, sus contactos son el sueño de un jefe de espías. Tengo que confirmar que Gabrielle es lo que aparenta. Una vez que quede satisfecho a este respecto, la emplearé con todo gusto en el servicio.

Simón se sonó la nariz vigorosamente.

-Dijiste que era indisciplinada.

-Y lo es -convino Nathaniel con calma-. Pero también es determinada y valiente, y puedo sujetarle las riendas si decido emplearla.

Simón se hundió en un sillón de orejas junto al fuego.

-Entonces, ¿qué quieres saber?

-Quiero repasar toda la historia de nuevo desde el comienzo. Sólo ten paciencia con mis preguntas.

Simón asintió con un suspiro.

-Muy bien. Pero de hecho me da la impresión de que vivir juntos en semejante... intimidad debería darte amplia oportunidad de formarte tu propio juicio.

Nathaniel apretó los labios.

-No creo que eso sea de tu incumbencia.

- ¿Ah, no? -Replicó Simón de mal humor-. Según Georgie, lord DeVane esperaría que yo te retara a duelo por seducir a su hija adoptiva.

Nathaniel echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

- ¿Seducirla? Si me preguntas, la situación es definitivamente al revés. Es mi honor el que fue mancillado por esta salvaje desvergonzada... y por instigación tuya, querido amigo.

Simón sonrió con renuencia.

-Bueno, yo no le sugerí que te sedujera, aunque le di a entender que debería recurrir a medidas poco ortodoxas para atraer ni atención.

- ¡Y seguro que lo hizo! ¿Ahora podemos continuar con las preguntas?

-Adelante -Simón se inclinó para volver a llenar la copa, luego se reclinó contra el respaldo de su sillón con la copa entre las manos. Por supuesto que Nathaniel tenía razón. Toda precaución era esencial, incluso si se trataba de Gabrielle.

Fue una sesión exhaustiva y agotadora, pero cuando ambos hombres se separaron, en las primeras horas de la mañana, Nathaniel no había podido encontrar un punto débil u oscuro en el relato de Simón. Al parecer, Gabrielle era todo lo que aparentaba ser. Pero él tenía una última prueba para Gabrielle. Sin embargo, antes necesitaba asegurarse de su ausencia durante una o dos horas.

-Ah, Gabby, olvidé darte esta carta. Llegó justo antes de que nos marcháramos de Vanbrugh Court -dijo Georgie al entrar en el salón del desayuno, a la mañana siguiente.

Dejó el sobre junto al plato de Gabrielle y sonrió a todos los que estaban allí-. Buenos días a todos. Dormí como una niña. Creo que el aire de Hampshire debe de ser más relajante que el de Kent -se inclinó para besar a su esposo-. Te levantaste temprano esta mañana.

-Algunos estamos levantados desde hace horas -dijo Gabrielle al tiempo que tomaba la carta. El sobre estaba escrito con la elegante letra de Talleyrand-. Algunos ya hemos cabalgado dos horas.

-Y por lo tanto creemos que nos merecemos el desayuno -agregó Simón, pellizcando la mejilla de su esposa-. A diferencia de las damas haraganas que no despiertan hasta pasada la media mañana.

Georgie se limitó a sonreír por la inofensiva burla y se dio vuelta para estudiar la fuente que había sobre la mesa.

Nathaniel se reclinó en la silla, un tobillo descansando sobre el muslo contrario, una mano aferrando un jarro de cerveza. Sus ojos se posaron en Gabrielle y le observaron el rostro mientras ella abría el sobre con el cuchillo de la mantequilla. Para Nathaniel, la letra del sobre era casi tan familiar como la suya propia.

Gabrielle esperaba una carta de Talleyrand desde casi el inicio de su misión, y ambos habían acordado que ella usaría la dirección de los Vanbrugh como *poste restante.* Una vez que se estableciera en la red, informaría a su padrino y se valdrían de un canal más eficaz.

Gabrielle se preguntó si Nathaniel reconocería la letra. Era altamente probable que la hubiera visto en el ejercicio de su actividad. Sin la menor duda, alguna correspondencia de Talleyrand habría caído en manos inglesas en algún momento.

-Es de Talleyrand-comentó en calma, y miró de reojo a Nathaniel por encima de la mesa. El inclinó la cabeza en gesto de reconocimiento y se llevó el jarro a los labios.

Gabrielle concluyó que él había reconocido la letra y que era muy probable que aquélla hubiera sido una nueva prueba que ella acababa de pasar.

-Qué honor recibir correspondencia de alguien tan notable -observó Miles con inocencia, y frunció el entrecejo con expresión concentrada mientras cortaba un trozo de salmón ahumado.

-Bueno, soy plenamente consciente del honor que significa -respondió Gabrielle con un dejo de ironía que no pasó inadvertido ni a Simón ni a Nathaniel-. Mi padrino me escribe con frecuencia y sus cartas son muy interesantes.

-También es un político consumado -comentó Miles con tranquilidad.

-Sin duda -convino Gabrielle-. Es el hombre más inteligente de Europa, sin excluir al emperador. Y su inteligencia sólo es superada por su ambición. Desafío a cualquiera a desentrañar los motivos ocultos de sus lealtades. Si le conviniera abandonar a Napoleón, lo haría sin remordimientos.

-Un caballero pragmático -comentó Nathaniel, y se encogió de hombros-. Lady Vanbrugh, ¿puedo pasarle la mermelada?

-No es necesario ser tan formal, Nathaniel -dijo Gabrielle al tiempo que desdoblaba el papel con gesto ocioso.

-No, de veras no es necesario -repuso Georgie, algo turbada porque Nathaniel Praed aún no le caía bien, a pesar de la magia con que tan evidentemente embelesaba a Gabby.

-Usted me hace demasiado honor, madame -respondió Nathaniel, confirmando el desagrado de Georgie.

-Qué pomposo. No le prestes atención, Georgia -Gabrielle tomó un panecillo de la canasta que tema delante y lo arrojó por encima de la mesa. Aterrizó en el jarro de Nathaniel y le salpicó cerveza en la camisa.

- ¡Pero por todos los...! -lord Praed empujó la silla hacia atrás y comenzó a levantarse. Gabrielle alzó el mentón y respondió a la mirada furiosa de él con ojos desafiantes y su irónica sonrisa.

- ¿Decías algo?

-Que eres un engendro diabólico -escupió él con una sonrisa reacia, mientras se volvía a sentar y se limpiaba la camisa con una servilleta.

Simón y Miles intercambiaron una mirada de absoluta incredulidad; Georgie miraba con desenfadado asombro a su prima, que con una sonrisa complaciente se disponía a leer la carta.

Al primer vistazo se dio cuenta de que se suponía que debía compartir el contenido con el jefe de espías inglés. Era una carta alegre y entretenida que describía el ambiente social de Varsovia, la recepción de Napoleón por parte de los polacos y la fascinación del emperador por Marie Walewska.

Presumiblemente, ésa era la noticia que ella debía transmitir. Se trataba de una información que resultaría de interés general para el gobierno inglés y que, hasta ese momento sólo sabían los íntimos de Napoleón. Si Gabrielle pasaba la información sumaría credibilidad a sus afirmaciones de tener estrechas conexiones dentro de la corte que rodeaba al emperador.

-Bueno, parece que Napoleón ha encontrado a otra Josephine -comentó al tiempo que levantaba la vista y se percataba de que Nathaniel había estado observándola con suma atención mientras ella leía la carta. ¿Qué buscaba? Señales de evasión o especulación, tal vez. Y bien, pues no los vería. Todos los años pasados con Guillaume le habían enseñado a mostrar en el rostro sólo lo que ella quería.

- ¿En Polonia? -inquirió Nathaniel como al pasar.

-La esposa del canciller polaco -informó ella-. Te leeré la carta. Es muy entretenida.

Era una carta civilizada de un hombre civilizado, llena de observaciones e impresiones, descripciones sagaces e ingeniosas, según reflexionó Nathaniel. No abundaba en el tema de la importancia de un vínculo entre Napoleón y los nobles polacos, pero esto resultaría obvio para cualquier observador inteligente de los asuntos internacionales.

Sería interesante leer la respuesta de Gabrielle, pensó lord Praed. Eso le diría mucho más acerca de la relación entre el diplomático y su ahijada que esa comunicación pretendidamente inocua. ¿Acaso ella ocultaba su hostilidad hacia Talleyrand bajo una máscara de obediencia filial? Por lo que Nathaniel conocía de Gabrielle, le resultaba difícil de creer. Y sin embargo, según lo que acababa de observar, cuanto más la conocía, menos sabía cómo era ella en realidad.

-Interesante -comentó de manera evasiva cuando ella volvió a doblar la carta y la guardó en el sobre-. Me pregunto cómo reaccionará Josephine.

-Es una mujer en extremo celosa -comentó Gabrielle al tiempo que se servía café-. Por algún motivo no considera que sus propias infidelidades tengan la menor importancia

comparadas con las de Napoleón. Le escribe cartas atroces cada vez que le llegan rumores de algún posible romance. El la describe como una tigresa en celo, pero lo único que tiene que hacer es lloriquear un poco, y él vuelve corriendo. El emperador es muy susceptible a las lágrimas femeninas.

-Entonces será mejor que madame Walewska lo sepa rápido -comentó Simón-. Pues estoy seguro de que ella tiene un motivo oculto para convertirse en su amante.

-El poder es un afrodisíaco poderoso -observó Gabrielle con ligereza-. Talleyrand me dice que Napoleón es muy susceptible a la pequeñez de su...su...de sus partes íntimas.

- ¡Gabrielle! -protestó Georgie, aunque los ojos le brillaban de interés.

- ¿No te parece un tema apropiado para el desayuno? ¿O es la compañía mixta la que te perturba? -inquirió la prima con picardía.

-Creo que ambas cosas -dijo Nathaniel, y empujó la silla hacia atrás-. No nos hagas ruborizar, mujer escandalosa.

Gabrielle rió.

-Está bien, cambiaré de tema. ¿Qué haréis hoy?

-Nosotros deberíamos continuar camino -dijo Simón.

-Ah, ¿en serio? -preguntó Gabrielle, desilusionada.

-Sí -respondió Miles con firmeza-. Ya nos hemos entrometido demasiado.

-Si partís en menos en una hora, quizá podáis llegar a Londres a tiempo para la cena -dijo Nathaniel sin demora.

Hasta Georgie reconoció que esta vez Nathaniel se burlaba de sí mismo, y rió con los demás, pero nadie intentó modificar el plan, y una hora más tarde Gabrielle despedía al carruaje que abandonaba la casa.

- ¿Cansada de estar a solas conmigo? -preguntó Nathaniel al regresar al vestíbulo.

-No -Gabrielle meneó la cabeza-. De ninguna manera. Pero soy más sociable que tú.

-No me extraña -convino él con una sonrisa irónica-; lamentablemente, hoy voy a ser muy aburrido, pues debo encerrarme a trabajar.

Gabrielle se encogió de hombros.

-No me molestaría ir al pueblo a hacer algunas compras.

-Diré a Milner que traiga la berlina del establo.

-Preferiría tomar el carrocín y los caballos tordillos.

Nathaniel la miró de manera burlona.

-No quiero ofenderte, madame, pero esos caballos son muy briosos.

-Puedo manejarlos.

-Sí, de eso estoy seguro -movió la cabeza con una risita resignada-. Muy bien. Pero será mejor que te acompañe Milner -y giró hacia la biblioteca.

- ¿Puedo llevar a Jake?

La pregunta lo sorprendió con la mano en la puerta de la biblioteca.

-Tiene clases.

-Un recreo sorpresivo nunca le ha hecho daño a nadie.

-No querrás tener un niño colgado de tu falda mientras estás de compras.

-Si no lo quisiera, no lo habría sugerido -aclaró Gabrielle.

Para su sorpresa, Nathaniel se oyó decir:

-Si de veras lo deseas, no tengo objeción.

-Gracias -repuso Gabrielle con callada satisfacción. Los progresos se lograban poco a poco.

Una hora después, Nathaniel contemplaba desde la ventana de la biblioteca la partida del carrocín. Jake rebotaba en la grava como una pelota, en apariencia parloteando sin parar con el paciente Mitner y la sonriente Gabrielle, que subió con gracia al carrocín y tomó las riendas. Milner sentó a Jake junto a ella y subió de un salto a la parte posterior.

Nathaniel observaba con ojos críticos mientras Gabrielle tanteaba la boca de los caballos tordos tirando con delicadeza de las riendas. Los animales, muy briosos, pifiaban en la grava y levantaban la cabeza hacia el viento enérgico que soplaba del río; su respiración formaba un vapor en el aire frío. Lord Praed se preguntó inquieto si había sido prudente permitirle conducirlos. Gabrielle ordenó al caballerizo que soltara la cabeza de los tordos, y los caballos salieron disparados. Nathaniel aspiró hondo y enseguida se relajó al verla manejar las riendas, afirmando su dominio, conducir a los caballos por la curva de grava y llevarlos al trote corto por el sendero. Estaba claro que Gabrielle era una conductora de primera clase, tal como él había esperado.

Se dirigió arriba, a la Suite de la Reina. Tenía dos buenas horas por delante para llevar a cabo su investigación.

12

Jake estaba en el séptimo cielo con aquel inesperado día libre. Conversó durante todo el corto viaje, demasiado excitado para prestar atención a lo que pasaba en el camino, preguntando a qué tiendas irían y qué quería comprar Gabrielle y si comprarían un helado en la casa de té cercana al muelle. En una ocasión Primmy le había comprado un helado allí, hacía mucho tiempo, cuando él había tenido que ir al dentista y se había portado con mucha valentía. Para el niño, la tarde se extendía mágicamente ante él, un paisaje inexplorado e ilimitado.

Gabrielle escuchaba atentamente el parloteo en apariencia irrelevante del niño mientras avanzaban por caminos rurales entre cercas cargadas de bayas de acebo.

Era casi como si alguien le hubiese quitado la tapa a un manantial burbujeante, pensó. Jake hablaba como si pudiera seguir haciéndolo para siempre. ¿No estaría acostumbrado a tener público?, se preguntó Gabrielle mientras él se embarcaba en una complicada descripción de un juego de fantasía que le agradaba jugar. Era algo imaginativo y elaborado; Jake describía cuidadosamente 1os detalles a su atenta oyente. Resultaba evidente que el niño tenía una intensa vida mental, concluyó Gabrielle mientras el maravilloso paisaje cobraba forma ante ella. Al parecer, Nathaniel no lo sospechaba.

¿Qué tipo de niño habría sido lord Praed? Tan solitario como Jake, sin duda, aunque más fuerte, según sospechaba Gabrielle. El hijo del sexto lord Praed, un hombre formidable, más que del rostro dulce y naturaleza afectuosa de Helen, la séptima lady Praed.

Mientras ella pensaba esto y escuchaba con atención la charla del niño, el séptimo lord Praed llevaba a cabo una investigación sistemática de sus pertenencias.

Nathaniel había realizado muchas búsquedas semejantes en su carrera, más de una vez con extremo sigilo y la amenaza de un inminente descubrimiento. Aquella tarde se encontraba en su propia casa, seguro de que Gabrielle estaba bien lejos y de que nadie cuestionaría su presencia en ese cuarto ni lo interrumpiría. Eso le daba libertad para proceder con suma minuciosidad. Fríamente, bloqueó todo pensamiento acerca de la dueña de las pertenencias y examinó las prendas del ropero, revisando costuras y dobladillos. Gabrielle poseía una enorme cantidad de zapatos, según observó lord Praed mientras revisaba la suela de cada uno, esperando oír el sonido a hueco que indicaría una cavidad en el tacón.

Revisó las prendas íntimas de encaje del cajón del armario en busca de bolsillos ocultos, costuras flojas. El tema ventaja sobre Gabrielle, porque sabía que en el cuarto no había ningún escondite secreto. Si ella tenía algo comprometedor, debía de guardarlo entre sus pertenencias, a menos que hubiera inventado un escondrijo en los muebles o las cortinas.

Investigó el alhajero, levantando un poco las cejas ante las gemas de valor incalculable, y se dio cuenta de que hasta el momento la había visto usar apenas la mitad del tesoro de Hawksworth.

Se fijó en el contenido del secreter y leyó la carta de Talleyrand que ella había leído en el desayuno. No había saltado ni una línea en su lectura. No vio ninguna otra correspondencia, ni siquiera un periódico.

Deshizo la cama y examinó el colchón. No había cortes ni bultos sospechosos. Pasó las manos por las cortinas de las ventanas y alrededor de la cama. Se fijó debajo de las alfombras, dio vuelta las sillas y levantó los almohadones.

Nada. Se preguntó si esperaba encontrar algo. Y recién entonces se dio cuenta de que se sentía muy aliviado.

Se estiró bajo los débiles rayos de sol que se filtraban por la ventana y se pasó los dedos por los mechones plateados de las sienes. Y entonces sus ojos se detuvieron en los libros que estaban en el suelo, junto al sillón situado al lado de la ventana. Por alguna razón los había pasado por alto.

Se inclinó para tomarlos. Había un ejemplar de *Delphine,* de madame de Stáel, y uno de *Lettres Psihsophiques,* de Voltaire. Abrió el último y lo hojeó. No cayó ningún papel suelto. Hizo lo mismo con *Delphine,* con idéntico resultado. Con gesto ocioso volvió a tomar el libro de Voltaire. Había pasado mucho tiempo desde que había leído aquella crítica a las instituciones francesas prerrevolucionarias. Esa obra rebelde había enviado al autor al exilio y en general se la consideraba una incitación a la revolución que había seguido a su publicación.

Pasó con rapidez las páginas, ojeando el texto. De repente se puso frío y se le erizó el vello del antebrazo.

Se quedó mirando un largo párrafo en el cual ciertas letras estaban marcadas con un lápiz de grafito. En el margen había anotaciones numéricas.

Con el corazón como una piedra llevó el libro a su cuarto y copió el pasaje con las anotaciones incluidas.

Cuando tuviera tiempo descifraría el código. Luego devolvió el libro a su lugar y revisó la habitación para asegurarse de que todo se hallara como lo había encontrado. La cama estaba un poco menos ordenada que antes, pero nadie lo notaría. Estiró los cobertores y luego bajó a la biblioteca para esperar el regreso de Gabrielle y su hijo.

El mismo había usado esos códigos varias veces, reflexionó con aire distante mientras se servía una copa de coñac. Los libros constituían el medio ideal; eran un componente natural de las pertenencias personales, fáciles de transportar, y sólo aquellos que dominaban el lenguaje de los espías advertirían a simple vista algo importante en unas leves marcas en un texto.

«Dominar el idioma de los espías...» ¡Santo Dios del cielo! Qué zorra traidora y falsa... Vendía las gloriosas bondades de su cuerpo mientras traicionaba...

Arrojó la copa a la chimenea. El delicado cristal se hizo añicos y el fuego chispeó con llamas azules cuando las gotas de coñac salpicaron los leños.

¡Qué cerca había estado de creerle! A un tris de confiarle los datos más delicados de la inteligencia política y la vida de media docena de agentes en Francia. A un tris de confiarle su alma.

¡Qué imbécil! ¿Cómo podía haber sido tan imbécil? Con su risa, sus desafíos y su exuberancia- con el salvajismo glorioso de su pasión y su profunda sensualidad erótica... se había deslizado como un gusano debajo de su piel destruyendo el caparazón protector que él había construido desde la muerte de Helen.

Gabrielle había hechizado y cautivado a su hijo para poder traicionar al padre.

Un sudor frío le humedeció las cejas y lo invadió una oleada de repulsión. Jake... Gabrielle había utilizado al niño, al hijo de Helen, para urdir sus detestables hechizos alrededor de su presa, para enterarse de sus secretos, para aprovecharse de sus debilidades. Y él había dejado que eso sucediera.

Y sus amigos. La había visto reír junto a Simón y Georgie, cantar aquella tonta canción, unidos en la más profunda de las intimidades de un pasado compartido.

Un pasado compartido que ella explotaba, sin conciencia ni lealtad. Gabrielle había engañado a Simón con tanta habilidad como casi lo había embaucado a él.

Nathaniel miraba con fijeza el fuego, y en las llamas se retorcía el cuerpo de Gabrielle contoneándose de placer, el pelo flotando sobre la almohada blanca, los miembros enroscados alrededor de él, atrayéndolo más hacia su centro para sumergirse en el glorioso incendio de su fusión.

Con una violenta blasfemia, se apartó del fuego y de las imágenes hipnóticas. Abandonó la biblioteca con paso firme y salió de la casa, casi corriendo hacia el río, sin prestar atención a las intensas ráfagas de viento que encrespaban las plumas de los patos silvestres reunidos en los marjales de la otra orilla. Una bandada de gansos salió del agua al acercarse él, y su vigoroso aleteo y lastimero grito de advertencia se hizo eco de la sombría furia de Nathaniel.

Mientras caminaba por la orilla luchaba por vencer las imágenes, por sofocar la emoción, por redescubrir el frío pragmatismo del jefe de espías. Había desenmascarado a una agente doble. Gabrielle de Beaucaire era una espía francesa que intentaba traicionar tanto al país de Nathaniel Praed como al de ella. El sólo debía ver ese simple hecho. Había un solo problema: ¿qué haría con ella?

Podía entregarla a las personas que sabían cómo extraer información. Ellos le arrancarían todo lo que supiera y después la colgarían. El espionaje no estaba protegido por las leyes civilizadas que contemplaban el tratamiento a los prisioneros de guerra. Gabrielle lo sabía.

Sabía lo que arriesgaba en aquella empresa. O... podía usarla, como ella había intentado usarlos él. Encontraría poca satisfacción personal en condenarla a las mazmorras, a los instrumentos de tortura de los investigadores y a la horca. No aliviaría ninguna de sus propias heridas y no haría nada por salvar su orgullo herido. ¡Pero invertir posiciones, burlar a Talleyrand y Fouché con su propia arma! Ese sería un plan que le brindaría una satisfacción más profunda. El urdiría su propia telaraña. Gabrielle llevaría información falsa a sus jefes de París, y esa información haría caer en una trampa a la red de espionaje francesa.

Las brumas de la tarde avanzaban sobre el río; Nathaniel se detuvo a descansar debajo de un sauce. Se inclinó para tomar una piedra redonda y suave y la lanzó rozando ligeramente las aguas del río, encrespadas por el viento. Sus rasgos estaban grabados en granito; los ojos duros e inexpresivos miraban sin ver la orilla opuesta del río, cubierta de junco. No sabía cómo, pero tendría que actuar con Gabrielle como si nada hubiese cambiado. De hecho, debía profundizar la intimidad de ambos, permitirle sentir que contaba por entero en ella. Cuando le dijera que había cambiado de idea y que estaba dispuesto a aceptarla en el servicio, ella debía creer que su seducción había dado resultado.

Como de hecho casi había sido. Por Dios, Gabrielle había conseguido engañarlo con sus ojos color carbón, con las generosas curvas de su cuerpo y la gloria desinhibida de su sexualidad.

- ¡Basta! -lo dijo en voz alta, en un intento feroz y desesperado de dominar la furia creciente, el asco por sí mismo que amenazaba con devorarlo de nuevo.

Lentamente, el pragmatismo vendó a la pasión fútil. Se estremeció bajo la ráfaga intensa de viento que llegaba del mar y atravesaba los pantanos. Daba la impresión de penetrarle la piel, alojarse en la profundidad de los huesos y clavarse en su corazón como una estaca.

Era hora de volver, de enfrentar lo que había que enfrentar. Nathaniel regresó a la casa justo en el momento en que el carrocín se detenía ante la escalinata. Se quedó en el vestíbulo y esperó a que entraran.

A Jake le brillaban los ojos y tenía una mancha pegajosa alrededor de la boca. Hablaba a Baitram, que les había abierto la puerta, y de inmediato incluyó a la señora Bailey en un confuso relato de la excursión. El niño desvió los ojos hacia donde estaba el padre, y le ofreció una sonrisa tímida como si quisiera incluirlo en el relato.

-Comí dos helados de fresa y Gabby compró guantes nuevos y había unos cachorros en una canasta que una niñita quería vender y unos hombres comenzaron a pelear en el muelle. Gabby dijo que era mejor que nos marcháramos porque eran marineros rudos...

Gabrielle le sonreía mientras se quitaba los guantes.

Miró a Nathaniel con ojos cálidos, como invitándolo a compartir el júbilo de Jake.

Ella estaba utilizando al niño, pensó lord Praed. La boca se le llenó de un sabor amargo. Flexionó los dedos; le parecía sentir la esbelta columna del cuello de Gabrielle entre sus manos, el pulso que latía de frenético miedo mientras le apretaba la garganta... se la retorcía…De nuevo luchó contra la marea de pasión carmesí, hasta que su cabeza fue un espacio frío y vado.

-Ya está bien, Jake -dijo cortante-. Ya es casi la hora de la cena. Espero que puedas comer algo después de haberte llenado de helados toda la tarde. Sube a tu habitación.

El rostro de Jake se desanimó, las palabras burbujeantes murieron en su boca, la luz se esfumó de sus ojos. Sin más palabras, corrió hacia la escalera y la subió corriendo.

Gabrielle frunció un poco la frente, y la señora Bailey, con una excusa susurrada, volvió a la cocina.

-Estuviste un poco duro, ¿no? -Dijo Gabrielle con calma, mientras iba delante de Nathaniel hacia la biblioteca-. Jake no estaba haciendo nada malo.

-Lo tuviste afuera hasta demasiado tarde; ciertamente, no quiero que sea testigo de peleas de marineros en el muelle. Creí que tendrías más senado común.

-Lo lamento -repuso ella simplemente.

El Nathaniel de la mesa del desayuno parecía haber desaparecido. Gabrielle no se imaginaba arrojando un panecillo al hombre que ahora tenía delante, pero ya iba acostumbrándose a sus cambios de humor. Sin embargo, para el pequeño Jake era difícil. En un momento el padre lo trataba con amabilidad, y al siguiente volvía a mostrarse como antes. Sin embargo, ahora Gabrielle ya conocía bastante a Nathaniel como para darse cuenta de que no serviría de nada tocar el tema en ese momento.

-Iré a cambiarme para la cena.

Nathaniel hizo lo posible por componerse. Le dirigió una sonrisa conciliadora.

-Discúlpame; no fue mi intención ser descortés. Me sentía un poco preocupado porque estuvieron fuera demasiado tiempo. ¿Te gustaría beber una copa de jerez antes de subir?

-Gracias.

Gabrielle tomó la copa con una sonrisa que sintió podría haber sido más animada. La recepción de Nathaniel con certeza había arruinado la agradable tarde con Jake, y en la casa reinaba una atmósfera extraña. Más bien desolada y sombría... pero quizá era por la ausencia de 1a vibrante Georgie.

El anticlímax después de la partida de las visitas parecía ser la única explicación lógica de la leve incomodidad que se prolongó durante toda la tarde. Gabrielle intentó desprenderse de los tentáculos de la depresión que envolvía a los dos, pero Nathaniel estaba abstraído y no respondía a las diversas ocurrencias de ella.

- ¿Te preocupa algo? -preguntó Gabrielle cuando acabó la cena.

-Tengo un problema con uno de mis agentes en Toulouse -respondió él-. Lo lamento, pero eso me distrae.

-Ah -repuso ella con cierta indiferencia-. Un problema que no deseas compartir conmigo, supongo.

-No -respondió él-. Al menos, de momento.

Gabrielle levantó una ceja. ¿Por fin estaba progresando? En un principio se había dado dos semanas para persuadirlo de cambiar de idea, aunque comenzaba a pensar que, al ritmo que marchaban las cosas, iba a necesitar más tiempo para que el espía inglés diera su brazo a torcer y la admitiera en su red de espionaje.

-Bueno, te dejo con tus reflexiones -dijo-. Debo responder la carta de mi padrino -se volvió hacia la escalera pero enseguida se detuvo, con una mano en el poste-. ¿Deseas que le diga algo?

« ¡Puta traidora!»

-De momento no -contestó con una sonrisa-. Cuando la hayas escrito, haré que la despachen -«y también la leeré, con ayuda del código, una vez que lo descifre».

Gabrielle redactó la respuesta a Talleyrand con mucho cuidado. Oculto en el texto ameno e inocuo hacía un breve relato de sus actividades hasta el momento, informaba de lo que se había enterado por el diario del jefe de espías y de su creencia en que, si perseveraba, él acabaría por admitirla en la red.

Echó arenilla en el papel para secar la tinta, lo dobló, selló el sobre con una oblea y lo llevó abajo, donde dejó la carta en la mesa del vestíbulo para que Nathaniei la franqueara antes de que el mensajero recogiera la correspondencia.

Cinco minutos después de regresar ella arriba, Nathaniei salió de la biblioteca, tomó el sobre y lo metió en el bolsillo. Descifraría el verdadero mensaje en la intimidad de su cuarto, más tarde.

Gabrielle se quedó un momento en el *boudoir,* contemplando la noche por la ventana. La lluvia golpeaba contra el cristal, la triste lluvia inglesa que se metía en los huesos. Cerró bien las cortinas y arrojó otro leño al fuego. Con los brazos cruzados sobre el pecho, se quedó mirando las llamas. Por primera vez en su cruzada de venganza, las serpientes de la duda erguían la cabeza y silbaban en su mente y en su corazón.

Si Nathaniei no hubiera sido responsable de la muerte de Guillaume, ¿aún querría ella traicionarlo? Hacía cinco años que estaba involucrada en la inteligencia francesa. Pero su trabajo como mensajera no había implicado contacto directo, y sus adversarios hasta el momento no tenían nombre ni rostro. Esto era muy distinto.

Cerró los ojos y vio el rostro de Guillaume en los destellos rojos. Le parecía oír su voz tranquila y honesta diciéndole que el fin justificaba los medios. Pero en la tierra de las sombras, donde ellos trabajaban, no se aplicaban las consideraciones éticas convencionales.

Nathaniel Praed no operaba con esas consideraciones, y había que responder al fuego con el fuego. Gabrielle continuaba el trabajo de Guillaume porque su lealtad respondía, antes que nada, a la memoria de él. Al regresar a Francia por orden de Talleyrand, seis años antes, había dejado Inglaterra y a los DeVane con profunda renuencia, pero su padrino insistió en que su padre habría querido que ella ocupara su lugar en la sociedad francesa, reconstituida tras el caos de la revolución. Inglaterra y Francia acababan de firmar la Paz de Amiens, pero la paz no había durado mucho y pronto Gabrielle se encontró, en el aspecto emocional, con un pie en cada lado. Entonces conoció a Guillaume y enterró muy hondo su lealtad inglesa, e incluso la amistad y la gratitud permanentes que debía a los DeVane.

Cuando Nathaniei se unió a ella en la cama aquella noche, Gabrielle lo recibió con un deseo ardiente, desesperada por negar todo excepto el contacto físico, la satisfacción explosiva de la pasión de ambos, que nada podía sofocar.

A la mañana siguiente, Nathaniei se despertó primero. Permaneció acostado en la tenue luz del amanecer, preparándose para lo que iba a hacer. Volvió la cabeza hacia la cabellera oscura que descansaba sobre la almohada a su lado. Los párpados cerrados, finos como papel y recorridos por venas azules, los ojos color carbón a veces apasionados, a veces burlones y a menudo desafiantes. Las pestañas negras formaban oscuras medialunas sobre la piel blanca, donde un levísimo rubor de sueño teñía los pómulos prominentes. La nariz respingada apenas arrugada y la boca de pronto apretada como si los sueños la perturbaran de algún modo.

Y así debía ser, pensó Nathaniei con rencor; qué espía consumada era Gabrielle. El mensaje oculto en la carta a su padrino era una obra maestra.

Pensó en la mejor manera de despertarla. Ella prefería un despertar lento, de modo que... Flexionó las rodillas, tomó las mantas enroscadas a sus pies y luego estiró las piernas, pateando los cobertores hacia el pie de la cama y dejando el cuerpo desnudo de Gabrielle expuesto al aire frío de la mañana y a su mirada.

Gabrielle estaba tan profundamente dormida que el cambio abrupto de temperatura sólo provocó una respuesta instintiva. Se acurrucó sobre un costado y encorvó el cuerpo mientras buscaba las mantas a tientas, tratando de recuperar el calor perdido con instinto animal.

Nathaniel le dio unas palmadas en la curva de las nalgas que se te ofrecían.

-Despierta, Gabrielle.

Gabrielle se dio vuelta y abrió los ojos. Se cubrió los pechos con los brazos.

- ¡Tengo frío! ¿Qué sucedió con las mantas?

-Yo las quité.

- ¡Bruto! -Se sentó al tiempo que se tapaba, aún demasiado atontada para cuestionar lo que le había dicho-. Ah, así está mejor-con un suspiro de alivio, se apoyó en la almohada, se cubrió hasta el cuello y cerró de nuevo los ojos.

- ¡Dije que te despertaras! -Con firmeza le soltó los dedos y apartó las mantas-. Tienes que pagar una deuda de honor -levantó una ceja mientras Gabrielle parpadeaba absorta.

-Hoy es el día en que tendré una esclava durante veinticuatro horas -anunció Nathaniel-. Creo que he ganado la apuesta.

Gabrielle cerró los ojos para ocultar la oleada de especulación que le provocaron estas palabras. Curiosamente, había olvidado la apuesta, tan concentrada se hallaba en descubrir los secretos de lord Praed y en ganar su confianza. Pero no le sorprendió que Nathaniel lo recordara; era algo que él no olvidaría. Y si era domingo -a juzgar por las campanas que sonaban afuera, en verdad lo era-, entonces ya habían pasado las dos semanas y Nathaniel Praed no la había reclutado en su red de espías.

Quizás un día de lujuria apasionada ahuyentara los demonios de la depresión que la acosaban en aquel momento.

-Bueno -dijo lentamente, con los ojos aun cerrados-. Según lo que recuerdo, acordamos que sería una apuesta que valdría la pena tanto perder como ganar.

-De eso me hablarás mañana a esta hora -murmuró él-. Por ahora sólo puedo concentrarme en los privilegios del ganador.

Gabrielle abrió tos ojos.

-Entonces dé a conocer sus deseos, señor.

-Bueno, primero quisiera que comprendieras que, durante veinticuatro horas, cada centímetro y cada célula de tu cuerpo estarán a mi disposición; eso incluye tu lengua, madame, que espero que por una vez mantengas controlada.

Tendió una mano y le pasó el pulgar sobre la boca.

-Y como no quiero exigir demasiado de tu capacidad de obediencia, te ayudaré y te impondré una regla de silencio. A partir de este momento.

Los ojos de Gabrielle fueron más que elocuentes al asimilar aquella declaración. Su mirada gris intenso reflejaba sorpresa y una sombra de resistencia. Automáticamente, ella abrió la boca para exigir más información, pero Nathaniel presionó firmemente el dedo sobre los labios.

-Ahora -continuó él con suavidad- será mejor que desaparezcas en la habitación de al lado mientras yo arreglo unos asuntos aquí. Te llamaré cuando haya terminado.

Allí pasaba algo raro. Pero era un juego que ambos habían acordado jugar. Gabrielle dejó la cama y se dirigió a la puerta que conectaba ambos cuartos.

-Ah, Gabrielle... -la voz la detuvo en el momento en que ella tomaba el tirador-. No te vistas.

¿Y ahora qué tenía él en mente? Sus instrucciones, hasta el momento, indicaban que se proponía obligarla a cumplir la apuesta al pie de la letra, incluso a dominar su espíritu; Gabrielle no pudo evitar su reacción inicial, esa ligera punzada de resistencia producto de una vaga sensación de incomodidad.

Se envolvió en un chal de cachemir para resguardarse del frío de la mañana y se sentó en su sillón acostumbrado, junto a la ventana, a esperar órdenes. Cuando se relajó, pequeños aguijones de excitación comenzaron a erizarle el suave vello de la nuca y a

aletearle en la boca del estómago. Veinticuatro horas era mucho tiempo... y Nathaniel era un amante inspirado con un exuberante senado de la fantasía.

El silencio, según habría de descubrir a medida que la larga mañana iba convirtiéndose en tarde, surtía un efecto muy potente en los sentidos. Facilitaba una extraordinaria concentración en el tacto y las sensaciones, el gusto, la vista y el olfato. Gabrielle imaginó cómo era moverse dentro del útero cuando Nathaniel la hizo rodar debajo de él con una maniobra fluida del cuerpo que no perturbaba la unión de sus caderas; sintió la frialdad de las sábanas en su espalda, antes tibia por la suavidad del aire caliente por el hogar de la habitación, mientras el cuerpo de Nathaniel hacía presión dentro del suyo, amoldando los planos y concavidades de su torso fuerte a las curvas más suaves tendidas bajo él.

Y en aquel mundo cerrado de concentración silenciosa, se descubrió intensamente conectada con Nathaniel; fue así como percibió en el cuerpo de él corrientes que perturbaban los ritmos parejos del acto amoroso.

Por momentos detectaba una distancia en él, como si mientras su cuerpo jugaba con el de ella, él mismo se hallara ausente, como si observara con fría objetividad las formas sinuosas de la unión de ambos. Cuando pensaba en eso, Gabrielle se enfriaba y él volvía a montarla, le exigía en voz baja algo que intensificaba el placer mutuo, entonces la inquietud pasaba.

También, durante esas largas horas, Gabrielle descubrió que la entrega pasiva tenía el mismo efecto que el silencio, o quizás uno facilitaba el otro. Ella debía limitarse a «estar» allí; no hacía falta que su ser habitara su cuerpo; de hecho, su ser sólo era un depósito de sensaciones en constante cambio. Ella obedecía el contacto autoritario, la orden susurrada, y sólo una o dos veces la recorrió una resistencia inquieta, una pequeña molestia como una leve brisa en las hojas de otoño, cuando sintió que el cuerpo que se movía sobre ella pertenecía a un extraño.

Anochecía cuando Nathaniel rompió el hechizo. Se arrellanó en el gran sofá situado bajo la ventana. Gabrielle, arrodillada en el suelo junto al sofá, apoyaba la cabeza en el vientre de él mientras le acariciaba los muslos con una mano íntima y lánguida.

La mirada de Nathaniel se posó en el reloj Chippendale colgado en la pared, encima del hogar. Eran las seis. Bajó una mano, enroscó con los dedos los rizos rojo oscuro de Gabrielle, y te giró la cabeza para que quedara de frente a él. Ella lo miró con ojos pesados de saciedad; sus rasgos lucían como borroneados, ya no delineados con precisión en la piel clara y traslúcida.

-Ya está bien -dijo él con calma, y sin embargo su voz sonó asombrosamente fuerte tras las largas horas de silencio en la intimidad del cuarto iluminado por el fuego.

Gabrielle sonrió soñolienta, con expresión interrogante.

-Ya puedes hablar -anunció Nathaniel.

-Creo que he olvidado como hacerlo. Quizá lo deje para mañana.

Nathaniel movió la cabeza sin decir nada.

Gabrielle sintió de nuevo esa sensación de incomodidad. Los ojos de él te resultaron indescifrables cuando la miraron; después de semejante exceso de dicha sensual, Gabrielle se había habituado a ver una cálida ternura, un brillo lánguido de saciedad en la profundidad de los ojos castaños.

Pero quizás era sólo su imaginación. Aquéllas habían sido horas extrañas, que provocaban reacciones nuevas.

Nathaniel la había llevado a territorios inexplorados, y en esos paisajes había emociones desconocidas que debía descubrir.

Sin cambiar de posición ni interrumpir las caricias, Gabrielle intentó reafirmar las realidades reconfortantes de cada día.

-Creo que tengo hambre.

Para su alivio, Nathaniel respondió en el mismo tono, y entonces volvieron a surgir los contornos habituales de la habitación y ella sintió la picazón de la alfombra bajo las rodillas y la humedad de la piel de él bajo las mejillas.

-Yo también -respondió Nathaniel. Le tomó la mano y la apartó-. Ahora quita la cabeza, mujer -se sentó en el sofá y echó un vistazo al cuarto desordenado, donde ya se había enfriado el agua de la tina dispuesta frente al fuego y la mesa aún contenía los restos de un pollo frío y una cesta con frutas.

Se inclinó, tomó a Gabrielle por debajo de los brazos y la ayudó a levantarse. Ella se balanceó y se apoyó en él, rozándole los muslos con una rodilla.

-Ya es suficiente -ordenó Nathaniel; la tomó de las muñecas y la apartó. Llenó dos copas de vino y le alcanzó una-. Bebe.

Gabrielle bebió y lo observó con una ceja levantada con ironía.

-Bueno, ¿y ahora qué, jefe de espías? Tienes doce horas más para aprovechar tu premio.

-No -contestó Nathaniel-. Declaro una moratoria.

- ¿Cómo? ¿Por qué? -preguntó, desconcertada.

-Porque no es del todo justo -respondió él al tiempo que tomaba una bata y se la ponía-. Gané la apuesta con falsos argumentos.

- ¿Qué? -de repente, cuando Nathaniel se envolvió en la bata y la cerró, Gabrielle se sintió incómoda en su desnudez. De alguna manera se había roto el clima, y ella experimentó una abrumadora sensación de vulnerabilidad.

-He decidido incorporarte a la red-anunció Nathaniel con voz tranquila-. Así que se podría decir que te he engañado, pues tú has ganado.

Gabrielle se quedó inmóvil, intentando encontrar el sentido de aquello.

-Entonces no jugaste limpio -dijo al fin, con tono de dolorida confusión.

-El juego limpio, querida mía, no tiene cabida en el mundo del espionaje -aclaró él con voz de hojas marchitas.

El estudió la cara de ella en busca de un destello de culpa, un dejo de color en las mejillas, pero no hubo nada. Gabrielle de Beaucaire conocía el submundo del espionaje y las muchas caras oscuras del ser humano, y vestía el manto de terciopelo del engaño con tanta facilidad como él.

-No, supongo que no -respondió ella, de pronto práctica, y se dirigió a la puerta de la habitación. Se detuvo, con una mano en el tirador, pues acababa de ocurrírsele una explicación para aquellos momentos extraños y perturbadores que había sentido-. ¿Me sometiste a algún tipo de prueba en estas últimas horas, Nathaniel?

-Quería ver si podía confiar en ti -respondió él con tono casual-. Quería ver si eras capaz de controlar tus vigorosas reacciones y obedecer las órdenes de un jefe-sonrió-. Parece que puedes... en la cama, al menos. Estoy dispuesto a admitir que serás capaz de hacerlo también en otras situaciones.

Gabrielle fue a su habitación. Sentía asco de solo pensar que en todo momento él había estado observándola, evaluándola, y ella se había abierto a él con las defensas bajas, absolutamente confiada en la unión amorosa que siempre había permanecido inviolada e intacta por sus propias emociones. Nathaniel había usado la sexualidad para descubrir algo acerca de ella. Seguramente podría haber elegido otro terreno.

Pero ella había triunfado. Eso era lo importante.

Fríamente, se concentró en ese hecho. Desde aquel momento en adelante tendría acceso al mundo del jefe de espías.

Nathaniel se quedó mirando fijo la puerta cerrada.

A pesar del cruel pragmatismo de lo que había planeado aquel día, se sentía más movilizado por Gabrielle que nunca. En el papel que había desempeñado bajo su dirección, ella lo había excitado más de lo que nunca podría haber imaginado, pues se había sumido en la fantasía con una imaginativa magia erótica.

Gabrielle de Beaucaire era una mujer distinta de las demás. Era capaz de igualarlo en cualquier nivel, desde los retozos impetuosos y lujuriosos hasta los exquisitos juegos amorosos, desde los retos furiosos hasta las respuestas ingeniosas, desde el discurso analítico hasta una opinión de novel. Y sobre el lomo de un caballo de caza, la honestidad le obligaba a admitir que tal vez Gabrielle lo superara.

Posó los ojos en la cama arrugada, las almohadas apiladas en el suelo adonde los había llevado el juego en cierto momento, la silla de respaldo recto donde Gabrielle había...

A Helen no le agradaba cazar. Este pensamiento irrumpió en su ensueño erótico. Helen era como Jake, tímida sobre un caballo. Tampoco le gustaba jugar. Era una mujer seria que sonreía callada, de carácter dulce, que se entregaba a él de buen grado, pero ahora Nathaniel recordaba que una o dos veces había tenido la molesta sospecha de que, para ella, los movimientos sudorosos de los cuerpos desnudos entrelazados eran algo ridículos en el mejor de los casos, y repugnantes en el peor. En aquel entonces él no había prestado atención a la sospecha, por supuesto; se había limitado a descartarla por tonta. Helen era demasiado dulce y sumisa para manifestar esos sentimientos en forma abierta, ¿y qué hombre quería parecer ridículo ante los ojos de una esposa que lo adoraba?

Gabrielle se burlaba de él, lo desafiaba, se reía de él, pero nada de lo que hacían juntos -sin importar que fuera muy escandaloso, indigno y a veces hasta absolutamente imbécil- lo llevaba a sentirse ridículo. Con Gabrielle hacía cosas que jamás hubiese imaginado hacer con Helen. Jamás podría revelarlas a nadie sin sentir vergüenza.

Pero eran parecidos, él y Gabrielle. Jugaban en el mismo mundo oscuro... pero en lados opuestos. Comprendían los riesgos *y* los enfrentaban con valentía. No era de sorprender que se llevaran tan bien... tanto en el desafío como en la traición.

13

Varios días después, en una jornada plena de los primeros indicios de la primavera, cuando los azafranes y los narcisos asomaban entre el césped bajo los robles añosos y el sol aún débil sacaba chispas a las aguas del ancho río gris, Gabrielle entró en la casa con un ramillete de campanillas que había cortado en el huerto. Sonrió sin darse cuenta al inhalar la delicada fragancia.

De pronto Jake pasó como un rayo a su lado. Iba con la cabeza baja y se la llevó por delante al correr hacia la puerta abierta. No se detuvo a saludarla, ni siquiera se disculpó por atropellarla, y bajó apresurado la escalinata del frente de la casa.

-Jake -Gabrielle dejó las campanillas sobre una mesa y corrió a la puerta llamándolo.

Pero Jake no detuvo el paso y siguió en dirección al sendero. No llevaba sombrero ni abrigo, algo que en general no permitían ni la sobreprotectora niñera ni la meticulosa señorita Primmy.

-Jake -Nathaniel salió de la biblioteca ferozmente ceñudo-. ¿Adonde diablos ha ido? ¡No tiene modales! ¿Que le ha estado enseñando esa inepta institutriz?

-Salió corriendo -dijo Gabrielle al tiempo que volvía al vestíbulo-. Parecía alterado. ¿Qué le dijiste?

El tono acusador era evidente para ambos, y la frente de Nathaniel se frunció más. A sus espaldas, en el marco de la puerta, apareció un hombre delgado, con impertinentes y pelo liso y aceitosa; llevaba altas botas cubiertas de polvo y un abrigo verde oliva que había conocido mejores épocas.

-Ya se acostumbrará a la idea, lord Praed -afirmó el hombre con una sonrisa untuosa.

A Gabrielle el extraño le desagradó instantánea e ilimitadamente. Miró al hombre con altivez indisimulada y a Nathaniel con una ceja levantada en gesto interrogante.

Nathaniel parecía levemente incómodo, algo extraño en él.

-Disculpe, condesa -dijo con tono rígido-. El señor Jeffrys será el tutor de Jake. Viene con las mejores recomendaciones.

-Qué reconfortante-repuso Gabrielle-. ¿Cuándo llegó, señor Jeffrys?

-Esta mañana, señora -el futuro tutor inclinó el cuerpo anguloso de la cintura hacia abajo en una reverencia poco elegante y falta de práctica-. El lunes llegó a Hanow la

solicitud de lord Praed pidiendo que se le recomendara un tutor, y vine de inmediato. Siempre soy el primer elegido por los rectores cuando se reciben estas solicitudes. Me enorgullezco de preparar a los hijos de la nobleza para ingresar en nuestros sagrados recintos -la sonrisa obsecuente reveló unos dientes amarillos.

«Iguales que lápidas mohosas», pensó Gabrielle.

-Qué gratificante para usted, señor Jeffrys -dijo-. Confío en que estará bien calificado para preparar a los tiernos niños para los rigores de semejante establecimiento. Es necesario que aprendan a enfrentar la severidad y las privaciones de esa vida.

El señor Jeffrys la miró incómodo. Lo que decía la condesa no era nada más que la verdad, por supuesto. Era lo que él hacia mejor. Pero en el tono de voz y en el modo de hablar de la mujer había algo que lo confundía. Intentó otra sonrisa.

-Me enorgullezco de mis éxitos, señora... Algunas de las familias más nobles de la zona... -la sonrisa quedó flotando en el aire como si no encontrara albergue.

-Si nos disculpa, condesa, tenemos otros asuntos que tratar -intervino Nathaniel con frialdad y se volvió hacia la biblioteca-.Jeffrys...

-Oh, sí, señor... Los detalles... por supuesto, señor.

¿Y dónde diablos encajaba Primmy en todo aquello?, pensó Gabrielle con furia. Nathaniel no había mencionado nada acerca del progreso de su plan de contratar a un tutor; al menos no le había dicho nada a ella, y suponía que tampoco a Primmy, que la trataba como a una confidente y que con seguridad se lo habría contado. De hecho, la institutriz albergaba esperanzas de que el señor hubiera cambiado de idea, ya que no había vuelto a tocar el tema. Y ahora esto. Jake se encontraba con su nuevo tutor sin preparación alguna, y la señorita Primmy lo ignoraba todo,

-Sólo un momento, señor-Gabrielle levantó una mano imperativa-. Me gustaría hablarle unas palabras en privado. Estoy segura de que el señor Jeffrys nos disculpará -giró hacia el comedor sin esperar la respuesta de Nathaniel, que dudó un momento antes de indicar al tutor con una seña rápida que regresara a la biblioteca.

Nathaniel siguió a Gabrielle y cerró la puerta de un golpe a sus espaldas.

- ¿Qué pasa?

Gabrielle temblaba de ira. Ese hombre era lo más oscuro e impenetrable que se pudiera encontrar.

-Perdona si me equivoco -dijo con fría incredulidad-, ¿pero acabas de imponer de pronto a Jake ese... ese... ser odioso e inquietante? ¡Seguro que no! Seguro que ya hace un buen tiempo que le explicaste qué iba a suceder, ¿no es cierto? Sólo que el no me lo mencionó.

Pero los niños tienen poca memoria y...

- ¡Controla tu lengua! -ordenó Nathaniel con contenida ferocidad y la frente enrojecida-. Esto no es asunto tuyo, como ya te he dicho una docena de veces. Jake es mi hijo, y la forma como lo trate es asunto mío.

-Entonces moléstate en llamarlo una mañana e informarle que este hombre odioso va a gobernar su vida de ahora en adelante hasta que lo envíen a la escueta, y que Primmy se marchará. Ah, a propósito, ¿cuándo será eso? ¿Ya está haciendo la maleta?

-No me hables en ese tono...

-Te hablaré en el tono que más me guste, lord Praed -cortó ella, ahora con la tez más blanca que la leche, los ojos como dos estanques de lava derretida, la piel de alrededor de la boca teñida de azul por el enfado-. Cómo te atreves...

- ¡Termina con esto ya mismo!

A pesar de sí mismo, él la aferró por los brazos. En una reacción impensada, Gabrielle le dio una bofetada en la mejilla. El desagradable sonido quedó suspendido un momento en el aire; luego se repitió, y Gabrielle se apartó de golpe de Nathaniel, con una mano en su mejilla ardida.

Se hizo un silencio absoluto. Ella miraba por la ventana con la vista perdida; lágrimas tanto de sorpresa como de dolor le nublaban los ojos.

Nathaniel aspiró una bocanada de aire honda y estremecida.

-Lo lamento.

-Yo también -repuso Gabrielle con voz trémula-. Qué espantoso... No sé cómo sucedió.

-Creo que debemos aprender a ser muy cuidadosos -dijo Nathaniel, cansado.

-Sí -convino Gabrielle. Aún no podía volverse a mirarlo, y él no hizo ademán de acercarse a ella.

El silencio se alargó y se tornó más lúgubre. Luego Nathaniel abandonó el comedor y cerró la puerta con calma.

La cruda violencia del encuentro había dejado a Gabrielle vacía y descompuesta. Se sentó a la mesa, con la mejilla aún dolorida apoyada en la mano, y esperó hasta que la sorpresa se disipó en parte y pudo pensar con claridad.

Nathaniel se equivocaba en su relación con Jake. Pero eso no le daba derecho a ella a hablarle como lo había hecho. Podría haberle dicho lo mismo de manera razonable, sin soltarle insultos ni sarcasmos. Hacía unos días creía estar logrando cierto progreso, pero los asuntos entre el padre *y* el hijo parecían haberse revertido y vuelto a los malos días de antes, y ella había perdido la paciencia de enseñar sutilmente mediante el ejemplo.

Sin embargo, quizá no se debía a que ella hubiera perdido la paciencia, sino a la atención de Nathaniel.

Desde que aceptó emplearla en la red de espionaje, él había cambiado de actitud para con ella. Pasaba horas en la oficina creando un código que Gabrielle debería usar para pasar sus informaciones, y ella tenía que fingir la incompetencia de una principiante, cuando su mente iba tres pasos más adelante de la meticulosa tutoría. Estudiaban mapas de Europa y discutían sobre el tipo de inteligencia que el maestro de espías inglés consideraba mejor, mientras que ella sugería formas de aprenderlas.

Hacían el amor cada noche con la misma pasión salvaje, y dormían hasta la mañana uno en los brazos del otro, pero una dimensión distinta había penetrado en la relación. La igualdad natural había desapareado. Nathaniel era instructor, director, empleador. No se mostraba frío en esos papeles, pero sí sistemático y distante, y Gabrielle seguía sus directivas porque eso era lo que había ido a hacer.

Pero todos los pensamientos racionales del mundo no disminuían esa sensación de pérdida por los días en que se peleaban y se amaban como si ninguna otra cosa pudiera interesarles nunca. ¿Y cómo diablos se recuperarían de aquel horrible encuentro?

Una nube de depresión la abrumó cuando se puso de pie y abandonó el comedor en busca de Jake.

Lo encontró detrás de la caseta de botes. Estaba acurrucado en el muelle con los hombros encorvados y el mentón pegado al pecho.

Gabrielle le puso un abrigo sobre los hombros, se sentó junto a él y lo envolvió en la curva de su brazo. El niño aspiró aire por la nariz y tragó un sollozo.

-Yo quiero a Primmy. No quiero que se vaya.

Gabrielle lo dejó llorar, le susurró palabras de consuelo y le dio el cálido refugio de su cuerpo hasta que Jake agotó las lágrimas. Luego intentó explicarle por qué el padre había decidido que aquello era lo mejor para él.

Era difícil resultar convincente, cuando ella misma no estaba convencida. Pero Nathaniel era una figura autoritaria tan distante en la vida del niño, que Gabrielle sentía que debía, al menos, asegurar a Jake que el padre tenía las mejores intenciones. Y de hecho ella lo creía.

Sencillamente, Nathaniel no sabía cómo expresar esas mejores intenciones. No había modo de persuadir a Jake, que la siguió abatido de regreso a la casa.

Gabrielle lo acompañó hasta el cuarto infantil, donde una resuelta señorita Primmy, con los ojos secos, le anuncio que el señor le había dicho que debería marcharse en dos semanas y le había dado una paga muy generosa. El señor era todo amabilidad, todo consideración. Pero mientras hacía estos comentarios la institutriz abrazaba convulsivamente a su triste pupilo, y las lágrimas de Jake comentaron a fluir de nuevo.

Al parecer, no había nada útil que Gabrielle pudiera hacer, nada reconfortante que pudiera decir en aquel momento, así que los dejó a solas.

El señor Jeffrys se cruzó con ella en la escalera. Iba indicando de manera melindrosa al sirviente que tuviera cuidado con su baúl de libros y mapas. Dirigió a Gabrielle otra sonrisa para congraciarse que ella ignoró, aunque se preguntó qué interpretación daría el hombre a su presencia en la casa. Nathaniel no la había presentado, si bien se había referido a ella como «la condesa». Tal vez esperaba del tutor la misma aceptación discreta que del resto de los empleados.

Cuando Gabrielle llegó al vestíbulo, la señora Bailey salió del salón con un plumero en la mano. Tema la apariencia de alguien que había estado atendiendo a un moribundo.

- ¿Desea que ponga las campanillas en su *boisoir* señora? -el ama de llaves indicó con un gesto el ramillete de delicadas flores que Gabrielle había abandonado sobre la mesa un rato antes.

-Ah, sí, gracias.

-Echaremos mucho de menos a la señorita Primmy -comentó el ama de llaves mientras tomaba las flores-. Y no sé qué pensar de ese tutor. Es todo elogios y sonrisas, pero acuérdese de mis palabras: una vez que tenga los pies bien firmes, estará impartiendo órdenes a los cuatro vientos. Ya conozco a los de su tipo.

Era un discurso extraordinario para la discreta señora Bailey. Gabrielle no sabía qué contestar. Quería hacerle saber que ella era de la misma opinión, pero no podía hacerlo sin dar la impresión de que criticaba a Nathaníel ante sus empleados. Esbozó una vaga sonrisa y se contentó con comentar que echaría de menos a la señorita Primmy; luego se escapó al jardín en busca de intimidad y un ambiente tranquilo.

En medio de los arbustos había un reloj de sol y un banco; se abrió paso hasta allí, sabiendo que no la verían desde la casa.

Se sentó en el banco y alzó la cara hada el sol pálido; cerró los ojos y dejó que el débil calor le acariciara tos párpados. Una brisa fresca llevaba el aroma del río y los marjales, y un pinzón piaba atareado desde un laurel.

Se hallaba tan inmersa en la meditación que no oyó los pasos que se acercaban en el sendero de grava, a sus espaldas. Cuando la mano se apoyó en su cabeza, dio un salto con un grito asustado.

-Pagaría por saber en qué pensabas -dijo Nathaniel con calma, sin retirar la mano.

Gabrielle se encogió de hombros.

-Sólo estaba meditando.

La mano se deslizó hasta la nuca.

- ¿Puedo compartir la meditación?

Gabrielle arqueó la nuca contra la presión de la mano cálida y firme.

- ¿Cómo sucedió, Nathaniel? La gente civilizada no se enreda en ese tipo de peleas.

-No. Sólo la gente en exceso apasionada, que sabe que merece un castigo por tan vergonzosa falta de control -respondió él con una sonrisa irónica. Sin soltarle la nuca, rodeó el banco y se sentó junto a ella-. ¿Qué te parece un pacto de mutuo perdón? -los dedos presionaron más la esbelta columna del cuello.

-Aceptado -respondió Gabrielle.

Permanecieron sentados en silencio un momento.

Era un silencio agradable. Gabrielle sentía intensamente la mano en la nuca, la sangre que corría bajo la piel de Nathaniel, la respiración pareja, la cálida proximidad de su cuerpo. De pronto se dio cuenta de que se había acostumbrado a esos momentos y de que en los últimos días le habían faltado. Sólo en ese instante se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos esos períodos de cómoda y silenciosa comunión entre los mares turbulentos de la pasión.

-Quiero que vayas a París -el alarmante anuncio de Nathaniel rompió el silencio.

- ¿Cuándo? -se volvió en el banco para mirarlo.

-Dentro de tres días -Nathaniel dejó caer la mano y se inclinó hacia adelante con los codos apoyados sobre las rodillas-. Necesito un mensajero que lleve un recado importante a mis agentes en París. ¿Te dije que tenía problemas en la red de Toulouse?

-Sí -la mente de Gabrielle se hallaba en estado de agitación. Aquello era el objetivo por el que había estado trabajando, pero no esperaba que él la enviara al campo tan pronto... tan abruptamente.

-Te daré las instrucciones antes de partir. Supongo que tus papeles están en orden.

-Sí, tengo un *laissez passer* firmado por Fouché, nada menos,

-Bueno -se puso de pie-. En tres días saldrá un barco de pesca de Lymington con rumbo a Cherburgo. Viajarás en él y desembarcarás en una pequeña aldea cercana a la cosca. A partir de allí podrás hacer tus propios arreglos.

-De acuerdo.

Una ceja plateada de él se encorvó con ironía.

-No sé por qué, pero esperaba un poco más de entusiasmo. Después de todo, es lo que querías.

Gabrielle esbozó una sonrisa.

-Es que me tomaste por sorpresa; eso es todo.

-Bueno, ya que he tomado la decisión, no veo la razón de esperar,

-No, yo tampoco -repuso Gabrielle, inyectando una dosis de sólida confianza a la afirmación-. ¿Pero me dirás qué haré, exactamente?

-Al pie de la letra -aseguró él-. Ahora, si me disculpas, debo reunirme con el administrador. Te veré a la hora de la merienda.

Gabrielle movió la cabeza y lo contempló caminar con paso firme por el sendero de grava hacia la casa. De modo que había llegado el fin del interludio de pasión.

Una vez que ella trabajara en el campo, habría pocas oportunidades de encuentros sensuales entre el jefe de espías y su agente. De hecho, era muy probable que Nathaniel los considerara peligrosos para una relación laboral, Tal vez fuera ésa la explicación del alejamiento de los últimos días. El estaba preparando a ambos para la separación inevitable.

Bueno, en muchos aspectos sería un alivio. La venganza podría volver a convertirse en algo relativamente simple. Separada de él, Gabrielle se las ingeniaría para superar la adicción erótica con Nathaniel Praed. No le quedaría más remedio, ¿no?

El mensajero que llevaba la carta de Gabrielle alcanzó a Charles Maurice de Talleyrand Perigord en una posada de una pequeña aldea al este de Prusia, donde el político se había detenido a pasar la noche a su regreso a París. No se encontraba de buen ánimo. La pierna tullida le dolía despiadadamente a causa del frío y de los violentos sacudones del carruaje sobre los caminos rotos y cubiertos de hielo de una parte del mundo que con rapidez iba considerando por completo sumida en la ignorancia. Ni siquiera la perspectiva de volver a su cómoda casa en la rué d'Anjou podría compensar de verdad los sufrimientos del viaje.

La victoria de Napoleón sobre Rusia en Eyiau el 8 de febrero al fin había dado al ministro de Asuntos Exteriores la oportunidad de abandonar la constante compañía del emperador Napoleón había descrito correctamente Eyiau como «no una batalla sino una masacre», en la que los rusos habían perdido aproximadamente 26.000 hombres y las pérdidas francesas eran igualmente desastrosas. Era discutible qué lado podía verdaderamente reclamar la victoria. Alejandro había felicitado a su general Bennigsen por derrotar «al único que hasta el momento nunca había conocido la derrota». Sin embargo, desde que Bennigsen había ordenado a sus tropas retirarse a Kaliningrad, técnicamente Napoleón seguía siendo el dueño del campo.

¡Pobre consuelo para las viudas y los huérfanos de ambos lados!, reflexionó Talleyrand mientras miraba con tristeza el líquido claro contenido en su copa de vodka bastante sucia. Pero ahora el emperador marchaba con el ejército hacia Osterode para establecer sus cuarteles de invierno, y Talleyrand estaba libre para sacudirse de las botas el polvo de Prusia oriental. Con suerte, llegaría a París cuando terminara la semana.

Contempló el fuego escaso y bebió el vodka; nada más civilizado se ofrecía en aquel alto del camino. Con aire distraído se frotó la pierna dolorida y volvió a estudiar el mensaje decodificado oculto en la carta. Gabrielle se había convertido en una experta en aquel medio

de comunicación durante su trabajo como mensajera, y poseía una mente ideal para construir mensajes crípticos aunque no por ello menos informativos.

Pero algo le inquietaba. No en el mensaje en código, sino en la carta que lo contenía. Era una comunicación en cierto modo formal, como lo requería el papel que ella interpretaba. A ojos de cualquiera, ella no era partidaria de su padrino, y por lo tanto su correspondencia se limitaba a un tono debidamente cortés. Si alguien miraba por encima de su hombro mientras ella escribía la carta, sólo leería el tono que era de esperar.

Pero Talleyrand intuía algo extraño en la relación entre el espía inglés y Gabrielle. La seducción vengativa había marchado con exactitud según lo planeado, y ella calculaba ganar muy pronto la total confianza del lord, pero ocultaba algo. En sus expresiones había una sensación de incertidumbre, una leve ambigüedad, que provocaba considerables especulaciones en el padrino. Sólo alguien que la conocía tan bien como él podía darse cuenta de eso; quizá ni la propia Gabrielle lo hubiese notado. Pero había ocurrido algo que bien podía enlodar las aguas del plan perfecto del ministro.

Con un puntapié, Talleyrand devolvió al hogar un leño caído. Gabrielle sabía que el objetivo del padrino no era la destrucción de Nathaniel Praed, sino más bien lo contrario. El jefe de espías sería el receptor de información seleccionada que pasaría a su gobierno, y por lo tanto Talleyrand estaría en posición de manipular la guerra para sus propios fines: la derrota de Napoleón. Sólo así retomarían a Europa la paz y la estabilidad sin la destrucción de Francia. Napoleón había cumplido con su objetivo de estabilizar el país tras el caos posterior a la revolución, pero ahora ya no hablaba por Francia. Era un megalómano y había que detenerlo antes de que su ambición territorial arruinara su país dando lugar a una coalición de potencias vengativas encabezadas por Inglaterra que Francia no podría resistir.

Sin embargo, Gabrielle tenía sus motivos personales para manipular a Nathaniel Praed. Era eso lo que la había convertido en la socia perfecta para el plan del padrino.

Si estaba ocurriendo algo capaz de acabar con los motivos de Gabrielle, ¿cómo afectaría su voluntad de participar en el profunda juego de Talleyrand?

Talleyrand suspiró y con un gesto de desagrado en la fina boca aristocrática examinó un plato de col en vinagre con salchichas. ¡Comida de campesinos! Qué enorme diferencia con los exquisitos *chefs* de Varsovia, y ni hablar de los de París. Pero sólo tendría que soportar unos pocos días más.

14

En su habitación. Jake miraba el cuadrado negro de la ventana a los pies de su cama. El día primaveral había cedido lugar a una noche violenta y tormentosa, y las ramas desnudas del roble arañaban los cristales. Alcanzaba a oír el chapoteo del agua del río en el muelle y el chillido de una gaviota sorprendida por la noche que huía tierra adentro desde las aguas agitadas del Solent.

Le dolía el estómago y lo sentía vacío, como si no hubiera cenado. Pero había comido huevo y tostadas, y la niñera le había preparado chocolate caliente y Primmy le había leído un cuento. Gabby había ido a darle el beso de buenas noches. Aún podía oler el perfume de su pelo al inclinarse sobre él. Olía como las flores que tema en el tocador.

Jake tenía ganas de llorar, pero se sentía seco de lágrimas. Cada vez que pensaba que Primmy y Gabby lo dejarían, sentía ganas de gritar, llorar y arrojar algo. Quería lastimar a alguien. Era culpa de papá... todo era culpa de papá. El había traído a aquel hombre horrible que olía a leche agria, que usaba ese traje negro y andaba por el salón de clases como el cuervo gigante que vivía en el olmo del fondo del huerto. Papá había dicho a Primmy que tenía que marcharse, y ahora enviaba lejos a Gabby. ¿Por qué no se iba él y no regresaba jamás?... ¡jamás!

Jake resolló y miró por la ventana con los ojos secos. Era malo pensar de ese modo, pero no podía evitarlo, y no le importaba si Dios lo castigaba matándolo en el acto. Sería mejor que estar allí solo con ese hombre desagradable y su bastón ruidoso y sus verbos en latín.

¿Por qué Gabby no le permitía ir con ella? Se lo había pedido una y otra vez, pero ella le había dicho que no, que era demasiado lejos y que a papá no le gustaría y que tenía que ir a la escuela...

Muy bien; no iría a la escuela, y papá no le importaba. Iría con Gabby.

Jake se acurruco de costado y buscó el burro de punto que la niñera le había hecho cuando él era bebé. Se había deslizado hasta el fondo de la cama, así que lo tomó con los pies, lo rodeó con el cuerpo y aspiró el conocido olor a lana; su pulgar tomó el camino prohibido hacia el interior de la boca, y cerró los ojos. No se quedaría allí. Se escaparía con Gabby.

Los dos días siguientes Jake escuchó. Escuchó a los sirvientes, a Primmy cuando ésta hablaba con la niñera, a Milner en el establo cuando iba a tomar sus lecciones de equitación. A la única persona que no escuchaba era al señor Jeffrys, pero el tutor no hablaba de Gabby ni de cuándo partiría de la mansión Burley. El ruidoso bastón le golpeaba los nudillos cuando él no prestaba atención, pero a Jake no le importaba. Todo su cuerpo se hallaba concentrado en su apasionante objetivo, y no podía pensar en nada más.

Gracias a Milner descubrió que Gabby partiría a Lymington en el carruaje del jueves por la noche. Gabby le había dicho que en el muelle de Lymington tomaría un barco de pesca a Francia. Jake sabía que los barcos de pesca tenían en su cubierta rollos de cuerda y redes, y que en general teman un camarote. Encontraría algún lugar donde ocultarse, estaba seguro.

El carruaje contaba con una estrecha plataforma en la parte trasera y una correa para que se agarrara un caballerizo extra, pero en el corto viaje a Lymington no iría ningún caballerizo. La perspectiva de colgarse solo de allí le causaba un leve mareo, pero esto no hizo la menor mella en su propósito.

Por Primmy y la niñera se había enterado de que su padre partiría el mismo día y calculaba estar afuera varias semanas. Si el padre se iba, Jake no veía cómo podría enterarse de su fuga sino hasta su regreso, de modo que no habría nadie que lo persiguiera, aun cuando descubrieran su desaparición. Y eso recién ocurriría por la mañana, cuando la niñera fuera a despertarlo. Y una vez que llegaran a Francia, Gabby lo cuidaría. La mente de Jake no podía ir más lejos que aquel objetivo inmediato, y no le preocupaban las especulaciones sobre el futuro.

Gabrielle estaba perpleja por la excitación reprimida que percibía en el niño. Esperaba verlo triste, o irritado, o que le reprochara que lo abandonara. Pero, en cambio, Jake tenía en los ojos un brillo que no era natural, se reía entre dientes de una manera en absoluto propia de él, y le costaba mucho decir una frase coherente y completa. También

Primmy lo había comentado, y el señor Jeffrys se quejó largamente ante su empleador por la general falta de atención del alumno.

Nathaniel escuchó las quejas ceñudo y callado; luego respondió con un comentario ácido afirmando que había supuesto que un tutor a quien le pagaba la generosa suma de cien libras por quincena sabría cómo atraer la atención de un niño de seis años.

El señor Jeffrys salió muy mortificado de la biblioteca, mientras Gabrielle observaba desde su aislado rincón junto al hogar.

-Por mucho que disfrute de su incomodidad, espero que no vuelque su mortificación sobre Jake con el fin de captar su atención.

-Jeffrys sabe exactamente qué le permitiré y qué no -afirmó escuetamente Nathaniel.

-Y si no se mantiene dentro de esos límites, ¿cómo lo sabrás? -Quiso saber Gabrielle-. Yo no creo que Jake te lo diga, ¿y tú?

Nathaniel se pasó la mano por el pelo en un gesto de frustración.

-No sé por qué no lo haría. Le doy bastantes oportunidades para que hable conmigo.

Gabrielle sacudió la cabeza sin decir nada. Ya era demasiado tarde para dar sus opiniones. No las habían aceptado antes, y no había razón para creer que un relámpago de reflexión iluminara la noche de la partida y provocara un cambio en su corazón.

Nathaniel había hecho todos los arreglos necesarios para el viaje de Gabrielle y le había dado tos detalles con calma y eficiencia, como si no hablara de algo que la dejaba fuera de su vida para siempre. Gabrielle había respondido de la misma manera. Se mostraron simpáticos y amables uno con otro, hicieron el amor, pero el ardor se había perdido. Gabrielle suponía que eso facilitaría la separación. El abandono de una adicción se da con pasos lentos. Pero esa actitud también le resultaba desalmada, casi como si ahora estuviesen decididos a negar la fuerza de lo que habían compartido.

La noche del jueves cenaron temprano y luego Gabrielle subió a despedirse de Jake. El pequeño estaba sentado en la cama, más pálido que de costumbre, pero sus ojos castaños la miraban con un brillo casi febril. Gabrielle le tocó la frente al besarlo. Estaba tibio, pero no afiebrado. Más extraño aún, no daba la impresión de desear que se quedara. En lugar de alargar su visita como solía hacer, con preguntas, pedidos de otro cuento o historias interminables sin principio ni fin, aceptó dócilmente el beso de despedida, devolvió el saludo y se acurrucó entre las sábanas casi antes de que ella abandonara el cuarto.

Era un alivio, por supuesto; ella había temido lágrimas y reproches. Resultaba un poco doloroso pensar con qué rapidez podían despedirla tanto el padre como el hijo.

- ¿Estás preparada? -Nathaniel entró en sus aposentos poco antes de las nueve-. La marea estará alta a las once; deben aprovecharla.

-Sí, estoy preparada -levantó la vista del alhajero que estaba cerrando y parpadeó por la sorpresa. Nathaniel llevaba botas y pantalones de montar, una camisa blanca de lino con el cuello abierto y un pañuelo anudado al cuello como al descuido. Llevaba un abrigo sobre un brazo y guantes de cuero en una mano.

-Qué vestimenta tan práctica -comentó-. ¿Tienes intención de viajar toda la noche?

-Puede que sea necesario -respondió él en un tono que, según había aprendido Gabrielle, prohibía cualquier otra pregunta-. ¿Bartram ha llevado tus maletas al carruaje?

-Sí, y ya me despedí de Ellie y de la señora Bailey.

-Entonces, vamos.

A Gabrielle se le hizo un nudo en la garganta cuando lo siguió abajo. No comprendía por qué no se sentía contenta, triunfante por el éxito de su plan. Tenía al jefe de espías donde quería tenerlo. Pero era consciente de una depresión sombría y un dolor profundo e irracional.

Quería que Nathaniel lamentara la separación, igual que ella, pero evidentemente no era así.

Nathaniel le tendió una mano para ayudarla a subir al carruaje que esperaba ante la puerta y subió tras ella, para controlar que el equipaje estuviese bien amarrado en el techo. Golpeó el cristal, el cochero hizo restallar el látigo y el coche partió por el largo sendero.

Al final del camino se detuvieron mientras el guardia les abría el portón. Una pequeña figura salió de entre los arbustos y trepó hasta la estrecha plataforma del carruaje; se puso en puntas de pie para agarrar la correa de cuero y apretó el cuerpo ligero contra la parte trasera del coche cuando pasó sacudiéndose por el puente hacia el camino. El guardia cerró el portón detrás de ellos, refunfuñando porque a sus manos reumáticas les costaba maniobrar la pesada barra de hierro. Era corto de vista y la noche estaba oscura. Si llegó a distinguir una sombra más oscura junto al cristal trasero del carruaje cuando éste tomó el camino bamboleándose, no le dio importancia alguna.

Gabrielle intentó pensar en algún tema de conversación, algo para romper el silencio. Pero había un solo tema aceptable de que conversar, y era bastante inapropiado para aquella ocasión. Pese a que la última vez que habían viajado en ese coche, en el camino desde Vanbrugh Court, había sido más que apropiado...

Nathaniel se apoyó en los cojines y con los brazos cruzados sobre el pecho observaba el rostro de Gabrielle bajo las sombras cambiantes del carruaje. Ella no estaba contenta por su misión; en verdad, si le hubieran preguntado, Nathaniel habría dicho que estaba profundamente deprimida. Como también lo estaría él si creyera que estaban a punto de separarse sus caminos. Al parecer, ni siquiera la traición de Gabrielle conseguía destruir la pasión que sentía por ella. En cierto nivel eran totalmente compatibles, y en sus momentos, Nathaniel tenía la impresión de que sólo el giro más infame del destino podía haberlos situado en bandos opuestos en la sucia guerra que libraban. De haber compartido el mismo objetivo y las mismas fidelidades, podrían haber sido una pareja increíble.

En cambio, eran los más encarnizados enemigos, cada uno dispuesto a manipular y traicionar al otro. Y en el fondo él sabía que, aun si ganara, como era su intención, perderían ambos.

Al cabo de media hora el carruaje llegó ruidosamente a los adoquines del puerto de Lymington. De la posada Black Swan llegaba la luz de una lámpara de aceite y el ruido hecho por los pescadores borrachos que salían tambaleándose, gritando, insultando y caneando. Muchos iban hacia los barcos amarrados en el muelle y saltaban a cubierta con una agilidad que desmentía los efectos de la juerga. El tiempo y la marea no hacían concesiones cuando la subsistencia de un hombre dependía del mar.

Jake se deslizó hasta los adoquines y corrió con rapidez a ocultarse detrás de un rollo de cuerda embreada. En medio de la confusión general, nadie reparó en un niño pequeño vestido con pantalones de franela y una chaqueta azul de punto. Jake vio que el cochero hacía chasquear los dedos para llamar a uno de los mozos de la posada que estaba apoyado en la pared de madera con una pipa en la mano. El hombre guardó la pipa y se acercó. El dinero pasó de una mano a otra y entre el cochero y el mozo bajaron el equipaje del techo

del carruaje y lo llevaron a un barco de pesca relativamente grande que esperaba en el extremo del muelle. Un hombre que estaba de pie en la popa los saludó y les hizo una seña para que embarcaran.

Jake salió de su escondite y corrió velozmente. Su padre y Gabby continuaban junto al carruaje, hablando.

Nadie miraba en dirección a él. A su alrededor la gente corría, gritaba, saltaba desde el muelle a la cubierta del barco y de nuevo al muelle. Se soltarían las amarras y se harían a la vela. El estuario de Lymington estaba en pleamar, la corriente salía con fuerza hacia el Solent; había por delante una noche de pesca. Algunos harían pesca de arrastre con sus redes frente a la costa de Bretaña, a la expectativa de algún acto hostil de un barco francés, y por lo menos una nave, el *Curlew,* transportaría y desembarcaría a aquellos que navegaban por la noche en cumplimiento de actividades clandestinas.

Los tres hombres se hallaban de espaldas a la pasarela. Jake saltó, la cruzó a cuatro patas y se escondió detrás de un rollo de lona en la proa. Se agazapó allí, con el corazón acelerado, aunque demasiado excitado para sentir miedo. En pocos minutos Gabby subiría a bordo, su padre pararía y el barco se haría a la mar. El no diría a nadie que estaba allí, hasta llegar a Francia. ¿Cuánto demorarían en llegar a Francia? ¿Toda la noche, quizás?

-Ven; vamos a bordo -dijo Nathaniei al tiempo que rodeaba suavemente con un brazo los hombros de Gabrielle y la conducía hacia el barco que flotaba sereno sobre el agua negra-. Te daré las instrucciones en el camarote.

Tomó la delantera por la pasarela, saltó a cubierta, se dio vuelta y le extendió la mano. Sonreía, y había algo pícaro en él, según notó Gabrielle al verlo allí, de noche, bajo la luz de las antorchas, con el pañuelo anudado al cuello como al descuido, con una bota sobre la pasarela, la otra mano sobre la rodilla, el abrigo que le caía de los hombros revelando su figura esbelta y fibrosa.

No creía haberlo visto así nunca antes, irradiando algún placer secreto... igual que Jake, pensó al reconocer uno de esos destellos de similitud entre el padre y el hijo.

Obviamente, Nathaniei estaba disfrutando de la perspectiva de la aventura que le esperaba cuando ella partiera. Para no ser menos, Gabrielle forzó una sonrisa y saltó con agilidad a cubierta, rechazando con un gesto desdeñoso la mano que él le ofrecía.

-Abajo hay algo parecido a un camarote -dijo Nathaniei mientras la guiaba hacia la escotilla-. Me temo que es algo primitivo, pero por fortuna no tiene demasiado olor a pescado. -Su voz sonaba animada y sus ojos tenían en el fondo ese brillo perverso que Gabrielle asociaba con sus juegos más imaginativos.

Resultaba evidente que la perspectiva de una peligrosa misión de espionaje, o cualquier otra cosa que se proponía emprender, provocaba en Nathaniei tanta excitación como hacer el amor, concluyó Gabrielle con tristeza mientras lo seguía por la estrecha escalera de la cámara.

Había un fuerte olor a pescado y el farol de aceite que colgaba del techo bajo arrojaba humos nocivos; su luz vacilante proyectaba sombras grotescas en el mamparo de madera. Había una litera alta unida al mamparo, con una tosca manta sobre un jergón de paja. El lugar carecía de ventilación y era húmedo y frío. «Pero el viaje no durará más de doce o trece horas, y puedo ir a cubierta», se dijo Gabrielle.

Se volvió hacia su acompañante.

-Bueno, será mejor que me des las instrucciones.

Nathaniel se apoyó en la madera manchada de la mesa atornillada a cubierta, con los brazos cruzados y los ojos hoscos.

-No, creo que esperaré un poco.

- ¿Esperar? ¡Pero por Dios, Nathaniei, el barco está a punto de zarpar!

-Ya lo sé.

- ¿Qué planeas? -Gabrielle lo miró con exasperada perplejidad.

Nathaniel permaneció inmóvil.

-Simplemente, no irás sola.

Gabrielle sintió como si perdiera contacto con sus propias amarras; en ese preciso instante el barco se movió bajo sus pies y una voz que gritó una orden acompañó el chirrido de una vela al ser izada hasta el tope del mástil. Se aferró al borde de la mesa cuando el barco se apartó del muelle en suave balanceo y el viento llenó la vela mayor.

- ¿Vienes a Francia? -preguntó ella con cautela.

-Algo así.

- ¿Pero por qué?

-Mi querida niña, jamás envío a un agente solo en la primera misión -informó con frialdad-. Siempre cuentan con un mentor, alguien que conozca la zona y la organización. Yo actuaré como mentor tuyo en esta misión; si todo sale bien, supongo que en las futuras podrás trabajar sola.

-Bueno, ¿y por qué no me lo dijiste? -preguntó ella con los ojos encendidos.

-Quería ver cómo reaccionabas ante la perspectiva de ir sola al peligro.

Esta respuesta, práctica y autoritaria, fue la última gota. ¿Qué diablos sabía él de cómo enfrentaba ella el peligro?

-Estoy harta de tus malditas pruebas -dijo Gabrielle al tiempo que le hundía la punta de un dedo en el pecho-. ¿Quién diablos crees que eres?

-Tu maestro de espías -respondió él, y le agarró el dedo para apartarlo-. Y tú te someterás a cualquier prueba que yo decida... a menos que quieras dejar el empleo.

Gabrielle aspiró hondo y se llenó de aire los pulmones. Nathaniel aún le sujetaba el dedo, y hubo una repentina intensidad en los ojos posados en ella.

«Dime que lo dejas. Vamos, Gabrielle, dilo. No es demasiado tarde.» El fervor de sus pensamientos no revelados lo impresionó. Creía que se había resignado, que había aceptado la traición de Gabrielle, pero no era así. No sabía si podría perdonarla, si podría comenzar de nuevo. Pero quizá, si Gabrielle retrocedía ahora...

Se sostuvieron la mirada un momento; luego Gabrielle rió y retiró el dedo que él le aferraba.

-No seas torito. Por supuesto que no quiero dejar el empleo.

-No, por supuesto que no -repuso él.

Ceñuda, Gabrielle se sentó en la estrecha litera. Al menos ahora tenía una explicación satisfactoria al hecho de que Nathaniei no se hubiera mostrado demasiado deprimido ante la perspectiva de la separación. Pero ella no estaba acostumbrada a que la burlaran, y en los últimos tiempos Nathaniel lo hacía con tediosa regularidad.

Sin embargo, a pesar de su fastidio no podía negar los pequeños pinchazos de placer y excitación que le causaba la idea de prolongar el tiempo juntos, pese a las complicaciones que sin duda habrían de surgir.

- ¿Así que vienes a París? -preguntó al cabo de un momento.

-Sí, bajo tu protección -informó él sin parpadear-. Supongo que tu *laissez passer* incluirá a un sirviente.

Gabrielle lo miró en silencio durante un instante. ¡Pero qué insolencia! Aun así, era una estrategia brillante que podría habérsele ocurrido a ella.

-Nathaniel Praed, eres... eres... oh, no hay palabra lo bastante fuerte para describirte.

Nathaniel la alzó en el aire y la aferró entre las piernas. Los ojos de Gabrielle quedaron a la altura de los de él.

- ¿Preferirías viajar sola, Gabrielle?

Ella sacudió la cabeza con pesar.

-No. Sabes que no. No quería que nos separáramos.

-Lo sé. Tampoco yo. Parece que tú y yo estamos amarrados -dijo él con una sonrisa seca.

-Sí -repuso Gabrielle en voz baja. Un escalofrío le corrió por la espalda, como si alguien caminara sobre su tumba. Amarrados... Enemigo… Enemigos mortales.

Ella lo odiaba por lo que le había hecho a Guillaume, sin embargo casi no podía considerar la idea de estar lejos de él.

Lo miró a los ojos y vio su propio reflejo en el iris oscuro. En esas profundidades castañas había algo que no podía descifrar, algo de una intensidad tan poderosa que le provocaba nuevos escalofríos. Era más que simple pasión; era algo casi amenazador. Y entonces Nathaniel le tomó la cabeza entre las manos y atrajo la boca hacia la suya, y la razón y la inquietud se abandonaron al conocido y embriagador torrente del deseo.

En cubierta, Jake temblaba en su escondite mientras el barco avanzaba con el viento por el estuario. Papá había ido al camarote con Gabby y no había salido. Aún estaba en el barco y ahora iban a Francia.

Del otro lado de su escondite llegaron unas voces, las rudas voces masculinas del capitán y su tripulación. Jake tembló de terror y unas lágrimas mojaron sus mejillas en silencio. Avanzó poco a poco hacia la borda y el agua fría y negra que se hinchaba más abajo. No sabía nadar. Si saltaba se ahogaría. Pero si se quedaba lo encontrarían.

Y lo encontraría su padre... y... No imaginaba qué haría su padre cuando lo encontrara. Se encogió todo lo que pudo debajo de la lona y cerró fuerte los ojos, intentando creer, como cuando era muy pequeño, que si él no podía ver a la gente, la gente tampoco lo vería a él.

-Ah, así está mejor -la voz de Gabby penetró su trance aterrorizado-. Aquí no está sofocante.

-Se pondrá muy frío cuando doblemos y salgamos a mar abierto -dijo Nathaniel-. Entonces estarás muy agradecida de tener un refugio.

-Quizá -Gabrielle se apoyó en la borda y echó la cabeza hacia atrás para mirar el cielo encapotado donde la sombra brumosa de la luna pendía sobre ellos. El rocío de las olas

mojaba su rostro, y ella aspiró profundamente el aire salado. Era agradable en la profundidad de los pulmones. Miró hacia popa, las luces del muelle de Lymington se desvanecían.

-Espero que el mar esté tranquilo. No soy la mejor navegante del mundo.

-Dios mío -exclamó Nathaniel con tono de fingida sorpresa-, No me digas que tienes una debilidad.

-Qué cruel -protestó ella con una risa suave-. Tengo muchas debilidades.

«Estar aquí contigo es una de ellas», pensó. Pero por el momento de nada le serviría luchar contra esa debilidad.

-Tengo hambre -dijo-. Tengo la impresión de que hubieran pasado años desde la cena. Debe de ser el aire del mar.

-Sólo llevamos media hora navegando -señaló Nathaniel-. Sin embargo, yo tuve la previsión de traer algo de comida. ¿Vamos abajo?

-No, comamos aquí.

Las voces sonaban tan cerca de Jake que a él casi le parecía tocar a Gabrielle. Quería saltar y correr hacia ella, hundir la cabeza en su regazo, sentir su calor y sus brazos alrededor de él, sus labios rozándole las mejillas al besarlo, sus manos despeinándolo. Pero entonces volvió a hablar su padre, y él se acurrucó con desdicha en lo más hondo de su escondite.

-Muy bien, ¿qué trajiste? -Gabrielle se apartó de la borda al ver que Nathaniel subía por la escotilla. Le sonrió, y la luna, que apareció en un hueco entre las nubes, dio a su rostro relieves de plata.

La sonrisa de Gabrielle era franca y tentadora, como si no tuviera nada que ocultar; a pesar de todo lo que él sabía, Nathaniel no pudo evitar que sus labios respondieran del mismo modo.

-Ya verás. Usaremos esto de mesa -empujó con el pie hacia proa un canasto dado vuelta y se agachó a buscar algo dentro de la bolsa, con aire de mago a punto de extraer un conejo de la chistera.

-Coñac, para entrar en calor -declaró mientras mostraba la botella como si fuese un premio-. Luego una de las especialidades de la cocinera: empanada de venado y jamón... -la puso junto al coñac sobre la mesa improvisada-. Dos muslos de pollo, una tajada de queso cheddar y unas manzanas. ¿Qué te parece?

-Inspirador -Gabrielle se sentó en la cubierta con la espalda apoyada en la borda.

-Lamentablemente, no tenemos vajilla. Tendremos que beber directamente y usar mi navaja para cortar -sacó el objeto mientras le alcanzaba el coñac, y cortó un trozo en forma de V en la tapa dorada de la empanada.

Jake oía los sonidos de la merienda. Podía oler la comida y el aroma cosquilleante del coñac. Tenía frío y hambre. La voz de su padre sonaba bastante distinta de lo normal, alegre, divertida, llena de risa. Gabby habló con la boca llena y se atragantó; papá le golpeó la espalda y ambos rieron. Sonaba como si su padre jamás pudiera enfadarse. Jake se levantó un poco de su acalambrada posición agazapada, pero los nervios lo traicionaron y se acurrucó de nuevo.

-Estamos doblando la punta -Nathaniel se puso de pie y tendió una mano hacia Gabrielle para ayudarla a levantarse-. Son unas rocas horribles, ¿verdad?

El agua hervía en la hilera de rocas dentadas en quise prolongaba el extremo de la isla de Wight. Gabrielle se estremeció y se apretó el abrigo alrededor de los hombros. La luna volvió a desaparecer y la luz del faro brilló en la oscuridad. El sonido lúgubre de la campana de advertencia quedó flotando sobre el agua.

-Nunca pasé por aquí -dijo Gabrielle-. Siempre he cruzado entre Dover y Calais y viceversa. Parece mucho menos peligroso.

Iban dejando atrás la isla de Wight y la protección del Solent. En ese momento el viento arreció y el mar se hizo más movido extendiéndose a proa y en las bandas en una sucesión ondulante de olas coronadas de espuma blanca. El barco parecía montar las olas con facilidad, según notó Gabrielle con cierto alivio mientras pensaba en el estado de su estómago. Se le ocurrió que la abundante cena quizá no había sido una buena idea.

-Vamos abajo -dijo Nathaniel-. Está refrescando y es tarde. Deberíamos intentar dormir un par de horas.

-Esa cucheta es muy estrecha -protestó Gabrielle, pero permitió que la llevara hada la escalera de la cámara.

-Puedes usarla tú. Yo dormiré en el suelo.

-Estarás horriblemente incómodo.

-He estado en peores condiciones -respondió él-. En general puedo dormir en cualquier sitio.

Jake oyó que las voces se desvanecían a medida que Gabrielle y Nathaniel desaparecían abajo. A pesar del temor a que lo descubrieran, se había sentido reconfortado por la proximidad de ambos. Tenía las ropas húmedas por las rociadas del mar y sus labios sabían a sal que se mezclaba con la de las lágrimas. Lo invadió una soledad inexpresable, entre el mar oscuro y hostil y el cielo encapotado.

En su miserable abstracción, no oyó los pasos hasta que llegaron a su lado.

- ¡Qué diablos haces tú aquí!

La violenta exclamación le hizo lanzar un grito de terror, acurrucado contra la borda. Un hombre se erguía ante él, gigantesco, con pantalones y una chaqueta de marinero parecida a la de Jake. Las manos agarraron al niño por las axilas y lo levantaron en el aire con rudeza.

- ¿Sabes qué hacemos con los polizones? -preguntó la voz áspera-. Los tiramos al mar para que vuelvan a la costa a nado.

Por un momento Jake quedó suspendido encima de la borda, y su grito de terror penetró el aire de la noche.

- ¡Gabby! ¡Gabby! -con todo el aire de sus pulmones, Jake gritó el único nombre que para él significaba salvación.

- ¿Qué diablos es ese alboroto? -Nathaniel, que en ese momento ayudaba a Gabrielle a quitarse las botas, le soltó el pie con gesto abrupto, se volvió hacia la escalera y asomó la cabeza por la escotilla-. ¿Qué sucede?

-Disculpe, señor, pero tenemos un polizón -el marinero levantó al niño que gritaba y pateaba.

- ¡Gabby! -Gritó de nuevo Jake-. Quiero a Gabby.

-Dios santo que está en los cielos -murmuró Nathaniel-. Jake

- ¿Conoce al niño, señor?

-Es mi hijo -respondió Nathaniel con calma-. Démelo.

- ¡Quiero a Gabby! -continuaba vociferando Jake con absoluta histeria, y de repente ella estaba allí, empujando a Nathaniel para subir por la estrecha escotilla.

-Jake -le tendió los brazos. Cuando el marinero lo dejó sobre la cubierta, el niño corrió sollozando hacia ella.

-Ya pasó -lo tranquilizó Gabrielle mientras le acariciaba la cabeza-. Ya pasó. Estás conmigo. Cálmate.

Nathaniel se quedó mirando. Parecía que aquello no tenía nada que ver con él, pero era el hijo de él. Gabrielle lo conocía desde hacia sólo unas semanas, y era como si el padre no existiera, Gabrielle lo sostenía en sus brazos, formando con el cuerpo un delicioso arco de refugio; el pelo que se le escapaba de las hebillas caía hacia adelante y se mezclaba con los rizos rubios del niño. Y Nathaniel pensó que, aunque ella hubiera usado al niño para sus planes, el afecto y la intimidad que había entre ellos eran genuinos. Gabrielle amaba a Jake.

-Lo lamento mucho, señor-dijo el marinero, frotándose el lóbulo de una oreja-. No sé cómo pudo haber subido a bordo.

-Tendremos que regresar -ordenó Nathaniel-. De inmediato.

-No podemos, señor. Tenemos la marea y el viento en contra. No podremos entrar en el Solent.

Nathaniel soltó una sarta de blasfemias que impresionó hasta a los dos pescadores. Los sollozos de Jake enmudecieron, pero mantenía la cabeza hundida en la falda de Gabrielle.

- ¡Abajo! -ordenó Nathaniel duramente, con un gesto brusco a Gabrielle.

-Ven, Jake -condujo al niño delante de ella hacia la escotilla; bajó primero y luego lo tomó en brazos.

Nathaniel bajó de un salto el corto tramo, el rostro tenso de furia.

- ¡Ven aquí! -hizo chasquear los dedos llamando al niño, que aún seguía aferrado a la pierna de Gabrielle con la cara hundida en su falda.

Los chillidos de Jake aumentaron de volumen, pero hizo ademán de obedecer.

Nathaniel se esforzó por contener la ira; la respiración le silbaba entre los dientes.

-Gabrielle, suéltalo. Quiero que vayas a cubierta, por favor -dijo, ahora con voz monótona y carente de emoción.

Gabrielle miró la cabeza rubia y rizada apretada con fuerza contra su muslo. Luego alzó la vista hacia Nathaniel y, con serena decisión, se inclinó y levantó a Jake.

-Tienes todo el derecho a regañarlo -le dijo a Nathaniel-. Necesita entender todo el problema que ha causado. Pero abrázalo mientras lo hagas.

Entregó el niño a su padre, y Nathaniel, en un acto reflejo, tendió los brazos. De pronto se encontró abrazando al niño contra su pecho. Ambos parecían tan sorprendidos por

aquella situación tan nueva que, a pesar de la gravedad de las circunstancias, Gabrielle tuvo que esforzarse por mantener una expresión seria cuando los dejó a solas.

15

-Por todos los demonios -murmuró Nathaniel mientras examinaba el rostro pálido de su hijo muy cerca del suyo-. ¿Dime, por el amor de Dios, qué crees que estabas haciendo?

El rostro de Jake se contrajo y la boca se abrió en una gran «O» preparándose para un nuevo acceso de llanto.

-No empieces a berrear otra vez -dijo Nathaniel con voz severa-. A esta altura, amigo, no tienes motivos para llorar. No puedo garantizarte que esta feliz situación continúe, pero te sugiero que reserves las lágrimas para cuando puedan servirte para algo.

Jake cerró la boca de golpe y se mantuvo rígido en los brazos de su padre; los ojos castaños miraban a Nathaniel sin vacilar.

- ¿Cómo te las ingeniaste para subir? -Inquirió lord Praed tras considerar un momento las consecuencia de aquel desastroso arribo-. Quiero saber exactamente cómo lo hiciste.

Cambió de brazo al niño y se sentó en la cucheta, sosteniéndolo sobre las rodillas con cierta torpeza.

Jake hizo como pudo su relato, controlando con gran esfuerzo la voz aún sofocada por las lágrimas.

-Por Dios -murmuró Nathaniel al final de la historia.

Ese era el mismo niño que elegía dibujar en la grava en vez de escalar árboles, que gritaba de terror cuando montaba un pony más grande que un Shetland, que parecía incapaz de abrir la boca para algo más que una respuesta monosilábica a una pregunta directa. El valor y el ingenio de Jake en esa instancia sorprendieron al padre.

Sin embargo, eso no alteraba la seriedad de la situación.

- ¿Cómo crees que se sentirán la niñera y la señorita Primmy a la mañana, cuando vayan a tu cuarto y tú no estés allí?

Jake no respondió, pero ahora las lágrimas surcaban las mejillas lenta y silenciosamente.

-No pensaste en eso, ¿no es cierto? Se preocuparán mucho porque no saben qué te sucedió.

-Tú has despedido a Primmy -murmuró Jake, conteniendo un sollozo-. Y yo quiero estar con Gabby.

-Sí, bueno, eso lo enriendo -murmuró Nathaniel-. Parece que es un mal de familia. -Se apoyó en el mamparo, sosteniendo ahora a su hijo con más facilidad, un poco sorprendido de su propio sentido del humor frente a semejante catástrofe.

Un temblor sacudió de pronto el pequeño cuerpo, y Nathaniel se dio cuenta de la ropa húmeda y el pelo pegado a la frente, mojado con agua de mar. Además, ya era mucho más de medianoche.

-Será mejor que vayas a dormir -le dijo al tiempo que se ponía de pie-. Por el momento no hay nada que se pueda hacer con respecto a esto -dejó a Jake en el suelo y le quitó la chaqueta-. Te convendrá quitarte los pantalones.

Se quedó mirándolo ceñudo mientras el niño, obediente, manipulaba con torpeza los botones de sus pantalones.

-A ver, déjame a mí -se inclinó, desvistió al niño rápidamente y lo envolvió en la manta.

- ¿Ahora estás más abrigado?

Jake asintió, acurrucándose en la ordinaria lana. Estaba demasiado conmocionado y agobiado por los sucesos de la noche para darse cuenta de la novedad de las atenciones de su padre. Nathaniel lo levantó y lo depositó sobre la litera; el niño se puso de costado y se arropó con la manta.

Nathaniel se quedó mirándolo un momento con la frente fruncida más de confusión que de enfado. Luego dio media vuelta y regresó a cubierta.

Gabrielle estaba junto a la borda, envuelta en el abrigo para protegerse del viento.

- ¿Cómo está? -preguntó cuando él se acercó.

-Lo metí en la cama. Me temo que te has quedado sin cama.

-No hay problema. De todos modos, no estoy cansada. ¿Está bien?

-Creo que mojado, aterido y agotado.

-No me sorprende -calló un momento y luego preguntó, vacilante-: ¿Lo castigaste?

Nathaniel negó con la cabeza.

-Sería tanto superfluo como inútil dadas las circunstancias, ¿no crees?

-Sí, claro -convino ella-. Sólo que no estaba segura de cómo te sentirías.

-Habría deseado que no hechizaras a mi hijo -dijo Nathaniel mientras miraba de mal humor sobre la borda hacia la masa densa y oscura del mar.

-Eso no es justo -protestó Gabrielle, aunque no enfadada. Entendía perfectamente la consternación de Nathaniel.

- ¿Que no? -se volvió a mirarla, y su mirada reflejaba otra vez esa intensidad penetrante, inquietante.

-No sé a qué te refieres -contestó ella perpleja e incómoda. Nathaniel sacudió la cabeza y se pasó una mano por los ojos con gesto agotado.

-Nada importante, en realidad. Sólo estaba provocándote. Disculpa.

Gabrielle asintió, dando a entender que comprendía.

- ¿Qué piensas hacer con él?

-No tengo demasiada opción -respondió Nathaniel-. Tendrá que venir con nosotros.

- ¿No puedes simplemente volverte con él cuando lleguemos a Cherburgo?

Nathaniel negó con la cabeza.

-El barco no regresa enseguida. Dan, el capitán, es un tipo emprendedor. Recorrerá la costa de Bretaña y probablemente regresará desde St. Malo en una o dos semanas, repleto hasta la borda de barriles de coñac o cualquier otro contrabando que encuentre por ahí.

- ¿Pero para Jake no será peligroso estar en París?

-Sí -respondió él-. Pero hay una casa segura donde no provocará ningún comentario indebido. Durante el viaje, puede ir contigo, protegido por tu *laissez passer.* A nadie le interesará un niño.

-Quizá podamos lograr que todo le parezca un juego -dijo Gabrielle con aire pensativo-. Así no le resultará tan alarmante.

-No entiendo qué quieres decir.

-Bueno, es un niño muy imaginativo. Juega con su mente todo el tiempo. Creo que es algo común en los niños. También crea historias muy elaboradas, muy detalladas y precisas; me ha contado algunas. Son muy impresionantes. Es un pequeño muy despierto.

Nathaniel no se mostró sorprendido al pensar en la vida de fantasía del hijo.

-No veo que haga demasiada diferencia si la ve como un juego o no. Cuanto antes lleguemos a París, tanto más pronto podré esconderlo de manera apropiada, de modo que viajaremos día y noche.

La afirmación era más del espía que del padre, reflexionó Gabrielle. Obviamente, Nathaniel no tenia idea de qué sería viajar sin pausa por las carreteras llenas de baches en compañía de un niño de seis años. Sin embargo, se limitó a decir:

-Bajemos. El viento está arreciando.

En el minúsculo camarote, con su farol colgado y su mesa atornillada al suelo, sólo era posible sentarse en el suelo. Con una leve mueca, Gabrielle notó que alguien había tenido la consideración de dejar un cubo en un rincón, por si los pasajeros del *Curlew* necesitaban aliviarse durante la noche. No había posibilidad alguna de intimidad. No por primera vez, ella pensó que el mundo estaba hecho para comodidad de los hombres.

Nathaniel la rodeó con un brazo y ella apoyó la cabeza sobre el hombro mientras el barco crujía a su alrededor y la lámpara proyectaba sombras amenazadoras.

Hacía media hora que dormitaba, cuando el movimiento del barco cambió en forma drástica. El cubo se deslizó sobre el suelo y se estrelló contra el mamparo, en el otro extremo. A Gabrielle se le dio vuelta el estómago.

-Tendré que volver a cubierta a tomar aire fresco -susurró.

De pronto Jake gimió, se sentó con los ojos aún cerrados v se apretó el estómago.

Gabrielle tomó el cubo y se lo alcanzó justo a tiempo, antes de que Nathaniel pudiera darse cuenta de qué estaba sucediendo. El niño vomitó miserablemente entre lamentos y gemidos, y en el reducido espacio la atmósfera se tomó aún más fétida.

Mientras sujetaba la cabeza de Jake encima del cubo, Gabrielle murmuraba palabras de consuelo y trataba de controlar su propia turbulencia interna.

- ¿Puedes traer un poco de agua limpia? -Pidió a Nathaniel, que rondaba impotente-. Para lavarle la cara.

-No sé si hay agua limpia en el barco.

-Entonces trae agua de mar. Pero estoy segura de que tiene que haber agua para beber.

-Sólo es un viaje de doce horas -aclaró Nathaniel.

Ni a él ni a los pescadores se les había ocurrido llevar un barril de agua potable a bordo. Nathaniel había hecho ese viaje muchas veces, pero nunca con una mujer y un niño.

Regresó en un momento con un cubo lleno de agua de mar. Tenía el abrigo mojado por la lluvia y las rociaduras, cuando el barco cabeceó violentamente, tropezó con la mesa y se derramó agua por el borde del cubo. Jake aún vomitaba; las violentas arcadas se intercalaban con torturados lamentos y sus gemidos de protesta e incomprensión por aquello horrible que le estaba sucediendo.

Gabrielle tomó el pañuelo de Nathaniel, lo humedeció en el agua y limpió el rostro del niño, caliente y sudado. Su expresión se volvió tensa cuando, al cabo de media hora, Jake seguía vomitando, ya sin quejidos ni llantos, sino sólo aferrado a los brazos de ella, doblado sobre el cubo.

-No puede seguir así, pobrecillo -dijo, preocupada-. Ya no tiene nada adentro. Oh, Dios...

Perdió la lucha contra sus propias náuseas y corrió tambaleándose hacia la escalera de la cámara, con la mano en la boca,

-Tendrás que cuidarlo tú -logró decir ella sin aliento antes de subir a la cubierta mojada y al bendito aire fresco nocturno. Hasta la lluvia era un alivio. Consiguió llegar hasta la borda y se abandonó a la suprema miseria de la descompostura, sin prestar atención a las ráfagas de viento ni al agua que la empapaba.

Nathaniel se hizo cargo de su hijo, sentado en la cama. Era terrible el sufrimiento de Jake cuando los espasmos torturaban su cuerpecito. Su rostro tenía una palidez verdosa, y en muy poco rato los ojos se habían hundido en las cuencas, como manchas marrones sin brillo, rodeados de sombras negras que semejaban morados.

Al cabo de una hora, Nathaniel sintió las primeras punzadas de alarma. Jamás había tomado particularmente en serio los mareos de los que navegaban; era algo que ocurría a algunas personas y a otras no. También él se sentía algo mareado, pero no era nada que no pudiera controlar. Sin embargo, su hijo parecía ir perdiendo resistencia y vigor ante sus ojos. Ya no tenía fuerzas para mantenerse sentado sin ayuda, pero si Nathaniel lo acostaba en el catre, instantáneamente comenzaba a tener arcadas.

La imagen vivida de Helen le acudió a la memoria mientras contemplaba los espectros danzantes que se dibujaban en el mamparo. También a ella la había visto apagarse, y con la misma rapidez. Pero ella había muerto desangrada. Jake sólo estaba descompuesto. Aunque trataba de convencerse de esto, sabía que lo de Jake no era una descompostura común. De algún modo tenía que detener las arcadas, dar un descanso al niño. ¿Por qué diablos no habían llevado agua? Algo para reemplazar lo que Jake estaba perdiendo, al menos algo para que pudiera vomitar, para calmar las convulsiones de ese cuerpo tan ligero.

Pensó en Gabrielle, que se las arreglaba sola en cubierta. Una furia salvaje lo invadió mientras sujetaba al niño, impotente para aliviar su sufrimiento, un sufrimiento que por el momento parecía ser absoluta responsabilidad de Gabrielle.

Sus ojos se posaron en la bolsa y recordó el coñac. Era un conocido paliativo para el mareo causado por el mar. Lo que era bueno para los adultos podía funcionar con los niños. Al menos no empeoraría las cosas. Con sombría determinación tomó la bolsa y sacó la botella de coñac. Levantó al niño en brazos y cuando lo apoyó contra su hombro sintió la fragilidad de los huesos y la piel húmeda y fría.

Con suavidad le introdujo unas gotas del líquido en la boca. Jake protestó débilmente, se ahogó, hizo una arcada. Con una paciencia que ignoraba que poseía, Nathaniel perseveró. Le habló en voz baja mientras lo sostenía con firmeza y le apoyaba la botella en la boca sin permitir que diera vuelta la cabeza.

De modo imperceptible, el cuerpo de Jake comenzó a relajarse. Los ojos parpadearon una o dos veces pero, para gran alarma de Nathaniel, daban la impresión de no reconocer nada. Los violentos espasmos se tornaron menos frecuentes y, al cabo de una eternidad, Jake se durmió en sus brazos.

Nathaniel continuó sosteniéndolo, temeroso de ponerlo de nuevo en la cucheta por si se despertaba y comenzaba de nuevo con el terrible mareo. No sabía cuánto tiempo había permanecido sentado allí con su hijo, mirando el pequeño rostro blanco, escuchando en una especie de terror en suspenso la respiración superficial que salía de los labios abiertos. Quería limpiarle de nuevo la cara con el pañuelo, pero temía despertarlo.

Pensó de nuevo en Gabrielle, que se hallaba en la cubierta barrida por el viento y el mar, atrapada en su propio sufrimiento, y supo que la situación de Jake no era culpa de ella. El niño había huido tanto del padre como corrido hacia Gabrielle. Podía culparla de muchas cosas, pero no de eso.

Era una reflexión amarga, pero la honestidad le obligó a aceptarla.

Después de largo raro sintió suficiente confianza como para dejar al niño de nuevo en la litera y taparlo con la manta. Jake quedó boca arriba, inmóvil, con la respiración más profunda y más lenta, casi como si estuviese inconsciente. Agotamiento, se dijo Nathaniei, pero un escalofrío de terror le erizó el cuero cabelludo mientras le tomaba el pulso en la muñeca. Para su alivio, era acelerado pero fuerte.

Tomó el coñac y subió lentamente, de puntillas, la escalera de la cámara. Al principio no vio a Gabrielle en cubierta. El cabeceo del barco ya no era tan pronunciado. La luz se iba volviendo gris al aproximarse el amanecer invernal, y distinguió la figura oscura acurrucada junto a la borda de sotavento.

- ¿Gabrielle? -se acercó.

Un gemido fue la única respuesta. Se puso en enchilas junto a ella, descorchó el coñac, la tomó con suavidad de los hombros y la volvió hacia él.

-Bebe esto. Te ayudará.

Ella tragó y quedó sin aliento cuando el líquido ardiente le quemó la garganta inflamada y le calentó el vientre dolorido.

-Oh, Dios -gruñó-. ¿Cómo es que tú estás bien?

-No me siento de maravillas, si eso te sirve de consuelo -respondió Nathaniel, sonriendo a medias a pesar del comentario típico de Gabrielle aun cuando sufría-. Bebe un poco más.

Ella obedeció, y le volvió un poco el color a las mejillas.

- ¿Cómo está Jake?

-Duerme, pobrecillo. Jamás en mi vida me sentí tan aterrorizado, Gabrielle. Un par de veces creí que iba a abandonarme -dijo Nathaniel con voz desolada-. Ahora no tiene nada en el estómago. Es como una cáscara vacía.

-Es muy pequeño para descomponerse de ese modo -dijo Gabrielle-. Necesita agua.

-No tenemos, ¿recuerdas? Le di coñac. No sé si fue oportuno, pero al menos lo hizo dormir.

-Entonces fue oportuno -aseguró ella. Se pasó los dedos por el pelo desordenado e hizo una mueca-. Creo que ya ha pasado. El cabeceo del barco ya casi no es tan pronunciado, pero tengo mucho frío y estoy muy mojada.

-Ven abajo y cámbiate de ropa -Nathaniel se puso de pie y tendió una mano para ayudarla. Ella se tambaleó y cayó sobre él.

-Tengo las piernas como gelatina. Sabía que había una razón por la que prefiero el cruce de Dover a Calais. Al menos el sufrimiento es más corto. Jamás debí haber permitido que me obligaras a hacer esto.

Gabrielle tenía sorprendentes poderes de recuperación, reflexionó Nathaniel mientras la estrechaba contra su cuerpo un momento. Había estado arrojando las entrañas durante más de tres horas bajo la lluvia y el viento en un mar tempestuoso, y aún podía salir con sus truculentos desafíos medio divertidos.

Cuando llegaron al camarote, Jake se movió y se quejó, y Nathaniel, agitado de ansiedad, fue rápidamente hacia él. Los ojos del niño se abrieron en la cara mortalmente blanca.

-Quiero ir a casa -murmuró Jake con un hilo de voz-. Quiero bajarme de este barco. Me duele el estómago -le cayeron lágrimas de los ojos.

-Ahora calla -lo tranquilizó Nathaniel con cariño, de rodillas junto a él, mientras le apartaba el pelo de la frente mojada-. Vuelve a dormir.

-Quiero a Neddy... ¿Dónde está Neddy? -Jake comenzó a alzar la voz e intentó sentarse-. Quiero a Neddy -empujó la mano de su padre y su voz volvió a convertirse en un sollozo.

- ¿Quién es Neddy? -preguntó Nathaniel en voz baja a Gabrielle por encima del hombro cuando ella se acercó.

-Un burro de punto -le dijo ella-. Siempre duerme con él.

El debería haberlo sabido, pensó Nathaniel con un punzante sentimiento de culpa. No recordaba la última vez que había visitado el cuarto de su hijo.

Se acalló la débil protesta de Jake, que cerró de nuevo los ojos cuando lo ganó el cansancio.

Gabrielle se quitó la ropa húmeda.

Nathaniel la observó revolver en una de las maletas en busca de ropa seca. Llevaba sólo unas bragas y la camisola y, a pesar de la preocupación, el cuerpo de él despertó. ¿Cómo era posible que ella le provocara ese efecto, aun en circunstancias tan lúgubres? ¿Aun en aquel minúsculo y fétido camarote? ¿Cómo podía existir esa pasión que no prestaba atención a nada y lo consumía todo, lado a lado con su furia salvaje y su necesidad de venganza?

De no ser por esa pasión, en aquel momento Gabrielle estaría gritando en las manos persuasivas de los especialistas, y Jake estaría despertando en su cuarto en la mansión Burley. En lugar de eso, llevado por el deseo y el orgullo, él necesitaba saborear su propia venganza.

Y era consciente de que esa necesidad era tan irracional como la pasión, pero no podía controlar a ninguna de las dos.

-Iré a cubierta para ver cuánto falta -dijo de pronto y dejó el camarote.

Gabrielle se ajustó la falda, pensativa. Se quedaría en la casa de Talleyrand en la rué d'Anjou. Ni sabía si su padrino ya había regresada de Prusia, pero aquella casa era su hogar en Francia estuviera él o no.

Esperaba encontrarlo, porque necesitaba su consejo. De algún modo debía asegurarse de que Fouché no se enterara de la presencia del espía inglés en París.

Talleyrand no traicionaría a Nathaniel, ya que era vital para sus propios planes, pero el brutal policía sólo vería la oportunidad de acabar con el lord. No dudaría en utilizar a un inocente, ya fuera para atraparlo o para chantajearlo. Jake correría grave peligro si Fouché se enteraba de que acompañaba a lord Praed. Sin duda Fouché interrogaría a Gabrielle- de manera amable, por supuesto, o lo más amable que pudiera ese hombre profundamente

incivilizado. Era astuto y ella necesitaría de toda su perspicacia para guardarse lo que debía guardarse.

-Bueno, hay ciertas compensaciones por tu espantosa noche -Nathaniel bajó de un salto de la escotilla, interrumpiendo las desagradables meditaciones de Gabrielle-. El viento ha sido tan fuerte que nos ahorró más o menos una hora de navegación. Pasaremos las islas Scilly a las nueve. Con suerte, atracaremos al medio día.

- ¿A plena luz del día?

-Hay una caleta aislada, protegida por un arrecife que sólo los que lo conocen pueden desafiar. Por esa razón no está vigilado. A partir de ahora el *Curlew* izará la bandera de Francia y se mantendrá en alta mar hasta acercamos a la costa.

-Ya lo has hecho antes -declaró ella.

-Por supuesto. Muchas veces. Y Dan conoce el arrecife como si fuera su mano -se dirigió a la litera a mirar a Jake, que aún dormía-. Supongo que me sirve de algún consuelo saber que es improbable que alguna vez vuelva a fugarse al mar.

-Sí -convino Gabrielle con una media sonrisa.

-Tendré que comprarle algo de ropa. Estas prendas todavía están mojadas -Nathaniel sacudió los pantalones y la chaqueta de Jake, que habían quedado en el suelo.

- ¿Hablas francés con fluidez?

La mayoría de los caballeros cultos ingleses lo hablaban con facilidad, pero Gabrielle quería saber si el jefe de espías podría pasar por nativo.

-Bastante. No tanto como tu inglés, pero pasa. Por suerte, no soy locuaz.

-Ni siquiera en los mejores momentos -comentó Gabrielle con cierta aspereza.

-Esta mañana está usted un poco amarga, madame.

-Mataría a alguien por una taza de café -dijo ella como excusa, humedeciéndose los labios secos y salados.

- ¿Por qué no comes un manzana?

-Y un poco de queso. Creo que es hora de otra merienda. Estoy famélica.

Nathaniel movió la cabeza con un gesto parecido a una sonrisa al volver a pensar qué asombrosos eran los poderes de recuperación de Gabrielle. Pero, desde luego, se había formado en la misma escuela de resistencia que él, de modo que no era tan sorprendente. Su sonrisa desapareció.

Puso el contenido de la bolsa sobre la mesa. Ambos habrían preferido subir a cubierta, pero a ninguno se le ocurrió dejar solo a Jake.

El niño durmió hasta que se acercaron a la delatora franja verdosa de agua ondulante que cruzaba la entrada de la estrecha caleta. Los altos acantilados de la costa de Normandía se elevaban a ambos lados, grises y formidables a pesar de la débil luz del mediodía de comienzos de primavera.

Gabrielle estaba en cubierta, respirando el aire fresco y observando la línea ondulante con cierta aprensión, cuando Nathaníel surgió del camarote, llevando a Jake aún envuelto en la manta.

-Se despertó; pensé que el aire podía hacerle bien.

-Buenos días, Jake -saludó Gabrielle con alegría, y se inclinó a besar una mejilla que había perdido la radiante redondez de la salud. Jake volvió la cabeza hacia el pecho de su padre.

-Tengo frío -lloriqueó-. Y quiero algo de beber.

-Mira la tierra -Nathaniel lo levantó en brazos y se dio vuelca para que pudiera ver la costa que se aproximaba-. Pronto estaremos en Francia.

-No quiero -dijo Jake-. Quiero a la niñera y a Primmy. Tengo frío.

-Puedo hacer algo con respecto al frío, pero no al resto -advirtió su padre con un valiente esfuerzo de paciencia que resultó obvio para Gabrielle aunque no para el patético niño.

-Quiero a Neddy y la bacinilla.

-Puedes hacer algo con respecto a lo último, pero no a lo primero -murmuró Gabrielle con una sonrisa-. ¿Quieres pasármelo?

-Si no te molesta -Nathaniel le paso al niño con alivio mal disimulado. Jake rodeó el cuello de Gabrielle con los brazos mientras ella lo llevaba de nuevo bajo cubierta.

Nathaniel se apoyó en la borda, y contempló el agua y la línea de la costa, más adelante. La aventura de su hijo había afectado absolutamente sus planes. Hasta que devolviera a Jake a la seguridad de la mansión Burley, tendría que pasar inadvertido en París. Había alimentado la intención de fingir la inclusión de Gabrielle en la red, para lo cual había alertado a sus agentes acerca de la impostora y luego le había suministrado información falsa que conduciría a la captura de los agentes encubiertos de Fouché en Londres. Ahora, en cambio, Nathaniel se encontraría con sus agentes en la ciudad y les explicaría lo ocurrido.

En París, debía mantener a Gabrielle lejos de él y de Jake. Estaba seguro de que ella, cualesquiera que fueran sus lealtades patrióticas, no haría nada deliberadamente que pusiera a Jake en peligro, pero aun así era peligrosa.

Los hombres de Fouché podían estar vigilándola. A ella se le podía escapar algo; hasta los espías más hábiles cometían errores.

El barco viró hacia la entrada de la caleta, y Nathaniel echó un vistazo al patrón que iba al timón. Dan estaba serio, con las prominentes cejas juntas, mirando atentamente las olas verdes en busca de la abertura que les permitiera la entrada segura a través del arrecife.

Giró el timón, mirando de reojo la vela, tirando con suavidad de la escota de la mayor para tener el viento en el momento preciso. El barco escoró apenas cuando el viento hinchó la vela y pasó bailando la línea verdosa.

Nathaniel contuvo la respiración, como siempre a la espera del crujido que haría la quilla en los temibles dientes de piedra. Pero no oyó nada. El barco se deslizó con elegancia por el único sitio posible hacia la tranquila seguridad de la caleta.

- ¡Todo está bien, señor! -gritó Dan mientras se dibujaba una sonrisa en su rostro y lo abandonaba la tensión; la tripulación rió y soltó algunas bromas procaces. Dan tomó una botella de coñac y la ofreció a Nathaniel con natural camaradería.

Nathaniel bebió un sorbo, devolvió la botella, e hizo también una broma. Lo habían logrado una vez más. Nunca se podía estar seguro, y cada vez les invadía la misma sensación de alivio. Y mucho más en este momento en particular. Esta vez, lo acompañaba su hijo... rehén de la fortuna.

Gabrielle subió a cubierta y se quedó allí con los pies apoyados firmemente sobre el barco que se balanceaba con suavidad, el viento moviendo su pelo rojo oscuro, la cara levantada al sol. A la luz del mediodía, las arrugas del cansancio se marcaban con claridad en el rostro blanco, pero los ojos color carbón estaban tan vivos como siempre y esa leve sonrisa torcida curvaba la boca generosa. El tibio deseo que Nathaniel estaba tan acostumbrado a sentir cada vez que se encontraba con ella volvió a surgir pese a la fatiga.

¡Maldita mujer! ¿Por qué? De todas las mujeres del mundo, ¿por qué Gabrielle de Beaucaire tenía que ser una traidora?

16

-No quiero esto. Tiene mucha corteza -con el labio interior tembloroso, Jake empujó un trozo de pan hasta el otro extremo del plato.

-Te hará los dientes más fuertes -dijo Gabrielle con decidido buen humor-. ¿Le pongo más mermelada de melocotón?

- ¡No lo quiero! -el niño lanzó una mano violenta para alejarlo-. Odio la corteza.

-Es pan francés, Jake -explicó Gabrielle, aún paciente-. El pan francés tiene mucha corteza.

- ¡No me gusta el pan francés! -Jake tomó el despreciado pan y lo arrojó al suelo, con lágrimas en los ojos-. Quiero un huevo. Siempre como un huevo con el té… con soldados.

- ¿Soldados? -exclamó Nathaniel al tiempo que se apartaba de la puerta, donde había estado apoyado con visible irritación.

-Bastones de pan con mantequilla -aclaró Gabrielle-. Para mojar en el huevo. No me digas que cuando eras chico no comías soldados con huevo pasado por agua.

-Estoy muy seguro de que no -contestó Nathaniel con disgustado vigor-. ¡Jamás he tenido tal capricho! -Se acercó a la mesa y cortó otro trozo de *baguette-.* Ya he aguantado bastante, Jake -puso el trozo de pan en el plato de Jake-. Ahora cómelo de una vez.

Jake resopló, pero pareció percibir que había llegado al límite la tolerancia de los que lo cuidaban.

-Quiero un poco de mermelada.

-Por favor -recordó su padre.

Jake resopló de nuevo y en un susurro casi inaudible pronunció las palabras de cortesía solicitadas.

Gabrielle puso una generosa cantidad de mermelada en el pan y miró los rasgos serios de Nathaniel. Le hizo un gesto con la cabeza para indicarle la ventana del fondo del cuarto, y él asintió y la acompañó hasta allí, alejándose de la mesa y su desconsolado ocupante.

-Nathaniel, Jake está mortalmente cansado -dijo Gabrielle en voz baja.

Nathaniel frunció el entrecejo y miró por la ventana el establo de la posada. Después de desembarcar, al mediodía, habían comprado una calesa bastante desvencijada y un caballo desnutrido a un campesino del lugar, que se había mostrado más que contento de cambiar aquellas patéticas posesiones por una excesiva suma de plata amonedada. Cualquier pregunta que pudiera haber hecho quedó abortada cuando Gabrielle mostró su salvoconducto con aire aristocrático. La calesa los había transportado incómodamente unos treinta kilómetros, con Jake lloriqueando en el regazo de Gabrielle y Nathaniel maldiciendo al jamelgo huesudo por los caminos llenos de baches de barro.

El atardecer los había encontrado en la entrada de la aldea de Quineville y Le Lion d'0r, donde Nathaniel decidió que sería conveniente cenar y cambiar la calesa por una diligencia que doblaría la velocidad del viaje a París.

Se apartó de la ventana para contemplar ceñudo al niño que, sentado a la mesa, casi se caía sobre el plato.

-Seguramente podrá dormir en el carruaje.

-Necesita una cama apropiada durante unas horas -dijo Gabrielle con suave insistencia-. Todavía está terriblemente débil por la navegación.

-Cuanto más permanezcamos en los caminos, tanto mayor será el peligro -Nathaniel golpeó con un puño en la palma de la otra mano y se volvió hacia la ventana.

-No quiero esta leche -protestó Jake-. Tiene un sabor horrible.

- ¡Por el amor de Dios! -refunfuñó su padre.

-Es leche francesa, mi amor -dijo Gabrielle, esforzándose por sonreír pese su propio cansancio-. Tiene un sabor diferente, porque las vacas comen otra clase de hierba.

- ¡Odio la leche francesa! -Jake rompió en ruidosos sollozos-. Quiero ir a casa. Quiero a la niñera y a Primmy.

Gabrielle lo alzó y lo cargó en brazos, al tiempo que dirigía una mirada elocuente a Nathaniel por encima de la cabeza ensortijada.

Nathaniel se pasó la mano por el pelo, desordenando los prolijos mechones plateados de las sienes.

-Está bien, pero nos marcharemos al amanecer. Iré a disponer lo necesario para conseguir una habitación para ti y Jake.

-No, será mejor que me dejes a mí. Ya que estoy aquí, puedes descansar un poco y aprovechar mi fluido francés materno -levantó las cejas en un gesto parecido a su antiguo desafío burlón.

Nathaniel no respondió al intento de broma.

-Entonces ve y hazlo -tomó a Jake y le hizo un seña brusca indicándole la puerta.

Gabrielle se encogió de hombros y retornó a la sombría realidad.

-Mira si puedes convencerlo de que beba un poco de leche. Necesita tener algo en el estómago -la puerta se cerró detrás de ella.

-No quiero leche -lloriqueó Jake-. Es horrible.

-Es leche perfectamente buena y tendrás que acostumbrarte a ella, amigo -el lord volvió a sentar a su hijo a la mesa y le dio la taza-. Bebe por lo menos la mitad.

El niño ignoró la taza y curvó la boca en una mueca terca de un modo que Nathaniel jamás había visto. Jamás había chocado con el menor gesto de resistencia por parte de su hijo; el niño siempre le había mostrado una pasiva sumisión, de modo que él había supuesto que así era su naturaleza. Ahora ya no estaba tan seguro. En la expresión de Jake había algo que por momentos era una incómoda reminiscencia de sí mismo.

Le sostuvo la mirada, imponiendo su voluntad en silencio. Si no podía ganar una batalla de voluntad con un niño cansado, el inundo se estaba yendo al infierno en carretilla. Para su alivio, al fin Jake tomó la taza y arrugando la nariz se la llevó a la boca. Entre ahogos y resoplidos de desagrado la cantidad de leche de la taza quedó en la mitad.

-Está todo listo -anunció Gabrielle, entrando en el salón, y en su voz resonó con claridad el alivio que le causaba la idea de disponer de unas horas de descanso civilizado-. La señora me ha dado una habitación del otro lado del pasillo. Hay una cama pequeña para Jake, así que lo llevaré ahora. Luego la mujer me llevará la cena -se frotó las manos con júbilo-. Lomo de liebre con bayas de enebro y mero en salsa verde. Ah, y una botella de St. Estéphe.

-Al parecer te has preocupado por tus propias comodidades -observó Nathaniel con aspereza.

La protesta inmerecida no hizo más que encender la malicia algo perversa de Gabrielle. Había inventado una excusa muy razonable para explicar por qué la señora y el sirviente cenarían juntos en el salón, pero ahora lo miraba con grandes ojos inocentes.

-Supuse que comerías con los sirvientes. Para ellos hay *tete de veau,* creo... ¿o era gaitas de cerdo? Y la señora dijo que en el desván hay un jergón para ti. Estoy segura de que no hay chinches; la posada tiene aspecto de ser muy limpia y estar bien administrada.

-Qué alivio -contestó Nathaniel-. Tu consideración es sorprendente.

Gabrielle ocultó su sonrisa.

-Ah, y también vendí la calesa y el caballo a tres libras y diez *sous,* y alquilé una diligencia para la mañana.

De aquí a París hay numerosas casas de postas, así que mañana avanzaremos bastante.

-Qué eficiencia, condesa. Quedo en deuda con usted -Nathaniel se dirigió a la puerta con paso firme.

-Sólo intento ayudar -respondió Gabrielle, ahora con los ojos ardientes de ira. Si Nathaniel no estaba dispuesto a superar su irritabilidad con unas cuantas bromas, entonces ella, que estaba bastante agotada, bien podía permitirse enfadarse también.

- ¿Por qué estáis enfadados? No me gusta cuando os enfadáis.

La extraordinaria intervención de Jake dejó a ambos en silencio.

Miraron al niño, que los observaba con ojos apagados.

-No estamos enfadados, mi amor -aclaró Gabrielle con voz animada-. Tu padre sólo está celoso de mi lomo de liebre -miró a Nathaniel y sonrió, invitándolo a tener una respuesta que alegrara al niño.

Pero Nathaniel no estaba dispuesto a sosegarse.

-Y usted tiene un sentido del humor de lo más impertinente, señora -salió del salón dando un portazo, y dejó que Gabrielle se las arreglara con el niño.

Ella se quedó mirando de mal humor la puerta cerrada y se encogió de hombros. Ambos estaban agotados; tal vez fuera mejor que se separaran durante un rato. Se concentró en atender a Jake, que necesitaba un baño y una cama.

La irritación de Nathaniel tornaba aún más convincente su papel de sirviente solitario. Cuando los sirvientes de la posada vieron que sus preguntas amables sólo recibían respuestas monosilábicas, lo dejaron en paz con su cena. A juzgar por la bandeja vacía que habían bajado de la habitación de Gabrielle, ella había dado buena cuenta de su comida, según observó Nathaniel. El, por su parte, no por tener gustos refinados dejó de apreciar la honesta comida campesina del lugar. Había comido mucho peor en otros tiempos, y el tosco vino tinto era tolerable.

Sin embargo, el jergón en el desván era otro tema. Nathaniel no tenía la menor intención de pasar la noche escuchando los ronquidos con olor a ajo de unos campesinos desaseados. La paja limpia del henil era infinitamente preferible.

Gabrielle, desde la ventana del salón, lo vio salir de la cocina y cruzar el patio; la agilidad de su paso bajo el resplandor dorado era in confundible. Después, la puerta se cerró y el patio quedó bañado en la luz de la luna. Nathaniel se detuvo en el establo balanceando un farol en la mano. Alzó la vista hacia la ventana de la posada, donde Gabrielle se hallaba en sombras. Luego entró en el establo. La puerta se cerró y, mientras ella miraba, surgió una luz tenue en la pequeña ventana redonda del pajar.

A Gabrielle no le costó mucho darse cuenta de que Nathaniel rehusaba compartir los dormitorios de los sirvientes. Al parecer, él calculaba que ella lo observaría...

¿Quizá lo esperaba? No requería mucha imaginación interpretar su mirada hacia la ventana como una invitación. Habían pasado días desde la última vez que se habían perdido en el glorioso laberinto de la pasión.

Gabrielle se volvió hacia la habitación mordisqueándose las uñas, mientras una corriente de excitación la recorría dejando de lado la fatiga del arduo y largo viaje. Podría ir con él cuando todos durmieran en la posada. ¿Quién se enteraría? Jake estaba tan profundamente dormido que costaría un triunfo despertarlo.

Llenó la jofaina con agua del aguamanil, se quitó la ropa y se pasó una esponja desde la cabeza hasta los pies, temblando por el frío pero aliviada por la sensación de lavarse la sal, el sudor y las miserias del crucero de la noche anterior y del trayecto diurno en el carruaje, a los saltos por el camino enlodado.

Le habría gustado lavarse el pelo, pero no resultaba práctico por el momento, de modo que se limitaría a cepillarlo hasta devolverle algo de brillo. Luego se puso un camisón y unas pantuflas de terciopelo, se echó sobre los hombros un abrigo con capucha y acomodó el pelo dentro de ella.

La posada estaba oscura y silenciosa cuando Gabrielle salió del cuarto, le echó llave sigilosamente para que nada perturbara al niño dormido, y se la guardó en el bolsillo. Abrió apenas la ventana; de ese modo, si Jake se despertaba y la llamaba, el sonido atravesaría el patio hasta al henil, donde Nathaniel, como siempre, tendría la ventana abierta.

Un farol iluminaba tenuemente la escalera, y los peldaños de roble crujieron cuando Gabrielle los bajó de prisa. ¿Nathaniel estaría esperándola? Su propia excitación era tal que le resultaba imposible pensar que, a unos metros, cruzando el patio del establo, su amante sintiera lo mismo.

Sin embargo, Nathaniel dormía el sueno de los justos en medio del dulce aroma del heno. No había cruzado por su mente esperar una visita decidida a abandonarse a su atracción. Estaba agotado tras los rigores, las alarmas y los viajes de las pasadas veinticuatro horas y, ya que se le había impuesto la posibilidad de una noche de sueño, tenía toda la intención de aprovecharla al máximo.

La sensualidad era lo último que tenía en mente y se hallaba muy lejos de sus sueños mientras dormía bajo los rayos de la luna que entraban por la pequeña ventana redonda.

Pero oyó los leves ruidos que venían de abajo, del establo. No era el ruido común de los movimientos, bufidos y resoplidos de los animales que allí había. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar cómo sabía que no se trataba de eso. Sin decidirlo en forma consciente, salió de su nido de heno y se agazapó en lo alto de la escalera que se elevaba desde el establo por un hueco del suelo, tenía un cuchillo en la mano. No la navaja que había usado para cortar la empanada de venado y jamón, sino un estilete de hoja tan fina y afilada que podía deslizarse entre las costillas de un hombre y perforar el corazón en una sola y limpia puñalada.

Un cuerpo sin vida sería difícil de explicar, de modo que, por suerte para Gabrielle, Nathaniel estaba dispuesto a mirar antes de actuar. En lo alto de la escalera apareció la cabeza encapuchada de una figura cubierta con un manto.

Nathaniel reconoció la postura de la cabeza un segundo antes de que el inconfundible aroma de Gabrielle penetrara por sus fosas nasales. Contuvo la respiración,

experimentando una violenta oleada de furia que por un momento no conoció límites, al pensar dónde se encontraban: en el corazón de Normandía, donde su propia vida, la de su hijo y la de siete agentes en Francia dependían de su seguridad, y, si eso fallaba, de su habilidad de mantener la lengua quieta basta el último límite.

¿Qué diablos estaba haciendo? Era una espía. Vivía al borde del peligro. Sabía que no debían correr riesgos innecesarios. Pero Nathaniei sabía también que ella sí los corría. El le había dicho a Simón que era indisciplinada y que, si demostraba ser leal, él le mantendría las riendas cortas.

Si Gabrielle hubiese sido una de las propias agentes de Nathaniel, él habría sabido con exactitud cómo proceder. Y como ella estaba interpretando ese papel, él interpretaría el suyo. La furia fue reemplazada por una claridad de objetivo, más implacable e infinitamente más peligrosa que el córreme caliente de la furia.

Gabrielle subió y miró alrededor. Y entonces una mano se cerró sobre su boca con sofocante presión y la arrojó al suelo, la cara enterrada en la paja. Forcejeó con violencia, retorció el cuerpo intentando hacer fuerza con las caderas para apartarlo, pero Nathaniel le cruzó una pierna entre los muslos. Los píes de Gabrielle golpearon el suelo. Parecía no tener importancia saber que se trataba de Nathaniei, creer que él no le haría daño. Siguió forcejeando envuelta en la niebla roja de un pánico atávico, el del saber que su cuerpo era débil contra la fuerza de su atacante.

Intentó gritar, decirle a Nathaniel que sólo era ella... Gabrielle... sólo Gabrielle. ¿Cómo era posible que no la reconociera?

Lo sintió agarrarle un mechón de pelo de la nuca y levantarle el rostro con rudeza. Ella abrió la boca en una exhalación jadeante, y algo se hundió entre sus dientes: un tapón de tela que le llenaba la boca y ahogaba todo sonido. Luego la cabeza volvió a caer hacia adelante, sobre la paja. Las rodillas de Nathaniel la apretaron contra el suelo mientras él le ponía las manos a la espalda de un tirón y le ataba las muñecas con rápida eficiencia.

Todo había sucedido en cuestión de segundos; Gabrielle yacía maniatada y amordazada en el suelo del pajar, consternada por la facilidad con que él había manipulado su cuerpo, la misma facilidad con que la manipulaba en el amor.

Como el terror instintivo disminuyó, sólo fue consciente de su asombro por la fuerza de la figura esbelta de Nathaniel, la hábil destreza de sus movimientos, la crueldad de todo su proceder. Porque él sabía quién era ella. Tenía que haberlo sabido desde el instante que le puso las manos encima.

Entonces Gabrielle se dio cuenta de lo que ocurría. El pensaba que ella había olvidado la naturaleza mortalmente seria de la misión compartida, por lo cual el maestro de espías castigaba a la pupila descarriada, de un modo que la marcaría sin dejar lugar a la menor duda sobre la seriedad de su ofensa. Permaneció inmóvil y sumisa, esperando que todo terminara.

Y en verdad había cometido un error imperdonable.

Debido a la urgencia del deseo, había olvidado un momento la verdadera naturaleza de su presencia allí. Había olvidado su papel de manera imperdonable. Había olvidado a Guillaume, a Talleyrand y a Fouché y había pensado sólo en sí misma, como una ciudadana particular con un amante ávido.

Nathaniel quitó la rodilla y se puso de pie.

- ¡Cómo te atreves! -le dijo con atenuada fiereza-. ¿Cómo te atreves a poner en riesgo la seguridad de mi hijo... la tuya propia... la mía... la de mi gente?

Gabrielle, desvalida en el suelo, hizo una mueca de dolor bajo la violenta mordaza que le inmovilizaba la lengua. No tenía defensa, así que se resignó a la Justicia. Nathaniel la reprendió duramente, hasta que no le quedó nada por decirle; luego guardó silencio, mirando fijo la figura postrada.

- ¡Ponte de pie! -ordenó con aspereza.

¿Y cómo se suponía que lo hiciera, con las manos atadas a la espalda y la nariz hundida en la paja? Pero la sumisión era el único curso de acción que se le ocurrió.

Rodó sobre un costado del cuerpo, flexionó las piernas y se puso de pie, apoyándose en el codo y la rodilla, hasta una posición a medias sentada.

Sus ojos, al mirarlo, expresaban una súplica arrepentida. La expresión de Nathaniel era de todo menos alentadora; tenía la boca fruncida y los ojos castaños duros como rocas.

-Ponte de pie -ordenó otra vez, con tanta dureza como antes, con las manos en las caderas, inmóvil, mientras ella se levantaba con gran esfuerzo y toda la gracia y la dignidad de que era capaz.

Las manos atadas no eran tanto problema como la mordaza, decidió Gabrielle. De algún modo, eso deshumanizaba a una. No tenía otra opción más que quedarse ahí, muda, bajo una mirada fría que le hacía sentir como un gusano. Pensó con añoranza en la cama de crujientes sábanas blancas y colchón de plumas. ¿Por qué diablos no se había contentado con el simple placer de una noche de sueño ininterrumpido, en lugar de intentar alcanzar la luna?

-Vuélvete.

Ella obedeció y, para su inexpresable alivio, él le aflojó el cinto que amarraba sus muñecas. Gabrielle se quitó el pañuelo de la boca, se pasó el dorso de la mano por los labios secos y se humedeció la boca con la lengua. Pero continuó de espaldas a él, demasiado intimidada por el despiadado despliegue de fuerza del maestro de espías como para enfrentarlo.

- ¿Por qué has venido? -inquirió Nathaniel.

-Te deseaba -Gabrielle le dijo la verdad porque no había mentira que pudiera ser más convincente-. Y pensé que quizá tú también me desearas.

La furia de Nathaniel parecía haberse mitigado, y ahora lo golpeaba la realidad de la situación. Para bien o para mal, ella estaba allí y hasta el momento no la habían descubierto.

Gabrielle se volvió para mirarlo. Sus ojos le estudiaron el rostro y detectaron la leve ternura.

-Lo lamento mucho -dijo ella-. Todos duermen. Cerré mi habitación con llave. La ventana está abierta, de modo que, si Jake llamara, pudiéramos oírlo. No me pareció un gran riesgo, o al menos el objetivo me resultaba irresistible.

Ella tenía una mancha en la nariz y una brizna de paja en el pelo despeinado, el manto se le había resbalado de los hombros y el camisón blanco estaba sucio de polvo.

Nathaniel todavía sentía la curva de esas caderas retorciéndose debajo de él, y aún le parecía oler el perfume del jabón en su piel.

El sintió la excitación de su propio cuerpo, el despertar de sus genitales. Dominar a Gabrielle lo había excitado de un modo que no comprendía por completo.

Ella le sostuvo la mirada.

-Por la gracia de Dios, mujer -murmuró él-. ¿Qué sucede contigo?

-Quizá sucede que... -respondió ella con la misma suavidad-. Que soy una mujer, y tú, un hombre… y parece que estamos hechos el uno para el otro.

Nada más importaba sino la necesidad de poseerla, de volverse una sola carne, de oírla susurrar palabras de urgencia, las palabras hambrientas y vulgares de la pasión y la exigencia, de sentirle la piel viva bajo su mano, de tocarla y sondearla de esa manera que le revivía el cuerpo, de explorar el territorio conocido y descubrir las bahías y las colinas que antes había pasado por alto, de aspirar el aroma esencial de Gabrielle hasta lo más hondo de sus pulmones mientras su lengua traducía el perfume a sabor.

Y al mirarla él supo que sus pensamientos eran los mismos que los de ella... que estaba tan hambrienta de su cuerpo como él del suyo.

Gabrielle se acercó, quitándose impaciente el abrigo de los hombros. Tendió los brazos y echó la cabeza atrás con los labios abiertos, invitándolo. El le rodeó el cuello con las manos, y el pulso de Gabrielle se aceleró bajo los dedos por la energía de la excitación.

Gabrielle esperó en un estado de animación suspendido a que él hiciera algo más que mirarla, las caras muy juntas, los ojos entrecerrados con un brillo depredador que ella jamás le había visto. Un escalofrío de una excitación casi aprensiva le estremeció el vientre. Aquélla era una situación distinta de cualquiera que hubieran compartido antes, y ella tenía la sensación de que podía suceder cualquier cosa.

- ¿Qué estás mirando? -susurró cuando la tensión del silencio se tomó insostenible.

-A ti -replicó él simplemente. Y fue como si a través de los braseros brillantes de los ojos la mirara hasta lo más profundo del alma.

Nathaniel aún no se movía. Gabrielle lanzó un suspiro entrecortado, le tomó la cabeza y atrajo la boca hacia la suya. Las manos de él le acariciaban la garganta mientras ella lo besaba y presionaba las caderas doloridas contra la rigidez de la carne erecta como una lanza. Las manos de Gabrielle descendieron por la espalda hasta las nalgas, hundiendo los dedos en los músculos fuertes, expresando su necesidad y la exigencia de que él le correspondiera de algún modo.

Por fin se apartó, sin aliento, con los labios enrojecidos y un brillo casi salvaje en los ojos. Las manos de Nathaniel no se movían de su garganta, y Gabrielle le sentía el pulso en los dedos, latiendo tan rápido como el de ella, la sangre fluyendo acelerada por la pasión. Y sin embargo, él no hacía nada para corresponderle. Se limitaba a permanecer allí, aterrándole la garganta y mirándola con ojos indescifrables y boca apática.

- ¿Qué sucede? -Preguntó ella con una voz que sonaba rara y ronca, como salida de una niebla-. ¿Qué quieres?

-Esto -respondió él. Las manos tomaron al cuello del camisón y el frágil linón se abrió cuando él lo rasgó hasta abajo.

El aire frío envolvió el cuerpo desnudo y los pezones se encogieron y endurecieron. Ella se humedeció los labios con la lengua y abrió grandes los ojos. Nathaniel le quitó la prenda rasgada, que cayó al suelo formando un montón blanco, plateado a la luz de la tuna que se filtraba por la ventana redonda.

-Esto -repitió en voz baja, pero con infinita satisfacción, mientras la tocaba, pasándole un dedo por la garganta, entre los pechos, hasta el ombligo y el interior de los muslos. Nathaniel cambió los pies de posición sobre la paja cuando el dedo inquisidor sondeó y encontró lo que buscaba; en todo momento él le sostenía la mirada, observándola, evaluándola mientras jugaba con ella arrancándole hasta la última respuesta que ella sabía jamás habría podido controlar aunque hubiese querido.

Y Nathaniei también lo sabía. Dominaba su cuerpo con tanta habilidad como lo había hecho antes, llevado por la furia. Y Gabrielle, la impetuosa, independiente, desafiante Gabrielle, era como arcilla moldeable que se deleitaba con el éxtasis que la recorría en ondas, la partía, hasta que cayó estremecida contra él, por el momento incapaz de mantenerse en pie por sus propios medios.

Nathaniel la asió con fuerza y el lino de la camisa de él le rozó los pezones, y sintió en el vientre y los muslos el frío suave del cuero de sus pantalones. Esta vez él la besó, la boca fuerte y posesiva, la lengua viajando por lo más profundo de su ser. La cabeza de Gabrielle cayó hacia atrás por la presión de la boca devastadora; su cuerpo se arqueó en las manos que la sujetaban por la espalda, doblada como un sauce al viento.

Sin apartar la boca, Nathaniel la bajó hasta el suelo. Toda la piel de Gabrielle estaba sensibilizada, cada nervio alerta, de modo que se intensificaban los pinchazos de la paja en la espalda desnuda y la sensación del cuero que se frotaba en sus pechos y su vientre.

Nathaniel le abandonó la boca. Se puso a horcajadas sobre ella, le pasó las manos por los pechos y le dibujó un círculo en los capullos erectos de los pezones. El mismo aire de indiferencia persistía en él, como si estuviese descubriendo algo absolutamente nuevo que debía ser asimilado, catalogado, comprendido.

Levantó la vista, le buscó la mirada y sonrió por primera vez. Se aflojó la cintura del pantalón y la carne se liberó de la opresión.

-Acércate -murmuró Gabrielle, moviendo las manos para atraerlo más.

El levantó más el cuerpo para que ella lo tomara en la boca; echó la cabeza atrás en una exhalación de placer, elevando las rodillas, apoyando sin darse cuenta las manos en las caderas mientras ella le daba placer.

Cuando por fin entró en el cuerpo de Gabrielle con una embestida larga y lenta que la penetró hasta la médula, Gabrielle gritó, enroscó las piernas alrededor de las caderas de él y le apretó los talones sobre las nalgas para atraerlo con ferviente urgencia a lo más hondo de su centro femenino.

Nathaniel movió la cabeza en abrupta negación y resistió la presión, retirándose de nuevo hasta el borde mismo del cuerpo de Gabrielle. La miró otra vez con ese brillo depredador en los ojos y una levísima sonrisa en los labios.

Gabrielle se quedó quieta, con el cuerpo palpitante de excitación, mientras él permanecía inmóvil, y lenta, inexorablemente, la sensación creció en lo más profundo de su vientre. Aún sonriendo, Nathaniel le observaba los ojos, evaluando el progreso del ascenso espira lado hacia el éxtasis.

Cuando Gabrielle creyó que ya no podía aguantar más, cuando creyó que el cuerpo se le quebraría en pedazos como un cristal por la presión, él volvió a penetrarla, llenándola, convirtiéndose en parte de ella así como ella se convertía en parte de él.

Las bocas se unieron, reprimiendo los gemidos de placer de Gabrielle un instante antes de que se le escaparan de los labios. El cuerpo masculino se movía en su interior, y

subían y bajaban en una unión despreocupada, carne y huesos y músculos unidos en uno solo. Y entonces los desgarró la explosión del orgasmo, y ella se aferró a él como un náufrago a un trozo de mástil, antes de caer hacia atrás, apenas consciente, sobre el suelo frío y duro, bajo el cuerpo de Nathaniel.

- ¡Cielos! -exclamó Nathaniel sin aliento después de una eternidad. Aun respiraba agitado-. ¿Qué fue eso?

-*La petite mort* -consiguió responder Gabrielle.

Nathaniel lanzo una débil risa ahogada.

-Los franceses han encontrado una frase muy apropiada -rodó hacia un costado y quedó boca abajo, con la frente apoyada en los antebrazos, mientras se le tranquilizaba el corazón y la respiración recuperaba el ritmo normal.

Gabrielle se incorporo con esfuerzo y se sentó parpadeando sobre el heno iluminado por la luz de la luna.

A su lado estaba el camisón roto.

-Parece que tendré que cruzar el patio desnuda. ¿Qué diablos te poseyó?

-Sólo Dios sabe -contestó él, y se sentó-. Sospecho que fue el diablo que hay en ti -alcanzó el manto y se lo envolvió alrededor del cuerpo húmedo-. Pillarás un terrible resfrío.

-Lo dudo -sonrió y se estremeció-. Pero no hay que olvidar que es marzo.

-Yo solía creer que era un hombre absolutamente cuerdo -observó Nathaniel con tono de moderado interés-. Pero ahora me doy cuenta que voy camino al manicomio. Levántate -la ayudó a ponerse de pie y le tomó el rostro con las manos-. ¡E iré a parar allí gracias a esta bandida libertina! ¿Qué diablos haré contigo, Gabrielle?

-Al parecer, ya hiciste bastante esta noche -observó ella juiciosamente-. Forcejeaste conmigo, me maltrataste, me maniataste y luego me llevaste hasta los más téjanos confines de la dicha. ¿Qué más quieres hacer?

Nathaniel movió la cabeza en fingida reprensión.

-Eres una mujer imposible, demasiado para un mortal común. Ahora apresúrate a regresar al calor -le cerró el abrigo-. ¡Vete, rápido! -la empujó hacia la escalera.

-Esperaba un poco más de ceremonia -protestó Gabrielle al tiempo que obedecía a la mano que le empujaba la espalda-. Pero no entiendo por qué, ya que, de cualquier modo, esta noche ha sido la menos ceremoniosa de todas -retrocedió de espaldas a la escalera y le sonrió, arrojándole un beso; luego su cabeza rojo intenso desapareció en la oscuridad de abajo.

Nathaniel se quedó en la ventana mirándola correr por el patio y entrar a salvo en la posada.

¿Cómo era posible que una persona tan abierta, tan gloriosamente sincera en sus deseos, en sus necesidades y en su amor pudiera ser una traidora? ¿Y cómo podía él perder toda noción de eso cuando estaba dentro de ella, cuando uno era parte del otro?

Ya antes se había hecho esa pregunta, y, al igual que antes, no había encontrado la respuesta.

17

- ¿El jefe de espías está en París? -De manera muy poco propia de él, Talleyrand demostró su sorpresa mientras servia vino en dos copas de cristal en el estudio de la casa de la *rué* d'Anjou.

-Así es -Gabrielle se desató las cintas del sombrero y lo arrojó sobre un sofá de cuero. Estudió su imagen en un espejo situado encima de la repisa de la chimenea y se acomodó con las horquillas un mechón de pelo suelto.

- ¿Dónde está? -Talleyrand le alcanzó una copa de borgoña.

-*Merci* -Gabrielle tomó la copa con una sonrisa e inhaló la fragancia del vino-. No sé -respondió con franqueza-. No me lo dijo. Debo esperar a que alguien contacte conmigo.

-Un hombre precavido, como es de esperar -Talleyrand sacudió la cabeza. Juntó las puntas de los dedos y fijó la vista en el aire-. Por algún motivo, la carta que me enviaste me dio la sensación de que hay un... *frisson* -dijo, separando las manos en gesto elocuente- entre tu y lord Praed.

Gabrielle sorbió el vino. ¿Cómo podía haberlo adivinado? Ella creía haber escrito una carta por completo carente de emociones. Pero Talleyrand siempre veía debajo de la superficie, no tenía sentido tratar de engañarlo como a un niño.

-Sí -admitió-. De hecho, creo que hay algo más que eso.

-Ya veo -el ministro de Asuntos Exteriores la examinó con el escrutinio evaluador e investigador de un conocedor de las mujeres-. La pasión te transforma -acotó al cabo de un momento-- Siempre ha sido así. Tenías el mismo aspecto después de tus encuentros con Guillaume.

Gabrielle le sostuvo la mirada.

-Hay similitudes -convino-

-Los dos son... o eran... consumados espías -destacó su padrino con tono seco-. Al parecer, tienes una predilección fatal por lo tortuoso, *mon enfant.*

-Con un tutor así, ¿le sorprende?

Talleyrand rió.

-Qué lengua veloz tienes. Me pregunto... ¿cómo reacciona a ella tu jefe de espías?

Gabrielle supuso con acierto que no hacía falta responder.

-Y bien, ¿esta nueva situación modificó tu actitud de algún modo? -el padrino pasó a un tema más práctico.

-El es responsable de la muerte de Guillaume -respondió Gabrielle-. No puedo olvidarlo, pese a... -se encogió de hombros-. Pese a la pasión física. Por cierto que la tenemos, pero nada ha cambiado en lo esencial.

Talleyrand se acarició el mentón.

-Asegurémonos de entendernos mutuamente, *ma filie.* ¿Estás diciendo que, a pesar de la pasión física, todavía te propones vengarte de este hombre por su intervención en la muerte de Guillaume?

Gabrielle se acercó al hogar y se quedó contemplando las llamas. En su visión interior surgió el rostro de Guillaume. Reía, con los ojos tan vivos, la hermosa boca curvada...

-Sí -respondió casi para sí-. Lo usaré, señor, de cualquier manera que usted ordene.

Talleyrand movió la cabeza satisfecho.

-Hay demasiado en juego. Demasiado para sacrificarlo a una pasión ciega.

-Lo comprendo.

Alguien llamó a la puerta, y entró un sirviente a encender las velas, cerrar las largas cortinas de brocado sobre las ventanas-estaba anocheciendo-y avivar el fuego.

Padrino y ahijada guardaron silencio mientras el hombre cumplía con sus tareas. Talleyrand miraba el interior de la copa como leyendo en el vino color rubí las soluciones a preguntas sin respuesta.

-Debes de estar cansada por el viaje -dijo cuando el sirviente terminó de encender el fuego y la puerta se cerró detrás de él-. ¿Por qué no vas a dormir a tu habitación? Estoy seguro de que Catherine debe de estar ansiosa por saludarte.

-Sí -Gabrielle se puso de pie de inmediato-. Me alegra que esté usted en París. Me habría resultado difícil guiarme en este enredo sin su consejo -tomó los guantes que se había quitado y los golpeó de manera distraída en la palma de la mano antes de decir abruptamente-: Hay una complicación. El hijo de Nathaniel está con él.

- ¿En París? -Talleyrand expresó de nuevo su sorpresa-. ¿Cuántos años tiene el niño?

-Seis. Viajó de polizón en el barco y en realidad no hubo otra opción que traerlo. Nathaniel tiene una casa segura donde dice que el niño pasará inadvertido, pero si Fouché llega a enterarse de la presencia de Jake... -calló, mordiéndose el labio inferior.

-No debe enterarse -convino Talleyrand al instante-. Tendrás que someterte a una entrevista con él. Debes tener sumo cuidado.

-Lo sé -repuso Gabrielle. Se inclinó hacia adelante para recibir el beso de tío que él le dio en la frente-. ¿Cenará hoy en su casa?

-No tenía esa intención pero, en estas circunstancias, creo que es necesario -respondió él, y te dio una palmadita en la mejilla.

-Me hace un gran honor, señor -los ojos de Gabrielle brillaron, diluyendo la seriedad del último intercambio de palabras.

-Ve y cumple con tu deber con Catherine -dijo él-. No sé qué diría tu padre de esta costumbre que tienes de entablar relaciones altamente inapropiadas. Ya es tiempo de que encuentres un esposo y comiences a tener hijos.

-Lo haría si pudiera -contestó ella, y el brillo se apagó-. Pero al parecer no me resultan atractivos los hombres que desean llevar una vida convencional.

-Probablemente tú misma no lo quieres -observó el padrino-. Las vicisitudes de la guerra te sientan bien.

- ¿Y qué revela eso de mi carácter? -quiso saber Gabrielle.

-Estoy seguro de que puedes deducirlo tú misma.

Talleyrand le indicó con un gesto que ya podía marcharse, mientras reflexionaba que Gabrielle era una de esas personas a las que la suerte había preparado un destino intrincado, de grandes pasiones y grandes pesares. En muchos aspectos era digna de envidia. Vivía al borde del riesgo, jamás en la cómoda seguridad de lo mediocre, había vivido cumbres y glorias que la gente común no alcanzaría nunca. Pero una vida así tenía su precio, como ella ya bien lo sabía. A los veinticinco años, era demasiado joven para haber perdido tanto.

Gabrielle encontró a la princesa de Talleyrand en su *boudoir.* Hacía cinco años que Catherine se había casado con Talleyrand, una boda que había sorprendido tanto como confundido a la sociedad. El hecho de que Talleyrand, descendiente de una de las familias más antiguas de Francia, se hubiera casado con una mujer de cuna inferior, que había sido su amante durante cuatro años y además tenía fama de haber sido amante de cualquiera que se mostrara dispuesto a mantenerla, resultaba absolutamente incomprensible. Catherine era una mujer tonta, de conversación insípida, que nada tenía que ver con el fino y brillante ministro, ya no era joven, pero su celebrada belleza aún no había comenzado a apagarse.

La opinión privada de Gabrielle era que el padrino se había casado con esa amante inmensamente afable porque era tan fácil hacerlo como no hacerlo. En su calidad de obispo excomulgado, Talleyrand despreciaba a la Iglesia, y, como aristocrático intelectual, despreciaba la moral burguesa. De modo que, cuando Napoleón realizó una de sus periódicas redadas moralistas en su corte, exigiendo que las relaciones irregulares se normalizaran, Talleyrand se entregó a la presión imperial simplemente porque le daba lo mismo casarse que no hacerlo.

Catherine saludó a Gabrielle con calidez, pero más como si acabara de llegar de una salida de compras y no una extensa visita a Inglaterra.

-*Ma chere,* que bien estás -levantó las mejillas pintadas y empolvadas para recibir el beso de Gabrielle-. ¿Has visto a *Monsieur Le Prime?*

-Acabo de verlo -respondió Gabrielle-. Me dijo que hoy cenará en casa.

Catherine hizo una leve mueca.

-Qué fastidio. Me comprometí a cenar con los Bonneville, y no puedo cancelarlo. Tendrás que entretenerlo tú.

Gabrielle ocultó su sonrisa. Era muy cuestionable la habilidad de Catherine para entretener a su esposo en cualquier territorio que no fuera la alcoba.

-Tengo una tela color paja -comentó Catherine, examinando con atención a Gabrielle-. He decidido que a mí no me sienta, pero a ti te caerá muy bien, *ma chere.* Clothilde podría encargarse. Tengo un modelo perfecto para un vestido de mañana. A ver, ¿dónde lo puse? -buscó vagamente entre una pila de periódicos arrojados sobre una mesa *desserte* estilo Luis XV con tablero de mármol-. Ah, aquí está.

Gabrielle estudió debidamente el modelo. El gusto de Catherine tendía a ser llamativo, acorde con su figura, y los encajes y puntillas del vestido de mañana no eran en absoluto el estilo de Gabrielle. Sin embargo, hizo los comentarios adecuados y prometió llevarse la tela.

Habiendo cumplido con su deber, se retiró a su habitación, situada en el fondo de la casa, para intentar librarse de la mugre y la fatiga de un viaje que se había prolongado a ritmo vertiginoso durante casi dos días.

Nathaniel había llevado la mejor parte, cabalgando junto al coche, mientras ella y Jake saltaban miserablemente en los caminos mal pavimentados. El niño requería atención constante y se resistía a todos los intentos de distracción de Gabrielle durante el viaje. Las comidas diferentes y el movimiento del coche lo descompusieron casi tanto como el barco, cuando no dormía no hacía más que quejarse, irritado. En la tarde del primer día Gabrielle comenzó a sufrir un fuerte dolor de cabeza, y Nathaniel, al ver su cara extenuada y sus ojos pesados, llevó a Jake consigo durante unas horas, delante de él en la silla, para que ella pudiera dormir un poco.

A juzgar por el alivio que reflejaba la cara tensa de Nathaniel cuando lo llevó devuelta al carruaje, la idea no había sido un éxito. Jake había lloriqueado sin cesar pidiendo a la niñera, a Primmy, a Neddy, leche y pan sin corteza. Su pequeña vejiga había requerido alivios frecuentes, y todo intento de su padre por entretenerlo había caído en saco roto.

Nathaniel lo devolvió a Gabrielle diciéndole que ahora era él quien tenía dolor de cabeza.

Sin embargo, cuando llegaron a las afueras de París y entraron en las estrechas calles de adoquines, Jake se había reanimado. Nunca antes había estado en una ciudad, así que sus ojos se agrandaron ante la vista, los ruidos y los olores distintos. Olvidó su mareo y sometió a Gabrielle a una lluvia de preguntas que ella, debido al agotamiento, encontró casi tan extenuantes como las anteriores quejas del niño.

En sus aposentos en la casa de Talleyrand, Gabrielle se recostó en la tina ante el fuego y cerró los ojos con un suspiro de puro placer cuando sus miembros se relajaron en el agua caliente. ¿Qué estarían haciendo Nathaniel y Jake en ese momento? Con seguridad que no estarían gozando de un baño de agua caliente ante el fuego.

Nathaniel había conducido el carruaje hasta el mercado de flores de la He de la Cité, a la sombra de Notre Dame. Allí desmontó y sacó a Jake en brazos del coche.

-Aquí nos despedimos.

- ¿Pero adonde vais? -preguntó Gabrielle, que no esperaba separarse de ese modo tan abrupto.

-Alguien contactará contigo -contestó él-. En la *rué* d'Anjou.

- ¿Cuándo?

-En el momento oportuno -la respuesta era implacable, y los ojos de Nathaniel ya observaban el mercado, evaluando y especulando. Gabrielle se dio cuenta de lo que sucedía. Sabía de qué se trataba.

-Muy bien -dijo con calma, y se asomó por la ventanilla, bajando la voz en un susurro conspirador-. Jake, irás a una gran aventura con tu papá. Tienes que ser su ayudante y no decir nada a menos que él te lo permita. Nadie debe saber nada acerca de nosotros, de dónde venimos, nada de nada. Es un gran secreto, nuestro secreto. ¿Entendido?

Jake, sentado en la cadera del padre, la miró con los ojos muy grandes. Se había acostumbrado a que Gabby y el padre hablaran sólo en francés durante el viaje. No entendía lo que se decían, pero siempre adivinaba de qué humor estaban, y ahora que lo nuevo del viaje iba desgastándose, él comenzaba a recobrar su naturaleza serena.

- ¿Adonde vas?

-Eso también es un secreto -respondió Gabrielle.

Jake lo pensó un momento y asintió.

-Fingiremos que somos invisibles y que nadie puede vernos. Podremos caminar por las calles sin que nadie nos conozca, y verlos y escucharlos sin que ellos nos oigan a nosotros.

-Excepto cuando papá y tú estén a solas -aclaró Gabrielle.

Los ojos de Jake brillaron.

-Entonces podremos hablar como siempre. Cuando nadie nos escuche.

-Exacto.

-Debemos marcharnos -dijo Nathaniel, con voz cortante de ansiedad. Acercó a Jake a la ventanilla para que Gabrielle pudiera darle un beso de despedida. Luego dio media vuelta y se dirigió con paso firme hacia el mercado atestado de gente, hasta que pronto se perdió de vista.

El postillón, ya instruido, montó el caballo y continuaron hacia la *rué* d'Anjou, donde Gabrielle pagó al mozo y al cochero que los habían llevado desde la posta de Neuilly hasta París.

¿Y cuánto tiempo debía pasar ella allí, rodeada de lujos, hasta que Nathaniel la buscara? La presencia de Jake obviamente significaba el fin de cualquier plan de espionaje que hubiera tenido Nathaniel... Algo relacionado con un agente en Toulouse, según le había dicho. ¿Tal vez esperaba que ella trabajara sola en el caso?

En el oscuro cuarto trasero de una pequeña casa de piedra de la *rue* Budé, en la He de St. Louis, había tres hombres sentados a una mesa en cuya madera las manchas de vino estaban tan impregnadas que daban al roble una rica pátina. Unas velas de sebo echaban su luz tenue sobre los restos de la comida: salchicha con ajo y queso curado.

Con gesto ocioso, Jake tomó unas migas de pan de la mesa con el dedo húmedo, y bostezó. Estaba aburrido. Al comienzo había sido divertido llegar a aquella casa oscura. Había muchos niños que lo miraban, codeándose y murmurando entre ellos. Uno le había dado un trozo de pastel y todos rieron como tontos cuando él le dio un gran mordisco. Quería jugar con ellos, pero papá dijo que no podía y se apresuró a subir a un cuarto pequeño bajo los aleros.

Ahora parecía que la aventura había perdido toda novedad. Papá le dio un poco de pan y esa horrible salchicha grasosa, pero él no tenia tanta hambre como para comerla. En verdad le habría gustado un poco más de pastel y leche de las vacas de la granja de su casa, servida en su pequeño jarro de porcelana con conejos dibujados.

Papá y los dos hombres hablaban en francés en voz baja y el cuarto olía a sebo, ajo y piedra antigua y húmeda- Estaba caldeado por un brasero de carbón, pero era un calor sofocante, sin aire, que ponía aún más soñoliento a Jake. Cruzó los brazos sobre la mesa, apoyó la cabeza en los antebrazos y cerró los ojos.

Nathaniel lo miró distraído y frunció la frente, preocupado. El niño debería estar en la cama, pero la cama que compartiría con su padre estaba al final de un laberinto de pasillos que se abría paso entre la hilera de casas de piedra que flanqueaban la estrecha calle medieval. Jake no podía quedarse solo allí pero parecía estar miserablemente incómodo donde se hallaba.

Nathaniel retiró la silla hacia atrás, se puso de pie y tomó a su hijo en brazos. Jake abrió los ojos sobresaltado y enseguida volvió a cerrarlos cuando su padre se sentó y lo puso

en su regazo. El niño se llevó el dedo a la boca y suspiró como un cachorro agotado mientras el cuerpo se le aflojaba de sueño. Nathaniel pensó vagamente que debía quitarle el dedo de la boca e intentó hacerlo, pero desistió al ver que el niño dormido se resistía con fiereza.

-Pobre diablillo -comentó uno de los hombres, compadecido-. Está agotado.

-Sí -respondió Nathaniel, y volvió bruscamente al tema anterior-. Uno de vosotros deberá ir a Toulouse y ver qué diablos está sucediendo con Siete. Hace semanas que no sé nada de él. Si lo hubiesen detenido, ya lo sabríamos, de modo que será mejor que alguien lo rastree.

Tenía intención de ir yo mismo, con la mujer, pero en estas circunstancias...

-Yo iré.

-Gracias, Lucas -Nathaniel hizo un gesto con la cabeza al hombre de fiera barba sentado al otro extremo de la mesa. Con cuidado de no despertar al pequeño, volvió a llenar su copa y deslizó la botella por encima de la mesa.

-Entonces, ¿cómo piensa usar a la mujer? -el segundo hombre bebió un buen trago y se secó la boca con el dorso de la mano-. Por mi parte, no tengo gran interés en conocer a una agente doble -sonrió, dejando ver una boca en la que faltaban dos dientes.

-Ah, no te preocupes, la mantendré bien alejada de ti -Nathaniel bebió vino y cortó una rodaja de salchicha-. Estableceremos un canal de comunicación y le pasarás los datos que creamos que ella debe saber. Quiero desenmascarar a su gente en Inglaterra. Será notificada de una reunión que tendrá lugar con nuestros agentes más importantes allí. Se supone que Fouché no dejará pasar la oportunidad de infiltrarse... de enviar a uno o dos observadores. Los levantaremos con pala.

-Es de presumir que cualquier información que ella nos pase será sospechosa.

-Por supuesto. No haréis nada sin consultarme.

-*D'accord* -los dos hombres apuraron sus copas y se pusieron de pie-. ¿Se quedará con los Farmier?

-De momento. Con eso pasa inadvertida la presencia del niño. Un mocoso más en la prole de los Farmier no llamará mucho la atención.

Nathaniel permaneció a la mesa mientras sus acompañantes se ponían abrigos y mitones y se marchaban en la noche inclemente. La vela parpadeó con fuerza con una ráfaga de viento que entró al cerrarse la puerta. Jake se movió y murmuró algo.

Nathaniel se puso de pie con cuidado y apagó todas las velas de sebo excepto una. Puso al niño sobre un hombro, tomó la vela y abandonó el cuarto. En el estrecho pasillo de afuera, apretó una piedra de la pared rugosa y una laja se deslizó hacia atrás. Entró en otro cuarto igual al que había dejado en la parte posterior de la casa vecina. Continuó del mismo modo hasta mas o menos la mitad de la *rué* Budé, hasta entrar en una habitación donde había una cama angosta en la pared opuesta y un tocador desvencijado mal apoyado en la otra pared, bajo una diminuta ventana con persianas que daba a la estrecha calle atrás de la casa.

Era la casa de un tal monsieur Farmier, un panadero de familia numerosa y en constante aumento, un hombre de buen olfato para el lucro fácil y ojos ciegos a las idas y venidas clandestinas de sus varios inquilinos. Estos eran hombres tranquilos y modestos, vestidos con ropa de trabajo, que hablaban el idioma de lord Praed con perfecta fluidez y pagaban con generosidad y regularidad. Farmier no hacía preguntas y no se le dispensaba

ninguna información. En caso de una redada, sólo podría dar descripciones a los policías de Monsieur Fouché.

La señora Farmier, con un embarazo enorme, había quedado encantada con Jake, y Nathaniel esperaba que, una vez que Jake se recuperara del viaje y se acostumbrara a lo extraño de aquella nueva existencia, fuera absorbido por la ingobernable prole de la mujer.

Nathaniel quitó a su hijo los zapatos, el abrigo y los pantalones y lo metió en el catre plegable, vestido sólo con la ropa interior. Jake abrió los brazos en posición expansiva. Nathaniel hizo una mueca. Era sorprendente el espacio que podía ocupar un niño de seis años. Se introdujo en la cama con dificultad, junto al cuerpo caliente del niño, acomodó los miembros de Jake para que ocupara menos lugar en el estrecho colchón. Sin embargo, no fue con mucha esperanza de dormir bien que el jefe de espías se dispuso a descansar.

18

A la tarde siguiente, un muchacho llevó un mensaje a la *rué* d'Anjou. Era un pilluelo mugriento con una gorra torcida sobre una rebelde melena pajiza oscurecida de tierra. El sirviente lo inspeccionó con una ceja levantada y le dio instrucciones para que entrara por la puerta de la cocina.

El pilluelo resopló, meneó la cabeza y entregó con gesto tosco al sirviente un sobre sellado, enseguida bajó corriendo los escalones hasta la calle.

El sirviente miró el sobre como si fuera algo repugnante que acabara de salir reptando de entre los leños. Sin embargo, estaba claramente dirigido, con letra refínada, a la condesa de Beaucaire.

Gabrielle se hallaba sentada con Catherine en una soleada sala de la planta alta cuando llegó el mensaje en una bandeja de plata. Reconoció la tierra de inmediato, el corazón le dio un salto contra las costillas y el estómago le brincó de expectación.

-Discúlpame, Catherine -sonrió vagamente a su acompañante y se retiró de la sala.

Ya en su habitación, abrió el sobre de un tirón. El mensaje, redactado en un código que ella y Nathaniel habían elaborado en la mansión Burley, era similar en contenido a muchos que había recibido de Guillaume. Le daban un canal de comunicación: la florista del mercado de flores cuyo puesto estaba a la izquierda de la bomba central. La mujer vendía ramos de prímulas, y Gabrielle debía comprarle un ramo junto con el pago de tres *sous* le pasaría un mensaje escrito con el mismo código.

El mensaje no contenía nada personal, ni saludo ni firma, sólo la letra identificaba al remitente. Como era de esperar.

Gabrielle se paseó de un lado al otro de la habitación, con el entrecejo fruncido. ¿Nathaniel tenía intención de mantener oculto su paradero? ¿Por qué?

Podía comprender que fuera en extremo precavido con Jake, pero ella necesitaba saber dónde estaba. Por algún motivo, la idea de que él estuviese en París, inaccesible excepto por medio de la vendedora de flores, le inquietaba terriblemente.

Bueno, tendría que averiguar por sus propios medios dónde estaba Nathaniel. Se sentó ante el secreter para componer una misiva para el jefe de espías. Por desgracia, no se le ocurría nada sumamente apremiante que decirle.

Se decidió por la simple información de que Talleyrand había regresado de Prusia y que era probable que permaneciera en la residencia de París algunas semanas.

Deslizó el sobre sellado dentro de su pequeño bolso, salió de la casa, llamó a un coche de alquiler que pasaba y se dirigió al mercado de flores. El lugar se hallaba tan bullicioso como el día anterior, el aire estaba húmedo y pesado por el perfume de las flores, y los adoquines, húmedos por las continuas remojadas que recibía la mercadería de parte de los cuidadosos vendedores.

En el puesto situado a la izquierda de la bomba central había una vieja vestida de luto. Cuando Gabrielle eligió un ramo de prímulas, la mujer le dirigió una mirada carente de curiosidad y tendió una mano cruelmente retorcida por la artritis, para recibir los tres *sous,* tomó el sobre y el dinero sin un parpadeo de los ojos opacos, y Gabrielle se marchó llevándose las flores a la nariz e inhalando la fragancia primaveral.

Se acomodó junto a un toldo listado de un puesto situado cerca del de la vendedora de prímulas y esperó. Al cabo de unos minutos vio que un niño salía corriendo precipitadamente de atrás de un carro y se acercaba a la vieja. El chico tomó el sobre y corrió de prisa entre la multitud hacia el puente que unía la pequeña He de St. Louis con su prima mayor, la de la Cité.

Gabrielle se apresuró a seguirlo. No podía correr sin llamar la atención, pero sus pasos de piernas largas mantuvieron al niño a la vista cuando corrió por el *quai* d'0rléans y desapareció doblando la esquina de la *rué* Budé.

Se quedó al final de la calle, oculta en un umbral, inhalando el aire frío que olía a basura y piedra húmeda y el barro del Sena, que fluía perezosamente a los lados de la isla. El chico se detuvo en el número trece. Gabrielle no pudo ver quién abrió la puerta, pero en pocos minutos él volvió a salir corriendo a la calle. Pasó junto a ella sin verla, y Gabrielle marchó enérgicamente calle abajo, mirando al pasar la puerta del número trece, antes de dirigirse a la *rué* de St. Louis en Pile, de nuevo al mercado de flores. Al menos ahora sabía dónde estaban Nathaniel y Jake. Aunque mucho no le servía.

Nathaniel maldijo en voz alta al ver la carta que le había traído monsieur Fannier. Había dado instrucciones al panadero para que dijera a la florista que entregara cualquier comunicación en el bar de Gérard, en el muelle, donde él pasaría a recogerla. Resultaba evidente que Fannier había olvidado esas instrucciones, tal vez tenía la mente obnubilada por las copas del mediodía.

Gabrielle debía de haber seguido al chico. Era lo que habría hecho él en iguales circunstancias, y ella jamás se quedaba sin recursos.

Salió a la calle. No había rastros de una pelirroja alta vestida de negro. Pero tampoco esperaba que ella se delatara.

Gabrielle no llevaría a los hombres de Fouché deliberadamente hacia él sabiendo que lo acompañaba Jake, pero todo era condenadamente incierto. Y él no podía permitirse la incertidumbre, menos aún con Jake. Volvió a la casa y subió a la buhardilla. Quizá debería cambiar de refugio. Gabrielle podía continuar creyendo que él estaba allí y enviar allí sus mensajes. Pero era un resguardo tan perfecto para el niño...

Se oyeron unos pasos en la escalera de afuera y la puerta se abrió.

-Papá.

-Es de buena educación llamar a la puerta antes de entrar-dijo Nathaniel, mirando a su hijo con cierta irritación ante la explosiva interrupción.

Jake fijó la vista en sus zapatos y se convirtió de nuevo en el niño tímido de la mansión Burley.

- ¿Qué quieres? -Preguntó Nathaniel, esta vez menos severo, al tiempo que le levantaba el mentón-. ¿Qué tienes en la boca?

-Caramelo -respondió Jake, frotándose con el dorso de la mano-. Es pegajoso.

-Sí, ya veo. Ven aquí -llevó al niño al tocador, mojó un paño en agua y lo frotó vigorosamente.

-En el patio hay conejos -informó Jake, respirando fuerte bajo el paño mojado-. En una jaula. ¿Puedo ir a verlos? Henri tiene que darles de comer.

- ¿Cómo hablas con Henri? -Nathaniel giró el rostro de Jake para un costado y para el otro, examinan do si quedaba algún resto de caramelo-. El no habla inglés.

Jake lo miró confundido por la pregunta.

-Supongo que las acciones son más elocuentes que las palabras -observó Nathaniel.

Jake tampoco entendió aquello, pero se dio cuenta de que el enfado del padre había desaparecido.

- ¿Entonces puedo ir, papá? -brincaba ansioso de un pie al otro-. Es en el patio, frente a la puerta de la cocina.

-Supongo que si, pero... -Nathaniel quedó hablando solo, oyendo que las pisadas de Jake ya se alejaban por la escalera.

Sonrió, en la esperanza de que el niño no asociara a los lanudos gazapos con la cena del día siguiente. Y de repente lo abrumó el anhelo de ver a Gabrielle, de compartir ese pensamiento con ella, de oír su risa exuberante. De pronto deseó que, si había seguido al chico, hubiera arrojado la precaución al viento para hacerle una de sus indiscretas visitas.

Pero esos pensamientos eran una locura peligrosa.

- ¿De modo que usted cree haberse ganado la confianza del jefe de espías inglés, madame? -Fouché hizo rodar un puro apagado entre los dedos rechonchos y miró a Gabrielle con ojos torvos.

-Ha aceptado incluirme en su servicio -respondió ella con calma y se apoyó en el respaldo del sillón, en la oficina de Talleyrand.

- ¿Y cómo viajó usted de regreso a Francia?

-En un barco de pesca, de Lymington a Cherburgo.

-Y viajó con Praed -no era una pregunta, sino una simple afirmación.

Gabrielle controló su semblante mientras su mente trabajaba a toda velocidad. ¿Cómo sabía eso Fouché? Seguramente Talleyrand no se lo había dicho. Echó un vistazo a su padrino. La expresión del ministro era inescrutable.

-Sí -respondió.

La boca de Fouché se torció en una mueca parecida a una sonrisa.

-Parece indecisa, madame.

-No, en absoluto -replicó ella-. Pero me preguntaba cómo se había enterado de eso.

-Usted viajó con uno de mis *laissez passer,* madame.

Cuando entró en Caen, lo mostró en la entrada de la ciudad. Mis hombres toman nota de ese tipo de cosas.

- ¿Y reconocieron a lord Praed?

El negó con la cabeza.

-No, pero yo arriesgué una conjetura afortunada.

¡Merde! Era un desgraciado repugnante y tramposo.

¿Pero habrían visto a Jake? El niño había dormido la mayor parte del primer día, y Gabrielle estaba casi segura de que los guardias no habían mirado en el interior del coche. Nathaniel iba cabalgando al lado, por supuesto.

- ¿Entonces quizá pueda decimos dónde podemos encontrar a lord Praed? -sugirió Fouché.

Se metió el puro en la boca y buscó en los bolsillos las cerillas de azufre. Al ver la mirada de su anfitrión, cambió de opinión, dejó el puro sobre la mesa y en cambio tomó la copa de coñac.

Gabrielle vio el cuerpo de Guillaume yaciendo entre sus brazos, la pequeña mancha carmesí en la carne suave y pálida de la espalda. Volvió a ver cómo se agrandaba la mancha y a sentir cómo le pesaban los brazos a medida que iba abandonándolo el vigor de la vida. Oyó de nuevo aquel leve sonido, mitad protesta, mitad sorpresa, cuando el cuchillo encontró su blanco.

Nathaniel Praed le había robado la vida de Guillaume de Granville, un hombre a quien ella había amado más que a la vida misma.

- ¿Madame? -urgió Fouché, inclinándose hacia adelante en el asiento de modo que su rostro quedó muy cerca del de ella.

-No -se oyó decir Gabrielle, y su voz sonó distante, como si proviniera del pabellón rústico donde había muerto Guillaume tantos meses antes-. No, no lo sé. No me lo dijo. Sólo me dijo que alguien contactaría conmigo.

— ¿Y ya lo ha hecho?

— Gabrielle imaginó a la florista en manos de los policías de Fouché. Negó con la cabeza.

-Aún no.

-Entiendo -Fouché frunció el entrecejo-. Disculpe, madame, pero parece usted un poco insegura en sus respuestas.

-Yo no noto inseguridad, Fouché -Talleyrand habló por primera vez en la entrevista. Esbozó una sonrisa cortés mientras volvía a llenar la copa de la visita-. Gabrielle es de las que siempre miden sus palabras.

-También estoy un poco agotada -agregó Gabrielle-. Fue un viaje muy largo. Le he dicho todo lo que pude acerca de la situación en Inglaterra, y lo que descubrí entre los papeles privados de lord Praed. Si no hay nada más -se puso de pie.

-No, ha sido de gran ayuda, madame -repuso Fouché, al tiempo que se ponía de pie con ella. Sus ojos la examinaron rápidamente, con un destello que la hizo estremecer-. Por supuesto, me informará cuando el espía inglés contacte con usted.

-*Bien sur*-contestó Gabrielle.

-Bueno, debo retirarme, Talleyrand -anunció Fouche-. Utilizaré la puerta trasera, como siempre. No, no... -Protestó cuando Talleyrand tendió la mano hacia la campanilla-. No es necesario llamar a un sirviente.

Puedo encontrar solo mi camino.

-De eso estoy seguro, amigo mío, pero yo ni lo soñaría -murmuró Talleyrand con su sonrisa calma-. Acompañe a Monsieur Fouché hasta la puerta, André-ordenó al sirviente, que apareció tan rápido que quizás estaría detrás de la puerta.

La puerta se cerró y Talleyrand movió la cabeza con una mueca de desagrado.

-Como si yo fuera tan tonto para dejarlo andar en mi casa sin compañía. Probablemente robaría los objetos de plata.

La sonrisa de Gabrielle me un intento débil.

- ¿Le parece que me creyó?

El padrino negó con la cabeza.

-No. Te tomó por sorpresa, tal como era su intención, también estoy seguro de que se enteró de mucho más de lo que tú querías. Es su estilo.

-Pero si no me cree, ¿por qué lo dejó pasar?

Talleyrand se encogió de hombros.

-Eres una ciudadana particular y tienes amigos poderosos. No puede arrastrarte al calabozo a menos que cometas una traición evidente. Estoy seguro de que intentará descubrir por qué mentiste, y puedes tener la certeza de que te estará vigilando.

-Sí -se dirigió a la puerta-. No lo dudo.

-Sólo por curiosidad, ¿por qué mentiste? ¿Por el niño? Aunque Fouché prendiera al jefe de espías, yo puedo proteger al niño. De cualquier modo, Fouché no sabrá qué hacer con él una vez que tenga a lord Praed en sus manos.

-Lo sé... e ignoro por qué mentí. Cuando pensé en Guillaume creí que no lo haría, y luego simplemente lo hice -se encogió de hombros-. Tendré que advertir a Nathaniel que Fouché sabe que él está en algún lugar de la ciudad.

-Protegiéndolo te pondrás en peligro -advirtió Talleyrand.

-Pero Nathaniel te sirve más vivo que muerto, ¿no es así?

-Seguro. Pero puedo encontrar otro intermediario.

- ¿Y a otra seductora?

-Si es necesario...

-Qué actividad tan sucia.

-No creo que eso te resulte una novedad, *mu fille.*

-No, desde luego que no. *Bonne nuit, mon parrain.*

En la tranquilidad de su cuarto, Gabrielle yacía en la cama boca arriba, con los ojos abiertos y los brazos cruzados detrás de la cabeza. El cuarto sólo estaba iluminado por el resplandor del fuego que iba extinguiéndose.

¿Por qué había mentido? Guillaume habría condenado a Nathaniel Praed con tanta frialdad como Nathaniel lo había condenado a él. ¿Por qué ella había dejado pasar la oportunidad de hacer lo mismo? Podría haber sido una venganza muy apropiada, unas pocas semanas antes Gabrielle la habría aprovechado con los ojos cerrados.

Pero cuando removió las brasas de su corazón en busca de la chispa clara y brillante del odio y la venganza, descubrió que ya no estaba allí. No se había dado cuenta de cuándo había desaparecido. Y bien, ¿cuándo se había apagado? Le había dicho a Talleyrand que aún estaba dispuesta a usar a Nathaniel para favorecer las maquinaciones políticas de su padrino. ¿Cuánto de verdad había en eso ahora? Fuera cierto o no, Gabrielle ya no podía imaginarse causando a Nathaniel un daño directo.

Su dolor por Guillaume aún era una llama ardiente, pero de algún modo se había vuelto algo distante del mundo cotidiano. En lugar de ser intrínseco, el único hecho a través del cual ella filtraba todo lo demás, ahora era una emoción totalmente separada que no tenía nada que ver con el resto de las cosas. Y absolutamente nada que ver con su pasión por Nathaniel Praed.

-Entonces, ¿donde lo encontraste? -Fouché inspeccionó con aire de leve curiosidad al chico llorón que sujetaban dos fornidos policías.

-En una taberna, detrás del mercado de las flores, monsieur. Lleva más dinero del que podría ganar en toda mía vida honesta -el que hablaba golpeó con el revés de la mano al muchacho, que se encogió, ya sangraba por el labio partido y tenía un ojo hinchado y morado.

-Hemos estado observando el mercado desde la propina que dio el tuerto Gilíes.

-Ah, sí -Fouché levantó el mentón-. Dijo que se había enterado de unos extranjeros que andaban repartiendo dinero con bastante generosidad, ¿no?

-Sí, monsieur. No es que hayamos visto alguna señal, usted ya conoce al viejo Gilíes. Le da tanto a la botella que vería duendes si creyera que usted le pagara por decirlo.

-Mmm. Y bien, ¿qué tienes para decir en tu defensa, muchacho? -preguntó casi gritando, tras volverse hacia el prisionero con una mirada feroz.

-Yo no hice nada malo -murmuró el muchacho, intentando zafarse de las manos que le aferraban los codos-. Yo sólo hago recados para la vieja que atiende el puesto de flores.

Fouché miró con calculada incredulidad el monedero de cuero que tenía en la mano. Con gesto deliberado lo sacudió y arrojó el contenido sobre la mesa. Una pequeña pila de relucientes monedas de plata captó la luz de las velas de sebo.

-Bueno, bueno -murmuró el policía-- ¿Unos recados para una vieja que vende flores? Parece que tenemos una millonaria en el mercado de las flores, caballeros.

En medio de las debidas risotadas, el muchacho cayó de rodillas, aturdido por el golpe de la cachiporra de uno de los guardias.

-Tiró un trozo de papel al río cuando lo atrapamos, señor -un pie enfundado en una boca pateó la pantorrilla del prisionero.

-Tranquilos, tranquilos -reprobó apenas Fouché a sus hombres. Se acercó al prisionero y con toda deliberación le asestó una patada en el vientre- ¿Qué tal si me dices la verdad antes de que haya más cosas desagradables? -le sugirió con el misino tono moderado.

El muchacho yacía jadeante, enroscado en el piso en posición fetal, sin aliento.

-Levantadlo -Fouché encendió un puro mientras lo ponían de pie. El muchacho colgaba de los brazos de los policías, con los ojos perdidos y la boca medio abierta de dolor y conmoción.

-Ahora, la verdad -Fouché aspiró una profunda calada del cigarro y lanzó el humo a la cara del prisionero-. Cuéntame sobre esos recados.

-Llevo mensajes -dijo el chico entre resuellos-. Mensajes de la florista.

- ¿Adonde?

-A la *rué* de Budé, a la *rué* de Gambardin, a veces a la rué de Vallancaires... por favor, monsieur, eso es todo lo que hago. De verdad -farfulló-. Es la verdad, lo juro.

— ¿Y qué dicen esos mensajes?

El muchacho sacudió la cabeza miserablemente.

-No sé. Yo no sé leer.

-No, supongo que no. ¿Y quién recibe los mensajes?

El chico se secó la sangre de la boca con la manga. Tenía los ojos enloquecidos de terror.

-Cualquiera que abra la puerta, monsieur.

- ¿Y quién te paga?

-Cualquiera que abra la puerta. Algún vecino.

Fouché volvió a mirar las monedas resplandecientes. Era poco probable que los vecinos de las calles que había nombrado el joven poseyeran tales riquezas.

- ¿Y dónde se suponía que debías entregar el último mensaje, el que re ingeniaste para tirar al río?

-En la *rué* de Budé -el muchacho tenía el aspecto de saber que acababa de firmar su sentencia a muerte-. Yo no sabía que era importante, de veras, monsieur.

Fouché levantó una ceja.

-Supuestamente fue por eso que creíste necesario deshacerte del mensaje. ¿Qué número de la *rue de* Budé?

-Número trece, monsieur. Por favor, yo no hice nada malo. Por favor, déjeme ir, monsieur. Puede quedarse con el dinero, pero por favor déjeme ir.

- ¿Intentas sobornar a un ministro de Su Majestad Imperial? -Preguntó Fouché-. ¡Dios mío, muchacho! Lleváoslo -movió la cabeza indicando la puerta, y los dos guardias se llevaron a la rastra al cautivo del pequeño y desnudo cuarto que servía de oficina al ministro de policía de Napoleón.

Fouché movió la cabeza mientras aspiraba el humo del puro. Era en momentos como ése cuando rendía frutos su política de intervención directa en todos los aspectos del trabajo policial de la ciudad. Sus hombres sabían que nada era demasiado insignificante para el ministro. Sin la menor duda, valía la pena visitar el número 13 de la *rué* de Budé. Podía no revelar nada... pero podía contener el premio mayor. El espía inglés estaba en algún lugar de la ciudad, y la condesa de Beaucaire sabía dónde.

Aquella noche había una velada en la casa de madame de Stael. Por supuesto, iría la condesa. Quizás él le dijera una pequeña palabra al oído, a ver si obtenía alguna reacción.

Ordenaría la redada para las primeras horas de la mañana siguiente. Los pájaros rara vez dejaban el nido antes del amanecer, de modo que era la mejor hora para invocar el terror, cuando el espíritu humano se hallaba en su punto más débil. Una tropa de policías de paisano vestidos de negro haciendo estragos en la lie de St. Louis sin duda impediría que los habitantes del lugar hicieran la vista gorda a los extraños, por muy bien que éstos les pagaran por su cooperación.

Cuando entró Fouché, Gabrielle se hallaba inmersa en una animada conversación en el salón de madame Stael con el príncipe Mettemich, el embajador austríaco.

Sintió encima los ojos del hombre y levantó la vista. Estaba en el umbral, observando la brillante reunión social con aire de desdén. El ministro de la policía no era un intelectual, para él los refinamientos de la mente no encerraban atractivo alguno.

-Perdón, condesa. ¿He perdido su atención?

- ¿Disculpe, señor? -Gabrielle se volvió hacia su acompañante con una sonrisa de disculpa. Mettemich era un hombre muy parecido a su padrino. Uno de los políticos y diplomáticos más talentosos del escenario europeo, de todas maneras no igualaba a Talleyrand. Pero se tenían aprecio y respeto mutuo-. Tuve la indudable sensación de que monsieur Fouché intentaba captar mi atención.

-Entonces vamos a saludarlo -el príncipe se puso de pie con una galante reverencia y le ofreció el brazo.

Gabrielle lo tomó y se alegró de estar en su compañía. Si una se sentía incómoda con Fouché, siempre resultaba más confortable hablar con él en compañía de alguien.

-Monsieur Fouché. No viene a menudo a este tipo de círculos -lo saludó con naturalidad-. Por supuesto, conocerá al príncipe Mettenich.

-Por supuesto -los dos hombres intercambiaron reverencias.

-Hoy me sentía de ánimo expansivo, condesa -explicó Fouché, sonriendo-. Creo que he descubierto el paradero de nuestro huidizo amigo.

Por las venas de Gabrielle corrió hielo. Sonrió.

-Disculpe, monsieur. ¿Qué amigo huidizo?

-Su compañero de viaje, madame. Parece que ha venido a descansar en algún lugar de la lie de St. Louis.

La observaba con los ojos de halcón de un interrogador experto, y detectó una palpitación casi imperceptible en una de las comisuras de los ojos color carbón.

-Merece que lo feliciten, monsieur Fouché -contestó Gabrielle con calma-. Por haberlo descubierto con tanta rapidez.

-Tengo oídos en todos los rincones de esta ciudad, madame -repuso él con otra reverencia-. Sí me disculpa, debo saludar a la dueña de casa.

Se alejó, deslizándose entre la multitud con una leve sonrisa de satisfacción en los labios finos.

-Un hombre bastante bruto -observó Metternich-. Aunque superlativo en su trabajo.

-Ah, sí -convino Gabrielle-. Superlativo. ¿Me acompañará a la presencia de mi padrino, príncipe?

-Desde luego.

Talleyrand los vio acercarse y arrugó la frente. Gabrielle estaba más pálida que de costumbre.

-Tengo jaqueca, *man parrain* -dijo ella-. ¿Puedo llevarme el carruaje y enviártelo después?

-No, te acompañaré a casa -le ofreció el brazo-. Príncipe, me agradaría mucho tener una conversación con usted. Quizá pueda cenar conmigo mañana.

-Me encantaría -Metternich hizo una reverencia para despedirse, y Gabrielle y su padrino se retiraron.

- ¿Y bien? -dijo Talleyrand una vez que se hallaron en el refugio del carruaje.

La escuchó en silencio.

-Te pondrás en un gran peligro si adviertes a Praed -aclaró cuando Gabrielle terminó-. Garantizaré la seguridad del niño. Eso puedo prometértelo con certeza. Pero si haces esto, no podré protegerte de Fouché.

-Entiendo -Gabrielle se apoyó en el respaldo del bamboleante coche, mientras las luces de los vehículos que pasaban parpadeaban en la ventanilla. ¿Estaba a punto de arriesgar su vida por Nathaniel? Lo habría hecho por Guillaume sin pensarlo, pues él había sido el gran amor de su vida. Pero en una sola existencia no había espacio para dos amores tan abrumadores. Lo que ella sentía por Nathaniel era pasión. No amor.

-Debo hacerlo -se oyó decir, como si su mente y su voz funcionaran por separado.

Talleyrand se limitó a asentir con un gesto de la cabeza.

19

Gabrielle pasó cinco minutos por la *rué* d'Anjou para quitarse el vestido de noche y ponerse los pantalones. Guardó su pistola en el bolsillo, se envolvió en una capa, se acomodó el pelo dentro de la capucha y volvió a correr hacia el carruaje que aún la esperaba en la puerta.

-Al mercado de las flores, Gastón. Lo más rápido posible.

-*D'acord, comtesse* -el conductor se tocó la punta de la gorra e hizo silbar el látigo.

Ella iba sentada en el borde del asiento mientras el vehículo avanzaba balanceándose y el grupo de caballos obedecía el apremiante estímulo del látigo del conductor. No se permitiría pensar en nada más que en el plan inmediato. Tenía que llegar allí antes que los hombres de Fouché, eso era lo único que debía considerar. Nathaniel tendría una ruta de escape, como siempre la había tenido Guillaume. Si contaba con suficiente tiempo de advertencia, escaparía de la trampa.

El carruaje se detuvo en una plaza espectralmente desierta, que a la luz del día era un alboroto de colores y parloteos, cuando los floristas se peleaban y competían por los clientes. Los pies de Gabrielle resonaron cuando saltó sobre los adoquines y observó los edificios silenciosos que flanqueaban la plaza, la bomba central, los postes de madera que sostenían los toldos de lona. Era un escenario a la espera de que comenzara el drama. Un rato antes había llovido, los charcos de agua brillaban a la leve luz de la luna y el suelo estaba resbaloso.

Gabrielle corrió por las estrechas calles cercanas al vasto edificio de Notre Dame, cuyas agujas se elevaban por encima de los techos inclinados penetrando como flechas en el cielo lavado por la lluvia. Cruzó el puente hacia la He de St. Louis y se sumió en la oscuridad de la calle central adoquinada, tan estrecha que el cielo nocturno era una fuera raja oscura entre los tejados enfrentados.

Pisó los charcos sin prestar atención a los desperdicios que se le pegaban en las botas y el borde de la capa, iba con los ojos fijos en la esquina de la *rué* de Budé que estaba más adelante.

De repente oyó un ruido de pisadas a su espalda. Se zambulló en el vano de una puerta y se agazapó en las sombras, mirando la calle. Avanzaba un grupo de faroles.

El corazón le saltó a la garganta. Eran seis hombres, todos llevaban faroles, todos blandían garrotes, todos vestían el distintivo abrigo negro y la gorra negra de la policía de Fouché.

Los hombres se dirigían a la *rué de* Budé.

Gabrielle se sumergió en la *rue* de le Regratder, con la mente acelerada, el corazón retumbándole en el pecho mientras corría hacia el río. Tendría que acercarse a la casa desde el *qual* d'0rléans. Era un camino menos directo, pero contaba con la ventaja de la velocidad y de saber que ellos estaban allí. Los hombres de Fouché no sabían que estaban corriendo una carrera.

Ahora Gabrielle llevaba la pistola en la mano y corría más rápido de lo que creía posible, con la respiración sollozante en la garganta. Una figura acurrucada en un umbral le gritó algo, pero ella lo ignoró. Un perro ladraba frenéticamente desde un patio, y una voz de mujer lo insultaba a los gritos. El perro aulló cuando algo se estrelló en el suelo con un violento estrépito.

Gabrielle siguió corriendo. Dos hombres salían trastabillando de una taberna, demasiado bebidos como para hacer otra cosa que parpadear perplejos cuando la ágil figura pasó velozmente junto a ellos. Luego uno de los hombres intentó perseguirla, pero abandonó enseguida cuando Gabrielle desapareció en la esquina de la *rué* de Bude.

No se detuvo en su avance apresurado por la calle, con la cabeza baja, como si así pudiera volverse menos visible para cualquiera que se acercara. Pero no había rastro de faroles, ni sonido de botas policiales.

¿Adonde habrían ido? La invadió el pánico. Con certeza aún no habrían llegado a la casa. La calle de más adelante se hallaba desierta. ¿Ya estarían adentro? No, imposible. Habrían necesitado alas para llegar antes que ella, y además ella tendría que haber oído el ruido. Los hombres de Fouché no tenían motivo para hacer su trabajo en silencio.

Llegó al número trece y golpeó con fuerza la puerta con los puños cerrados, mirando desesperadamente por encima del hombro hacia la calle, esperando ver en cualquier momento al grupo siniestro de faroles avanzando oscilantes hacia ella.

Pero los hombres de Fouché, al no ver necesidad de apresurarse en su trámite, habían hecho un pequeño desvío hacia la taberna, donde estaban apagando la sed en alegre ignorancia de la inminente fuga de su presa.

Encima de la puerta, de pronto se abrió una ventana y se asomó la cabeza de monsieur Farmier con la gorra de dormir torcida. Un raudal de obscenidades acompañó a la exigencia de saber quién pretendía levantar a los muertos a semejante hora.

- ¡*Ouvrez la porte!* -dijo Gabrielle en un susurro excitado, su rostro blanco relucía en la oscuridad. No tenía manera de identificarse, pero su urgencia habrá sido lo bastante elocuente, ya que el panadero se retiró de la ventana y cerró ruidosamente los postigos. Gabrielle oyó unos pies que bajaban pesados la escalera, luego chirrió el cerrojo y se abrió la puerta.

-*Merci.* Usted tiene a alguien parando aquí. ¿Dónde...?

- ¡Gabrielle! -Nathaniel ya bajaba la escalera casi rebotando, la pistola en mano, antes de que ella pudiera terminar la frase-

-Los hombres de Fouché -dijo jadeante.

- ¿Dónde?

-Detrás de mí... A unos minutos, creo, pero desaparecieron.

Nathaniel no perdió más tiempo en preguntas. La asió y la arrastró detrás de él por la escalera, hacia la buhardilla, donde comenzó a arrojar sus pertenencias en la maleta. Jake se sentó en la cama, soñoliento.

- ¿Gabby?

- ¡Shh! -Nathaniel se volvió de golpe hacia él y, con una voz que era apenas un susurro pero transmitía una autoridad feroz, le dijo-: No dirás nada, ni una palabra, ni un sonido, hasta que yo te diga. ¿Está claro?

Jake asintió con la cabeza, mirándolo en aterrado silencio.

-Eso también vale para ti -ordenó a Gabrielle.

Empujó la pared y el bloque de piedra se deslizó hacia atrás-. Toma a Jake y entra ahí.

-Pero tu...

- ¡Haz lo que te digo!

Gabrielle sacó a Jake de la cama, tomó la manta y entró por la pared. El bloque se cerró a sus espaldas.

Solo, Nathaniel se movió con económica eficiencia en el reducido espacio, eliminando toda señal de haberlo habitado, sacudiendo la almohada del catre, estirando las sábanas ordinarias sobre el jergón de paja. Tiró el agua del aguamanil por la ventana, secó la superficie del tocador con el pañuelo y echó un último vistazo antes de tomar la vela y su maleta y apretar de nuevo para abrir el bloque de piedra.

Gabrielle y Jake estaban contra la pared, el niño envuelto en la manta, en brazos de ella. Ninguno de ellos dijo nada cuando Nathaniel abrió la pared más alejada e indicó con un gesto que siguieran adelante. Llegaron a la tercera casa cuando les llegó débilmente el ruido de los golpes en la puerta del número trece. Gabrielle dio un salto y miró con ansiedad a Nathaniel, pero él, con expresión impasible, la empujó delante de sí.

En la última habitación, Nathaniel alzó los brazos y quitó dos vigas del techo.

-Arriba, Jake -dijo en voz baja, levantó al niño y lo empujó hacia la oscuridad. Jake lloriqueó-. Ahora tú, rápido, y mantenlo callado -Nathaniel tomó a Gabrielle de la cintura y la alzó para que ella pudiera asir el borde de la abertura-. Apóyate en mis hombros.

Ella apoyó los pies sobre los hombros de él y se dio impulso hacia el diminuto y oscuro espacio, luego se inclinó para tomar la maleta y la vela que sostenía Nathaniel, y después las dos vigas que había quitado.

Nathaniel se balanceó para izarse y atravesar la abertura con la agilidad de un acróbata, y con destreza volvió a colocar las vigas. Apenas había espacio suficiente para los tres. Era una oscuridad renegrida, y el poco aire que había era denso y húmedo.

Jake resolló y volvió a lloriquear. Nathaniel lo atrajo y apretó la cara del niño contra su pecho, para no dejar escapar los sonidos. Parecían estar sepultados en silencio, Gabrielle sintió que los viejos terrores de las pesadillas le acechaban la mente. En una ocasión anterior ya había estado escondida en un techo, protegiéndose de una turba violenta. El olor rancio de las vigas y el escozor del polvo le asaltaba otra vez las fosas nasales como en aquel lejano día. Este techo la oprimía igual que el otro. En un instante se caería... o gritaría...

De repente sintió la mano de Nathaniel sobre la suya en la oscuridad. Era un contacto que la traía al presente, y se apartó del abismo con un estremecimiento de terror.

El la asió con más fuerza y ella se dio cuenta, con tanta claridad como si hubiese hablado, de que él comprendía lo que había pasado y lo cerca que había estado de perderse de nuevo en la pesadilla. Gabrielle le apretó la mano en agradecimiento y descubrió que, a pesar de oscilar en el pico de una horrible tensión, ahora podía escuchar atentamente y sin pánico los ruidos de la persecución.

Alcanzaron a oír ruidos que llegaban de la calle, Gabrielle supuso que los hombres de Fouché estaban despertando a los habitantes de cada casa, dispuestos a revisar la calle completa una vez que encontraran que en el numero trece no había espías.

Pero la policía no sabía nada acerca de las puertas secretas que conectaban con los altillos de las casas. No era algo fuera de lo común en aquellas calles medievales donde a lo largo de las épocas los perseguidos se habían escabullido de los opresores. Pero los policías de Fouché no eran famosos por la sutileza de sus procesos de pensamiento ni por sus conocimientos de historia, sino sólo por su habilidad para extraer información por la fuerza o asesinar sin escrúpulos.

Al fin los ruidos llegaron a la puerta de la última casa de la calle. Era casi un alivio, tras el terror de la expectación. Gabrielle se mordió fuerte el labio y sintió gusto a sangre, se

esforzó por concentrarse en el dolor y no en los ruidos de la casa...los movimientos y los golpes y los gritos.

Nathaniel acariciaba la cabeza de Jake, aferrándolo con fuerza contra él, y con la otra mano aferraba a Gabrielle con firmeza. Como siempre en tales momentos, se hallaba en perfecta calma, reservando su energía y la fuerza de la adrenalina engendrada por el terror para cuando fuesen necesarias. Por el momento no había nada más que pudiera hacer, salvo esperar y brindar a sus acompañantes todo el aliento y la contención que podía.

Luego los ruidos se oyeron inmediatamente debajo de ellos. Los policías abrieron la puerta de una patada, las botas resonaron en el suelo de madera. ¿Habría quedado algún resto de polvo de yeso en el piso, de cuando él había sacado las vigas? El pensamiento cruzó veloz la mente de Nathaniel, que sintió que el corazón comenzaba a acelerársele, preparándose para la acción. Sin duda lo buscaban a él. Si hacían algún movimiento en dirección a las vigas, él les saltaría encima, dejando a Gabrielle y Jake aun ocultos.

Gabrielle tendría la intuición de permanecer inmóvil... por el bien de Jake, si no era por el propio.

Pero ella era la que más grave peligro corría. Debía de saberlo. Había traicionado a sus propios jefes para salvar a un espía enemigo. Nathaniel no esperaba que ella lo traicionara en aquella misión en que lo acompañaba Jake pero, desde luego, mucho menos esperaba que Gabrielle arriesgara su propia vida para protegerlo.

Alguien abrió los postigos de la pequeña ventana, con retumbante estrépito y ruido a maderas astilladas. Al gemido de protesta de una mujer por aquel destrozo sin motivo los policías respondieron con una sarta de obscenidades. Era evidente que los hombres de Fouché estaban muy irritados. En la *rué* de Budé sólo habían encontrado a aterrorizados vecinos.

Los Farmier, como muchos de su clase, eran expertos en fingir total idiotez frente a una autoridad violenta. Una vez que se dieron cuenta de que su inquilino y el niño se habían escabullido sin dejar rastro, no teman nada que ganar dando información, y sí todo que perder.

Los policías entendían de ignorancia y de codicia, ya que provenían de su misma clase social, y no veían nada fuera de lo común en un hombre que, a cambio de generosos pagos, hacía la vista gorda a las cosas que sucedían en su casa.

Finalmente, tras haber descargado su frustración sembrando terror y destrucción en toda la calle, los hombres de Fouché fueron a ahogar su fracaso con un poco de *vin ordinaire* en la taberna.

Jake temblaba apretado a Nathaniel cuando el ruido de las botas ya iban alejándose escalera abajo. Gabrielle sentía un vivo dolor en los hombros, donde tenía los músculos anudados en un violento calambre. Intentó aliviarlo, y quería gritar del dolor, pero en cambio se mordió de nuevo el labio. Nathaniel respiró larga y lentamente varias veces y soltó un poco a Jake, para que el niño pudiera mover la cabeza más allá de los límites del pecho de su padre.

Permanecieron acurrucados en silencio durante una eternidad, hasta que Nathaniel consideró que ya podían moverse en seguridad. Hablándole al oído, susurró a Gabrielle las instrucciones.

-Yo bajaré. Vosotros os quedáis aquí.

Ella asintió con la cabeza. La embargaba la aflicción de la perspectiva de quedarse sola en ese espacio oscuro y angosto mientras Nathaniel se exponía a cualquier vicisitud que aguardara afuera, pero la aflicción en situaciones de riesgo no era para ella una experiencia desconocida.

Nathaniel quitó de nuevo las vigas, se columpió y bajó al cuarto silencioso. Colocó las vigas antes de dirigirse hacia la ventana, donde las persianas hechas añicos se mecían desoladamente. Miró atentamente hacia el patio. Estaba desierto, una vez más, la casa se hallaba a oscuras y en silencio.

Cruzó en dirección a la puerta, la abrió con cautela y fue hasta el rellano, con el oído alerta. Reinaba un silencio absoluto.

Retornó al cuarto y dejó caer la pesada barra de madera sobre la puerta, para trabarla antes de quitar de nuevo las vigas.

-Vamos, Jake.

El rostro aterrado del pequeño apareció en la abertura, y medio cayó, medio saltó en los brazos del padre.

Gabrielle se balanceó y bajó sola, con torpeza por sus músculos acalambrados, y se estiró con un sofocado gemido de dolor.

— ¿Estás bien? -Preguntó Nathaniel con voz tranquila, aún sosteniendo al niño.

Ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

-Un poco agarrotada... nada más... gracias a Dios.

-Marchémonos de aquí -dijo él con el mismo tono sereno.

- ¿Adonde?

-Estaremos escondidos -respondió él con un leve esbozo de sonrisa-. Al menos esta noche.

Cargando al niño, la condujo de regreso por entre las casas hasta que llegaron al número trece. Bajaron despacio la escalera y salieron por una puerta trasera hacia el patio donde estaban los conejos en sus jaulas, soñolientos y amontonados.

-Debemos darnos prisa -susurró Nathaniel, mirando hacia el cielo donde se vislumbraban las primeras luces del alba.

Se deslizaron por una puerta hacia otro callejón, y Nathaniel caminó adelante con pasos rápidos, a grandes trancos, sin que su velocidad se viera entorpecida por el peso del niño que llevaba en los brazos. Gabrielle casi corría para mantenerse a la par.

Entraron en una pequeña iglesia con paredes de piedra agrietada y mohosa y tejas que caían del techo vencido. Tenía un aspecto destartalado que resultó patético a Gabrielle, como alguien cuyos ofrecimientos de consuelo habían sido inexplicablemente despreciados. Suponía que el edificio había caído en ese estado durante la Revolución, cuando se prohibía la religión organizada y nadie hacía uso de las iglesias.

Nathaniel miró a un lado y otro del callejón, y enseguida avanzó hacia un costado del edificio. Un tramo de deteriorados escalones de piedra comunicaba con la cripta. Gabrielle lo siguió abajo. Nathaniel tanteó un nicho que había en la pared, sacó una llave, la introdujo en la manchada cerradura de bronce y la puerta se abrió con un crujido, emanando una ráfaga de aire frío como una tumba y de pesado olor a piedra antigua y tierra húmeda.

-Este lugar no me gusta -gimoteó Jake cuando penetraron en la húmeda oscuridad y Nathaniel empujó la puerta para cerrarla tras ellos-. Quiero ir a casa.

-Shh, estás conmigo -ordenó Nathaniel-. Estás a salvo.

-Pero me asusta.

-Sí-admitió Gabrielle, procurando que su voz sonara alegre y divertida-. Pero creo que podemos encender la vela.

- ¿Puedes encontrarla? -Preguntó Nathaniel con el mismo tono ligero, como si todo aquello fuese completamente normal- En algún lugar de la maleta hay yesca y pedernal.

Gabrielle buscó a oscuras entre la pequeña pila de pertenencias, encontró los dos objetos y al cabo de un momento el acogedor fulgor de la vela brindó un poco de iluminación.

No era un lugar alegre, pensó Gabrielle al ver las húmedas paredes de piedra y las lajas verdosas y agrietadas bajo sus pies.

- ¿Esta es otra casa segura?

-Más bien un santuario -respondió Nathaniel, como si se tratara de algo de lo más común-. La iglesia no se usa, y la cripta es un refugio de emergencia, para utilizar sólo en caso de extrema emergencia -añadió-. Encontraremos unas mantas y un farol en algún sitio y algunas provisiones mínimas.

-Por ahí-Gabrielle señaló una tumba en la que un caballero de piedra completamente armado descansaba por toda la eternidad con las manos cruzadas piadosamente sobre el pecho. En la base de la tumba había un montón de mantas y un farol con un pequeño tarro de aceite. Había también una botella de agua y varias barras de chocolate. En el piso, un cubo de agua para las necesidades. Aparte de eso, no había nada más que las tumbas de los muertos.

-Un poco triste -observó Gabrielle en un tono que esperaba sonara semejante al de Nathaniel-. Veamos si esto cambia algo las cosas-llenó el farol con aceite y encendió la mecha.

Jake chilló y hundió la cara en el hombro de su padre cuando las formas grotescas de caballeros armados y los obispos con mitras de piedra danzaron en el techo abovedado.

Nathaniel lo tranquilizó acariciándole la espalda mientras se sentaba sobre una tumba y poma al niño en su regazo. Jake, con el pulgar en la boca, se mecía solo en los brazos de su padre, de pronto vencido por el agotamiento físico y emocional.

Nathaniel observó a Gabrielle, los ojos indescifrables bajo la penumbra dolante.

- ¿Cómo te enteraste de la redada?

-Después de que te envié el mensaje en el que te decía que Fouché sabía que estabas en París...

- ¿Qué mensaje? -el interrogatorio resonaba en el frío húmedo-. Sólo recibí uno ante ayer, y no decía nada acerca de Fouché,

-Pero esta mañana te envié un mensaje por la florista... Bueno, ahora debería decir «ayer» por la mañana.

-Jamás lo recibí.

- ¿Qué pudo haberle sucedido?

Nathaniel la miró sombrío por encima de la cabeza de su hijo.

-Ya es un poco tarde para preocuparse por eso. ¿Cómo se enteró Fouché de que yo estaba aquí?

-Al parecer, te localizó uno de sus hombres. Supongo que hay gente capaz de reconocerte.

-Nunca sucedió antes -dijo Nathaniel, terminante. Si Gabrielle había traicionado a Fouché, ¿entonces por que habría de arriesgar el cuello para salvarlo a él? ¿Arrepentimiento tardío? Aquello resultaba demasiado impropio de Gabrielle. No, probablemente lo habían reconocido en alguno de los puntos de control durante el viaje desde Cherburgo. Siempre era un riesgo.

-Bueno, esta vez sucedió -replicó Gabrielle. La tensión y el cansancio agregaban un filo a su voz-. Además, esta noche yo estaba en una velada en la casa de madame de StaéI, y Fouché andaba alardeando acerca de cierto golpe que planeaba dar. Yo no sabía si se refería a que te había encontrado, pero pensé que sería mejor advertirte, por las dudas, Y cuando me topé con sus hombres... -tendió las manos con las palmas hacia arriba.

-Supongo que seguiste al mensajero de ayer -dijo Nathaniel.

Ella asintió.

Nathaniel acarició la cabeza de Jake con aire pensativo. Gabrielle había arriesgado su vida para salvarlo, había sido una elección crucial. Envolvió en una manta al niño que tiritaba. ¿Una elección duradera o apenas una reacción emocional?

-Será mejor que te marches antes de que te echen de menos -le dijo- Jake y yo nos quedaremos aquí todo el día, a la noche nos marcharemos.

Gabrielle se quedó mirándolo en la penumbra, mientras él continuaba sentado en la tumba, sosteniendo al niño. Era un lugar espantoso para pasar las largas horas del día. Ahora las tensiones de la noche se tomaban visibles en los rasgos tensos de su rostro, oscurecido por la sombra azulada de la barba sin afeitar, y sus ojos estaban hundidos de cansancio.

-Entonces volveré luego -Gabrielle se dirigió a la puerta.

-Gabrielle -llamó Nathaniel con voz suave.

- ¿Sí? -Gabrielle se dio vuelta.

-Te debo la vida. La mía y la de Jake -tenía el rostro en sombras, pero ella percibió su quietud, la mortal seriedad de su afirmación.

- ¿Qué otra cosa esperabas que hiciera cuando mi jefe estaba en peligro? -intentó infundir ligereza a su pregunta, como si fuera en parte una broma, pero no lo consiguió. Sonó poco amable, casi impaciente.

-No sé qué esperaba -respondió él en voz baja.

-Ya lo ves, estoy llena de sorpresas -intentó una sonrisa-. Será mejor que me marche. Volveré esta noche.

Sin esperar respuesta, salió por la puerta hacia la clara luz del amanecer, dejando a Nathaniel y a su hijo en las penumbras del farol de la cripta.

Era cierto que Gabrielle de Beaucaire estaba llena de sorpresas, reflexionó Nathaniel. Aquella noche había hecho una elección que no tenía sentido alguno para la rival despiadada, diestra y experimentada que él sabía que ella era.

¿Y qué sería ahora de los planes de él?

Imposible decidir en aquel momento. Jake se agitó y lloriqueó en sus brazos, y Nathaniel le acarició la cabeza murmurando palabras tiernas de consuelo hasta que el niño volvió a tranquilizarse.

Nathaniel cambió de posición sobre la tumba hasta apoyar la espalda contra la pared mohosa de la cripta. Cerró los ojos. El rostro de Helen acudió a él en el aire húmedo de la tumba sombría... tenía el mismo rostro que en su lecho de muerte. Blanco, exangüe, las líneas del sufrimiento alisadas por la mano de la muerte. Sin querer, Nathaniel aferró a su hijo con más fuerza.

20

Eran las ocho de aquella noche cuando Nathaniel emergió de la cripta de la mano de Jake, la maleta echada al hombro. Cerro la puerta, volvió a colocar la llave en el nicho de la pared para la próxima persona que se hallara en extrema necesidad del santuario, y subió la escalera.

Jake iba en silencio, aferrando la mano de su padre. Estaba asustado, pero el alivio por dejar el escondite superaba en gran medida al miedo. Chupaba un trozo de chocolate, lo mantenía en el interior de la mejilla mientras la cálida dulzura se derretía en su lengua. Le recordaba las cosas seguras y reconfortantes, como la cama de su cuarto y Neddy y cómo olía Primmy cuando lo besaba, un aroma apagado y dulzón como de flores secas en el cuarto quieto.

Una figura alta, envuelta en una capa, salió de entre las sombras al final de la escalera.

Nathaniel se congeló pese a reconocerla. Jake saltó y pronunció su nombre antes de recordar que no debía hablar.

-Shh -dijo Gabrielle, poniéndose un dedo en los labios, mientras le sonreía en la oscuridad.

- ¿Qué diablos pretendes, dejándote caer de ese modo? -reclamó Nathaniel en un susurro indignado-. Te esperaba en la cripta al anochecer.

-Me llevó un buen rato arreglar todo -susurró Gabrielle, en apariencia impasible al enfado de él-. Tengo un *laissez passer* para ti -su sonrisa torcida resplandeció blanca en la penumbra-. Con él podrás ir a cualquier parte de la ciudad... alojarte en un hotel, viajar adonde quieras.

Buscó en el bolsillo del abrigo y sacó el valioso documento.

-Mira. Está a nombre de Gilbert Delors, un sirviente doméstico de Monsieur le Prince de Talleyrand, el sirviente tiene instrucciones de viajar a las propiedades de su amo en Ferigord y debe permitírsele el paso sin inconvenientes ni tardanzas.

- ¿Cómo diablos conseguiste esto? -miró perplejo el papel.

-Lo robé -contestó ella-. ¿Ves? Está firmado por el mayordomo de Talleyrand -señaló la firma- El verdadero Gilbert Delors ha estado todo el día dando vueltas por la casa, buscándolo. Cuando salió de la oficina del mayordomo, yo le di un recado muy urgente para

que me hiciera, varios paquetes que había que llevar a mi cuarto de inmediato. Cuando le llené los brazos de paquetes, él dejó el papel en la mesa... *el voila.*

Nathaniel dio vuelta el documento en la mano. Era el pasaporte de Jake hacia la seguridad. Podría dejar París, viajar a cualquier parte del país sin inconvenientes.

Podría comprar un pasaje en un *paguet* de línea en Calais en lugar de esperar en peligro el eventual regreso del barco de pesca.

Con certeza, Gabrielle no hacía las cosas por la mitad, pensó Nathaniel. De pronto tuvo la absurda urgencia de reír, de abrazarla y bailar una jiga, el alivio le corrió por las venas y sintió que se le relajaban los músculos al alejarse un paso del borde del precipicio por primera vez desde que habían llegado a París.

-Vayamos a buscar algo para cenar-dijo-.Y una cama decente.

-Ah, bueno, también tengo planeado eso -anunció Gabrielle con una sonrisa misteriosa-. Hay ciertos establecimientos a los que un hombre puede llevar a una mujer sin que lo cuestionen -se abrió el abrigo y los ojos de Nathaniel se nublaron.

Gabrielle llevaba un traje de terciopelo color carmesí ribeteado con encaje chabacano. El escote era tan pronunciado que apenas le tapaba los pezones, y la falda dejaba ver una enagua arremangada bien arriba de los tobillos, que estaban enfundados en algo que, a la asombrada mirada de Nathaniel, parecía ser unas medias de algodón. En los pies llevaba un par de zapatos negros con hebillas.

-Por Dios -murmuró él-. ¿A qué estás jugando?

-Al juego de la bandida -respondió Gabrielle con un destello pícaro en los ojos. También ella parecía infectada de cierto regocijo casi maníaco-. ¿Quién va a cuestionar a un sirviente y su puta en Pigalle?

Nathaniel sacudió la cabeza como intentando aclarar las telarañas de su mente.

- ¿Y Jake,..?

-Estará a salvo con nosotros, es demasiado chico para encender nada acerca del lugar, y será mucho más seguro y más cómodo que ocultarse de la policía secreta en criptas.

- ¿Y qué conoces tú de esos lugares? -quiso saber Nathaniel.

-Bueno, debes saber que he tenido un amante -respondió Gabrielle con tono despreocupado-. Solíamos tener nuestras citas allí. Vamos, en Notre Dame encontraremos un carruaje.

- ¿Qué? ¡Vuelve aquí! -Nathaniel la agarró del brazo cuando ella estaba por salir a la calle.

Gabrielle le sonrió.

-No irás a hacerte el puritano, ¿verdad?

La bruma del Sena se adhería al pelo rojo oscuro que caía suelto sobre sus hombros, y los ojos color carbón brillaban encendidos por el desafío y la travesura, como él no los veía desde hacía una eternidad.

De pronto Jake tironeó de la mano de su padre. No comprendía de qué hablaban Gabby y papá, pero el chocolate se le había terminado y ahora de nuevo tenía frío, hambre y cansancio.

-Papá -esa única palabra era una pequeña suplica que los trajo a la realidad como no podría haberlo hecho ninguna otra en aquel momento.

Nathaniel se inclinó y lo alzo.

-No sé qué diablos estás tramando, Gabrielle -dijo-, pero vamos.

Ella parecía tener alas en los pies, pensó Nathaniel mientras la seguía a Notre Dame. En el parque, frente a la catedral, había varios carruajes de alquiler. Gabrielle llamó a uno con un vulgar movimiento de los dedos, y con la jerga de la calle entabló con el conductor una charla procaz que dejó a Nathaniel entre la risa y la total perplejidad. Gabrielle subió al carruaje de un salto, tomó al desconcertado pero obediente Jake y lo sentó en su regazo, mientras su padre subía y cerraba la puerta.

- ¿Dónde diablos aprendiste a hablar de ese modo? -inquirió Nathaniel mientras el coche avanzaba a los tumbos.

Los ojos de Gabrielle centellearon en la oscuridad.

-Siempre quise ser actriz.

Nathaniel se recostó en los cojines y cerró los ojos, derrotado.

-Bandida -murmuró para sí-. Una auténtica bandida.

Gabrielle sofocó una risita y abrazó con suavidad a Jake, que se chupaba el pulgar y se mecía con el movimiento del carruaje, absorbiendo la atmósfera distinta que lo rodeaba. El temor y la tensión habían desaparecido, y no había signos del enfado que a menudo se encendía entre su padre y Gabby. Se estaban comportando de un modo que lo hacían sentir tranquilo y feliz, y papá tenía aquella graciosa sonrisa que sólo aparecía cuando estaba con Gabby.

El carruaje se detuvo en Pigalle. Gabrielle bajó de un salto e informó al conductor, con un gesto descarado, que pagaba su acompañante y que también podía solventar un buen *pourboirc.*

Nathaniel pagó el viaje y la propina requerida, sin objeciones. La plaza estaba concurrida y bien iluminada, mujeres ofreciéndose en cada esquina, los potenciales clientes holgazaneando y examinando la mercancía. Nathaniel miró a Jake, que parecía indiferente a la escena, de la mano de Gabrielle, con los ojos medio cerrados del cansancio.

-Por aquí -Gabrielle enlazó su brazo con el de Nathaniel, dejando que se le abriera el abrigo para mostrar el provocativo vestido.

Obviamente, Gabrielle había elegido esa vestimenta con el misino cuidado que el resto de su guardarropa, pensó Nathaniel con otro estremecimiento divertido, mientras ella los conducía por la plaza hacia una estrecha calle lateral donde las casas tenían faroles ante 1as puertas y las ventanas. Las mujeres estallan apoyadas en los umbrales o sentadas en las ventanas mostrando sus encantos.

Gabrielle se detuvo ante una casa mucho más discreta, donde un farol colgaba sobre una puerta cerrada y cuyas ventanas estaban cerradas.

- ¿Qué es este lugar? -quiso saber Nathaniel mientras ella golpeaba a la puerta con soltura.

-El ama de aquí fue la nodriza de Julien hasta que cambió de profesión. El ha mantenido el contacto con ella, y junto con sus compañeros del ejército utilizaba esta casa

para sus citas de amantes. Es una mujer muy servicial y discreta. Creo que para ella es un trabajo extra muy remunerativo,

Probablemente Julien era el amante de Gabrielle, concluyó Nathaniel. En ese momento se corrió la mirilla de la puerta y un ojo llenó la abertura. ¿Pero dónde encajaba la condesa de Beaucaire en todo aquello?

Observó fascinado cuando Gabrielle levantó la mano hacia el enrejado e hizo un círculo con el pulgar y el índice, en una suerte de seña de identificación. Abrió la puerta una mujer muy gorda, con vestido de bombasí rayado y una gorra de encaje en el peto grisáceo.

Saludó a Gabrielle con un placer formal que indicaba que eran viejas conocidas aunque no íntimas, sometió a Nathaniel a una atenta inspección y luego se abalanzó sobre Jake con gritos de embelesamiento.

- ¡*Oh, le pauvre petit!*-estrujó al niño perplejo contra su enorme busto, al tiempo que oía con mente calculadora la solicitud de Gabrielle de dos habitaciones contiguas.

Asintió con la cabeza y de inmediato dijo una suma que a Nathaniel le pareció exorbitante. Sin embargo, Gabrielle se levantó la falda, al estilo de su profesión adoptada, y de la liga extrajo un rollo de billetes, contó la cifra requerida, guardó el resto, agradeció con efusividad a su anfitriona y se volvió hacia Nathaniel con una sonrisa.

-Listo. Ya está todo arreglado. Jake puede ocupar el cuarto más pequeño, y nosotros podemos... bueno... podríamos hacer lo que se supone que se hace en casas como ésta -señaló-. Oh -dijo enseguida, como si se acabara de ocurrírsele-. Quizá nunca hayas frecuentado uno de estos lugares.

- ¡Aguarda un momento! -dijo él con un susurro feroz.

-No estoy segura de poder -replicó Gabrielle, humedeciéndose los labios con la lengua, dio media vuelta y siguió el amplio trasero de la dueña del burdel escalera arriba.

Del otro lado de una puerta cerrada llegaban las notas de un piano, risas, murmullos, un breve chillido... más de excitación que de terror, concluyó Nathaniel. Evidentemente, se hallaban en un prostíbulo más saludable que los que habían visto en la plaza. Los suelos estaban limpios, la pintura era nueva, la decoración era discreta. Y las dos habitaciones que les mostró la dueña se hallaban limpias y bien arregladas, aunque decoradas de manera un poco más ostentosa que los pasillos de afuera. Ardían fuegos en ambos hogares y había abundante provisión de leña junto a ellos.

- ¿Querrán algo? -Preguntó la mujer a Gabrielle-. Quizás un poco de leche para *le petit.*

-Pan y leche para el niño -dijo Gabrielle-. Y para nosotros, champán y ostras.

-*Comme d´habitude* -dijo la señora, con un enérgico gesto de comprensión.

« ¿Cómo de costumbre?» ¿Cuántas veces habría comido ostras la condesa de Beaucaire con su amante en aquel lugar? ¿Su amante habría sido otro espía? ¿Acaso el esposo habría sido simplemente una excusa conveniente? Con certeza, su muerte había servido de pretexto para el deseo de Gabrielle de unirse al servicio secreto inglés...

-Ayúdame a acostar a Jake -Gabrielle interrumpió su meditación y él dejó de lado las preguntas. Ya habría suficiente tiempo para ello más tarde.

Soñoliento, Jake se sometió a que lo desnudaran y bañaran. La habitación se hallaba tibia y acogedora, la cama estaba cubierta de satén rojo, y en el aire había un denso aroma a

flores que no era precisamente desagradable pero le hacía picar la nariz. Papá encontró su camisa de dormir en la maleta, se la deslizó por la cabeza y lo llevó alzado hasta la cama.

El pan y la leche sabían casi como cuando se los daba la niñera, y cuando se derramó leche en el mentón, papá se lo secó con el pañuelo.

Sintiéndose abrigado y a salvo, Jake se acurrucó bajo las mantas. Gabby sonreía y la boca de papá tenía una mueca graciosa, como si fuera a reírse. Jake pensó que lo mejor del mundo sería que se quedaran allí para siempre, los tres solos. Y cerró los ojos.

Nathaniel lo contempló dormirse y sintió una gran satisfacción al verlo, por primera vez desde que habían salido de la mansión Burley, en una cama apropiada, con todos sus rituales acostumbrados de la hora de dormir. El hecho de que la cama se encontrara en un burdel en la zona más bulliciosa de la ciudad parecía no tener importancia.

Se inclinó para reducir la luz de la lámpara de aceite colocada junto a la cama del niño, le besó la mejilla y le apartó de la frente el pelo rizado. Los pesados parpados de Jake se abrieron y volvieron a cerrarse. Tan parecidos a los de Helen, pero él no era Helen. Era un ser separado, distinto, cuyo nacimiento había costado la vida a Helen. Pero Jake no era responsable de eso. El responsable era su padre.

Nathaniel se estiró y se quedó mirando al niño dormido, la encarnación de su culpa. Había cargado con esa culpa durante casi siete años. Pero en los últimos días algo había sucedido con la carga. Jake no era la encarnación de nada, sino simplemente un pequeño con necesidades, tanto básicas como complejas. Y, sumido en su propio pantano de culpa, él no había logrado atender las necesidades del niño.

Se alejó de la cama y se percató de que Gabrielle estaba mirándolo desde la puerta que conectaba los dos cuartos. Ella inclinó la cabeza en un gesto casi interrogaste, con los ojos seriamente sonrientes.

Gabrielle le había devuelto a su hijo. No, en realidad no se lo había devuelto, pues él nunca había tenido a su hijo en ningún sentido real. Gabrielle le había «dado» a Jake. Sin importar lo que ella fuera, ni lo que pudiera haber hecho, le había mostrado las alegrías y las responsabilidades de la paternidad, y había forjado el vínculo ahora tan fuerte entre él y el niño dormido.

Detrás de Gabrielle, la lámpara del cuarto encendía fuego en su pelo despeinado adrede. El escandaloso vestido acentuaba cada curva de su cuerpo, y aquella aura de diablura sensual palpitaba a su alrededor. Un gozoso latido de energía sensual lo recorrió, erradicando todo excepto el deseo.

El se acercó, y ella entró en la habitación.

Los ojos de Gabrielle le sostuvieron la mirada mientras él cerraba la puerta con suavidad. Nathaniel se quedó apoyado en el marco un momento, y mientras ambos permanecían inmóviles la excitación creció, uniéndolos por un hilo invisible de pulsante erotismo.

De repente Nathaniel rió, un sonido cálido y rico de placer. Se abalanzó sobre ella, la tomó y la arrojó sobre la cama.

- ¡Bandida! -Le buscó la boca, exploró con la lengua la dulce cavidad-. Bandida -murmuró de nuevo sobre los labios de ella-. Cielos, cuánto te deseo. Parece una eternidad.

La risa ahogada de Gabrielle fue como una suave exhalación en su rostro, las manos de ella le acariciaron el pelo. El bajó de la cama y le levantó la falda hasta los muslos,

exponiendo las medias de algodón barato. Los dedos recorrieron hasta donde estaba el resto de los billetes apretados en la liga.

-Ahora me pregunto quién de los dos está en venta -murmuró Nathaniel, alzando la cabeza para mirarla.

-Tú, si es que puedo pagarte -respondió ella.

El volvió a sentarse sobre los talones, a horcajadas sobre ella, y sacó los billetes lentamente, uno a uno, de los lugares ocultos. Los contó con gran deliberación y los guardó en el bolsillo de los pantalones, mientras anunciaba con tono solemne:

-Con una suma como ésta, puedes comprarme.

-Qué alivio, señor -murmuró Gabrielle, y se acomodó debajo de él arqueando la espalda, estirando la punta de los dedos de los pies y sintiendo la energía muscular que la recorría-. Te he comprado para que me poseas.

-El placer será todo mío, madame.

-Oh, espero que no, señor...

Gabríelle se había preocupado pensando cómo se sentiría cuando llevara a Nathaniel al lugar donde había compartido tanto placer con Guillaume, pero mientras la noche transcurría en horas de gloria, se dio cuenta de que no le importaba.

Cuando Nathaniel arrancó una ostra de su caparazón perlado y la dejó caer en la boca ya abierta de Gabrielle, ella recordó a Guillaume haciendo lo mismo. El recuerdo era precioso, pero no se mancilló. Cuando Nathaniel le pasó por el vientre la húmeda copa de champán como una fría caricia que le erizaba la piel, ella sólo sonrió con lánguido placer por el recuerdo físico de una reacción similar mucho tiempo atrás.

-Entonces, ¿dónde encajaba tu esposo en el eterno triángulo? -Preguntó Nathaniel perezosamente mientras comenzaba a abrirse el amanecer.

-Era un matrimonio por conveniencia. Julíen ya estaba casado cuando nos conocimos. Yo me casé con Roland porque una tiene que casarse -Gabrielle se encogió de hombros como si el tema le causara total indiferencia.

- ¿Y qué sucedió a ambos?

-Roland murió de tifus.

- ¿Y tu amante?

Oh, no, no estaba preparada para eso. De repente, la euforia se quebró y Gabrielle comprendió que había estado engañándose toda la noche. Los recuerdos la invadieron de nuevo, ladeó la cabeza al tiempo que alcanzaba, por encima del vientre de Nathaniel, la copa de champán que estaba sobre la mesa.

-Lo asesinaron -respondió-. En cumplimiento del deber.

Nathaniel le puso una mano en la espalda y sintió de inmediato la tensión debajo de la piel de melocotón.

-Lo amabas -afirmó con calma.

-Mucho. Pero no quiero hablar más de eso. -“Con nadie, menos aún contigo.”

- ¿Aún estás de luto? -insistió él.

-Creo que siempre lo estaré, en cierta medida. Por favor, ¿podemos dormir?

Nathaniel le tomó el mentón con los dedos y le giró el rostro. De inmediato ella cerró los ojos, como para ocultar el dolor que había en ellos.

-Mírame -pidió Nathaniel con suave insistencia.

Gabrielle abrió los ojos con desgano, y estaban brillantes de lágrimas. El le sacó la copa y la estrechó contra el pecho como lo había hecho con Jake al consolarlo del temor.

Gabrielle comenzó a sollozar. Lloraba por Guillaume y por el amor que habían vivido, pero también de confusión y terror, porque de algún modo comenzaba a sentir algo igualmente profundo por el hombre que le había arrebatado a Guillaume. ¿Cómo era posible sentir un amor tan poderoso, obsesivo e imposible cuando sólo debería sentir odio? ¿Cómo era posible sentir una pasión tan abrumadora cuando sólo debería desear venganza?

Nathaniel le acarició la espalda y le besó la curva del cuello mientras la mano bajaba a las nalgas para brindar calidez y consuelo más que sensualidad. Percibía la confusión interior de Gabrielle. También sentía algo semejante, esa terrible confusión de emociones en que la lógica clara y los hechos absolutos eran desbaratados una y otra vez por los voraces apetitos del deseo.

Gabrielle se durmió primero, con la cabeza apoyada en el hueco del cuello de él, un brazo cruzado sobre su cuerpo. Nathaniel, a pesar del cansancio, permaneció despierto escuchando los ruidos de una casa que trabajaba de noche.

Se percató de que, por primera vez desde la muerte de Helen, estaba pensando más allá del presente, visualizando un futuro donde el paisaje era vibrante y pleno de promesas. ¿Pero cómo podía un maestro de espías inglés imaginar un futuro con una espía francesa? No tenía ningún sentido.

Al fin se quedó dormido sin llegar a una respuesta.

Al despertar, se hallaba solo en la cama y la luz del día se filtraba a través de las ventanas sin persianas. Del cuarto contiguo llegaba la voz de Jake intercalada con el tono más medido de Gabrielle. Tiró las mantas a un lado, se levantó, se estiró y bostezó. El cuarto estaba tibio, con el fuego recién encendido. Era un lujo impresionante después de la triste buhardilla de la *rué* de Budé, para no mencionar aquel terrible día en la cripta. Se sentía bien físicamente, con el cuerpo recargado de la energía que siempre producía una noche de enérgica y dichosa pasión.

- ¿Te despertamos? -la voz de Gabrielle venía de la puerta de comunicación. Nathaniel se dio vuelta con una media sonrisa. Ella había vuelto a ponerse el vestido de prostituta y aún se las ingeniaba para lucir dolorosamente deseable, a pesar de las diminutas líneas de tensión alrededor de los ojos y la boca. « ¿Algo nuevo, o sólo el residuo del torrente de sollozos de anoche?», se preguntó él.

De atrás de ella surgió Jake, limpio y prolijo por primera vez desde que habían salido de Inglaterra.

-*Bonjour,* papá. Gabby me enseñó a decir eso. Quiere decir «buenos días» -estaba radiante, examinaba con curiosidad el cuerpo desnudo de su padre-. ¿Tú no duermes con camisa de dormir?

-A veces -respondió Nathaniel, y miró con una ceja levantada a Gabrielle, que se había dado vuelta para ocultar su sonrisa-. Será mejor que me vista. ¿En este lugar hay alguna posibilidad de desayunar? ¿O es que todos están disfrutando de un descanso bien ganado después de su trabajo?

-Llamaré. Pedí que subieran un poco de agua caliente, así que puedes afeitarte si quieres -le señaló el humeante aguamanil colocado sobre el tocador de mármol, y fue a tirar de la cuerda de la campana situada junto a la puerta.

Nathaniel disfrutó del lujo de un baño con esponja y abundante agua caliente en el cuarto entibiado por el fuego. Gabrielle se sentó en el sillón junto a la ventana, en apariencia relajada. Por la mañana el mundo había vuelto a reafirmarse, tal como ella sabía que sucedería. El interludio de la noche había sido glorioso, pero ya se había terminado el tiempo para los interludios gloriosos.

Jake continuaba con un raudal de charla y preguntas, sus experiencias horrorosas al parecer olvidadas en el reconfortante presente.

Dos sirvientas llevaron el desayuno y lo dejaron sobre una mesa redonda junto a la ventana. Si se dieron cuenta de que Nathaniel se estaba afeitando, aún desnudo, en el tocador, no dieron señales. Era de presumir que no les resultaba una imagen desacostumbrada.

-Ven y siéntate, Jake -Gabrielle lo levantó y lo sentó en la silla-. Para ti hay chocolate y un *brioche* -cortó un trozo del *brioche* redondo y lo cubrió con abundante mermelada de fresa-. Los *brioches* no tienen corteza -informó-. Pero si tuvieras pan podrías sumergir la corteza en el chocolate. Así-llevó las palabras a la acción.

-Eso no se hace -dijo Jake con los ojos muy abiertos.

-En Francia no importa -replicó Gabrielle-. Es de mucha educación. Pregúntale a papá.

Jake rió.

- ¿Es cierto, papá?

-Quizás en el cuarto de los niños -respondió Nathaniel mientras se ponía los pantalones-. Pero no en compañía de gente seria.

- ¡Tonterías! -Acusó Gabrielle al tiempo que vertía leche caliente en dos tazones profundos y añadía fragante y humeante café-. Yo meto el pan en el café, no importa donde esté.

-Bueno, ya sabemos con cuánta desvergüenza das malos ejemplos -Nathaniel se puso la camisa, la puso dentro de la cintura del pantalón y se sentó a la mesa.

- ¿Qué significa eso? -quiso saber Jake, con los ojos brillantes de curiosidad.

-No tiene importancia -Nathaniel le acarició el pelo y se sentó frente a él-. Debemos decidir cuál es el mejor modo de viajar, Gabrielle. Si no fuese por Jake, a quien notarán, yo diría que llamaríamos menos la atención viajando por etapas, al menos hasta que lleguemos al campo.

-Eso se adecuaría más a tu identidad de sirviente -convino Gabrielle-. Podrías hacer pasar a Jake por un sobrino o algo así. Estoy segura de que él estará dispuesto a fingir de nuevo que es invisible, ¿no es así, Jake?

Sumergió una corteza de pan en el tazón de café y con destreza se la llevó a la boca sin derramar ni una gota. Jake la observaba fascinado, masticando su *brioche.*

-Por supuesto que puedo -farfulló.

- ¿Y tu identidad? -Nathaniel tomó un trozo de *brioche-.* Quizá debas viajar sola.

-Creo que debo quedarme aquí -dijo Gabrielle.

Cortó un trozo de *baguette* para Jake, y le advirtió:

-Si lo vas a mojar, cuida de no mancharte.

- ¿Eh? ¿Y eso por qué? -Nathaniel esperó con calma a ver qué explicación le daría ella. Gabrielle había traicionado a sus jefes franceses al salvarlo. Todavía no había pruebas contra ella, pero si abandonaba Francia al mismo tiempo que él desaparecía, se incriminaría sola.

Fouché la buscaría por dondequiera que estuviera. Ni siquiera su padrino, aunque así lo deseara, podría protegerla de un cuchillo en la noche. Nathaniel se apoyó en el respaldo de la silla, con el tazón de café entre las manos, observándola fijamente.

-Resultaría raro si yo simplemente desapareciera -dijo Gabrielle-. Talleyrand se extrañaría. Catherine dará un baile la semana entrante para darme la bienvenida. Sería descortés, a menos que hubiese una razón absolutamente vital para partir, como una muerte o una boda de los DeVane, o algo así.

Nada mal, pensó Nathaniel con desapego. Nada mal, en absoluto.

- ¿De modo que nos seguirás en cuanto puedas?

-Por supuesto.

Jake se movió en la silla. Algo había cambiado. Gabby parecía triste, y la boca de papá se había apretado de nuevo- El estómago se le puso tenso y apartó la taza de chocolate caliente. Gabby no viajaría con ellos.

-Gabby viene con nosotros -dijo Jake. Quizá, si lo decía, ellos dirían que sí.

-No, mi amor, no puedo. Por el momento -Gabby le dio una palmada en la mano.

-Gabrielle tiene cosas que hacer aquí -explicó Nathaniel con voz insípida.

Jake sintió que le temblaban los labios. Irían de nuevo en ese horrible barco y Gabby no estaría allí. Una lágrima cayó sobre la mesa, y él empujó la silla hacía atrás y corrió hacia el cuarto contiguo antes de que ellos pudieran darse cuenta de que estaba llorando.

-Lo lamento-dijo Gabrielle, impotente-. Pero no sé qué otra cosa puedo hacer.

-No -coincidió Nathaniel-. Yo tampoco -de repente se sentía terriblemente cansado de aquella charada odiosa. El deseo del limpio cuchillo de la verdad, aunque lo cortara todo, le poseyó el alma. Sus ojos sostuvieron la mirada de Gabrielle.

El silencio se prolongó. El fuego chisporroteaba y se oía el tictac del reloj. Por una vez, los ojos de Nathaniel eran legibles, grabando su mensaje en lo más profundo de los de ella, y poco a poco la comprensión acudió a Gabrielle, erizándole los finos vellos de la nuca y haciéndole hormiguear el cuero cabelludo.

Nathaniel vio que la sorpresa y el entendimiento inundaban las profundidades gris oscuro de los ojos de Gabrielle.

-Lo sabes -dijo ella al fin.

-Sí.

Gabrielle apoyó el mentón en las palmas de las manos.

- ¿Desde cuándo? Creí que había sido muy prudente.

-Desde la mansión Burley. Encontré tu código en el libro de Voltaire.

Ella alzó la vista para mirarlo con expresión despojada de toda emoción.

-No fui lo bastante lista para ti.

-No -confirmó él-. ¿Fui yo lo bastante listo para ti?

-No.

El no quería explicaciones ni excusas, y ella no se las ofrecería.

- ¿Y ahora qué? -preguntó Gabrielle.

-Tomaremos caminos separados. Lo que sabemos de cada uno muere aquí -estiró la mano sobre la mesa.

Ella puso su mano encima.

-Desearía que fuera distinto.

-Pero no puede ser.

-Me despediré de Jake y luego me marcharé.

-Antes de que te marches...

- ¿Sí?

-Lo que sabemos uno del otro muere aquí, a menos que… a menos que alguna vez vuelvas a ser mi rival profesionalmente. ¿Lo entiendes, Gabrielle? Si eso sucede alguna vez, será como si jamás nos hubiésemos conocido.

Gabrielle se estremeció. Había una amenaza inconfundible en la afirmación, a pesar de la desolación de sus ojos por el reconocimiento desesperante de que todo había terminado entre los dos. El jefe de espías inglés no perdonaría ni olvidaría a un enemigo una segunda vez.

Gabrielle asintió en silencio y se dirigió al cuarto contiguo.

Nathaniel oyó su voz en el otro cuarto y luego oyó cerrarse la puerta que daba al pasillo, y los sollozos de su hijo. Oyó los pasos ligeros de Gabrielle en la escalera.

Oyó la puerta de entrada que se abría y se cerraba. De pie frente a la ventana, la miró hasta que desapareció con su capa negra por la esquina rumbo a Pigalle.

21

El 14 de junio Napoleón venció a los rusos en Friedland y Alejandro cedió finalmente a la sabiduría de su hermano, el Gran Duque Constantino, y pidió la paz al emperador francés.

La noticia causó gran excitación en las tertulias de París, donde Gabrielle había vivido los últimos meses en una suerte de limbo. Había pasado períodos similares -en apariencia tomando parte en la vida cortesana, hablando, sonriendo y flirteando- durante su romance con Guillaume, cuando había desiertos de tiempo entre sus encuentros y ella vivía en el temor y el vacío, sin que la desolación se te notara en absoluto en el rostro ni en los ojos.

-Ahora comienza la diversión, *mom enfant* -anunció Talleyrand tres días después de la batalla. Entró en la habitación de Gabrielle mostrando un despacho con el águila napoleónica-. Alejandro envía su plenipotenciario al emperador para pedir una tregua, la que estimo dejará aislada a Inglaterra. Me han llamado al lado de Napoleón para asistirlo con los términos de la tregua. Tú me acompañarás.

- ¿Yo? ¿Por qué, señor? -Gabrielle se quedó mirándolo con sorpresa.

-Necesitaré una anfitriona -respondió él de manera imperturbable-. Como sabes, Catherine no puede desempeñar esa tarea: no tiene discreción ni distinción. Tú deberás tomar su lugar. Nadie lo considerará extraño.

-Estuve pensando en ir a Valencay -dijo Gabrielle.

Caminó hacia la ventana y miró la calle. Los árboles tenían el aspecto polvoriento del follaje de la ciudad en verano, a la sombra descansaba un perro mestizo con la lengua colgando. Gabrielle tenía la intención de visitar el castillo de Talleyrand durante algunas semanas. En los viejos tiempos, se había alojado allí a menudo para esperar a Guillaume. Una o dos veces habían pasado más de una semana juntos en el idílico paisaje campestre, sin que nadie los perturbara, salvo el más discreto personal doméstico. Pescaban en el río y nadaban en el profundo remanso debajo del puente. Cabalgaban por el campo bajo la luz de la luna, iban de merienda y escogían melocotones y ciruelas de los frondosos huertos. Y hacían el amor debajo de los árboles, en el río, en el henal, en los prados, en el sitio y el momento que los sorprendiera el deseo.

-Esto te ofrecerá más distracción -señaló el padrino.

- ¿Piensas que necesito distracción? -se volvió al lado de la ventana, levantando una ceja con ironía.

Talleyrand no emitió respuesta a la pregunta retórica. Gabrielle era una sombra demacrada de su ser anterior. Mostraba poco interés en todo, y ninguno por el espionaje. El final amargo de su encuentro con Nathaniel Praed había engendrado una apatía por

cualquier cosa que fuera clandestina. Dormía poco y comía menos, y ya haría demasiado tiempo que el padrino era un espectador impotente de tanto sufrimiento. Era bastante parecido a las horrorosas semanas posteriores a la muerte de Guillaume, Talleyrand deseaba que Gabrielle no tuviera que sentir tan profundamente, no tuviera que entregarse por completo, en cuerpo y alma, a sus relaciones amorosas. No obstante, también sabía que así era la naturaleza de Gabrielle y que eso no se podía cambiar. La única esperanza radicaba en aliviar su dolor del modo y en el momento que pudiera.

Gabrielle sonrió con triste resignación mientras él le mostraba el despacho. Ella lo leyó y se encogió de hombros en actitud de aceptación.

-Entonces, ¿cuándo partimos?

Talleyrand no consiguió ocultar su satisfacción.

-Viajaremos a Tilsit mañana por la mañana. Sin duda será un viaje tedioso, pero al menos es verano y los caminos ya no estarán embarrados.

Tilsit, situado en la frontera entre Rusia y Prusia, era un pequeño pueblo sobre el río Niemen, y llevaba una semana de arduo viaje llegar allí. Gabrielle cabalgaba junto al carruaje siempre que podía, pero pronto se sintió sinceramente enferma de los primitivos puestos del camino donde pasaban las noches y la carne rancia y el pan duro que pasaban por comida decente.

El padrino era un compañero de viaje que se limitaba a cuidar de su pierna dolorida y hablaba poco, con la mente en constante funcionamiento, urdiendo su campaña.

Llegaron a Tilsit la noche del veinticuatro de junio.

El equipo del ministro había viajado unos días antes y habían exigido una casa sobre la orilla izquierda del río, del lado de Prusia, para hospedar al ministro de Asuntos Exteriores y a su anfitriona. Era una de las casas más grandes del modesto pueblo, tal como correspondía dada la importancia del príncipe.

El pueblo fue ocupado por el séquito de Napoleón y su Guardia Imperial. Su victorioso ejército acampaba en las zonas aledañas, como siempre viviendo de los recursos de la zona con abierta desconsideración por los campesinos. Después de todo, aquél era un pueblo conquistado y Napoleón tenía poco tiempo para sus enemigos derrotados a menos que pudieran servirle para algo. El emperador creía que Alejandro, Zar de Todas las Rusias, podría serle útil en la batalla que libraba contra los intransigentes ingleses. Por lo tanto lo trataría en consecuencia.

- ¿Qué diablos es eso? -Exclamó Gabrielle al tiempo que, cansada, desmontaba ante la casa que les habían asignado. Miraba el rio, donde había una enorme balsa amarrada en medio de la corriente. Portaba dos pabellones blancos fastuosamente ornados, el más grande de los cuales llevaba una enorme letra N bordada del lado que daba al campamento de Napoleón.

-Nuestro emperador, *ma chere,* siempre ha tenido inclinación por lo dramático -aclaró Talleyrand-. El y el zar se encontrarán mañana por la mañana en el pabellón grande. Me atrevo a decir que, si fueras a la orilla opuesta, verías la letra A bordada en el mismo estilo del otro lado.

Gabrielle sacudió la cabeza y murmuró en voz baja:

-Es un hombrecillo vulgar, ¿verdad?

Talleyrand le golpeó ligeramente la muñeca en gesto de reprobación medio en serio.

-Ten cuidado de dónde y a quién dices tales cosas, *mon enfant.* Ahora debo ir a presentar mis respetos. Te dejo para que inspecciones el alojamiento y hagas los arreglos que creas adecuados. En algún momento de los próximos días tengo intención de agasajar espléndidamente.

-*D'accord*-Gabrielle entró en la casa.

Las tareas de anfitriona diplomática le sentaban a la perfección, y Catherine siempre se mostraba feliz de cederle su lugar y tales tediosas funciones. Allí nadie se detendría a pensar dos veces en el papel que desempeñaba la ahijada del príncipe.

Eligió para ella un cuarto que daba al río y se sentó un momento en la ventana a contemplar la corriente, con su extravagante plataforma flotante. La orilla derecha era de Rusia. En la costa, donde había una derruida cabaña en medio del campo, no se veían rastros del emperador ruso ni de su séquito.

Cuando regresó Talleyrand, llegó una invitación para cenar con el emperador, de modo que ya era muy tarde cuando Gabrielle pudo ir a dormir. Toda la conversación había girado en tomo de la inminente reunión entre Napoleón y su enemigo de otros tiempos, y en el pueblo reinaba un aire de ansiedad reprimida, como si estuviesen a punto de materializarse grandes cosas.

Al día siguiente, a media mañana, Gabrielle se hallaba en su ventana. Vio llegar a la orilla opuesta una fila de carretas y un pequeño grupo de hombres que se apearon y entraron en la cabaña en ruinas.

Exactamente a las once en punto, Napoleón se dirigió hacia la ribera izquierda entre columnas de tropas que victoreaban. Lo seguía su séquito, un grupo de oficiales condecorados de manera ostentosa. A Gabrielle le pareció que, en la llegada a la plataforma flotante, el contraste entre el triunfador y el suplicante era demasiado acentuado.

Aquélla era una reunión puramente ceremonial, la que establecería el tono de las verdaderas negociaciones.

Sólo entonces Talleyrand saldría a la palestra.

Con el dolor que ahora tan bien conocía, Gabrielle se preguntó dónde estaría Nathaniel. Aquellas negociaciones eran de vital interés para los ingleses. ¿Tendría un agente entre los rusos? ¿O incluso entre los franceses? ¿Habría encontrado quien la reemplazara? Tal vez no tan íntimamente conectado con los círculos imperiales, pero sí lo suficiente para observar y escuchar...

Talleyrand había aceptado el regreso de Gabrielle y la partida de Nathaniel sin hacer comentarios, y ella ignoraba si su padrino disponía -o no- de un método alternativo para influir en las acciones del gobierno inglés.

La furia de Fouché por la fuga de su presa había repercutido en todas las sedes de la policía secreta. Había indagado a Gabrielle en numerosas ocasiones, pero Talleyrand siempre se hallaba presente, testigo cortés aunque alerta, y ella se las había ingeniado, aunque no para embaucar al policía, al menos para no darle ninguna prueba a partir de la cual pudiera actuar. Gabrielle sabía que uno de sus hombres la había seguido durante varias semanas después de la fuga de Nathaniel, ella no había hecho ningún intento de deshacerse de él, aunque ella era lo bastante hábil como para haberlo hecho si así lo hubiera querido. Monsieur Fouché recibía informes monótonos de la vida social común e intachable de la viuda en la corte del emperador Napoleón.

Ahora, mientras Gabrielle miraba por la ventana, ambos emperadores -cada uno de su lado del no- se embarcaron en sendas barcas simultáneamente, seguidos por su respectivo estado mayor, y los grupos de remeros se inclinaron sobre los remos y sus brazos comenzaron a moverse al unísono bajo el brillante sol del verano.

Napoleón, con el uniforme de la Guardia Imperial, la cinta roja de la Legión de Honor sobre el pecho, el sombrero indinado sobre la frente, saltó con ligereza de la barca hacia la plataforma flotante antes de que Alejandro hubiese puesto un pie en ella. El zar, con el pelo empolvado, pantalones blancos hasta la rodilla y la túnica verde del regimiento Preobrazhensky, era un hombre alto, de figura elegante, pronto también él llegó a la plataforma.

Gabrielle sintió un leve estremecimiento extraño ante el alarde ceremonioso, a pesar de sus acotaciones de un rato antes acerca de la vulgaridad de tal despliegue de poder. El hombrecillo regordete tendió la mano a su espigado colega y los dos hombres se abrazaron.

Talleyrand, que estaba junto a Gabrielle, frunció los labios ante aquel abierto signo de amistad. Tendría que ingeniárselas para manipular aquella floreciente relación para sus propios fines. Pero podría hacerse. Su mano se apoyó en el hombro de Gabrielle, y ella volvió la cabeza.

- ¿Preferiría que hubiera enemistad entre ellos, señor?

-No te equivoques, *ma chere.* La habrá... la habrá.

No había signos de un futuro así cuando Napoleón y Alejandro salieron del pabellón tomados del brazo. Napoleón propuso que el pueblo de Tilsit fuera declarado territorio neutral y dividido en un sector francés y otro ruso, para que las dos cortes pudieran encontrarse, relacionarse y entretenerse, y para que las serias negociaciones, que serían conducidas por Talleyrand, por parte de Francia, y por los príncipes Lobanov y Kurakin, por parte de Rusia, pudieran continuar adelante sin fronteras físicas que separaran a las partes.

Se llevó a cabo en medio de mucha ceremonia y afirmaciones de amistad. Talleyrand dio la bienvenida a sus colegas rusos con cortesía, sin dar indicios del desdén que sentía por ellos, e informó a Gabrielle que para la noche siguiente preparara una recepción para los dignatarios rusos.

Gabrielle pasó un día agitado intentando organizar una recepción que el padrino insistía en que debía ser tan espléndida como cualquiera ofrecida en los alojamientos del emperador. Como el emperador contaba con su propio servicio de mesa de oro y su propia cristalería, así como su bodega itinerante y un ejército de *chefs,* Gabrielle se sentía un poco en desventaja. Sin embargo, hacia las siete se las había ingeniado para reunir suficiente porcelana, cristal y plata para servir a los cincuenta invitados, y quedó satisfecha con los recipientes de caviar sobre hielo, las bandejas de langosta, las delicadas *mousses* de salmón que temblaban en fuentes de Sévres, las ostras y los recipientes de cristal con *syllabub.*

-Platos y colores muy delicados -informó a Talleyrand cuando éste se detuvo en el comedor camino a cambiarse-. Rosa y crema, y todo muy ligero. Antes de venir habrán cenado en abundancia, de modo que esto tentará agradablemente las papilas gustativas. Y como el excelente champán es un vino del que parece haber una cuantiosa provisión, tenemos la combinación perfecta.

-Tu madre tenía el mismo talento -observó Talleyrand al tiempo que le besaba la mejilla-. En su vestimenta, en la decoración, y era una excelente anfitriona. La sociedad se peleaba por sus invitaciones.

Gabrielle esbozó una sonrisa triste.

-No lo recuerdo.

-Cuando tú tuviste edad suficiente para recordar, *ma chere,* ya no había fiestas. María Antonieta decía a la gente que comieran pastel si no podían permitirse el pan, y la Revolución estaba en plena ebullición.

-Supongo que sí. Debo ir a cambiarme. ¿A qué hora hará su aparición el emperador?

-El y Alejandro tienen intención de llegar juntos, como una nueva señal de amistad -respondió Talleyrand con tono seco-. Cuando se hayan reunido los invitados, un mensajero correrá a poner sobre aviso a sus majestades imperiales.

A las siete, los dos salones estaban llenos de murmullos de oficiales vestidos con los uniformes de los más distinguidos regimientos de Rusia y Francia. Sus damas destellaban, usaban vigorosamente sus abanicos en los salones demasiado calefaccionados y lanzaban punzantes miradas de evaluación a los peinados, vestidos y joyas de las demás.

Gabrielle se movía con facilidad entre la multitud.

Todos los rusos hablaban fluido francés, de modo que la comunicación era bastante natural. Talleyrand era un anfitrión impecable, pero Gabrielle notó que, como siempre, permanecía apartado en las conversaciones y rara vez participaba más allá de hacer las presentaciones o sugerir sutilmente un tema de conversación.

«Viejo astuto», pensó Gabrielle en un arranque de afecto. El era un firme proponente del principio de que cuanto más hablaba un hombre, menos comprendía y menos valía la pena escucharlo.

Del corredor llegó un ruido de pies que corrían, y un mensajero entró apresurado en el salón y se abrió paso hacia el ministro de Asuntos Exteriores.

Talleyrand meneó la cabeza, se disculpó e hizo un gesto a Gabrielle. El murmullo recorrió todo el salón, *Les empereurs arrivent. Y* los invitados se trasladaron a ambos lados de las puertas dobles.

Gabrielle conocía en persona a Napoleón y había tenido varias conversaciones con él, de modo que no sintió emoción al hacer una reverencia al gran hombre. Sin embargo, estaba muy interesada en conocer al zar Alejandro.

Las majestades imperiales entraron en el salón con paso firme, uno junto al otro, y sus varios súbditos hicieron las rituales reverencias.

Con una sonrisa, Napoleón ayudó a Gabrielle a enderezarse tras la reverencia y sin soltarle la mano la presentó a Alejandro.

-*Mon cher ami,* permítame presentarle a la condesa de Beaucaire, nuestra encantadora anfitriona.

Gabrielle hizo otra reverencia, murmurando las debidas palabras de cortesía. Cuando levantó la cabeza, sus ojos se encontraron con los de un hombre que estaba a cierta distancia detrás del emperador en un pequeño grupo de cortesanos vestidos de gala que habían acompañado a Napoleón y Alejandro.

El salón daba vueltas, el estómago se le hizo agua, las rodillas se le volvieron de gelatina, la sangre pareció detenerse. La helada y castaña mirada fija de Nathaniel sostenía la de ella con absoluto dominio. Si estaba tan aturdido por verla como ella por verlo a él, no lo demostraba. Y sería mortal demostrarlo.

El oscuro pelo crespo con los mechones plateados en las sienes ahora era todo plateado, y una barba pequeña y prolija acentuaba la delgadez del rostro y la angulosidad de los rasgos. Pero ningún cambio superficial podía alterar el magnetismo que emanaba de él, ni ocultar la flexible agilidad de su figura esbelta, ni el poder de las manos blancas, grandes, despaciosas, excitantes...

Gabrielle se dio cuenta de que su respiración estaba un poco acelerada y de que se le habían humedecido las palmas de las manos dentro de los guantes de seda. También se dio cuenta de que el zar Alejandro le estaba hablando.

La necesidad de responder al emperador fue su salvación. Murmuró algo acerca del honor y el placer e hizo preguntas amables acerca de la salud y el bienestar del gobernante. Alejandro le retuvo la mano un poco más de tiempo que el estrictamente necesario y la elogió por el vestido y la elegancia del salón. Luego sus majestades imperiales avanzaron entre las hileras de invitados. Talleyrand iba cojeando junto a ellos, presentando sus invitados.

Gabrielle se volvió para saludar al grupo de cortesanos civiles que habían acompañado al emperador. El edecán de Alejandro realizó las presentaciones, haciendo una pronunciada reverencia ante cada uno.

Gabrielle tendió la mano a un tal Benedict Lubienski presentado como un conocido polaco del edecán.

Por un momento se quedó muda, la mente tan congelada como la lengua. El le tomó la mano e hizo una reverencia. Sus dedos apretaron los de ella en poderosa advertencia, y Gabrielle se oyó decir:

- ¿Está aquí en carácter oficial, señor? -Y consiguió esbozar una fugaz sonrisa de cortés bienvenida.

-En realidad no, madame. El destino de Polonia es entrañable para mí, pero no puedo esperar que sea considerado durante estas negociaciones.

-No, imagino que no -Gabrielle retiró la mano y se volvió para saludar al siguiente del grupo, vagamente consciente de que estaba sonriendo como una estúpida y moviendo la cabeza como si fuera una marioneta con una cuerda floja.

Nathaniel se alejó, saludando a conocidos, sonriendo, hablando poco y llamando aún menos la atención.

Tomó una copa de champán de la bandeja de un sirviente y se unió a un grupo que estaba junto a la ventana abierta hacia las terrazas que daban al río.

La ancha extensión de agua brillaba bajo la miríada de lámparas del pueblo, y la plataforma flotante con sus pabellones de lona blanca estaba radiante de luz, llegaban notas de la música de una orquesta que tocaba en el pabellón más pequeño para deleite de los invitados de monsieur Talleyrand.

Nathaniel observaba discretamente a Gabrielle mientras ella iba de un lado a otro del salón. Por un terrible instante pensó que ella iba a delatarlos. La mano de Gabrielle en la suya había temblado como una hoja en un vendaval y su rostro se había vuelto tan blanco que él pensó que iba a desmayarse. Si hubiera podido advertirle lo habría hecho, pero sólo se había enterado de su presencia allí cuando iba camino a la recepción. Alguien había mencionado casualmente que la ahijada de Talleyrand actuaba como la anfitriona del ministro.

Hombre precavido vale por dos, sin embargo él no estaba del todo preparado para volver a verla, cuando llego el momento en que los ojos de ambos se encontraron. Había necesitado todos los años de vivir al borde del peligro para emplear la aniquilación de la razón y el control, para abstenerse de ponerle las manos encima y cubrir con la suya esa boca de la sonrisa irónica.

El recuerdo físico de Gabrielle, la seda exuberante de su pelo, la fresca suavidad de su piel y la dulce fragancia de su centro femenino obsesionaban sus noches solitarias desde el momento en que la había dejado. Pero más grande que la pérdida de la pasión había sido la ausencia de la esencia de Gabrielle, de su risa, su humor, su calidez, sus impulsos generosos y sus desafíos.

Y ahí estaba, en la misma habitación que él, tan llamativa como siempre, con un traje de tafetán del azul más profundo, con zafiros en la garganta, el pelo rojo oscuro recogido con una peineta de diamantes y unos bucles sueltos que caían a ambos lados del rostro.

Y él la deseaba con el apetito abrumador que siempre lo había excitado. Quería tumbarla sobre el suelo de parqué, levantarle aquellas elegantes faldas crujientes, abrir sus muslos color crema increíblemente largos y poner una mano en el centro húmedo y caliente...

Se volvió abruptamente y atravesó la ventana hacia la terraza, esperando desesperadamente que el aire helado pudiera calmar su ahora embarazoso ardor. ¡Qué locura la suya!

- ¿Cuánto tiempo ha estado en la corte rusa, monsieur Lubienski?

Gabrielle habló a sus espaldas, y Nathaniel se dio vuelta muy lentamente, con una sonrisa social en los labios.

-Varias semanas, condesa. Tengo muchos amigos allí, ya que pasé algunos meses en Rusia hace tres años.

-Entiendo -probablemente, antes de convertirse en jefe de espías, había sido agente inglés en San Petersburgo. Pasar por un polaco sería perfecto, pues la nobleza polaca se mezclaba libremente con la rusa, también explicaría tanto la falta de fluidez en el idioma ruso y su dominio del francés, ya que era la lengua franca tanto de Rusia como de Polonia.

- ¿Cómo nos arreglaremos? -quiso saber ella en un repentino susurro urgente, rozándole con la mano la manga de seda y mirándolo con ojos de lava derretida. El pasado quedó olvidado en la desesperación del deseo, la agonía de la separación, la maravilla de aquel encuentro.

Nathaniel echó un vistazo a la terraza. Varios grupos de personas salían de los salones demasiado calefaccionados a disfrutar la brisa fresca del río. Sin responder, hizo sonar los talones e inclinó la cabeza en una reverencia formal, al tiempo que le ofrecía el brazo.

Gabrielle posó sobre el brazo la mano enfundada en un guante, y pasearon por la terraza. Nathaniel hacía comentarios inocuos acerca de la noche tan encantadora, y Gabrielle respondía lo mejor que podía, pero estaba en llamas, como si fuera a caer víctima de una fiebre devastadora al sentir el cuerpo de él tan cerca del suyo, la música de su voz, el aroma especial de su piel.

Cuando ya habían paseado dos veces por toda la extensión de la terraza y todos se habían acostumbrado a verlos del brazo, Nathaniel dirigió sus pasos hacia un rincón en sombras, protegido por un grupo de laureles en tiestos de madera.

Cuando vio adonde se dirigía, Gabrielle se esforzó por mantener el paso acorde a las zancadas de Nathaniel.

Quería precipitarse hacia la oscura intimidad de los árboles y perderse en su cuerpo, pero el jefe de espías, presa de la misma compulsión, sabía lo que hacía. Nadie se dio cuenta de que ellos se deslizaron discretamente entre las sombras.

-Dios mío -murmuró Gabrielle-. No puedo soportarlo ni un minuto más -le arrojó los brazos al cuello.

El la envolvió con los brazos y la levantó del suelo cuando sus bocas se unieron, estrujándola contra él. La apretó contra el parapeto de piedra de la terraza, buceando con la lengua dentro de su boca mientras se embriagaban cada uno con la dulzura del otro. El cuerpo de Gabrielle se dobló hacia atrás cuando él se recostó contra ella como si fuera a devorarla y le levantó la falda hasta la cintura, manteniéndola allí con su cuerpo. Una uña se enredó en la delicada seda de las medias y Nathaniel introdujo la mano dentro de las bragas. No era una exploración lenta y suave, sino una visita ruda y hambrienta al cuerpo de Gabrielle, húmedo y dolorido por su propia excitación apasionada.

Ella gimió en la boca de Nathaniel y le mordió los labios cuando los dedos buscaron en lo más profundo.

Apretó las caderas contra el montículo duro de la carne erecta, como si de algún modo pudiera alcanzar la fusión que en ese momento era una necesidad tan desesperada.

-Penétrame -murmuró-. Tienes que hacerlo, ahora, Nathaniel.

-No... No... Amor. No -retiró la mano, se apartó, la miró fijo en la penumbra, con ojos llenos de pasión-. Aquí no. No es posible.

Ella pareció desmayarse contra la pared, con la respiración arrebatada, el corazón a toda prisa, los ojos cerrados mientras luchaba por controlar la conflagración de los sentidos.

Nathaniel le alisó la falda, apenas tocándola, como si ella fuese un hierro ardiente que lo encendería.

- ¿Dónde? -preguntó Gabrielle al fin.

-Fuera del pueblo, junto al río -respondió él en voz baja pero urgente-. Camina hacia el norte, yo te estaré esperando.

Gabrielle asintió lentamente, como si el esfuerzo físico casi fuera demasiado para ella.

-Ahora regresa, delante de mí -instruyó él al tiempo que se acomodaba la corbata y se alisaba el pelo.

- ¿Qué tal estoy? -Se tocó los labios que aún cantaban con el recuerdo de ese beso devorador.

-Sólo un poco despeinada, nada más -aseguró él-. Nada que no puedas arreglar en un par de minutos en el reservado. Ahora márchate, antes de que te echen de menos.

Gabrielle se alejó de la pantalla protectora de los árboles, pero manteniéndose en las sombras de la casa hasta entrar y atravesar de prisa los salones brillantemente iluminados, con la cabeza baja para que nadie la viera.

Nathaniel demoró un rato en reaparecer. Se apoyó en el antepecho y respiró hondo hasta que su miembro excitado volviera a la normalidad y su cabeza se despejara.

Locura... extrema locura. Pero no había podido contenerse y por muy poco se habría entregado a la desesperación de Gabrielle y la habría penetrado allí mismo, en ese instante, contra el parapeto de la terraza en medio de las dos cortes más ilustres del mundo.

¡Qué locura! Pero sentía ganas de reír a carcajadas.

Y ésa no era la prudente reacción de un hombre que entraba en la guarida del león y cuya vida, en aquel momento, dependía de una mezcla de buena suerte, experiencia, nervios de acero y absoluta discreción.

Al dejarla en París, había tenido la esperanza de que la distancia lo llevara al olvido, pero había sucedido lo contrario, no había hecho más que intensificar su adictiva pasión. Gabrielle continuaba obsesionando sus sueños tanto dormido como despierto.

Y allí, a orillas del río Niemen, en un ambiente que resultaría más apropiado para un drama teatral, Gabrielle estaba de nuevo con él y era algo de ensueño.

De algún modo Gabrielle se las compuso para pasar el resto de la noche sin signos obvios de locura. Los dos emperadores se retiraron juntos, como habían llegado, en perfecta unidad. Benedict Lubienski se despidió con otro grupo, rozándole la mano con los labios y mirándola con ojos opacos.

-Todo salió muy bien -declaró Talleyrand cuando se marchó el último invitado-. Felicitaciones, *ma chere.*

- ¿Por qué? -preguntó Gabrielle.

Su padrino levantó la ceja.

— ¿Por qué crees?

Turbada, Gabrielle agitó vagamente una mano.

-No fue mi intención ser obtusa. Estoy cansada.

-Imagino que debes estarlo -la examinó atentamente durante un momento- Parece que disfrutaste con la compañía de monsieur Lubienski.

¡El viejo zorro astuto jamás se perdía nada!

- ¿Le parece, *mon parrain?* -encontró su mirada perspicaz y suspiró, no tenía sentido andarse con rodeos con Talleyrand.

-Olvidas que sé cómo eres con tus amantes, *mon enfant.*

-Sólo dos -recordó ella.

-Más que suficientes para una mujer que ama con tanta fuerza como tú, Gabrielle.

-Sí -admitió ella con una sonrisa dócil.

- ¿No lo esperabas? -su mirada se tornó penetrante de pronto.

-No -Gabrielle movió la cabeza, impotente-. Siento como si estuviera en un mundo de ensueño. No esperaba volver a verlo nunca.

-*D'Accord* -la besó en la mejilla, y luego se apartó y la tomó de los hombros.

-No insultaré a ninguno de vosotros recomendándoos precaución.

-No -repuso ella.

La puerta se cerró tras el ministro, y Gabrielle dio sin querer un pequeño brinco de excitación. Ahora no había nada entre ella y la cita amorosa a la orilla del río.

22

Nathaniel caminó hacia el norte con paso firme por la orilla del río, lejos del pueblo. El aire estaba perfumado de tomillo silvestre, y un campo de girasoles agachaba sus pesadas cabezas doradas vueltas hacia el este, listas para dar la bienvenida al sol naciente. La luna era un círculo perfecto en un cielo de terciopelo negro, y su reflejo navegaba sobre las oscuras aguas del río.

Las frondas plateadas de un añoso sauce llorón pendían sobre la ribera hasta el borde del agua. Nathaniel se abrió paso entre el velo de hojas y encontró lo que buscaba: una perfecta enramada aislada donde la hierba estaba fresca y perfumada, protegida del sol ardiente del verano que durante el día secaba la tierra hasta dejarla quebradiza y marchitaba la hierba hasta convertirla en púas marrones.

Extendió el abrigo sobre la hierba al pie del tronco nudoso y se sentó a esperar a Gabrielle, con el oído alerta al crujido de sus pasos apresurados.

Gabrielle salió de la casa y se topó con un soldado de la guarnición que patrullaba la calle. No había tomado en cuenta que, con dos personajes tan importantes dormidos entre sus muros, el pueblo estaría repleto de guardias.

Se identificó y dijo que iba a pasear por el río. El soldado parecía desconcertado. Comúnmente, las damas sin acompañante no salían a caminar a las tres de la mañana. Gabrielle lo sometió a una mirada arrogante y le preguntó si quería despertar al ministro de Asuntos Exteriores para verificar sus credenciales, o quizás al emperador.

El soldado tosió con aire de disculpas, le hizo una reverencia y la dejó pasar.

Gabrielle iba a toda prisa junto al río, casi sin notar, en su ansiedad, la belleza de la noche, el aire perfumado, la luna llena.

Llevaba tanta prisa, forzando los ojos para ver a la distancia algún signo de Nathaniel, quizá su sombra bajo la luz de la luna, que no vio una piedra plana que había en el camino y tropezó y cayó de bruces soltando un vigoroso insulto.

- ¡No hagas tanto ruido! -Nathaniel saltó de la enramada, que estaba un poco más adelante, al oír maldiciones que resonaron en la noche tranquila-. Oh, querida, ¿qué estás haciendo ahí abajo?

Gabrielle se dio impulso para ponerse de rodillas.

-No te rías -pidió con enfado-. Hay una gran roca en el camino. No tiene derecho a estar aquí.

-No, por supuesto que no -repuso él con voz sedante-. Y acabas de decirlo en términos nada ambiguos. Estoy seguro de que no volverá a hacerlo.

Gabrielle sonrió de mala gana y le tendió las manos.

-Patéala por mí, ¿quieres?

Riendo, él la ayudó a levantarse.

-Podría lastimarme un dedo, si es tan cruel como dices.

- ¡Qué caballerosidad! -Lo apartó a una corta distancia y lo examinó con su sonrisa torcida-. Supongo que me acostumbraré a la barba, el pelo plateado es *tres distingue.*

-Es sólo temporario -también él la sometió a un escrutinio evaluador-. Tú estás muy bien. Algo delgada.

-Es por el sufrimiento -contestó ella, sonriendo 'aún.

- ¿Has sufrido?

-Sí.

-Yo también.

Se quedaron un momento mirándose en silencio, separados, casi como si temieran acercarse más, como si el otro probara ser solo un sueño fantasma de las largas, largas noches de los últimos dos meses.

Entonces Nathaniel dijo con tono suave:

-Ven aquí.

La atrajo hacia él, y ella fue con juguetona renuencia. Le echó atrás la capucha del manto y pasó las manos por la sedosa melena rojo oscuro, desplegándosela sobre los hombros.

-Cuando intentaba recordar el color de tu pelo no podía -murmuró mientras se lo acariciaba-. Cambia de color según la luz. Aquí, por ejemplo, a la luz de la luna, es como un brasero de carbón, todo brasas encendidas. Pero cuando estemos debajo de los árboles será tan oscuro como la noche. Y a la luz del sol resplandece tanto que a veces parece demasiado caliente para tocarlo.

Gabrielle sofocó una risita.

-Creo que va con mi temperamento.

-Así dicen -le dibujó la boca con los dedos-. Pero el tuyo no es peor que el mío, y yo ya no recuerdo el color de mi pelo.

-Nathaniel, no quiero ser inoportuna pero, ¿cuánto tiempo vamos a continuar con esta conversación? -Dijo Gabrielle con un fingido tono de queja que no conseguía disimular la ronca palpitación de su voz-. Hace un rato empezamos algo, me gustaría mucho terminarlo.

-Dicen que postergar la gratificación es bueno para el alma -murmuró Nathaniel con picardía, al tiempo que recorría con sus dedos la curva de la mejilla.

-Al diablo con tú alma -declaró Gabrielle-. Mi cuerpo ya está en llamas, así que mi alma bien podría unirse a él.

-En ese caso... -la tomó de la mano y la llevó a través de las frondas del sauce llorón-. Mi sala, señora. Confío en que la encuentre de su agrado.

-Honestamente, a esta altura encontraría de mi agrado hasta el camino abierto -contestó ella al tiempo que se quitaba el manto y lo abrazaba estrechándose contra él-. Estoy poseída por la necesidad más violenta, mi amor -susurró, el tono de broma ya abruptamente desaparecido bajo la urgencia de su reclamo. Le acarició la espalda, recordando las curvas, cada ondulación muscular, cada nudo de la columna. Cerró los ojos y el aroma de su piel y de su pelo llenaron el aire a su alrededor. Inhaló ávidamente con los labios abiertos cuando él la besó, primero con delicadeza, como si quisiera volver a descubrir el sabor y la maravillosa sensación de su boca.

Tenía los pechos apretados contra él. Nathaniel le cubrió las nalgas con las manos. Sintió la carne redonda y firme y se dio cuenta con divertida sorpresa de que ella no llevaba ropa interior debajo del fino traje de muselina.

Se apartó y respiró hondo.

-Bandida lujuriosa -dijo con suave satisfacción.

Obedeciendo la mano apremiante que le presionaba el hombro, Gabrielle se acostó sobre el manto que él había extendido antes y tendió hacía él los brazos impacientes.

Nathaniel cayó de rodillas junto a ella, y sin preliminares le subió la falda hasta la cintura. Gabrielle se humedeció los labios con la lengua cuando el fresco aire nocturno le rozó el vientre y los muslos desnudos.

Abrió las piernas mientras él se aflojaba los pantalones y los bajaba hasta las rodillas. Alzó los labios para encontrar los de él, que ya bajaba. Nathaniel entró en ella, penetrándola hasta el fondo de su ser de una sola embestida profunda. Era la culminación de su pasión en la terraza y de todas las largas horas de expectación transcurridas desde entonces.

Una abundante plenitud líquida se esparció entre sus piernas, sus músculos internos se contrajeron alrededor de él y Gabrielle se perdió al instante en una explosión de jubilo que la envió dando vueltas hacia la noche llena de estrellas.

El penetrante canto de un ruiseñor los trajo de nuevo a la realidad que los rodeaba. Nathaniel se apoyó sobre un codo y sonrió al semblante transportado de Gabrielle.

-Creo que acabo de hacer el amor con las botas puestas -dijo con una risa extenuada.

Gabrielle estaba demasiado agotada para hacer otra cosa que acariciarle el rostro con una mano lánguida y apartarle el mechón de pelo que le caía húmedo sobre la frente.

Lentamente, él le acarició los muslos desnudos, jugando con los dedos en la maraña enrulada de la base del vientre, pasando al montículo de más abajo, tomándose tiempo ahora que la urgencia desesperada del deseo se había mitigado.

-No hagas eso -suplicó ella débilmente-. Ya estoy disuelta.

-Pero lo quiero -dijo él simplemente.

Puso la mano sobre la calidez húmeda y palpitante del centro femenino y se inclinó para besarle el vientre, haciéndole cosquillas en el ombligo. Su respiración susurraba sobre la piel suave, sus manos la quemaban.

-Por favor -murmuró Gabrielle, insegura de lo que estaba pidiendo, pues, pese a estar disuelta, se elevaba y se retorcía sobre el manto bajo el poder devastador de las caricias de Nathaniel. Y cuando la boca reemplazó las manos, los pequeños gritos llenaron la oscura gruta verde debajo del sauce a medida que la marea arrobadora volvió a transportarla al momentáneo olvido de todo lo demás.

-Cruel -dijo ella jadeante cuando logró volver a respirar-. Sabías que ya no podía más.

--Pero pudiste -replicó él, y volvió a montarla a horcajadas-. Eso es lo que les pasa a las bandidas lujuriosas que vagan de noche por el campo sin ropa interior.

La risa ahogada de Gabrielle fue más bien un quejido.

-Pensé que iban a interponerse en el camino.

-Vaya prisa que tenías -reprobó él, dibujando la curva de un pecho debajo de la muselina.

-Fue por tu culpa, por empezar algo en la terraza y no terminarlo -replicó ella.

-Supongo que tengo un deseo irracional de mantener la cabeza sobre los hombros -respondió él mientras le daba golpecitos en la mancha oscura del pezón hasta que se erizó de nuevo contra el canesú del vestido-. Incluso bajo la influencia de un deseo casi ingobernable.

-A propósito, ¿qué estás haciendo con los rusos? Parece una locura -Gabrielle intentaba ordenar sus pensamientos y llevarlos hacia una conversación coherente, pero sintió que el momento de calma tendría corta vida.

-Alguien tiene que escuchar estas negociaciones -dijo él con tono insípido al tiempo que trasladaba su atención al otro pecho-. Y yo tengo la mejor de todas las coberturas. Me costó mucho desarrollarla, de modo que, cuando hay que hacer un trabajo entre los rusos, en particular delicado, suelo hacerlo yo mismo.

-Pero es muy peligroso -la mano de Gabrielle le asió la muñeca, sin saber si para detener las caricias o para incitarlas. De cualquier manera no tenía demasiada importancia, ya que Nathaniel se soltó y continuó.

-En general, el espionaje lo es -recordó él con tranquilidad-. Y tú, ¿que haces aquí?

-Soy la anfitriona de mi padrino -respondió ella.

- ¿Y qué más? -Las manos cesaron sus delicadas maniobras y le asieron con fuerza ambas muñecas-. Seamos francos, Gabrielle. Si estás haciendo espionaje, entonces no tendremos nada más que hacer juntos después de esta noche. Jamás debería haber pasado. Juré que jamás volvería a suceder, pero parece que alguna locura me poseyera cuando estoy contigo.

Le apretó las muñecas con más fuerza, de manera casi dolorosa, y el brillo de sus ojos oscuros se intensificó.

-No volverá a suceder, Gabrielle. No puede ser. Ahórranos despediremos.

-No estoy trabajando -afirmó ella-. Talleyrand necesita una anfitriona, y yo soy mejor para eso que su esposa.

- ¿Y Fouché?

-Este no es su campo de acción -dijo Gabrielle-. Su territorio es interior, no la diplomacia internacional. Esa es la esfera de mi padrino. Si aquí hay hombres de Fouché, es sólo en calidad de guardaespaldas.

Nathaniel la miró ceñudo y callado, sin soltarle las muñecas. No tenía motivos para dudar de ella... esta vez.

Gabrielle le sonrió con sinceridad en los ojos gris oscuro.

- ¿Por qué habría de mentirte? -Preguntó ella con calma-. Desde que te fuiste no he hecho espionaje.

- ¿Por qué?

-No tenía el estómago para eso -respondió ella, con absoluta sinceridad.

El ceñudo escrutinio continuó por un momento, luego Nathaniel sacudió la cabeza.

-Muy bien.

De pronto sus ojos quedaron en sombras, pero Gabrielle podía leer en ellos el resurgimiento del placer, mientras lo sentía endurecerse en sus muslos.

Tomó el miembro entre las manos y movió los dedos a lo largo del tronco de carne en una danza erótica, se lo deslizó entre los muslos para tocar una melodía de resonancia aún más profunda y al fin de guiarlo dentro del cálido portal de bienvenida.

Esta vez, con suma delicadeza, Nathaniel se mantuvo al borde mismo de la entrada antes de hundirse lentamente dentro del capullo de seda. Se puso de rodillas entre los muslos de ella bien abiertos y empujó con ritmo firme, observándole el rostro, esperando el momento en que los ojos color carbón se tornaran profundos como ébano y un aire de gozoso maravillamiento atravesara sus rasgos. La conocía tan bien, pensó, cada faceta de su cuerpo, cada reflejo de emoción, cada reacción, sin embargo cada acto de amor era una revelación, una gloria de novedad.

Gabrielle sonrió y él se dio cuenta de que compartían los mismos pensamientos, que ella también encontraba cada experiencia única y maravillosa.

Nathaniel se retiró despacio, manteniendo a ambos al borde del deseo. La expectativa tamborileaba en las venas de Gabrielle, y él lo sentía en su propia carne enterrada muy profundo dentro de ella.

-Gabrielle -murmuró, y la llevó con él a las llamas.

- ¿Cómo está Jake? He intentado preguntártelo desde que te vi, pero siempre me distraía otra cosa -sonrió con indolencia, con la cabeza apoyada en el hombro de Nathaniel-. ¿Cómo le fue en el barco? -arrancó una suculenta brizna de hierba de la base del árbol y la chupó con la misma sonrisa soñadora.

Nathaniel hizo una mueca.

-La única manera de hacerlo subir a bordo fue llevándolo alzado mientras pateaba y gritaba violentamente. Si allí cerca hubiera habido alguien que lo oyera, me habrían acusado de torturador. Por fortuna fue un cruce tranquilo, de modo que no hubo problemas. No creo que me guarde rencor por eso-agregó con una sonrisa irónica.

- ¿Y lo dejaste en la mansión Burley? -Arrojó el tallo masticado y arranco uno nuevo.

-Sí, en manos de Primmy y la niñera, que saltaban de alegría. La casa completa estaba frenética, creyeron que lo habían secuestrado. Miles había llamado a la policía y había agentes pululando por todo el campo.

-Me imagino -repuso Gabrielle.

Como al pasar agregó-: ¿Primmy sigue allí?

Nathaniel arrancó una brizna de pasto y le hizo cosquillas en la nariz.

-Sí, aún sigue allí. Doña Interferencia. Pero también está Jeffrys.

-Supongo que no hay problema, siempre que Jake cuente con Primmy -opinó Gabrielle, arrugando la nariz bajo la hoja que le hacía cosquillas.

-Su calificada aprobación me abruma, señora -dejó de juguetear y desalojó a Gabrielle de su hombro-. Es hora de marchamos -se levantó y se inclinó para tomarle la mano y ayudarla a ponerse de pie.

- ¿Cómo nos arreglaremos? -preguntó Gabrielle mientras se sacudía la falda. Estaba abrumada de plenitud, la cálida saciedad fluía por sus venas como miel, sin embargo no podía aplazarse la necesidad de establecer algún plan de acción antes de separarse.

Nathaniel tomó el abrigo y le sacudió la hierba y las hojas.

-Quiero que dejes eso en mis manos -dijo con tono tan tranquilo y práctico como si no hubiesen pasado dos horas trascendentes bajo la luna.

- ¿Cómo? -ella se echó el pelo hacia atrás sobre los hombros y se pasó los dedos por los rizos desordenados-. ¿Dónde te alojas?

-En el pueblo. En la calle Mina número seis. En casa de una viuda.

- ¿Solo?

-Sí -tomó el abrigo de ella y lo sacudió también.

Gabrielle registró aquella información para referencia futura.

- ¿Y cómo nos encontraremos?

-En cada recepción, cena y compromiso social que haya -respondió él al tiempo que le ponía el abrigo sobre los hombros.

-Quiero decir: ¿cómo nos encontraremos? -repitió ella mientras se abrochaba el manto.

-Ah... ¿eso querías decir? No comprendí bien.

-Oh, ¡no bromees! -Jugando, le pegó en las costillas y él le atrapó la muñeca y se la llevó a la espalda mientras la atraía junto a él y le levantaba el mentón con la otra mano.

-Te dije que lo dejaras en mis manos.

- ¿Tengo que esperar a que me digas qué debo hacer? -sus ojos parecían indicar que la idea no le resultaba particularmente atractiva.

-Puede que no te lo diga con muchas palabras, pero el mensaje será lo bastante claro si empleas tu ingenio y me observas y escuchas con mucha atención cada vez que estemos juntos.

Ahora estaba bastante serio, y Gabrielle resistió la tentación de desafiar su presunción de autoridad. Después de todo, era la vida de él la que estaba en juego.

-Debes comprender -dijo Nathaniel con el mismo tono práctico- que, si me descubren de alguna manera, entonces tú también estarás en peligro si hay algo que nos conecte.

-No es necesario que me lo digas -replicó ella con voz seca.

- ¿Pero hace falta que te diga que seas discreta? -le subió la capucha del abrigo y te acomodó el pelo adentro-. En público no habrá dobles sentidos, ninguna de tus miradas inmorales, el menor indicio de nada, lo digo en serio, Gabrielle, nada debe dar a entender que tenemos algún interés en común.

- ¿Por quién me tomas? -inquirió ella.

-Por una bandida atolondrada, lujuriosa y lamentablemente indisciplinada -respondió él sin rodeos-. Sin un gramo de discreción en todo el cuerpo en lo que a juegos de pasión concierne.

Gabrielle hizo un gesto, obligada a admitir que en el pasado le había dado demasiado material para justificar tal opinión.

-Te trataré con sumo desdén -amenazó-. ¿A menos que prefieras una enconada antipatía?

-Con la cortesía normal bastará -contestó él al tiempo que le rodeaba el cuello con las manos y le levantaba el mentón con los pulgares.

-Jamás ha sido fácil entre nosotros -bromeó Gabrielle-. No estoy segura de poder manejarlo.

-Hablo en serio, Gabrielle.

-Sí, lo sé.

El movió la cabeza y le besó los párpados.

-Será mejor que te marches. Pronto amanecerá.

-No hay ley que prohiba dar un paseo al amanecer -replicó ella-. Siempre y cuando no pasees en dirección al pueblo detrás de mí.

-No lo haré. Vete ya -la dio vuelta con una pequeña palmada y la empujó a través del velo de hojas hacia el camino-. Y ten cuidado con las piedras ocultas.

- ¿Por qué no podemos encontramos aquí de nuevo esta noche? -Gabrielle se detuvo, entornando los ojos para protegerse del fulgor rosado del sol naciente.

-Quizá podamos. Depende de lo que traiga el día. Si podemos, te avisaré.

-Muy bien, señor -rió, le arrojó un beso y se fue caminando, con paso saltarín a pesar de la noche sin dormir.

Nathaniel esperó debajo del sauce durante casi una hora antes de seguirla. Se sentó sobre la hierba, recostado en el tronco del árbol, con los ojos cerrados, descansando en una duermevela que sabía sería tan reparadora como varias horas de dormir profundamente.

Así que Gabrielle había abandonado el espionaje. ¿Sería para siempre?

Dejó que la idea lo entibiara mientras el calor del sol aumentaba y se filtraba entre la fronda del sauce llorón.

-La condesa de Beaucaire es una mujer atractiva -observó el conde Nicholas Tolstoy, que dejó caer sus impertinentes para servirse un exquisito bocado de una bandeja llevada por un sirviente-

-Así es -coincidió Nathaniel con cierta indiferencia-. Aunque confieso que encuentro más de mi gusto a la princesa Kirov.

-Ah, ¿le agradan las rubias huecas? -Preguntó el conde-. Yo prefiero la carne condimentada -rió con una vigorosa complacencia masculina que a Nathaniel le crispó los nervios.

-Por lo que sé, usted tiene la tarea de preguntar por la salud de Napoleón cada mañana -comentó para cambiar de tema.

-Ah, sí. El zar es el más ansioso por saber si su querido amigo y aliado pasó una noche descansada -respondió Tolstoy-. Así como el general Duroc llega trotando hasta nuestra puerta con el mismo encargo de Napoleón cada mañana a las nueve.

-Qué conmovedor -comentó Nathaniel, y el conde rió.

-Buenas tardes, caballeros. ¿Habéis disfrutado con la cabalgata de esta mañana? -Gabrielle avanzó por el salón en dirección a ellos. El vestido gris paloma de gasa italiana flotaba a su alrededor insinuando el largo de las piernas que tapaba y la suave curva de las caderas.

-Más que el rey de Prusia, madame -respondió el conde de Tolstoy con una sonrisa irónica.

-Sí, pobre hombre -Gabrielle miró hacia el lado del salón donde se encontraba el infeliz Federico Guillermo de Prusia, en el grupo centrado en los dos emperadores-. Napoleón estuvo burlándose del uniforme que llevaba. Le preguntó cómo se las había arreglado con tantos botones.

-No debería haber venido -opinó Nathaniel-. Sabe que Napoleón lo desprecia, aquí no hace más que exponerse a más humillación.

-Eso es muy cruel, amigo -protestó Tolstoy-. Es natural que alimente la esperanza de que de estas negociaciones surjan algunas concesiones para Prusia.

-Una esperanza ingenua y tonta -refutó Nathaniel-. Y su patética esposa trata de coquetear con Napoleón como si sus encantos femeninos pudieran ablandarlo.

-Es muy encantadora -opinó Gabrielle-. Pero es cierto que el emperador es insensible a sus encantos. Fue cruel durante la cena, quería saber por qué ella llevaba puesto un turbante. Dijo que no podía ser en honor a Alejandro, porque los rusos estaban en guerra con Turquía. Ella no sabía hacia dónde mirar ni qué contestar.

-Quizás vaya a reconfortarla -dijo Tolstoy con una sonrisa- Yo estoy lejos de ser insensible a sus coqueteos, de modo que si me disculpa, condesa… -le hizo una reverencia y se dirigió con paso firme hacia la desconsolada reina Luisa.

-Tiene oídos agudos, madame -observó Nathaniel fríamente, mientras echaba un vistazo rápido al salón para ver si alguien los observaba con interés fuera de lo común.

-Y agudos apetitos -murmuró ella con los ojos encendidos, rozándose los labios con la lengua. Se acercó un paso y Nathaniel sintió el calor del muslo debajo del vestido de gasa.

-Con cuidado -advirtió él mientras sonreía a un conocido que intentaba captar su mirada-. ¿Puedo traerle una copa de champán, condesa?

-Gracias, monsieur -tomó el brazo que le ofrecía y fueron con aire casual hasta el comedor-. Mi padrino opina que los negociadores de Alejandro no hacen un solo cerebro entre todos -comentó Gabrielle con voz normal.

Nathaniel inclinó la cabeza cortésmente hacia ella.

- ¿De veras, condesa?

Ella sonrió.

-Parece ser la opinión general, señor.

-De todos, salvo de Alejandro y sus negociadores -comentó Nathaniel con tono indiferente-. Imagino que su padrino excede en mucho a los príncipes Lobanov y Kurakin en la mesa de negociaciones.

-El excede en mucho a la mayoría de la gente -replicó ella con un toque de aspereza.

Gabrielle hizo una reverencia y saludó a madame Duroc y se detuvo a intercambiar comentarios superficiales y presentar a Nathaniel como al pasar.

-Monsieur Lubienskyi se ha ofrecido amablemente a conseguirme una copa de champán.

-Quizá pueda traerle algo también a usted, madame Duroc.

-Gradas, monsieur, una copa de sangría, si es posible. Ahora cuéntame, Gabrielle, ¿qué opinas de la pobre reina Luisa? -la esposa del general tomó del brazo a Gabrielle y la apartó.

Nathaniel se dirigió a buscar las bebidas solicitadas, en cierto modo divertido por los comentarios de Gabrielle. Ahora sabía cuánto afecto sentía por el padrino, pero también era muy perspicaz cuando se trataba de evaluar la ambición y las maquinaciones de Talleyrand.

Regresó con las dos copas.

-Quizás es una noche demasiado templada para sangría, madame Duroc -sonriendo le alcanzó la copa de vino caliente con especias-. Más bien es una noche para dar un paseo a la luz de la luna.

-Una copa de sangría me hace bien y me da sueño -explicó madame Duroc-. Y a mi edad, una buena noche de sueño es infinitamente más valiosa que un paseo bajo la luna.

-Ah, para mí, un paseo antes de irme a dormir tiene el mismo efecto -dijo Gabrielle-. En particular después de pasar una velada en un salón sin ventilación y atestado de gente. Aquí hace mucho calor, enseguida me dará jaqueca.

-Todos tenemos nuestros propios remedios -comentó Nathaniel con afabilidad. Hizo una reverencia, se excusó y se dirigió al salón de juegos, confiado en que aquella noche, unas horas más tarde, Gabrielle aparecería bajo el sauce llorón.

23

A la noche siguiente, Gabrielle estaba vistiéndose para un baile en la residencia prusiana, cuando su padrino golpeó la puerta y entró en su habitación. Acababa de llegar de las negociaciones diarias y aún no se había puesto el traje para la noche.

-Déjenos a solas -ordenó a la criada, que lo miró perpleja, hizo una reverencia y partió.

Talleyrand cerró la puerta y miró a Gabrielle fija y seriamente durante un momento. Luego habló:

-Lo que te diré ahora tendrá la mayor trascendencia en el desenlace de esta guerra. Es de vital importancia que el gobierno inglés lo sepa sin demora. Es providencial que lord Praed esté aquí. El comprenderá de inmediato la importancia de la información y sabrá cómo comunicarla a los oídos adecuados con la debida premura.

Al entrar él, Gabrielle se había dado vuelta, sentada sobre la banqueta del tocador, y ahora lo miraba fijo, sin comprender, con los dedos suspendidos en la acción de ponerse un pendiente de diamantes.

-Hay ciertas cláusulas secretas que serán anexadas al tratado -continuó Talleyrand al tiempo que tomaba una pizca de rapé-- Escúchame con mucha atención.

Gabrielle escuchó en un atónito silencio y, cuando él terminó, dijo:

-No comprendo qué quieres de mí -pero entendía perfectamente.

-Informarás a lord Praed los detalles de las cláusulas secretas -anunció el padrino.

Gabrielle negó con la cabeza.

-No... No, no puedo hacerlo. Ya no soy espía.

-No te estoy pidiendo que espíes al inglés -aclaró Talleyrand con paciencia-. Te pido que le des cierta información que su gobierno encontrará valiosa. Te pido que espíes para él, no contra él.

Gabrielle cerró los ojos y vio la lógica inexorable de los procesos de pensamiento del padrino.

- ¿Por qué no se lo dices tú mismo?

-No seas ingenua, Gabrielle. Si los ingleses se enteran de que estoy conspirando contra Napoleón, no hace falta que te diga qué harán con la información. Con el más leve indicio podrían desacreditarme ante el emperador. Yo no soy particularmente popular entre los ingleses, *ma chére* -su sonrisa era levemente sardónica-. Y soy mucho más útil para todos si conservo la confianza del emperador.

-He abandonado ese trabajo sucio, *man parrain* -dijo Gabrielle lentamente-. Tú lo sabes. He dicho a Nathaniel que ya no participaré en ningún espionaje.

-Este es un tipo distinto de espionaje -señaló Talleyrand con la misma paciencia que antes-. Darás esta información a tu amante en calidad de obsequio.

- ¿Y cómo explicaré la traición a mi país?

-Es sabido que las personas alternan sus lealtades por profundas razones personales -observó él con suavidad-. No perjudicarás a tu amante, *ma chére,* le harás el mayor de los favores.

-Pero lo defraudaré -protestó Gabrielle.

-Por el bien de Francia, de Inglaterra, de toda Europa -insistió Talleyrand con voz convincente-. Esta vez no te pido que seas una agente doble. No quiero que me traigas información, no tengo interés en escuchar los secretos ingleses. Simplemente quiero que digas a lord Praed algo que él y su gobierno necesitan saber con desesperación.

Gabrielle miraba sin ver el pendiente de diamantes que tenía en la mano. Sentía como si se tambaleara al borde de un pozo lleno de serpientes.

-Gabrielle, ¿cómo te sentirías si retuvieras esta información vital para lord Praed? Sólo le dará buena reputación y lo ayudará a progresar y le proporcionará la más profunda satisfacción profesional. ¿Tienes derecho a negarle esas oportunidades?

Ella lo miró con expresión desolada.

-Es usted un astuto manipulador, señor.

El semblante de Talleyrand era impasible.

-Soy un estadista, un estratega, un diplomático, Gabrielle. Si eso también me convierte en manipulador, así son las cosas. Yo creo en la estabilidad y la paz de Europa, y eso no se conseguirá sin la caída de Napoleón. Si no compartes mis objetivos, entonces no hay nada más que hablar.

El fin de la guerra, pensó Gabrielle, una guerra que se libraba en forma casi continua desde hacía quince años. El fin de la matanza. Ella sabía que su padrino tenía razón, como también sabía la profundidad de sus convicciones. El era un manipulador, un hombre de poca ética personal, un hombre de una ambición profunda y perdurable. Pero también era apasionadamente leal a su país y, al igual que la mayoría de los hombres nacidos y educados en su siglo, entendía la necesidad de una Europa equilibrada. Sin un equilibrio de poder, reinaría el caos, como de hecho sucedía en aquel momento.

- ¿Cómo explicaré el origen de la información?

Talleyrand no demostró indicios de la satisfacción que sentía ante la aceptación tácita de Gabrielle. Se acarició el mentón.

-Admito que es una dificultad. Difícilmente te diría una cosa así en una conversación, ni dejaría por ahí un papel con las cláusulas. Creo que podrías haber oído casualmente mi debate con Duroc y el emperador.

— ¿Cómo?

Talleyrand arrugó la frente mientras lo pensaba.

-Esta tarde, cuando nos retirábamos de la reunión ceremonial con el emperador, yo recordé que había dejado olvidado mi bastón en uno de los salones. Como eres una sobrina considerada, te ofreciste a traérmelo.

Cuando lo hiciste, el pasillo donde me habías dejado estaba desierto, todos los invitados se habían marchado, los sirvientes estaban ocupados en otra parte. Entonces oíste mi voz desde una ventana del gran salón. Sin darle importancia, te adelantaste con el bastón y entonces oíste algo que te hizo detener. Escuchaste, porque fuiste entrenada para hacerlo, y escuchaste mucho más de lo que tenías previsto. Cuando creíste haber escuchado lo suficiente, te retiraste hacia el pasillo y volviste a entrar haciendo ruido y llamándome.

La miro y asintió con un movimiento de cabeza.

-Creo que eso servirá.

Gabrielle se mordisqueó el labio.

-Supongo que sí, pero ¿aceptará él que yo haya cambiado mi lealtad tan de repente?

-Estará en ti convencerlo -contestó el padrino con tono sombrío-. El es tu amante, ésa es una razón bastante convincente para mucha gente- Y él comprenderá que trabajar para contribuir a la caída de Napoleón no es necesariamente el acto de un traidor a Francia. El hombre no es tonto.

-No -coincidió Gabrielle-. Nathaniel no es ningún tonto.

-Entonces te dejo para que armes tus propios planes -se dirigió hacia la puerta-. Pero no te demores, Gabrielle. Es esencial que la información llegue a Londres lo más rápida y humanamente posible.

-Entiendo. ¿Tienes la contraseña de hoy para la zona rusa?

Talleyrand se la dio sin parpadear.

-Te enviaré de nuevo a tu criada.

La mujer se presentó de inmediato.

-Su vestido, madame. ¿Está lista? -Levantó un delicado vestido color crema de crepé de China-. ¿O prefiere acabar primero con el peinado?

-Ayúdame primero con estas plumas -las plumas eran de rigor para las visitas formales a la corte, aunque ésta sólo fuera la de los ignorados y despreciados reyes de Prusia.

Annette tomó una de las tres plumas negras de avestruz, la introdujo con cuidado en el pelo recogido de Gabrielle y la aseguró con una hebilla de diamante. Las otras dos fueron colocadas con la misma reverencia, y Gabrielle examinó su imagen en el espejo con ceno crítico antes de dar su aprobación con un movimiento de la cabeza.

Se quitó la bata, se puso el vestido y se volvió hacia Annette para que le abrochara los botones de la espalda.

-Oh, está encantadora, madame -exclamó Annette-. Esas plumas negras contrastan con su pelo, y el vestido es tan delicado.

-Gracias, Annette -Gabrielle dirigió una breve sonrisa a la muchacha, que la miraba con ojos muy abiertos-. Y no es necesario que me esperes despierta.

Se puso los guantes largos de seda y alisó las arrugas en los dedos. Hacía todo con curioso desapego, con meticulosa deliberación, como si el cuerpo que tocaba y las pertenencias que manipulaba no tuvieran absolutamente nada que ver con ella.

Cuando bajó la escalera, tenía la piel húmeda y fría, como si hubiese atravesado una bruma helada. Sabía con exactitud cómo iba a abordar a Nathaniel, de un modo que barrería de su mente todas las preguntas y objeciones, que añadiría una arrolladora credibilidad al obsequio de amor llevado por una amante. Jamás había tenido que fingir pasión con él, pero se preguntaba con fría aprensión si esta vez debería hacerlo... y si, en ese caso, seria capaz de lograrlo.

Indicó al cochero que la llevara a la calle Vilna. Cuando cruzaron la zona rusa, el húsar apostado en la guardia dio un paso al frente con la mano en alto:

- ¿Contraseña?

Gabrielle se asomó por la ventana.

-Alejandro, Rusia, grandeza.

El soldado saludó y les dio la señal para que pasaran.

Cada día, la contraseña era elegida en forma alternada por Napoleón y por Alejandro- Aquel día. Napoleón había elegido. Una adulación que Alejandro emularía al día siguiente.

Gabrielle permaneció sentada en la oscuridad, tamborileando con los dedos en el cojín de terciopelo. Se sentía descompuesta. Estaba haciendo lo que había que hacer, pero eso no le servía para nada. Sólo era un engaño técnico, pero no importaba cuántas veces se lo repitiera. Ella había dicho a Nathaniel que ya no estaba haciendo espionaje, y ahora eso era mentira. No podía traicionar el plan de su padrino sin arriesgar la vida del político. De modo que seguía debatiéndose en las garras de su dilema.

Cuando el coche se detuvo frente a la casa de la calle Vilna, Gabrielle se apeó de un salto. Dos oficiales con las capas del regimiento Preobrashensky caminaban por la calle, sumidos en gran conversación. Se detuvieron y clavaron los ojos en la mujer que bajaba del carruaje. Esa parte de la zona rusa estaba ocupada sólo por oficiales solteros y auxiliares de menor importancia. Los cuarteles matrimoniales y las dependencias de los miembros de mayor categoría del séquito del zar se hallaban cerca de la residencia real. Una mujer sola en aquella calle podía significar una sola cosa, una misión.

Gabrielle se dio cuenta de las miradas. Se volvió y los miró fijo, con el mentón levantado, con aire de arrogancia en cada línea de su cuerpo.

Los hombres observaron el vestido de noche y el brillo de los diamantes, y, desconcertados hicieron una reverencia. Gabrielle no aceptó el saludo. Se dio vuelta, se dirigió a la puerta número seis e hizo sonar el llamador.

La mujer que acudió a la puerta la miró con el mismo asombro que los dos oficiales.

- ¿Madame?

-Monsieur Lubienski, por favor -dijo Gabrielle con el mismo aire de antes.

Intimidada por el esplendor del vestido y el brillo arrogante de los ojos oscuros, la mujer retrocedió hacia el vestíbulo al tiempo que daba lugar a Gabrielle para que entrara.

El vestíbulo era pequeño y se hallaba escasamente amueblado. Un tramo de escalera de madera conducía arriba. En el aire había olor a col hervida.

-Arriba -dijo la casera-. Segunda planta a la izquierda, madame.

-Gracias -Gabrielle subió la escalera con paso ligero. Ante la segunda puerta, levantó la mano para golpear pero enseguida cambió de opinión. Con descaro tomó el tirador y empujó la puerta, entró en una habitación pequeña, sin más muebles que un catre, un tocador común y una mesa de roble macizo bajo una ventana alta.

Nathaniel estaba cambiándose para la noche. Cuando se abrió la puerta se apartó del espejo y vio a Gabrielle. Cierta energía parecía emanar de ella, creando un halo brillante alrededor del pelo rojo intenso, tenía un brillo febril en los ojos oscuros, los labios entreabiertos, un ligero rubor bajo la tez translúcida.

- ¿Qué diablos estás haciendo? -preguntó él con una oleada de furia.

-Fraternizando con el enemigo -respondió ella con una de sus sonrisas irónicas.

-Por Dios, Gabrielle, esto no tiene nada de prudente. Te dije que no toleraría la indiscreción.

-Tenía que venir -explicó ella-. Nadie sabe quién soy. Despaché al coche y dije al cochero que regresara en una hora -se adelantó hacia él, tras cerrar la puerta de un empujón.

Ella era una imagen de diamantes relucientes, de suave seda ondulante color crema, de plumas negras que flotaban en fabuloso contraste con la vibrante masa de pelo recogido.

-Te deseo -dijo Gabrielle mientras avanzaba por el suelo de madera sin lustrar con los brazos extendidos-. Te deseo con un hambre tan avasalladora que tenía que venir.

Lo tomó de las manos mientras se apretaba contra él.

Una sonrisa revoloteaba en sus labios, y el brillo febril de sus ojos se intensificó.

El sentía el poder de su sensualidad emanando en ondas, envolviéndolo, encerrándolo. Y se perdió como siempre cuando ella iba a él de aquel modo.

Gabrielle rió en voz baja al ver que él se rendía, se mordió el labio inferior, movió la parte inferior del cuerpo contra las caderas de él en una sinuosa presión que le hizo arder la sangre.

-Ahora -dijo-. Te deseo ahora, Nathaniel.

El la tomó de la cintura y la levantó sobre la mesa. Le rodeó la garganta con las manos, cubriendo el collar de esmeraldas, y pegó la boca a la suya. Los labios de Gabrielle se abrieron en fervorosa respuesta, las lenguas enroscadas, los pechos apretados contra él.

Lentamente, él le inclinó el cuerpo hacia atrás con la presión del suyo, hasta que quedó tendida sobre la superficie fría y dura de la mesa, con la boca aún pegada a la de Nathaniel y las manos en los hombros de él.

El metió las manos por debajo de la falda. Gabrielle dio un salto por el leve roce de sus dedos, y Nathaniel supo que demoraría apenas un instante en llevarla al borde del éxtasis.

¿Por qué?, se preguntó. ¿Por qué tanta pasión desesperada aquella noche? Pero las preguntas se esfumaron rápidamente cuando su cuerpo respondió a las urgencias de Gabrielle.

Se apartó lo suficiente para quitarle la ropa interior de encaje, para liberar su propio cuerpo de la restricción de las prendas. Los ojos de Gabrielle le sostuvieron la mirada, y estaban llenos de la maravilla de la expectación. La estrechó contra él, mientras la turbulencia crecía y los devoraba y luego cedía, dejándolos encallados en las arenas de la consumación. Nathaniel la dejó caer hacia atrás sobre la mesa y se enderezó despacio, con la respiración irregular y la cabeza que le daba vueltas. Gabrielle permaneció inmóvil, en una postura de abandono, con la lujosa falda arrugada alrededor de la cintura, los largos muslos desnudos que brillaban pálidos en contraste con la madera oscura, la cabellera roja que caía suelta, las plumas negras que escapaban de las horquillas.

Tenía la apariencia de algún pájaro salvajemente erótico que se había posado a descansar tras un vuelo agotador. Inclinado hacia delante, Nathaniel le acarició la curva de la mejilla con un dedo.

-Regresa, amor.

Las pestañas revolotearon y Gabrielle abrió los ojos. Lo miró con expresión aturdida y luego sonrió.

-Creo que acabo de morir de nuevo.

-Estabas poseída por algún tipo de locura -dijo él, al tiempo que la tomaba de la mano y la ayudaba a sentarse-. ¿Cómo te atreves avenir aquí, Gabrielle? -protestó, aunque con poca convicción. Se levantó los pantalones, sacudiendo la cabeza-. ¿Tienes idea de cómo nos has comprometido?

Gabrielle luchaba por recobrar el juicio después de aquella explosión de sexualidad. ¿Cómo había podido alguna vez temer verse obligada a fingir una reacción?

-Tonterías -dijo al cabo de un momento-. Estas cosas suceden en todo Tilsit. La gente cruza de un lado al otro de la línea, brinca de cama en cama.

- ¿Cómo lo sabes?

-Lo he oído comentar -respondió con arrogancia.

Nathaniel la miró desconcertado. Ella parecía no darse cuenta en absoluto de su semi desnudez, ni del contraste de la maraña del pelo con el elaborado vestido y los preciosos diamantes.

-En el nombre de Dios, ¿qué diablos te trajo tan de repente? ¿O acaso no lo sabes?

-Te he traído un obsequio -respondió ella-. Puede que lo encuentres extraño... pero...

-No creo que pueda concentrarme hasta que te vistas -Nathaniel tomó las bragas y se las pasó por los pies, luego la levantó de la mesa y se las subió hasta las caderas-. Alísate la falda.

Gabrielle sacudió la seda arrugada y se llevó las manos al pelo, donde los rizos ingobernables escapaban como una nube. Se quitó las plumas y las dejó sobre la mesa, luego se quitó las horquillas, sacudió el pelo para que cayera libre sobre los hombros y se peinó con los dedos. Esto la tranquilizó y le dio tiempo para ordenar sus ideas.

- ¿Estoy mejor?

-Un poco -respondió él-. Creo que en realidad el problema eran las plumas. Resultaban del todo inapropiadas -tomó una y se la pasó por los dedos-. Necesitarás otra vez la ayuda de tu criada antes de ir a la residencia de la corte de Prusia.

-No creo que vaya -dijo Gabrielle-. ¿Tienes una copa de vino?

-Conseguí convencer a Tolstoy de que me diera una parte de su querida provisión de oporto -abrió un armario y extrajo una botella y dos gruesas copas con un poco de polvo-. Me temo que este lugar carece de comodidades -antes de llenarlas, limpió las copas con el pañuelo.

-La cama es un poco estrecha -observó Gabrielle al tiempo que tomaba la copa.

-Pero la mesa compensa -respondió él con una media sonrisa. Un tumulto de especulaciones lo embargaba, pero su rostro no daba el menor indicio. ¿Qué obsequio extraño ocultaba aquella visita salvaje? Gabrielle estaba profundamente perturbada, pero por algo mucho más fuerte que la excitación del deseo.

- ¿Y bien? -urgió-. ¿Cuál es ese obsequio extraño?

Gabrielle bebió un sorbo de oporto y dijo:

-Una información.

Una gran inquietud recorrió a Nathaniel, pero los ojos siguieron mirándola con calma.

-Hay ciertas cláusulas secretas que se agregarán al tratado. Una de ellas compromete a Alejandro a mediar en la paz entre Inglaterra y Francia. Si los ingleses se niegan a ella, entonces Rusia declarará la guerra a Inglaterra y se unirá a Francia y a todos sus aliados del Bloqueo Continental, atrayendo a Dinamarca y Suiza.

Nathaniel no dijo nada durante un largo momento.

Napoleón había forzado a todas las naciones subordinadas a Francia a unirse al bloqueo naval destinado a matar de hambre a Inglaterra para que se sometiera. Su prosperidad, de hecho su sangre vital, dependía del comercio exterior. Con todos los puertos de Europa cerrados a ella, quedaría imposibilitada de comerciar, y la nación de los comerciantes, como la llamaba Napoleón, caería de rodillas. El bloqueo ya estaba golpeando con fuerza las bases económicas nacionales, pero mientras Rusia se hallaba en guerra con Francia, los puertos del Báltico habían permanecido abiertos al comercio marítimo inglés. Si los países escandinavos en hegemonía con Rusia se veían forzados a unirse al bloqueo, podrían cerrar el mar Báltico y no habría salidas para el comercio británico. Entonces en verdad el país se moriría de hambre.

Nathaniel sabía también que ninguna mediación de Rusia convencería en absoluto al gobierno inglés de hacer las paces con Napoleón, de modo que, según los términos de las cláusulas secretas, la guerra con Rusia y el cierre de los puertos escandinavos eran inevitables.

Gabrielle acababa de darle una información de un valor tan importante que durante un instante Nathaniel no pudo abarcar del todo las consecuencias.

- ¿Por qué me dices esto? -preguntó al fin.

-Es un regalo, ya te lo dije -hizo girar la copa de vino en la mano-. El regalo de una amante.

- *¿Pero* traicionarías a tu propio país?

Ella negó con la cabeza.

-Ya te dije una vez que yo no creía que Napoleón fuera lo mejor para Francia.

-Pero espiaste para Francia -era un recordatorio categórico.

-Yo espiaba para Francia con mi amante. Ahora te doy un obsequio de amante, que es esta valiosa información - ¿le creería? Debía hacerlo, porque era la verdad. No quería mirarlo ni ver su expresión, pero él la obligó a hacerlo.

De modo que el amante había sido un espía. Nathaniel se lo había preguntado en el burdel en París. Conociendo a Gabrielle como la conocía, resultaba inevitable que ella hubiese adoptado todos los aspectos de la vida de su amante.

Nathaniel se apoyó en la mesa, con la copa en la mano, los ojos posados en el rostro de ella.

- ¿Un regalo de amor? -preguntó.

-Te amo -dijo Gabrielle simplemente-. Ahora sé que no puedo soportar estar separada de ti. Y no puedo estar contigo si estás del lado opuesto en esta guerra. Siempre he estado dividida entre dos lealtades. Ahora he elegido.

Nathaniel aspiró una bocanada lenta y trémula. El poder de aquella simple declaración lo sacudió hasta su fibra más íntima, por el momento no era capaz de asimilarlo, de ver cómo esto afectaba a ambos.

- ¿Cómo descubriste esto? -preguntó él como si ella no hubiese dicho lo que acababa de decir.

Gabrielle le dio la explicación.

-Tienes mucho aprecio a tu padrino -sondeó Nathaniel, aún incapaz de aceptar la sencillez de la declaración-. ¿Por qué elegirías traicionarlo?

-No creo que esto sea traicionarlo -replicó Gabrielle con calma. Se preguntaba si Nathaniel habría oído lo que ella le había dicho. No daba la impresión de reaccionar a partir de sus palabras.

Mantuvo el tono tranquilo y desapasionado mientras le ofrecía una explicación, lo más cercana posible a la verdad, sin revelar el verdadero objetivo de Talleyrand.

-También él cree en una Europa fuerte y unida. No tengo idea de cuáles son sus planes más profundos, excepto de que no está a favor de una alianza entre Rusia y Francia. El está intentando burlar a los negociadores rusos... esto lo sé con certeza... y, por lo que sé de Talleyrand, yo apostaría a que no está más a favor de las cláusulas secretas de lo que podría estar Inglaterra.

El razonamiento de Gabrielle era tortuoso pero, por lo que Nathaniel sabía de la reputación y las ambiciones de Talleyrand, resultaba razonable. Cualquiera fuera la razón que ella había tenido para darle esa información, el dato era oro puro y sólo un tonto discutiría su autenticidad.

Por sus propias observaciones durante la reunión de los dos emperadores, estaba claro que ahora Alejandro deseaba congraciarse con Napoleón tan diligentemente como antes había estado dispuesto a luchar contra él.

-Debo ir a Inglaterra de inmediato -se apartó de la mesa,

- ¿Ahora?

-Al amanecer.

-Iré contigo.

-No seas absurda -replicó Nathaniel con un gesto brusco.

-Te dije que te amaba -dijo Gabrielle con calma-. ¿No me darás ninguna respuesta?

Nathaniel la miró en silencio, permitiendo que la declaración volviera a resonar en su cabeza. Cuando habló, su voz era desacostumbradamente indecisa, como si no encontrara palabras.

-Es un obsequio tan valioso que no sé si mi amor es suficiente compensación -dijo él-. Yo no tengo tu generosidad de espíritu, Gabrielle, y tengo miedo, terror, de herirte de algún modo.

Gabrielle negó con la cabeza.

-No lo harás -dijo-. Tú no hiciste daño a Helen.

-Yo he sido responsable de su muerte -replicó él con tristeza-. No pensé en ella, sino sólo en mis propias necesidades, y esas necesidades la mataron. No me siento merecedor de otra oportunidad de ser feliz.

-Pero eso es una tontería -replicó Gabrielle, tomándote las manos con fuerza-. No puedes pagar un error toda la vida. Yo no tengo miedo de que me hagas daño.

Como él no respondió, Gabrielle preguntó:

- ¿Tú me amas, Nathaniel?

-Por supuesto que sí -respondió él en voz baja.

-Entonces no veo la dificultad -esbozó su sonrisa torcida.

-Primero déjame hacer lo necesario en relación a esta información -dijo él mientras la abrazaba fuerte-. Debo ir a Inglaterra, no puedo prestar la atención debida a lo nuestro. Estoy desbordado. Es algo que deseo más que nada, pero no puedo pensar en ello. Tienes que darme tiempo.

Gabrielle percibió la sinceridad del pedido y supo que no podía presionarlo más.

-Muy bien -le dio un beso ligero-. Lo entiendo... yo creo -se apartó y él se quedó inmóvil, con las manos colgando a los costados.

Gabrielle tomó las plumas.

- ¿Cómo viajarás? -preguntó ella con entusiasmo.

Ante la pregunta común y práctica y el tono ligero, parte de la intensidad abandonó el rostro de Nathaniel.

-Iré en carruaje hasta Silute y allí buscaré un barco que me lleve a Copenhague, si es posible. El mar es más seguro que la tierra, y en general más rápido.

-Entonces te deseo buena suerte.

El se pasó las manos por el pelo en un gesto de frustración.

-Esto no está bien, Gabrielle, pero no sé qué otra cosa puedo hacer. ¿Vendrás a Inglaterra?

-Sí, por supuesto -respondió ella-. Muy pronto.

Le arrojó un beso y lo dejó, cerrando la puerta silenciosamente después de salir.

24

Silute, en la desembocadura del Niemen en el mar Báltico. Pocas horas a caballo. Nathaniel se proponía partir al amanecer, probablemente le llevaría hasta entonces hacer sus preparativos, concebir explicaciones apropiadas y despedirse. No querría destruir una cobertura tan útil por actuar de prisa. Ella, en cambio, podía marcharse en una hora.

Gabrielle iba sentada en el borde del asiento, impaciente, mientras el carruaje la llevaba hacia la zona francesa y la casa donde se alojaba Talleyrand.

Su padrino acababa de partir hacia el baile prusiano, de modo que ella garabateó una nota explicándole qué había hecho y qué se proponía hacer. Dejó la nota sobre el escritorio del estudio y luego hurgó entre los casilleros hasta que encontró el sello imperial que Talleyrand usaba para todos sus documentos oficiales. Escribió una serie de oficiosas instrucciones para su propia conveniencia, dobló el documento y lo selló con el águila imperial. Bien podía pasar como un pasaporte o una protección útil mientras viajara por la Europa napoleónica.

Demoró un momento en ponerse los pantalones y guardar algunas cosas necesarias en la maleta. Guardó la pistola dentro del bolsillo del abrigo. Dentro de la camisa, cerca de la piel, puso una cartera de cuero con una considerable suma de dinero. El bandolerismo era frecuente entre la población resentida en los pequeños pueblos de la invadida Prusia.

Se deslizó con sigilo fuera de la casa y se dirigió al establo, donde un muchacho dormido le ensilló el caballo. Era prusiano, nativo de Tilsit, miró con escaso interés a Gabrielle y su extraña vestimenta.

Faltaba una hora para el amanecer cuando Gabrielle dejó el pueblo y guió el caballo hacia el mar siguiendo al río aguas abajo.

Al amanecer, las aldeas y villas por las que pasaba iban cobrando vida, las mujeres abrían las puertas, ahuyentaban a los perros, manejaban escobas. Los niños corrían con cubos hacia el río y los hombres iban a los campos, ansiosos por ponerse a trabajar antes de que el calor se hiciera abrasador.

Nadie se percató de la jinete vestida de negro. Prusia era un país ocupado, y la gente de campo se afanaba mucho en su trabajo diario, en la esperanza de ser compadecidos por la devastadora columna de infantería francesa que los arrasaba, que cortaba la madera de los bosques para hacer leña para sus propios fuegos y pisoteaba los campos para que no fueran aptos para nada durante varios años. Si un jinete solitario no representaba una amenaza, entonces podía pasar entre ellos sin inconvenientes.

El segundo jinete, que siguió al primero con una hora de diferencia, se encontró con la misma falta de interés.

Gabrielle entró en Silute poco antes del mediodía.

Lejos del campo abierto la atmósfera era distinta. Las calles estrechas cubiertas de barro eran sofocantes por los desechos humeantes y apestosos por el calor tórrido. Las casas eran estrechas y oscuras, la gente, demacrada y huesuda, en general descalza y vestida con harapos mugrientos.

Allí, un extraño cabalgando en un caballo de primera clase llamaba la atención de manera inmediata e inconveniente.

Gabrielle cabalgó directamente hacia el pequeño puerto, donde había amarrados varios barcos de pesca y otras embarcaciones más grandes esperando que cambiara la marea. El hedor a pescado podrido parecía casi un miasma palpable en el aire caliente y quieto. Gabrielle examinó con ojo crítico las diversas embarcaciones, en busca de una lo bastante grande como para llegar a Dinamarca.

Un grupo de hombres salió de una taberna y fue a su encuentro. Iban en silencio, salvo el ruido de sus pesados zuecos sobre los adoquines del muelle.

El corazón de Gabrielle latió con fuerza. Buscó la pistola dentro del abrigo al tiempo que hacía retroceder el caballo hacia el borde del muelle para evitar que la rodearan.

Formaron un semicírculo y la estudiaron en el mismo silencio amenazador, uno de ellos extendió una mano y tocó el fino cuero de las riendas. Levantó la vista y sonrió con dientes ennegrecidos. El dinero, lejos de apaciguarlos, los estimularía, decidió Gabrielle. Tal vez su pistola causara el mismo efecto. No podría dominar a seis hombres con un solo disparo, y no dispondría de tiempo para volver a cargar.

Lentamente sacó del bolsillo el talismán que en la Europa ocupada pesaba más que cualquier otra cosa. El documento con el águila de Napoleón. Lo levantó, y el grupo retrocedió. Uno de los hombres escupió en las piedras del muelle, pero el peligro había pasado. Costaba más que la propia vida molestar a un mensajero imperial.

Extrayendo más ventaja de su influencia, Gabrielle preguntó en su inseguro alemán si sabían de alguna embarcación que estuviera a punto de zarpar hacia Copenhague. Ella tenía que entregar un mensaje del emperador. Ahora la plata brillaba en la palma de su mano mientras esperaba.

Hubo un intercambio de palabras, gutural y entrecortado, y uno de los hombres señaló una pequeña fragata anclada en la bahía. Una segunda moneda en la palma de la mano produjo la información de que su capitán estaba en la taberna.

La tercera trajo al capitán en persona, un danés que, para alivio de Gabrielle, hablaba francés.

Sostenía en una mano una jarra de cerveza mientras ella le pedía dos pasajes, después él exigió una suma exorbitante. Un ojo del capitán bizqueaba de manera desconcertante, mientras que el otro la miraba fijo.

Gabrielle frunció el entrecejo, luego dijo que por ese precio esperaba que llevara también los caballos.

El capitán vaciló un momento, mientras examinaba la montura de Gabrielle con el ojo sano, luego bebió el contenido de la jarra y asintió con la cabeza.

-La pleamar es a las tres. Enviaré una lancha al muelle a las dos. Si no estáis aquí, nos marcharemos igual -regresó a la taberna sin mirar atrás.

Eso le daba una hora y media de espera, por fortuna tiempo suficiente para que llegara Nathaniel. Gabrielle tenía hambre y sed, pero no se atrevía a arriesgarse a dejar su caballo en aquella cueva de ladrones mientras iba en busca de sustento. Se preguntaba cuál seria el mejor lugar para esperar a Nathaniel, decidió ir al final del muelle, mirando al callejón que él tendría que tomar para llegar al puerto. Pensó que no tenía sentido considerar qué haría si él no llegaba antes de que la tosca lancha enviada por el danés se alejara del muelle, como tampoco tenía sentido anticipar la reacción de Nathaniel ante su presencia. El hombre necesitaba un buen empujón y estaba a punto de recibirlo.

Nathaniel entró cabalgando en el pueblo maloliente pasada la una y media. De inmediato se dio cuenta de los ojos que lo observaban mientras guiaba su caballo por el estrecho callejón lleno de estiércol que iba hacia el puerto.

Niños de ojos hundidos miraban desde los umbrales al extranjero bien vestido montado en el lustroso caballo. Los hombres ociosos que estaban a la sombra apoyados en las paredes, se escarbaban los dientes y escupían a su paso.

Cuando dobló hacia un callejón particularmente oscuro, donde una porción de agua y un cambio en la calidad de la luz indicaban el muelle, una piedra voló en el aire y le pegó pesadamente en un hombro. Nathaniel maldijo y dio vuelta la cabeza. Un grupo de hombres avanzó hacia él desde atrás, armados con garrotes y piedras. Otra piedra hizo impacto en el cuello del caballo, y el animal relinchó y retrocedió.

De repente había hombres todo alrededor, surgían de callejones tan estrechos que apenas tenían el ancho de los hombros de un hombre, salían de umbrales en sombras, todos con cuchillos y estacas.

Nathaniel pensó que era una de las multitudes más desagradables en las que jamás se había encontrado, y él era el único objetivo.

Ya tenía la pistola en una mano, mientras con la otra aflojaba el bastón que llevaba sujeto a la silla, sin desviar en ningún momento los ojos de la turba creciente. Apretó un botón del bastón y saltó una afilada cuchilla. Voló una piedra que lo golpeó en el medio del pecho y casi lo dejó sin aliento.

Disparó la pistola directamente a la línea de hombres que tenía enfrente. Un hombre cayó con un grito y por un momento la línea vaciló. Nathaniel azuzó al caballo y avanzó a la carga en medio de ellos, inclinado sobre la silla mientras lanzaba cuchilladas. Hubo un

momento en que creyó que había pasado, pero entonces el caballo se enganchó un casco en un adoquín sobresaliente y, mientras el animal trataba de estabilizarse, un cuchillo se clavó en el cuello del animal y le cortó la arteria principal.

La sangre saltó en un chorro caliente y el caballo murió en forma instantánea. Nathaniel se arrojó hacia un costado de la silla antes de que el animal lo aprisionara. Se levantó con rapidez, blandiendo el arma blanca ante el mosaico de caras tétricas que lo acosaban. Sin caballo ni tiempo para volver a cargar la pistola, no tenía probabilidades de salir indemne de allí.

Qué irónico resultaba que, después de una carrera rodeada de peligro y traición, tuviera que encontrar la muerte en un callejón solitario en un puerto apestoso del este de Prusia, a manos de una turba hambrienta.

Entonces oyó un disparo de pistola y un salvaje grito de furia. Un caballo se precipitó entre la multitud, empinándose, caracoleando, sacudiendo los cascos, obligando a los hombres a retroceder si no querían ser pisoteados. Hubo un instante en que Nathaniel vio con claridad entre los cuerpos que lo rodeaban el brillo del agua al final del callejón. Se lanzó hacia la abertura antes de que se cerrara, y Gabrielle se inclinó sobre la silla ofreciéndole su mano. El la tomó y subió de un brinco con la misma agilidad acrobática que había demostrado en el tejado de la buhardilla de París.

Así llegaron al muelle, a la luz del sol, y la turba quedó atrás junto con el caballo muerto, la silla y la maleta de Nathaniel.

Gabrielle guió a su caballo hacia la lancha que esperaba junto al muelle. El capitán danés de la *Katíegat* estaba a bordo supervisando el cargamento de provisiones. Miró al caballo y los dos jinetes y se acercó a Gabrielle.

-Usted dijo dos caballos.

-Sí, pero sólo hay uno.

-El precio es el mismo -aclaró el hombre, bizqueando ferozmente.

-*D'accord*-contestó ella con un impaciente encogimiento de hombros, mientras se balanceaba para apearse-. Lo ataré a la borda.

Nathaniel no dijo nada. Lo que tenía que decir no era posible decirlo en aquel sitio. Gabrielle simplemente había seguido su impulso, como siempre, Nathaniel se preguntó vagamente por qué él no lo había supuesto.

Ella había aceptado su rechazo en Tilsit con demasiada docilidad, él debería haberse puesto sobre aviso. Pero entonces notó que Gabrielle sangraba de un brazo, dejando un rastro pegajoso en el piso de la lancha. Probablemente, cuando se había precipitado a la riña, el cuchillo de alguno de los atacantes le había arañado un brazo. Se aflojó la corbata.

-Estás dejando sangre por todas partes. Permíteme vendarte por ahora, y cuando lleguemos adonde vamos lo revisaré mejor -le amarró la corbata con fuerza alrededor de la herida-. ¿Adonde vamos?

-A Copenhague -respondió Gabrielle con un suspiro desganado-. En aquel barco que está en medio de la bahía... el *Kattegat.*

Nathaniel se desplomó en el piso de la lancha, con la espalda apoyada en la borda, y levantó el rostro hacia el sol. Una leve brisa ofrecía un poco de alivio del calor achicharrante y se llevaba algo del hedor nocivo de Silute. Gabrielle ató el caballo y se sentó junto a él.

No era tan tonta como para creer que el actual silencio de Nathaniel significaba que no tenía nada que decir. La tormenta se desataría cuando se sintiera mejor, de modo que ella callaría hasta ese momento.

Los remeros llevaron la lancha en el corto trecho de agua hasta el *Kattegat.* Gabrielle siguió al capitán por una escala de cuerda que se balanceaba, Nathaniel fue detrás.

-Nosotros nos arreglaremos con el caballo -dijo el capitán-. Hay un camarote para dos en estribor... eh... -el ojo derecho se posó en Gabrielle en gesto especulativo, recorriéndole la figura. El abrigo se le había caído un poco de los hombros, y los pantalones y la camisa no disimulaban mucho las curvas del estilizado cuerpo-. Señores... -agregó el hombre con una mirada de desconfianza y lascivia.

Gabrielle se mantuvo impasible, y Nathaniel miró hacia el mar como si fuera sordo como una roca.

El capitán se encogió de hombros.

-No es algo de mi incumbencia. Ustedes pagan el pasaje, y yo no pregunto nada -estiró la mano-. Cuarenta livres, creo que fue lo acordado.

Nathaniel silbó entre dientes, pero Gabrielle extrajo con calma la bolsa de adentro de la camisa y puso la suma requerida en la mano abierta del capitán.

-Creo que lo encontrará correcto. Tenga cuidado con mi caballo.

El capitán contó las monedas con aire solemne, luego dio media vuelta y se puso a dar órdenes a los marineros. Al cabo de una hora el aterrado caballo de Gabrielle había sido puesto en cubierta y se hallaba bien atado en la popa del barco.

Sólo entonces Nathaniel habló.

-Ven abajo-fue una orden terminante.

Gabrielle lo siguió por la escalerilla y un pasillo hasta un camarote pequeño aunque limpio y escasamente amueblado, con un ojo de buey y dos literas.

Nathaniel cerró la puerta con un golpe controlado y se quedó parado de espaldas al umbral, observando a Gabrielle en fulminante silencio.

-Dios mío -exclamó por fin-, ¡debería pegarte, Gabrielle!

-Qué bonito comentario, cuando acabo de salvarte el pellejo -replicó ella-. Y por segunda vez.

-Me pregunto por qué será que mi pellejo necesita ser salvado sólo cuando tú estás cerca -replicó él de mal humor.

-Ah, qué injusto eres -protestó ella-. Eso no tiene nada que ver conmigo, bien lo sabes.

Lo sabía, pero aún no estaba dispuesto a admitirlo.

-Te prohibí absolutamente venir conmigo.

- ¿Sí? -Gabrielle contempló el camarote con aire de interés-. ¿Qué litera prefieres?

El la ignoró.

- ¿Qué historia urdiste para explicar tu partida a tu padrino?

-La verdad -respondió ella, sonriendo.

- ¿Cómo?

-Mi padrino tiene infinita tolerancia con las debilidades de la carne -dijo Gabrielle con absoluta franqueza-. Le dije que deseaba continuar una relación con Benedict Lubienski. Le dije que teníamos intención de pasar un tiempo solos en Danzigy que cuando nos sintiéramos satisfechos, decidiría adonde iría.

Nathaniel la miró perplejo. Era tan condenadamente razonable. Gabrielle no era ninguna ingenua. Era una viuda que ya había tenido amantes en el pasado. Talleyrand era un hombre de mundo. Napoleón tenía a su Marie Walewska. Josephine le escribía a diario con interminables protestas de celos. Talleyrand tenía innumerables relaciones. No había ninguna razón en absoluto para no creer una historia así... en particular cuando llevaba la marca de la verdad.

-De modo que salí a caballo antes que tú -continuó ella, ante su silencio estupefacto-. Y contraté el viaje a Copenhague en este barco. Supongo que allí tendremos posibilidad de conseguir alguna embarcación de línea inglesa que nos lleve a Londres, ¿no crees?

Sencillamente, había puesto su propio plan en funcionamiento. De manera simple y con la mayor encienda.

-Ven aquí y déjame ver bien esa cuchillada que tienes en el brazo -dijo Nathaniel.

-Ah, no es nada- es sólo una herida superficial -respondió Gabrielle con júbilo al reconocer la aceptación y el consentimiento tácito en aquel oblicuo cambio de tema, estaba absolutamente preparada para conformarse con eso.

- ¡Te he dicho que vengas aquí! -bramó Nathaniel, que al fin perdió los estribos.

Gabrielle atravesó el pequeño espacio en dos apresurados pasos.

-No es necesario que me grites de ese modo.

-Parece que no tengo ningún otro modo de expresar mi frustración -replicó apretando los dientes, al tiempo que le desanudaba la corbata del brazo.

-Te amo -le dijo Gabrielle con calma-. Hice mi elección y me temo que no podrás deshacerte de mí. No me molesta esperar mientras te acostumbras a la idea, pero tendrás que hacerlo en mi compañía. Porque allí adonde vayas tú, yo iré también.

Nathaniel comentó con tono prudente:

-Puede que sea una herida superficial, pero hay que lavarla.

- ¿Si? -Respondió Gabrielle, mirándolo de reojo-. ¿Ya te has acostumbrado a la idea?

Nathaniel le soltó el brazo, le tomó la cabeza entre las manos y le enroscó los dedos en el pelo.

-Sí -respondió él con fiereza-. Sé reconocer cuando me han derrotado. Confieso que es cierto que no puedo deshacerme de tí. Vamos a ver si ese ladrón danés que está en cubierta tiene autoridad para celebrar un matrimonio.

- ¿Es eso una declaración, señor?

-No, no es una declaración. Es una condenada afirmación. Ya es tiempo de que yo tome las riendas.

-Ah, bueno, ya era hora -contestó Gabrielle-. Debo admitir que me estoy cansando de tomar todas las decisiones.

Los dedos de Nathaniel le tiraron del pelo y le sujetaron la cabeza con fuerza. Los ojos le ardían con intensidad apasionada.

- ¿Estás segura, Gabrielle? ¿Segura de que me amas... segura de que aceptas todo lo que defiendo? ¿Segura de que estás dispuesta a confiarme tu amor?

-Sí -afirmó ella-. Estoy segura de todas esas cosas. ¿Tu también?

Nathaniel asintió.

-Aún estoy aterrorizado, pero sé que te amo y haré todo lo que pueda para hacerte feliz.

Nathaniel acercó su boca a la de ella y, un momento antes de perderse en el beso de su amado, Gabrielle pensó que el futuro de ambos se apoyaba en la más insignificante de las mentiras piadosas, en el más técnico de los engaños.

25

Una hormiga subía por la espalda del ajado traje negro del señor Jeffrys, en un momento llegaría al hombro y luego al cuello. El tutor tenía el cuello flaco como el de un pollo, además estaba sucio. El cuello blanco de las camisas siempre tenía un anillo oscuro alrededor.

Jake observaba como en un sueño el avance de la hormiga, mientras se preguntaba qué haría el maestro cuando le tocara la piel. Quizá no se diera cuenta, entonces la hormiga se metería dentro de la camisa y lo picaría.

Jake sonrió para sus adentros al abrigar tan placentero pensamiento. Quizá fuera una hormiga venenosa y la picadura se hinchara y el señor Jeffrys tuviera fiebre y debiera

guardar cama. Quizá fuera algo tan grave que decidiera abandonar la mansión Burley y regresar al lugar de donde había venido.

Una mosca zumbaba contra el vidrio de la ventana, y la tiza del señor Jeffrys chirrió en la pizarra. Jake arrugó la frente ante la larga serie de números que apareció debajo de la tiza. En un momento, el señor Jeffrys le diría que se pusiera de pie y trabajara solo con la suma, y él no podría hacerlo porque no entendía la división larga. Pensó que tal vez podría haberla entendido si el maestro no hablara con esa horrible voz monótona, aguda e insípida.

En el aula hacía calor. El señor Jeffrys tenía aversión por el aire fresco, decía que le hacía mal al pecho o algo así. A papá y a Gabby les encantaba estar afuera. Ahora papá había estado fuera durante mucho tiempo. Jake se preguntaba dónde estaría Gabby. Papá había dicho que ella debía quedarse en París y que no tenía nada que ver con Jake el hecho de que no pudiera regresar con ellos.

Pero Jake pensaba que a veces papá le había mentido... Las lágrimas te hacían arder los ojos, así que parpadeó y se las enjugó enseguida. Siempre sentía ganas de llorar cuando pensaba en Gabby. Era tan cariñosa, siempre estaba riéndose y tenía una ropa tan bonita y olía a rosas...

- ¡Ay! -se enderezó en el asiento con un grito de dolor mientras se frotaba los nudillos.

El señor Jeffrys estaba frente a él, mirándolo encolerizado mientras golpeaba el borde del escritorio con el puntero.

-Señorito Praed, quizá pueda hacerme el favor de prestarme atención -dijo el maestro con una de sus desagradables sonrisas amarillas que no eran en absoluto una sonrisa. Señaló la pizarra con el puntero-. Quizá pueda hacerme el gran honor de completar la suma que acabo de comenzar.

Secándose los ojos con el dorso de la mano dolorida, Jake se dirigió a la pizarra de mala gana y tomó la tiza.

Las cifras no significaban nada para él, así que las miró sin expresión.

-Dios mío -murmuró el señor Jeffrys mientras se aproximaba a él. Estaba tan cerca que Jake sentía que su respiración le agitaba el pelo, y olía ese hedor a leche cortada que parecía rodear al tutor-. No hemos escuchado una palabra que estuve repitiendo toda la tarde, ¿no es así, señorito Praed?

Jake arrugó la nariz intentando no respirar demasiado hondo. Se le hizo un nudo en el estómago por la tensión mientras esperaba la inevitable diatriba. Las palabras no eran tanto de enfado como hirientes, pequeños dardos que se le enterraban en la piel y le hacían sentirse mal. Inmóvil, Jake miraba fijo las cifras escritas con tiza blanca.

A través de la ventana sellada llegó el ruido apagado de las ruedas de un carruaje en la grava del camino. El señor Jeffrys se detuvo en pleno torrente de sarcasmos y se dirigió a la ventana.

-Parece que ha llegado el señor -observó, golpeando el puntero en la palma de la mano-. Estoy seguro que le apenará mucho enterarse de su falta de… -se detuvo con estupor cuando Jake abandonó la pizarra y corrió hasta la ventana. Saltó de puntillas para mirar.

- ¡Gabby! ¡Es Gabby! -antes de que el indignado maestro pudiera hacer o decir algo, el niño huyó del salón, sus pies resonaron en la escalera cuando se precipitó por ella.

El señor Jeffrys se puso la toga y marchó abajo a vigilar al alumno descarriado.

-Gabby... Gabby... Gabby... -Jake chocó con la señora Bailey al atravesar como un rayo el vestíbulo. Bartram, que sostenía abierta la puerta principal, saltó hacia un costado cuando el niño lo empujó para bajar la escalinata hasta la grava.

Gabby acababa de bajar del carruaje y se inclinaba para agarrar algo. Su padre estaba detrás de ella. Había otro carruaje detenido un poco más atrás, pero al principio Jake no se dio cuenta de ello por la alegría.

- ¡Gabby! -volvió a gritar.

Ella se dio vuelta.

- ¡Jake! -lo rodeó con los brazos mientras él daba brincos, y luego lo alzó-. Dios mío, cómo has crecido -le dijo al tiempo que le besaba la mejilla-. Ya casi no puedo tenerte en los brazos.

-Es que ya tengo siete años -parloteó el niño-. ¿Dónde has estado? ¿Volviste para quedarte?

-Imagino que tengo un papel secundario, después del de Gabrielle -dijo Nathaniel con tono divertido-. ¿Qué te parece si saludas a tu padre?

Gabrielle dejó a Jake en el suelo riendo. Se notó cierto titubeo en la acritud del niño al mirar al padre, pero cuando Nathaniel se inclinó para levantarlo, él le rodeó el cuello y lo abrazó con una silenciosa emoción que llenó a Nathaniel de una profunda y cálida alegría.

-Lord Praed, le pido mil disculpas -el tono del señor Jeffrys, a la vez indignado y obsecuente, irrumpió en la reunión-. Jake no tiene derecho a abandonar el salón de clases de una manera tan descortés e impetuosa. Lo hablaré con él de inmediato. Ven aquí, jovencito - se acercó con determinación, obviamente dispuesto a arrebatar al alumno de los brazos de Nathaniel.

- ¿Todavía por aquí, señor Jeffrys? -Gabrielle se volvió a mirarlo con los labios torcidos en actitud de desdén-. En verdad usted es un hombre muy odioso. Le sugiero que haga sus maletas y se marche tan pronto como pueda. Lord Praed le dará un mes de salario en calidad de preaviso, y la calesa lo llevará a Winchester, donde podrá tomar una diligencia que lo llevara de nuevo al sitio de donde ha venido.

Se sacudió las manos con un aire de gran satisfacción.

La boca del señor Jeffrys se abrió y se cerró de golpe, parecía una gran carpa como las que había en el estanque, pensó Jake con gran placer sin poder creer en lo que acababa de oír.

- ¿Señor? -Jeffrys giró a Nathaniel en actitud de súplica-. No sé qué decir...

-Lo discutiremos más tarde, Jeffrys -dijo Nathaniel con calma al tiempo que dejaba a Jake en el suelo-. Puede estar seguro de que recibirá una suma generosa.

El tutor se agarró las solapas del traje de manera compulsiva, como si intentara aferrarse a algún símbolo de autoridad, luego dio media vuelta y regresó a la casa.

Jake lanzó un chillido de alegría.

- ¡Lo despediste, Gabby! ¡Gabby despidió al viejo Jeffrys!

Gabrielle le sonrió.

-Las madres pueden ser notablemente útiles en ocasiones.

Jake parpadeó y luego dijo con voz consternada:

- ¿Serás mi madre?

- ¿Te gustaría? -bajó hasta el nivel de él y le tomó el mentón con la mano.

Jake la miraba fijo, sin habla. Luego soltó un grito de alegría y echó a correr en círculos por el sendero de grava una y otra vez, agitando los brazos de manera salvaje en una violenta imitación de un poderoso pájaro.

Georgie, que acababa de bajar del segundo carruaje, miraba la efusividad de Jake con ojos tolerantes.

-Parece que le gusta la idea -observó.

- ¿Ya has mandado a paseo al tutor, Gabby? -Simón parecía mitad asombrado, mitad divertido.

-Le dijo «odioso» -comentó Miles con una sonrisa-. Admito que carecía de cualquier atractivo, incluso para ser un tutor.

-Supongo que no podías esperar a que se secara la tinta del certificado de matrimonio para comenzar a hacer notar tu peso -señaló Nathaniel con cierto grado de resignación.

-En lo que concierne a Jeffrys, no -replicó ella con frialdad.

Nathaniel movió la cabeza y llamó a su hijo, que aún corría gritando de alegría.

- ¡Jake! Jake, ahora ven aquí y saluda a nuestros invitados como es debido.

Jake se dio vuelta y se abalanzó en picado, batiendo las alas. Su padre lo atajó del cuello y le dio un tirón para que parara.

-Recuerdas a lord y lady Vanbrugh, ¿no es cierto?

Jake asintió con la cabeza y tomó aire para hablar. Tenía la cara escarlata por el esfuerzo y el pelo húmedo pegado a la frente.

-Saluda -urgió Nathaniel.

Jake obedeció jadeando mientras extendía bruscamente la mano húmeda. Volvió a aspirar, jadeante, y preguntó a Gabrielle:

- ¿Ahora ya estás casada con papá?

-Casi -respondió ella, secándose la cara con el pañuelo-. Por eso que han venido Georgie, Simón y Miles.

Nos casaremos mañana, en la iglesia.

- ¿Puedo ir a ver?

-Por supuesto. Por eso vinimos -explicó Gabrielle, al tiempo que lo tomaba de la mano.

- ¿Podemos ir a contar a Primmy que Jeffrys se marcha?

Miles los contempló mientras se iban de la mano, la voz efusiva de Jake continuaba parloteando casi sin detenerse a respirar.

-Qué gracioso, nunca había pensado en Gabby como madre -comentó-. Parece tan exótica, en cierto modo…

-Ah, qué disparate -intervino Georgie-. Gabby es maravillosa con los niños. Deberías verla con mis hijos. Al pequeño Ned se le cae la baba por ella.

- ¿Podemos entrar? -dijo Nathaniel de pronto, con el semblante oscuro. Se dirigió delante de ellos con paso firme hacia la casa.

Simón y Miles intercambiaron una mirada.

- ¿Dije algo malo? -murmuró Georgie al tiempo que enlazaba su brazo en el de su esposo.

-No -aseguró Simón-. Está un poco sensible con el tema de los niños, por Helen.

- ¡Pero fue hace siete años!

-Ya lo superará. Gabby se encargará de eso -afirmó Miles con confianza al entrar en la casa.

Cuando fueron a la biblioteca, Gabrielle bajó corriendo la escalera.

-Ah, aquí están todos. Georgie, ven a ayudarme a elegir mi vestido de novia. Ellie está sacando mis cosas de las maletas y yo no puedo decidir si vestirme de llameante carmesí, ya que soy una mujer escarlata a punto de convertirme en una esposa honesta, o uno remilgado de muselina bordada.

-No tienes ninguno de muselina bordada -señaló Nathaniel mientras servía vino a sus invitados-. Al menos, ninguno que yo haya visto.

-Bueno, también puedo ir de pantalones, como cuando nos casó el capitán danés.

- ¿Qué capitán danés? -preguntó Simón, fascinado.

-Oh, en el Báltico, antes de llegar a Copenhague. Nathaniel le pidió que nos casara y él hizo lo mejor que pudo, pobre hombre, pero yo no creo que haya sabido lo que hacía, de modo que decidimos que mejor lo hacíamos de nuevo como es debido. Sólo para mayor seguridad. No queremos ningún pequeño nacido del lado equivocado de las mantas, ¿verdad?

- ¡Gabby! -exclamó Georgie, escandalizada por fin una vez.

Gabrielle se limitó a reír. Echó una mirada a Nathaniel esperando ver diversión en su rostro, y sufrió una conmoción. El tenía la cara seria, la boca dura, los ojos sin brillo. Absolutamente intimidante.

-No me parece gracioso -dijo Nathaniel con tono cortante.

- ¿Por qué? -Gabrielle se apoyó en un brazo del sofá-. Quizá no fue muy ingenioso, pero podría haber sido peor.

-Fue de mal gusto y nada gracioso. ¿Quieres una copa de vino?

-Si vas a ser un aburrido gruñón, no -se puso de pie-. Ven a mi cuarto y ayúdame con la ropa.

Georgie dejó a los hombres en la biblioteca con cierto alivio. Nathaniel estaba de pésimo humor y los otros dos, muy incómodos.

-Hacía años que no veía tan mal a Nathaniel -comentó en la intimidad del cuarto de Gabrielle.

-No le gusta hablar de niños -dijo Gabrielle-. Siente que la muerte de Helen fue producto de su imprudencia. Sospecho que no querrá tener más.

-Oh-Georgie frunció el entrecejo-. ¿Y tú? ¿Deseas tener hijos?

-Si -respondió Gabrielle-. Muchos.

- ¿Qué harás?

-Espero que, una vez que se acostumbre a estar casado otra vez, deje de preocuparse por eso y las cosas sucedan naturalmente.

- ¿Y si no ocurre así?

Gabrielle se encogió de hombros-

-Todo a su tiempo -abrió el armario donde Ellie había colgado los vestidos-. Bueno, ¿cuál me pondré? Supongo que no puedo vestirme de negro en mi boda.

-No, por supuesto que no -afirmó Georgie con tono de indignación-. Ni siquiera tú harías algo tan escandaloso.

Miró los vestidos uno a uno.

- ¿Qué tal éste?

Gabrielle inclinó la cabeza y miró ceñuda el traje de crepé lila.

-No, creo que no. Ahí adentro hay uno de seda color marfil con lazos de cinta de terciopelo negro en las mangas... Ah, eres tu, Nathaniel -se volvió al oír que se abría la puerta-. ¿Crees que puedo usar un vestido con cintas de terciopelo negro?

-No creo poder opinar en cuanto a tu arreglo personal -contestó él con voz forzada y ojos aún hoscos- Quería consultarte acerca de Jeffrys, pero veo que estás ocupada.

-Yo ya me iba -se apresuró a decir Georgie-. Yo también tengo que decidir qué me pondré en esta boda.

-Creo que la señora Bailey envió tu equipaje a la *suite* roja -dijo Nathaniel, con un poco de la rigidez de los viejos tiempos, mientras le sostenía la puerta abierta.

-Gracias -Georgie se escabulló al pasillo, volviendo a preguntarse qué vería su prima en Nathaniel Praed. A veces él podía ser bastante accesible, pero en general era absolutamente desagradable.

En su habitación, Gabrielle lo miraba con curiosidad.

- ¿Por qué tengo la sensación de que estás a punto de ser antipático?

- ¿Qué te llevó a hacer un comentario tan vulgar e indiscreto? -Reclamó él, y se acercó a la ventana-. Incomodó a todos.

-No, quien incomodó a todos fuiste tú -corrigió ella- al regañarme de ese modo.

Nathaniel no contestó por un momento, mientras miraba fijamente la ventana abierta. Una bandada de vencejos bajaba en picado sobre una nube de jejenes que revoloteaban en el río, el aire del atardecer era pesado y caliente.

El no quería tener aquella discusión, pero sabía que debían hablarlo, por el bien de Gabrielle. Hasta el momento no había advertido con cuánta fuerza él lo sentía.

-Gabrielle, yo no quiero tener más hijos -dijo al fin.

Gabrielle se sentó en la cama.

-Creo que quieres decir que no deseas que yo quede embarazada.

-Es lo mismo -se volvió para mirarla con ojos apesadumbrados pero con expresión resuelta.

Ella negó con la cabeza.

-No, no es todo lo mismo. Además te aclaro que yo no soy Helen. Soy fuerte como un caballo, como bien sabes, y...

-No quiero seguir discutiendo esto, Gabrielle -interrumpió él-. No estoy preparado para ser padre de ningún otro niño. Lo lamento.

- ¿No crees que esto es un poco prematuro? -Persistió Gabrielle-. Ser tan definitivo antes de...

-Quería planteártelo ahora -interrumpió de nuevo-. Si no puedes aceptarlo, entonces comprenderé si... si... -calló, pasándose las manos por el pelo, con los ojos angustiados- ...comprenderé si no quieres seguir adelante con la boda -se apresuró a concluir.

¡Hablaba en serio! De manera instintiva, ella intentó aligerar el clima.

-Pero ya estamos casados -señaló levantando la ceja.

Nathaniel negó con la cabeza.

-Creo que podemos olvidar esa ceremonia ridícula -afirmó él-. Sabrá Dios si fue legal, pero estoy dispuesto a olvidar que alguna vez sucedió.

-Yo no -dijo Gabrielle firmemente-. Y creo que es muy poco caballero de tu parte sugerir que yo pueda ser una bígama.

-No conviertas esto en una broma.

-Bueno, no se qué otra cosa puedo hacer -replicó Gabrielle-. Dices cosas absurdas.

-Trato de ser honesto -estalló Nathaniel-. E intento salvarte de que cometas un error.

-Ah -Gabrielle se puso de pie con los ojos encendidos-. Muy bien, Nathaniel Praed, deja que te diga que no necesito que me salven de nada y que cometeré todos los errores que quiera. Y si eso incluye casarme con un arrogante, miserable, obstinado, malhumorado, misantrópico cabrón como tú, entonces, ya lo ves, esto no tiene remedio.

-Eres una arpía -afirmó Nathaniel mientras el dulce alivio fluía por sus venas.

-Bueno, en ese caso, quizá quieras pensar muy bien si deseas casarte conmigo.

-Ah, ya lo he hecho -dijo él con una leve sonrisa-. Muchas veces. Sin embargo, parece no haber diferencia.

-Grandísimo cabrón -repitió ella, aunque ahora era su turno de sonreír, aliviada de que la tensión hubiese desaparecido. Nathaniel cambiaría de opinión una vez que se sintiera seguro con el matrimonio. Había mucho tiempo por delante.

-A propósito, tengo opinión sobre las cintas negras -dijo Nathaniel- No las permitiré. Esto es una boda, no un entierro -la atrajo hacia él y le alzó el mentón-. Y, una vez que estemos casados, tampoco toleraré ser atacado furiosamente por una arpía irrespetuosa. ¿Está claro?

Antes de que ella pudiera responder, Nathaniel selló la declaración con un beso, mientras deslizaba las manos hasta las nalgas apretándola fuerte contra su cuerpo hasta sentir que la fingida resistencia la abandonaba. La boca de Gabrielle era suave y dócil y su cuerpo se movía con una armonía propia.

La puerta se abrió abruptamente en aquel momento inoportuno.

-Gabby... Gabby... puedo... Oh -Jake se quedó en el umbral con la boca y los ojos muy abiertos.

Nathaniel soltó a Gabrielle y se volvió despacio, mirando con ojos severos al ruborizado niño.

-Creo que has olvidado algo -le dijo-. ¿Qué haces normalmente cuando llegas a una puerta cerrada?

Jake movió los pies en el suelo.

-Golpear.

-Precisamente. Sugiero que salgas y vuelvas a empezar.

-Es fácil olvidarlo con tanta excitación -justificó Gabrielle.

Jake le disparó una mirada agradecida y desapareció de inmediato.

-No deberías excusarlo -reprendió Nathaniel.

-Ah, pero estaba tan avergonzado, pobrecillo...

-Podría haber sido mucho más bochornoso... -el ceño de Nathaniel se profundizó mientras miraba la puerta-. ¿Y ahora qué hace?

-Tal vez se sienta demasiado incómodo para intentarlo de nuevo.

Nathaniel sacudió la cabeza y abrió la puerta con impaciencia. Jake estaba en medio del pasillo mordiéndose el labio.

- ¿Querías hablar con Gabrielle? -quiso saber su padre.

-Si, señor-asintió Jake.

-Bueno, entonces entra -Nathaniel le hizo una seña y el niño pasó a su lado, frustrado. Retorciéndose las manos, miró intensamente a Gabrielle y habló rápido.

-Primmy dice que cuando la gente se casa tiene pajes -soltó abruptamente-. ¿Puedo ser tu paje cuando te cases con papá?

-Por supuesto que sí -Gabrielle se agachó a besar el pequeño rostro serio-. Será un honor para mí... y para papá -lo miró y los ojos ansiosos de Jake siguieron los de ella.

-Sí, será un honor -dijo Nathaniel-. De hecho, me gustaría que hicieras algo muy importante. Necesito que alguien lleve el anillo de bodas y me lo dé en el momento oportuno. ¿Crees que podrás hacerlo?

El rostro de Jake se puso escarlata, abrió muy grandes los ojos castaños y solo consiguió asentir vigorosamente con la cabeza. Luego, de golpe, dio media vuelta y salió corriendo del cuarto. Gabrielle y Nathaniel oyeron los gritos de entusiasmo por el corredor cuando el niño se dirigía a la escalera para ir a su habitación.

-Bueno, papá, eso fue toda una inspiración -aprobó Gabrielle sonriendo- Y se merece un beso.

-Opino que algo más que eso -dijo Nathaniel-. Pero espera, cerraré la puerta con llave.

A la tarde siguiente, Jake, muy tieso detrás de su padre bajo la débil luz de la iglesia de la aldea, esperaba a Gabrielle. Apretaba en su mano el anillo de oro que papá le había dado, con tanta fuerza que le parecía que lo tenía incrustado en la palma caliente y húmeda.

Papá había dicho que sólo estarían los tres invitados, Primmy y la señora Bailey y los criados que quisieran dedicar parte de la tarde del sábado a ver casarse a lord Praed, pero en

realidad la iglesia estaba repleta. Había ido toda la aldea, además de los trabajadores e inquilinos de las propiedades.

Jake tenía el estómago revuelto. Imaginaba que iba a olvidar el momento indicado o, el peor de los horrores, que se le caería el anillo. Miraba fijo las lajas desparejas del suelo y te parecía ver la pequeña sortija brillante rodando debajo de una de los bancos entre un montón de pies.

Se acercó a su padre y con la mano libre le tironeó de la capa.

- ¿Qué sucede si se me cae? -Preguntó en un susurro tan alto que llegó hasta los primeros bancos.

-Lo recogeremos -respondió Nathaniel con una sonrisa.

Jake asintió con la cabeza pero se quedó agarrado de la capa del padre, porque eso lo haría sentirse más seguro.

Se elevó un murmullo en la iglesia, la gente se volvió para mirar hacia la puerta, Jake también miró. Gabby avanzaba por el pasillo de la iglesia con lord Vanbrugh.

Iba sonriendo, reconociendo a la gente sentada en los bancos, cuando llegó junto a Jake, se inclinó y lo besó.

-Quizá se me caiga -susurró el niño.

-Entonces lo recogeremos -dijo Gabby, igual que papá, y Jake supo que no importaría. Soltó la capa del padre y miró alrededor con confianza mientras el reverendo Addison comenzaba a hablar con la voz que tenía los domingos.

-Creo que voy a llorar -dijo Georgie a Miles con tono flemático- Gabby está hermosa, ¿no es cierto?

Miles respondió que sí. Nathaniel había ganado la batalla de las cintas negras, de modo que Gabrielle se había puesto un vestido gris azulado que se abría sobre una media enagua de encaje de Valenciennes, llevaba el pelo recogido sobre la cabeza y sujeto con cintas plateadas y perlas. Más perlas rodeaban su cuello y muñecas, y la clara tonalidad crema parecía fundirse con su tez, acentuando sus ojos oscuros y el fuego vivido de su pelo.

A Nathaniel le daba vueltas la cabeza. Se preguntaba si alguna vez se acostumbraría tanto a ella que ya no lo dejara sin aliento. Entonces Gabrielle le dirigió su sonrisa torcida y se notó un brillo de atrevida provocación en sus ojos, y entonces él supo que ella jamás perdería el poder de encantarlo.

-Con este anillo los declaro marido y mujer -entonó el reverendo Addisson.

Instantáneamente, Jake tendió la mano con la palma abierta. Su padre tomó el anillo y le acarició la cabeza.

Gabby le guiñó un ojo, y él cerró un párpado igual que ella, arrugando la nariz en la imitación.

-En la salud y en la enfermedad...

La mano de Gabrielle temblaba en la de Nathaniel. Le apretó los dedos de manera imperceptible y le sostuvo la mirada.

Georgie abandonó la lucha y sollozó tapándose con el pañuelo de pura dicha, y hasta Miles parpadeó varias veces. El poderoso magnetismo de la pareja en el altar era casi palpable en la iglesia quieta y atenta.

Y entonces todo terminó, y el organista comenzó a tocar, y lord y lady Praed se dirigieron a la sacristía a firmar el registro.

Jake, quiero que me hagas un recado -dijo Nathaniel-. Si pudiera conseguir un papel... Ah, gracias -tomó la hoja y la pluma que le ofreció el vicario y escribió con rapidez-. Quiero que lleves esta nota al señor Stewart, el administrador. Estaba en la iglesia, pero creo que ahora está esperándonos afuera. ¿Puedes hacerlo?

Jake asintió con actitud importante, tomó la nota y salió corriendo.

- ¿Qué fue eso? -Gabrielle puso su firma en el acta y se apartó para dejar espacio a Nathaniel.

-No esperaba tanto público -dijo él-. Decidí ofrecer una recepción. Stewart hará correr la voz de que el Red Lion está abierto y que las copas corren por cuenta de lord Praed.

Gabrielle sonrió para sus adentros. Aquel día de invierno sobre el río había notado que se revelaba un aspecto distinto de Nathaniel cuando interpretaba el papel de señor de la finca, era un papel para el que poseía un don natural y en el cual inspiraba tanto afecto como lealtad.

Ya afuera, fueron absorbidos por la multitud que les deseaba buena suerte, las mujeres que los saludaban con frases amables, los hombres que hacían girar los sombreros entre las manos ofreciendo torpes pero sinceras felicitaciones, los niños que sonreían tímidamente empujados por sus padres.

Aquello parecía poner al matrimonio un sello que Gabrielle no había pensado necesitar ni querer. Y sin embargo, aquel reconocimiento del público la llenaba de satisfacción y contento. Ahora estaba verdaderamente casada con Nathaniel Praed. Había dejado atrás el pasado de engaños y temores, y tenía por delante un sencillo futuro convencional.

Talleyrand estaría sonriendo.

-Hora de la luna de miel -susurró Gabrielle cuando la multitud se redujo y echaron a caminar hacia la entrada.

-Así es -dijo Nathaniel. Le pasó las manos por la espalda y le apretó las nalgas.

- ¡Hay gente alrededor! -susurró ella, adelantándose. La mano la siguió.

- ¿Y qué? Si quiero, puedo tocar a mi legítima esposa... donde sea y como lo desee - sonrió con tal complacencia que Gabrielle lanzó una carcajada.

- ¿Por qué tengo la sensación de que nuestros anfitriones están a punto de consideramos de más? -murmuró Miles.

-Creo que deberíamos cenar en Lymington -coincidió Simón. Miró hacia atrás-. ¿Dónde está Jake? Ah, allí está -llamó al niño, que acudió corriendo, resplandeciente aún de orgullo- ¿Te gustaría venir a Lymington con nosotros, Jake?

- ¿Con Gabby y con papá?

Georgie meneó la cabeza.

-No, sólo con nosotros.

Jake arrugó la frente. Papá y Gabby iban caminando muy juntos. Recordó la tarde anterior, cuando se habían estado besando. Un rubor cubrió sus mejillas y asintió con la cabeza.

-Sí, por favor. Si papá me deja.

-No te preocupes por eso -tranquilizó su padrino, divertido, mientras lo tomaba de la mano-. Dudo de que tu padre tenga alguna opinión sobre el tema.

26

- ¡Han capturado toda la flota danesa! ¡Han bombardeado Copenhague y han capturado la flota danesa completa! -el emperador Napoleón caminaba de un lado a otro en la cámara del consejo del palacio de las Tullerías, cargando el vientre redondo sobre las piernas corlas, con los ojos severos que miraban feroces al selecto grupo de ministros.

-Eso parece, señor -coincidió Talleyrand al tiempo que tomaba una pizca de rapé. El recientemente nombrado viceelector general de Francia estaba junto a una ventana, apoyado en el amplio antepecho para dar alivio a la pierna lisiada, mientras el debate se acaloraba a su alrededor.

El gobierno inglés había respondido con velocidad y eficiencia a la información secreta dirigida astutamente por Talleyrand en Tilsit. Ahora no había ninguna flota danesa para imponer un bloqueo de los puertos bálticos.

Por supuesto, los daneses no estaban muy contentos con eso, de hecho, estaban furiosos con los ingleses, pero ciertamente eso anulaba el peligro de las cláusulas secretas del Tratado de Tilsit.

Talleyrand observaba ociosamente los jardines de las Tullerías bañados por el sol de septiembre. Las hojas de los árboles iban tomando un color bermejo y del Sena subía el ladrido frenético de un perro en la popa de una gran barcaza que se deslizaba debajo del Pont Neuf.

-Monsieur Talleyrand, ¿qué opina acerca del rechazo del gobierno portugués a apoyar el bloqueo? -el nuevo ministro de Asuntos Exteriores formuló la pregunta con cierta vacilación. Aun estaba acostumbrado a respetar al ministro anterior, pero sentía que quizá pudiera defender sus propias opiniones de manera más precisa.

-Inconveniente, en vista de la catástrofe danesa -dijo el viceelector general.

- ¡Inconveniente! ¡Usted lo llama inconveniente! -Explotó el emperador-. Le diré que es el epítome de la alevosía -hizo un silencio fulminante y examinó a Talleyrand con dura hostilidad.

El hombre era demasiado listo. Todas las cortes diplomáticas de Europa acataban su opinión y pedían su consejo, Napoleón tenía la incómoda sospecha de que, si surgía un desacuerdo entre Talleyrand y él, en esos círculos la opinión del ex ministro valdría más que la suya. Si él pudiera prescindir de la astucia y la habilidad de ese hombre... Era tan desagradable como impropio que un emperador dependiera de la asistencia de alguien, sobre todo de un hombre que tenía sus propios puntos de vista y no dudaba en darlos a conocer. Pero el hecho seguía siendo que el emperador Napoleón no podía arreglárselas para gobernar su vasto imperio sin la ayuda de Charles-Maurice de Talleyrand-Perigord.

-Imponer el bloqueo arruinaría a Portugal, señor -señaló Talleyrand, como ya a menudo lo había hecho antes.

Pero ésta era otra instancia en la que el emperador se negaba a escuchar la doctrina de moderación de Talleyrand en lo que se refería a tratar con la oposición. El emperador nunca miraba hacia adelante, para anticiparse a las consecuencias, sino que actuaba sólo de acuerdo con los dictados de su ambición. Su genio consistía en volver las circunstancias en su propia conveniencia, pero Talleyrand sólo vislumbraba el desastre si aumentaban las responsabilidades de Francia en aquel momento.

-Debemos conseguir la ayuda de España -anunció Napoleón-. Les ofreceremos una parte de Portugal. Eso hará que Portugal se someta. Champagny, envíe un mensaje al rey de España e invítelo a enviar emisarios a Fontainebleau para un encuentro secreto el mes próximo. Tendremos la corte allí.

Talleyrand se volvió de nuevo a la contemplación del jardín debajo de la ventana. El gobierno inglés necesitaba saber qué tramaba ahora Napoleón. El sometimiento de Portugal sólo era una excusa para ganar el control francés de toda la península Ibérica. Napoleón bien podía engañar a los españoles con sus ofrecimientos de falsa amistad, pero descubrirían la traición de su supuesta alianza en cuanto franquearan el paso por su país para atacar a Portugal. Una vez dentro. Napoleón aseguraría las posiciones estratégicas más importantes y jamás volverían a verlo.

Los ingleses no podían permitirse ser espectadores pasivos mientras la península era pacíficamente incorporada al imperio francés y el bloqueo se extendía a sus puertos.

Ahora Gabrielle estaba casada con el maestro de espías, y Fouché estaba que volaba. El policía tenía una mano muy larga, pero no podía vengarse de Gabrielle sin estropear su difícil alianza con Talleyrand, alianza que en ese momento necesitaba más que cualquier otra cosa. Mientras Gabrielle se quedara en Inglaterra, estaría a salvo.

A salvo y perfectamente situada para resultar útil, reflexionó el padrino, si consiguiera persuadirla.

Le envió la información secreta sugiriéndole que la pasara a los despachos indicados. Ella era lúcida y pragmática, de modo que Talleyrand imaginaba que no se negaría a hacer de nuevo lo que una vez había hecho con tanto éxito. Se daría cuenta de que no hacía más que ayudar a sus amigos y a la patria de su esposo, que ahora era la de ella.

Gabrielle se apoyó atrás en el banco de piedra del jardín, con la carta codificada de Talleyrand abierta sobre la falda. Bajo sus pies, el suelo era una alfombra de hojas secas que caían flotando en el aire desde el roble que se alzaba a sus espaldas. El aire era penetrante por el olor acre de las hojas que se quemaban en la hoguera del jardinero, y ese aroma le recordaba las castañas asadas y el pan tostado con mantequilla en las tardes de invierno frente a la chimenea. Reconfortantes imágenes de la niñez en el salón de clases de los DeVane.

« ¡Condenado Talleyrand! ¡Maldita guerra!» Dobló la carta y la metió en el bolsillo de la pelliza. Su padrino no le daba sugerencia alguna de cómo pasar la información, simplemente reiteraba que su identidad debía quedar en la más absoluta discreción. El sobre, escrito con letra femenina, había llegado a Londres en el coche correo. No había nada que la conectara con el autor de la carta.

Gabrielle se estremeció. Estaba haciendo frío y la estrella vespertina ya resultaba visible en el cielo metálico sobre el río. Se puso de pie y echó a caminar de regreso a la casa.

Podía ignorar la carta. Pateó una pila de hojas y de repente un recuerdo surgió tan vivido y claro como si hubiese ocurrido el día anterior. Guillaume en Valancay un octubre, de espaldas sobre una pila de hojas sobre la cual ella lo había empujado. Reía y levantaba los brazos invitándola...

Aún le sucedía en ocasiones, aquel exabrupto de recuerdos, pero la tristeza solía encerrar cierta dulzura. Las imágenes eran como las estampas y los objetos de recuerdo de la infancia perdida tiempo atrás, los juguetes olvidados, retazos de telas, flores secas. Pero esta vez no.

Sólo sintió un profundo pozo de pérdida, un reconocimiento, punzante y amargo como el áloe, de esa vida desperdiciada.

Guillaume siempre había visto la guerra a través de los ojos de Talleyrand, y él esperaría que ella cumpliera con lo que su padrino le pedía. Lo vería como un deber.

-Gabby... Gabby-Jake se lanzaba por el sendero a su encuentro-. ¿Por qué estás triste? -le dijo con su habitual franqueza-. No estés triste -le tomó la mano y la miró ansioso.

-No -repuso ella, esbozando una sonrisa de consuelo-. Sólo estaba recordando cosas. ¿Has acabado tus lecciones?

Jake levantó el rostro.

-No me parece justo que tenga que ir a la vicaría los sábados por la tarde, ¿no crees?

Ahora Jake tomaba clases en el aula de la vicaría con los niños del vicario, un arreglo que había conformado a todos y le había proporcionado al niño algunos compañeros de su edad, algo que necesitaba.

- ¿Por qué no hablas con papá? -decía ahora Jake con una astuta mirada de soslayo. Cuando Gabby se hacía cargo de su causa ante su padre, en general las cosas se modificaban para bien.

Gabrielle no pudo menos que reír.

-Eres demasiado listo, Jake. Si tomas clases en el aula de la vicaría, entonces debes obedecer las reglas. Es lo justo, ¿verdad?

-Quizá puedas hablar con el reverendo Addison -sugirió el niño con un poco menos de seguridad. Hasta el momento no se había demostrado la influencia de Gabrielle sobre el vicario.

-Hablaré con papá, pero no te prometo nada.

Jake, contento, entró en el vestíbulo corriendo junto a Gabrielle, allí las velas ya estaban encendidas y en el aire flotaba un aroma de pétalos secos de lavanda y rosas que llenaban recipientes dispuestos por todas partes.

-Será mejor que vayas a tomar el té -dijo Gabrielle al tiempo que se quitaba la pelliza, Jake corrió a toda prisa en dirección a la escalera de su cuarto, y Gabrielle se quedó inmóvil un momento, indecisa. Quería subir a sus aposentos y pensar en privado acerca de la carta y de las opiniones que tenía, pero en el fondo de su corazón sabía que no habla ninguna decisión que tomar. Tenía una sola opción.

Se desvió hacia la biblioteca. Lo mejor era cumplir la promesa hecha a Jake mientras aún la tenía fresca en la mente.

Cuando ella entró, Nathaniel levantó la vista de los papeles y sonrió. Gabrielle parecía volverse más hermosa y más deseable día a día.

-Ven que te bese -dijo al tiempo que empujaba la silla hacia atrás.

Ella se inclinó sobre el respaldo de la silla y le rozó los labios con los suyos-

-Eso no es un beso -reninnuió Nathaniel, la tomó del brazo y la hizo rodear el sillón hasta sentarla en su regazo. Frunció el entrecejo.

- ¿Qué sucede?

— ¿Qué sucede? Nada -dijo Gabrielle e intentó ponerse de pie.

Los brazos de él le aferraron fuerte la cintura.

-Hay algo que te preocupa, Gabrielle. Lo percibo.

-Es esta época del año -improvisó ella, aunque con sinceridad- siempre me pone triste. Por alguna razón me recuerda a mis padres. Era octubre cuando llegué a casa de los DeVane y aún no había podido asimilar qué había sucedido -se recostó en el hombro de él mientras jugaba con sus dedos.

- ¿Quieres ira Londres un par de meses? La temporada ya debe de estar en pleno auge.

-Tú odias Londres -replicó ella, sonriendo apenas.

-Puedo soportarla hasta Navidad.

Londres podría resultarle más fácil para hacer lo que tenía que hacer. Era mucho más fácil practicar el engaño en medio de una multitud.

-Sí, me gustaría -volvió la cabeza y lo besó en la boca antes de soltarle las manos de su cintura y ponerse de pie-. Podríamos llevar a Jake, ¿no?

Nathaniel se acarició el mentón.

- ¿Y sus clases?

-Tengo muchos amigos con niños de su edad. Estoy segura de que podremos encontrar un aula temporaria para que comparta. A propósito, él no cree que sea justo que tenga que tomar clases los sábados por la tarde. Tómame como a su emisaria.

Nathaniel rió entre dientes.

-Qué pequeño astuto. ¿Y tú qué opinas?

-Creo que hay muchas actividades educativas para un sábado a la tarde, y con seguridad más entretenidas -opinó ella.

-Bueno, si lo llevamos a Londres, por el momento dejemos el tema como está.

-Qué padre tan justo y razonable -repuso Gabrielle con tono de fingida admiración-. Qué desperdicio que toda esa justicia y esa razón se derrochen en un niño pequeño.

La luz se desvaneció de los ojos de Nathaniel. Empujó la silla hacia atrás con enfado y recogió sus papeles. No dijo nada, pero su silencio era demasiado elocuente.

Gabrielle no avanzaba nada en el tema de los hijos. ¡El era el individuo más exasperantemente obstinado! Se rehusaba a tocar el tema, y mantenía un silencio inmutable cada vez que ella hacía la menor mención.

Frustrada, Gabrielle lo observó abrir la caja y depositar los papeles, el silencio tenso serpenteaba alrededor de ellos.

Pero en ese momento ella tenía un problema más grande e inmediato.

-Entonces, ¿cuándo iríamos a Londres? -preguntó con alegría, como si los últimos minutos tensos no hubiesen ocurrido.

Nathaniel se apartó de la caja con claras muestras de alivio en los ojos, y respondió en el mismo tono:

-La semana próxima... si quieres.

-Los Vanbrugh están en Grosvenor Park desde hace tres semanas. Escribiré a Georgie y le haré saber que vamos. Por cierto, ¿no deberíamos enviar antes a la señora Bailey y quizás a Bartram para que preparen la casa de la calle Bruton?

-Lo que le parezca mejor, señora esposa -Gabrielle tenía firmemente en sus manos las riendas de su hogar, y él sabía que ella le pedía una opinión sólo por buena educación.

Gabrielle asintió y salió de la biblioteca. Ellie estaba corriendo las cortinas cuando ella entró en su *boudoir,* la criada comenzó de inmediato con una habladuría de un escándalo ocurrido en la villa.

Gabrielle la escuchó a medias. En general no desestimaba los chismes de Ellie, porque a menudo se enteraba de penurias y tribulaciones que los dueños de la finca podían mitigar, pero esa noche el tono ligero de la muchacha la irritaba y la historia no tenía ningún interés.

-Ellie, sé buena y ve a traerme un poco de té -interrumpió-. Siento como si fuera a darme un dolor de cabeza.

-Sí, señora. Lo traeré ahora mismo -el rostro bondadoso de Ellie expresaba genuina preocupación cuando abandonó el cuarto a toda prisa.

Gabrielle se sentó junto al fuego, apoyando los pies en la pantalla. Daría la información secreta directamente a Simón. El la compartiría con Nathaniel, por supuesto, pero nadie sabría nada sobre su origen. Crearía un personaje anónimo, un espía encubierto que recibiera información confidencial de Francia. Debería resultar bastante simple arreglar la entrega de una carta anónima en la oficina de gobierno de Simón en Westminster, en particular una vez que ella estuviese viviendo en la calle Bruton.

De algún modo estaría compensando el anterior engaño, cuando había utilizado a Simón para que la presentara a Nathaniel. El desconsuelo y la necesidad de venganza de entonces incluían la culpa y la estafa a los amigos. Pero aún se sentía incómoda con el recuerdo.

Nathaniel jamás se había referido a eso porque jamás hablaban de esos tiempos, Gabrielle había hecho su elección de lealtades y ambos la habían aceptado. Ella sabía que él habría hecho cosas similarmente desagradables en su propia carrera si hubiera hecho falta.

Aquella noche, por primera vez en muchos meses, volvió a tener la pesadilla.

Nathaniel la sujetaba mientras le acariciaba los rizos húmedos de la frente cuando ella lloraba, con el cuerpo transformado en un tenso arco de dolor. Se aferraba a él, temblando, con el camisón empapado en sudor, y él no sabía cómo consolarla salvo abrazándola, intentando transmitirle el calor de su cuerpo, la profunda tranquilidad de los latidos de su corazón. Nathaniel recordaba haber sentido en ella cierta tensión, cierta infelicidad aquella tarde, y ella la había atribuido a esos recuerdos horribles de terror y pérdida en su infancia.

Cuando los sollozos se calmaron, él le sacó el camisón, le lavó el cuerpo con una esponja y se lo secó con delicadeza. Ella permaneció inmóvil, tapándose con los antebrazos los ojos hinchados, como si el tenue resplandor de la vela le hiciera daño. El le apartó los brazos y le lavó los ojos, luego le besó los párpados, la nariz, las mejillas, la boca, las manos visitaron el cuerpo con caricias largas y curadoras con el fin de exorcizar los demonios de la única manera que él conocía. Y poco a poco ella se relajó con sus caricias y dio la bienvenida a la cálida longitud de su cuerpo cadencioso a lo largo del de ella, obteniendo energía y renovación de la tierna posesión que daba más de lo que tomaba.

Dos semanas después, Nathaniel detuvo sus caballos frente a una imponente mansión en la calle Bruton.

-Mañana iré a Tattersalls y compraré algo para que puedas conducir -dijo a Gabrielle mientras la ayudaba a bajar-. ¿Te gustaría un faetón?

-No, un carrocín -respondió ella, al tiempo que se detenía en la calzada y miraba la fachada doble de la casa Praed-. Qué casa tan elegante, señor.

-Confío en que el interior contará con tu aprobación -le dedicó una reverencia burlona y le ofreció el brazo para subir la escalera.

La puerta se abrió antes de que ellos llegaran a ella, y un sonriente Bartram les hizo una reverencia desde el interior. La señora Bailey les dio la bienvenida en el vestíbulo, junto con la información de que se había tomado la libertad de contratar a dos criados y tres sirvientas de salón. Pero pensó que la señora preferiría contratar ella misma a la cocinera. La agencia enviaría candidatas apropiadas para que fueran entrevistadas tan pronto como lady Praed hubiera descansado del viaje.

-Las veré mañana a primera hora, señora Bailey -dijo Gabrielle de inmediato, mirando los muebles bien lustrados, el mármol reluciente del suelo y la brillante araña-. Ha hecho un trabajo muy bueno, todo está espléndido.

La señora Bailey se permitió una sonrisa de satisfacción.

-Entiendo que la niñera y Primmy llegarán esta tarde con el señorito Jake, señora.

-Sí. En un par de horas, creo. El carruaje no tiene comparación con el carrocín de lord Praed -Gabrielle dedicó una sonrisa de soslayo a Nathaniel.

Habían tenido una competencia amistosa por el camino, alternando entre las postas. Nathaniel fue un cochero ampliamente superior.

-Quizá desee inspeccionar el cuarto del niño, señora- Confío en que todo está en orden. Supongo que Jake estará cansado, a la niñera le dan calambres reumáticos en los viajes, y la pobre señorita Primmy es una mártir del dolor de cabeza.

El antiguo Nathaniel habría hecho una observación cáustica, como que había proporcionado a sus criados los vehículos más cómodos disponibles y que deberían estar agradecidos por ello. En cambio, dijo en tono relativamente afable,

-Te dejo para que atiendas las comodidades del personal, Gabrielle. Iré al establo.

-No olvides que estamos comprometidos para cenar con los Vanbrugh -recordó Gabrielle mientras se quitaba los guantes-. Muéstreme el lugar, señora Bailey, veremos si hay algo por hacer.

Cuando el grupo escolar llegó al cabo de dos horas, la casa se hallaba lista para recibir a un Jake entusiasmado y apenas díscolo, a una macilenta y dolorida señorita Primmy y a una quejosa niñera.

-Gracias a Dios que cenamos en otra parte -exclamó Nathaniel, al ver la hilera de cajas y baúles que subía por la escalera-. ¿Cómo puede un solo niño requerir tanta parafernalia?

«No pienso que dos requieran mucho más que uno», pensó Gabrielle. Pero en esa ocasión, ella se guardó el comentario.

-Iré a cambiarme para la cena. Ve a visitar el cuarto de Jake, ¿quieres? Alguien necesita echar un poco de agua fría a la alegría del chico. No creo que Primmy y la niñera estén dispuestas a hacerlo esta noche.

Nathaniel hizo una mueca pero fue a hacer lo que ella le pedía, Gabrielle subió a sus aposentos. Cuando terminó de deshacer las maletas, Ellie extendió el vestido de noche de Gabrielle.

-Bartram fue a buscar el agua para el baño, señora. -Ah, maravilloso. -Un baño vendrá bien después del viaje -dijo Gabrielle con aire ausente, al tiempo que abría el cerrojo del estuche de elementos para escribir sobre el elegante secreter estilo Sheraton.

Echó un vistazo a la nota que había escrito para que se entregara en la oficina de Simón el día siguiente por la mañana. Había utilizado impersonal letra de imprenta sobre un trozo de pergamino grueso que podía provenir de cualquier rienda. El contenido era corto... ¿Sería demasiado conciso? ¿Habría olvidado decir algo?

Sus ojos giraron hacia las *Lettres philosophiques,* de Voltaire, el libro descansaba en el estante. Debía enviar una carta codificada a Talleyrand avisándole lo que había hecho.

-No sé qué diablos sucede con ese niño -dijo la voz de Nathaniel, mitad exasperada, mitad divertida, desde el umbral, y Gabrielle dio un salto, con las manos temblorosas.

« ¡He perdido la práctica!»

- ¿Por qué? ¿Qué estaba haciendo? -aun así, su voz sonó serena mientras, con gesto despreocupado, guardaba el papel y cerraba la tapa del estuche haciendo girar la pequeña llave plateada en la cerradura.

-Estaba corriendo desnudo por su cuarto, cuando no estaba entrando y saliendo de la bañera a los saltos diciendo que era una marsopa.

Gabrielle se volvió para mirarlo mientras guardaba la llave en el bolsillo con un movimiento despreocupado.

-Jamás ha estado en Londres. No es sorprendente que esté excitado.

-Bueno, ahora ya no está tan excitado, te lo aseguro -dijo Nathaniel, y se dirigió a la puerta que conectaba con sus aposentos, mientras se quitaba el abrigo.

- ¿Le has reñido?

-No -arrojó el abrigo desde la puerta y comenzó a desabrocharse la camisa-. Sólo lo mojé un poco... como usted ordenó, madame -levantó una ceja burlona y desapareció en su habitación.

A la mañana siguiente, un pilluelo desaliñado entregó un sobre cerrado a un lacayo uniformado y empolvado del palacio de Westminster. El sobre estaba dirigido con letra de imprenta a lord Simón Vanbrugh.

El lacayo apenas prestó atención al muchacho y no pudo ofrecer una descripción cuando lord Vanbrugh se la pidió, al cabo de unos minutos, tras haber recibido el mensaje.

- ¿Dijo de dónde venía?

-No, señor.

- ¿Usted le preguntó?

-No, señor.

-Bueno, alguien se lo habrá dado.

-Sí, señor -el lacayo miraba rígidamente por la estrecha ventana de la antigua pared de piedra que daba al río.

Simón se rascó la cabeza. Si la información secreta que contenía la nota era verdadera, era de una importancia incalculable. Tan importante como la información acerca de las cláusulas secretas del Tratado de Tilsit.

Despachó al lacayo, tomó el sombrero y el bastón y abandonó Westminster haciendo señas a un coche de alquiler.

-A la calle Bruton.

Nathaniel, con pantalones de piel de ante y botas altas, salía de la casa justo cuando llegaba el coche de alquiler.

-Simón, ¿qué te trae a mitad del día? -Saludó divertido a su amigo-. ¿Asuntos de estado de poca monta?

-Al contrario -respondió Simón-. Necesito hablar contigo.

-Bueno, en ese caso iremos a Brooks. Tenía pensado ir a Mantons a practicar algo de tiro, pero Brooks me agradará. Gabrielle está entrevistando cocineras, y la casa es un alboroto. Jake acaba de largarse por la baranda de la calera y se torció el tobillo, lo que al parecer es normal, pero la señorita Primmy se lamenta y aprieta los dientes, y Gabrielle insiste en enviar a buscar al médico. Un minuto más en esa casa de locos y en verdad me daría a la bebida.

Con una risa ahogada, apoyó un brazo sobre los hombros de Simón y lo hizo girar hacia Piccadilly.

A pesar de su preocupación. Simón no pudo menos que reflexionar con agrado que por fin su viejo amigo había resurgido del triste caparazón de pena y culpa. Pero, claro, nadie podía vivir con Gabrielle durante cierto tiempo y seguir malhumorado. Quizás algo enfadado, pero nunca hosco o distante.

En el sosegado aislamiento de Brooks, Simón entregó el papel a Nathaniel.

-Llegó esta mañana por medio de un misterioso mensajero. Tomó una botella de oporto que estaba sobre la mesa entre ambos y llenó dos copas mientras Nathaniel examinaba minuciosamente el documento.

-Un encuentro secreto en Fontainebleau con los españoles -murmuró mientras bebía un sorbo de oporto-. Estábamos enterados.

-Pero no de la amenaza a Portugal.

-No -Nathaniel se apoyó en el respaldo mientras cruzaba las piernas-. ¿Quién diablos te envió esto? -era una pregunta retórica, Simón no respondió.

— ¿Crees que es verdad lo que pone? -preguntó.

Nathaniel sacudió la cabeza.

-No puedo permitirme el ignorarlo, según parece. Hace mucho tiempo que Bonney tiene los ojos puestos en España. Si queremos mantener la península Ibérica fuera de su alcance, debemos apoyar a Portugal.

- ¿Pondrás gente a trabajar en eso?

Nathaniel volvió a asentir, al tiempo que apoyaba la copa en la mesa.

-Tengo varios agentes en Madrid que pueden trasladarse a Lisboa. De hecho -añadió como para sí- quizá vaya yo mismo.

-Podrías hablar directamente con el regente portugués -sugirió Simón-. Tú tienes más autoridad y peso que cualquiera de tus agentes.

Se puso de pie.

-Veré al primer ministro de inmediato. Supongo que querrá consultarlo contigo sin demora -se puso los guantes-. Me pregunto si esta fuente misteriosa nos dirá algo más.

-Si lo hace, asegúrate de que el mensajero quede demorado en la entrada hasta que yo pueda entrevistarlo. Tengo la intención de llegar al fondo de esto -anunció Nathaniel-. Si hay algo que no tolero es la manipulación, aunque sea en nuestro beneficio. Si esta mente es tan irreprochable, ¿entonces por qué diablos no se muestra? No hay duda de que pretende algo a cambio.

-Eres un cínico -dijo Simón-. Quizá sus motivos sean la más pura... lealtad, o patriotismo...

-No lo creo -replicó Nathaniel-. Si así fuera, se mostraría. No, algo de esto huele mal. Simón, y me propongo averiguar de qué se trata.

Regresó a la calle Bruton con paso firme, con la cabeza llena de planes y disposiciones y una gran sensación de intranquilidad. Todos sus instintos le indicaban que algo andaba muy mal. El espionaje, por definición, involucraba a informantes clandestinos, pero aquella información era demasiado importante para que la manejara un mero aficionado. Y Nathaniel estaba convencido de conocer a todos los jugadores experimentados del campo internacional. Y si había nuevos actores en escena, ¿cómo sabía que tenía que pasar aquella información a Simón?

Las conexiones gubernamentales de Simón cercanas al servicio secreto de Nathaniel no eran conocidas por nadie, excepto él mismo y el primer ministro, ni siquiera Georgie o Miles las conocían.

Las conocía Gabrielle, por supuesto. Se detuvo ante la ventana de Hatchard's Bow, con el entrecejo fruncido, mientras el pasado mundo de la sospecha levantaba su horripilante cabeza. ¿Una vez espía, siempre espía? No, aquello era absurdo. Gabrielle había abandonado el espionaje con irrefutable convicción, y él no tenía por qué dudar de ella. Además, no había manera de que estuviese envuelta en esto. Su matrimonio había definido sus lealtades y le había cortado toda posibilidad de acceso a informaciones privilegiadas como aquélla. E incluso si por algún insólito hecho fortuito ella hubiese tenido acceso, simplemente le habría dado la información a él. Era lo lógico. Gabrielle no ganaría nada con este abordaje tan retorcido.

Siguió caminando mientras trataba de convencerse de la lógica de su razonamiento. Una sinuosa fila de candidatas para el puesto de cocinera, vestidas de negro, salía por la puerta y bajaba por la escalinata de la casa. Con un nuevo arranque de irritación, Nathaniel se detuvo en la calzada. Seguramente Gabrielle ya debería haber terminado aquella tediosa tarea.

Entró y se asomó a la salita donde Gabrielle continuaba con las entrevistas.

-Por el amor de Dios, la casa parece una agencia de empleos -exclamó-. ¿Aún no encontraste una persona adecuada?

-Gracias, me pondré en contacto con la agencia -dijo Gabrielle a la mujer sentada en una silla de respaldo recto. La mujer hizo una reverencia y se marchó.

- ¿Qué pasa contigo? -Inquirió Gabrielle-. Has estado muy desconsiderado.

-Lo desconsiderado es lo que sucede en mi casa -replicó él-. Tal vez haya unas veinte mujeres ahí afuera.

-No puedo descartarlas sin verlas -respondió Gabrielle con tono razonable-. No sé por qué hay tantas cocineras sin empleo en la ciudad en este momento. Debería haber pedido a la agencia que primero hiciera una selección, se me pasó por alto.

Miró con atención a su marido. Estaba en uno de sus momentos de impaciencia y preocupación, no le costaría mucho provocar una explosión.

-Algo te tiene mal.

Nathaniel se pasó una mano por el pelo en un gesto de impaciencia.

-Acabo de ver a Simón, eso es todo.

¿Ya le habría hablado Simón acerca de la información? Gabrielle esperaba que él considerara el mensaje, lo consultara con los colegas y con certeza al primer ministro antes

de involucrar a Nathaniel. ¿Era Nathaniel la primera persona a quien había acudido Simón? No haría mucho más de dos horas que el muchacho había entregado el papel.

- ¿Eso es todo? -Preguntó ella con tono despreocupado-. En general, ver a Simón no te pone de mal humor.

-Detesto los misterios -soltó Nathaniel-. Y no puedo soportar la sensación de que me están usando de algún modo -sus ojos le examinaron el rostro, las manos que descansaban en calma sobre el regazo.

A Gabrielle se le humedecieron las palmas. De modo que era por la información.

- ¿Quién te está usando?

-No lo sé, todavía -respondió Nathaniel, paseándose de un lado a otro en el cuarto-. Pero me propongo descubrirlo.

-No eres particularmente locuaz.

Gabrielle se puso de pie, se dirigió al fuego y se inclinó para calentarse las manos, a pesar de que estaba incómodamente acalorada. Le daba la impresión de que tenía las mejillas sonrojadas, el calor del fuego explicaría su rubor.

Nathaniel la miró: la graciosa curva del cuerpo esbelto, la luz del pelo bajo las llamas chispeantes, la delgadez de la cintura, el ensanchamiento de las caderas delineadas bajo la batista color beige del vestido mañanero.

Gabrielle no tenía nada que ver con lo sucedido aquella mañana.

Una familiar oleada de urgente deseo borró de su mente toda la intranquilidad y las irritaciones. Se acercó a ella con suavidad, le rodeó la cintura con un brazo y con la mano libre le recorrió la curva de las nalgas bajo el vestido, mientras levantaba la tela poco a poco para ver las piernas largas, centímetro a centímetro, el hueco de atrás de las rodillas, la extensión del suave muslo, la carne pálida sobre las medias.

Gabrielle no hizo intento de enderezarse, sintió la dureza de los muslos enfundados en la piel de ante. La mano de Nathaniel se deslizó por debajo del borde de las bragas, y un estremecimiento de deliciosa expectación la erizó cuando los dedos se insinuaron en su íntima humedad, buscándola en una danza de intimidades eróticas de movimientos eternamente espira lados.

-Esto no ayudará a contratar a una cocinera -murmuró Gabrielle en un intento desesperado de controlarse.

Nathaniel retiró la mano y le dio una palmada en las nalgas.

-No es una respuesta apropiada para las circunstancias, esposa.

Ella se sacudió la falda de modo que volviera a caer hasta los tobillos, se soltó de él y se enderezó, sonrojada, con los ojos encendidos.

-El tuyo ha sido un comportamiento escasamente apropiado para circunstancias como éstas -hizo un gesto elocuente indicando el salón-. Podría haber entrado cualquiera.

A juzgar por la sonrisa complaciente, a él pareció divertirle la idea.

-No oí demasiadas objeciones, mi amor.

-No, bueno, no ibas a escucharlas, ¿no es así? -Replicó ella con fingida resignación-. Conoces demasiado mis debilidades.

La sonrisa de Nathaniel se hizo más amplia.

-Puedo cerrar la puerta con llave y terminar lo que empecé, sin temor a interrupciones -llevó las palabras a los hechos y luego se apoyó en la puerta observándola con ojos entornados.

- ¿Qué sucede? -Susurró Gabrielle con voz pesada, como si los sonidos salieran a través de una capa de melaza.

-Estoy tratando de decidir cómo voy a poseerte -respondió él.

Gabrielle buscó en la habitación los puntos de apoyo disponibles, ahora tan absorta en el juego que ni pensó en la ansiedad de antes.

- ¿La *chaise longue?* -sugirió. Nathaniel negó con la cabeza-. ¿La mesa? -Otro meneo de cabeza-. ¿La silla?

-Quizá -dijo él como pensándolo, mientras se apartaba de la puerta. Con un movimiento rápido y económico, la tumbó hacia delante sobre el respaldo de un sillón.

-Debí haberlo supuesto -dijo Gabrielle entre los almohadones de terciopelo, entre la risa y la excitación-. Estás en uno de tus días dominantes.

-Así parece -repuso él afablemente mientras le subía la falda sobre la cabeza y le bajaba las bragas hasta las pantorrillas-. ¿Estás cómoda?

-Absolutamente -afirmó ella, cambiando de pie para afirmarse mejor.

Las manos de Nathaniel se movieron en caricias largas y lentas por las nalgas y los muslos, repitiendo las sensuales intimidades del momento junto al fuego, y todo deseo de reír desapareció cuando ambos entraron en el mundo cerrado de la pasión.

El la embestía con empujones profundos y exploradores, y ella se estiraba hacia atrás como queriendo encerrarlo por completo dentro de sí, perder toda sensación de separación. Nathaniel le apretaba las caderas asiéndoselas con una fuerza brutal que expresaba su propia necesidad de completarse en ella. La carne de Gabrielle era la de él. Dentro de ella, la profunda palpitación rítmica creció hasta envolverla en una oscuridad con destellos carmesí. Agarrándola de la nuca, Nathaniel continuó moviéndose dentro de ella, mientras con la otra mano jugueteaba pellizcando el exquisitamente sensible capullo de su sexo. El orgasmo la desgarró en una ola devastadora que la aturdía. En algún lugar, a la distancia, oyó su voz y luego la mano de Nathaniel la empujó con suavidad sobre los almohadones para atenuar los involuntarios gemidos de gozo, y apoyó todo su cuerpo en la espalda de ella, acariciándole los pechos mientras la sujetaba en su propia explosión de goce.

- ¡Cielo santo! -Nathaniel se enderezó lentamente, dejándole la piel fría y expuesta. Le pasó una mano por la espalda.

Gabrielle se dio impulso para ponerse de pie.

-Dime que son las once de la mañana de un lunes -exigió ella débilmente mientras se tocaba la ropa e intentaba recomponerse.

-Así es -Nathaniel se ajustó los pantalones-. ¿Qué tienes? -Sacudió la cabeza con perplejidad-. Eres un demonio -respondió su propia pregunta.

-Yo no creo haber tenido nada que ver con esto -aclaró Gabrielle mientras miraba su imagen en el espejo que había sobre el hogar-. Mira, estoy toda despeinada. ¿Tú crees que puedo salir del cuarto en estas condiciones?

-No lo imagino -contestó Nathaniel con cruel despreocupación, al tiempo que abría la puerta-. Pero haz algo con respecto a esas mujeres. Quiero mi casa de nuevo.

-Sí, señor. Estamos algo agresivos esta mañana, ¿verdad? -Gabrielle le sacó la lengua por el espejo mientras se acomodaba rápidamente los rizos desordenados.

Nathaniel levantó una mano en fingida amenaza y la dejó con una sonrisa en los labios.

Gabrielle hizo sonar la campanilla para llamar a la señora Bailey y le pidió que hiciera pasar a la siguiente candidata.

Nathaniel se dirigió a la biblioteca, se sentó frente a su escritorio y acercó una pila de informes. Tenía que decidir cuál de sus agentes sería el mejor para enviar a Lisboa... ¿o debía ir él mismo? El heredero portugués era un individuo inmaduro y patético incapaz de gobernar, el regente era un cobarde, inepto para desempeñarse. Ante el avance francés, cederían. Una presencia británica en Portugal resultaba vital en ese momento...

Con gesto ocioso tomó la pluma, y notó que el extremo estaba bifurcado. Buscó el cuchillo pequeño que usaba para sacar punta a los lápices, pero no estaba en su escritorio, recordó que Gabrielle lo había tomado prestado la noche anterior.

El no lo necesitaba de inmediato, pero la mente se le estaba acelerando, y se sentía demasiado inquieto para sentarse en contemplativo silencio, de modo que subió, se detuvo al pie de la escalera del cuarto de Jake y pensó en subir a ver cómo evolucionaba el tobillo torcido.

Pero prefirió ir antes a recuperar su cortaplumas.

La sala de estar de Gabrielle se hallaba silenciosa, bañada por el sol. Había sido el cuarto preferido de Helen, el papel de la pared y los muebles eran una elección típica de ella. Nathaniel se preguntaba si Gabrielle decidiría cambiar algo. Aquel tono pastel era demasiado apagado para su vibrante energía.

El secreter estaba abierto y su cortaplumas descansaba sobre el papel secante. Nathaniel tomó el cuchillo y sus ojos se clavaron en las marcas que habían quedado en el secante.

Marcas curiosas, letras de atrás hacia delante, números. Sintió un enorme rechazo a tomarlo, y sin embargo lo hizo. Lo tomó y lo sostuvo frente al espejo del tocador. Gabrielle había estado jugando con el código del libro de Voltaire.

27

Era imposible que ella aún tuviese algo que ver con el espionaje. No podía. No era lógico. Nathaniel miraba la mesa de la cena frente a la cual estaba sentada Gabrielle conversando animadamente con su vecino. Como si fuera consciente del escrutinio, le echó un breve vistazo con ojos titilantes por encima de la extensión del resplandeciente palisandro, la plata reluciente, los charcos de luz dorada de las velas. Los labios se torcieron en una de sus leves sonrisas irónicas, que transmitían una intimidad especial ajena a las voces de los otros invitados. Luego se volvió de nuevo al vecino y Nathaniei oyó su risa, aquel profundo y cálido sonido de júbilo que jamás había dejado de fascinarle aun cuando estaba enfadado con ella.

La mujer que Nathaniel tenía a su lado le dirigió un comentario gracioso para iniciar una conversación, él se dio cuenta de que, desde el segundo plato, había permanecido en

silencio, ensimismado. Durante un rato cumplió con las debidas cortesías, pero fue un alivio tanto para él como para su vecina cuando ella se sintió atraída por una conversación del otro lado.

Con aire ausente, Nathaniel se sirvió un poco de aspic de codorniz, pero recordó demasiado tarde que no le gustaban esos pájaros insignificantes y que no soportaba el aspic.

Con una ingeniosa y despreocupada pregunta, él había mencionado a Gabrielle las anotaciones en el papel secante, y ella le había respondido del mismo modo, diciendo que hacía tanto tiempo que no ejercitaba la mente de ese modo que había estado probándose para ver cuánto podía recordar del código. Era una explicación perfectamente razonable.

¿Por qué diablos Nathaniel estaba comiendo codorniz? Gabrielle arrugó la frente mientras lo observaba analizar con minuciosidad una de las aves y dejarla a un costado del plato con un gesto de impaciencia. El odiaba el aspic y aborrecía la codorniz. ¿Y no se había dado cuenta de lo descortés de su actitud al persistir en un silencio malhumorado? Pobre Hester Fairchild, estaba tan incómoda como si se hubiera sentado junto a un tigre hambriento.

Pero Nathaniel se hallaba de un humor impredecible desde hacía diez días, desde su encuentro con Simón. Tal como lo había querido la suerte, no se sentía satisfecho con el simple hecho de recibir información tan valiosa y actuar a partir de eso. Allí había un misterio, y la necesidad de resolverlo se había convertido casi en una obsesión. Por alguna razón, Gabrielle no había considerado esa posibilidad.

Nathaniel no sabía que el hecho de resolverlo no aportaría nada a la tranquilidad de su mente, sino absolutamente todo lo contrario. Y tampoco aportaría nada a la tranquilidad de la mente de Gabrielle. La perspectiva de la reacción de él frente a la verdad la llenaba de un temor considerable. Sin importar la utilidad de la información, aun así ella lo estaba manipulando por orden de Talleyrand.

Lady Willoughby se puso de pie y anunció que las damas debían retirarse, el vecino de Gabrielle se levantó para apartarle la silla. Se dio cuenta de que Nathaniel se había movido una fracción de segundo más tarde para ofrecerle la cortesía a su compañera. Era necesario hacer algo... pero, ¿qué?

Nathaniel se demoró en el comedor con lord Willoughby, mucho después de que los demás hombres habían ido a reunirse con las damas en el salón. Willoughby se sintió muy feliz viendo que uno de sus invitados estuviera dispuesto a igualarlo copa a copa mientras circulaba la botella de oporto, en particular cuando el invitado era poco propenso a la conversación y refunfuñaba en silencio lo mismo que su solitario anfitrión.

- ¿Nathaniel aún está en el comedor, Miles? -Gabrielle atravesó el salón cuando aquél entró.

-Sí, es el último. El y Willoughby son compañeros de taciturno silencio. Hoy está de pésimo humor. ¿Qué le sucede, Gabby?

-No sé -Miles ignoraba el verdadero trabajo de Nathaniel, de modo que ella no podía dar ni una vaga explicación acerca de la presión del trabajo-. Probablemente sea Londres, ya sabes cuánto odia esto -hizo un gesto abarcando el salón-. El parloteo absurdo de una troupe de simios.

Miles esbozó una sonrisa.

-Creí que se había recuperado de su misantropía.

-Creo que es una característica innata -dijo Gabrielle, seria-. Aunque por lo general reprime sus manifestaciones.

-Mmm. Déjame que te traiga una taza de té -Miles caminó hacia donde la anfitriona estaba sirviendo té y regresó con dos tazas-. Bueno, ¿qué opinas del nuevo puesto de viceelector general de tu padrino? Parece una posición de figuración más que de poder.

Gabrielle rió.

-Si crees eso, no conoces a Talleyrand, Miles. Puedes estar seguro de que él está ejerciendo su influencia ahora más que cuando era ministro de Asuntos Exteriores. Apostaría a que estuvo en Fontainebleau el mes pasado- Oh, Georgie, quería hablarte un momento -tendió una mano hacia su prima, que se abría paso hacia ellos entre los demás-. Necesito tu consejo. ¿Debo invitar a tus padres a cenar con el primer ministro? ¿O crees que preferirán un grupo de sus propios amigos?

Su voz subía y bajaba de volumen y Nathaniel, que había, entrado sigilosamente en el salón, la observaba en las sombras, a sus espaldas. ¿Qué sabía Gabrielle de Fontainebleau? El no le había dado detalles del misterioso mensaje, y ella había aceptado su negativa a discutirlo con una actitud que ahora le parecía demasiado conformista.

Sentía como si la cabeza fuera a estallarle. Gordas larvas de sospecha le crecían en el cerebro. Pero tenía sentido. No había razón lógica por la cual Gabrielle no pudiera ser franca, si había accedido a dicha información mediante alguna vía extraordinaria. Y era posible que Simón le hubiese mencionado Fontainebleau. Ella iba a menudo a la casa de Grosvenor Park, y él y Gabrielle eran muy confidentes. El le hablaba con total libertad.

No, no era razonable que Gabrielle fuera la fuente de esa información secreta. Ya no tenía contactos en Francia.

¿O sí? ¿Seguiría formando parte aún de la cadena de agentes franceses en Londres?

De repente Gabrielle se dio vuelta, y los candidos ojos grises se llenaron de placer al verlo. Ella le había jurado que lo amaba, que renunciaba a toda alianza previa. Le había dado su lealtad como obsequio de amor. Lo había perseguido, le había salvado la vida, lo había obligado a aceptar su amor como ella aceptaba el suyo. No había hecho nada que diera pie a la desconfianza de Nathaniel. Y sin embargo...

-Ah, aquí estás, Nathaniel. Comenzaba a pensar que te había perdido para siempre por la botella de oporto -se notaba una insinuación de reprensión en su voz, aunque los ojos sonreían.

-Ven, quiero ir a casa -dijo él. No se proponía decir eso, o al menos no de esa manera brusca. ¿Por qué podía disimular en su trabajo, sin mostrar jamás un indicio de sus pensamientos o emociones, y sin embargo en el mundo cotidiano hablaba directo desde el corazón, sin ningún filtro mental?

Un leve rubor tocó las translúcidas mejillas de Gabrielle, que levantó el mentón con actitud ominosa. Miles y Georgie intercambiaron miradas y retrocedieron, mezclándose con un grupo cercano.

-Entonces sugiero que te marches -dijo Gabrielle con tono helado-. Sucede que aún no estoy lista para ir a casa.

El no iba a dejarla allí sola. Mientras las dudas y la desconfianza se arremolinaban en su cabeza, quería -en realidad lo necesitaba desesperadamente- tenerla vigilada. Era una reacción instintiva, aunque no menos autoritaria.

-De todos modos, nos marchamos -la tomó del brazo y ella se dio cuenta de inmediato de la fuerza muscular que la sujetaba contra el cuerpo de él.

No tenía más opción que someterse, si pretendía salir dignamente de allí. Nathaniel recorrió los salones en busca de los anfitriones. Gabrielle le miró el semblante de labios apretados y se esforzó por mantener la buena educación, absteniéndose de soltar su enfado cuando se despedía e intentando compensar con su calidez el murmullo taciturno de Nathaniel.

Se quedaron en el vestíbulo mientras una criada iba en busca del abrigo de ella y un sirviente corría al establo por el carruaje. Gabrielle golpeaba el parqué con un pie. Nathaniel aún le sujetaba el brazo, y cuando ella intentó soltarse, la sujetó también con la otra mano.

El carruaje llegó y el sirviente los despidió con una reverencia. Nathaniel la soltó en el peldaño, pero en lugar de ofrecerle la mano para subir, le puso una mano abierta en el trasero y la impulsó hacia arriba de manera nada ceremoniosa. Gabrielle se volvió hacia él antes de que la puerta se cerrara.

- ¿Qué diablos estás haciendo? ¡Cómo te atreves a arrastrarme fuera como si fuera una niña maleducadal! ¿Y cómo has podido portarte tan groseramente?

Nathaniel no dijo nada, sólo apoyó la cabeza en los cojines de cuero, con la cara vuelta hacia la ventana. La luz del farol de un vigilante nocturno titiló un momento en su semblante rígido, y Gabrielle pudo ver que un músculo de la mejilla se le crispaba.

- ¡Contéstame, maldición! -la mano quería abofetearlo para hacerlo reaccionar, pero Nathaniel no era hombre que tolerara las bofetadas. El daba tanto como recibía.

-No hay nada que decir -dijo él al fin, hastiado-. Estoy harto de estas malditas fiestas.

- ¿Ah sí? -Gabrielle lo miró fijo-. Te comportaste de la manera más grosera durante toda la noche, me avergonzaste y me humillaste más de lo que se puede tolerar, y tu única excusa es que estás cansado. Bien, déjame que te diga, Nathaniel Praed...

- ¡Calla!

La orden cortante la sorprendió tanto que se quedó en silencio un momento. Cerró los ojos, luchando por conservar la razón y el control, y luego dijo, de manera más moderada:

- ¿Qué sucede, Nathaniel? ¿Qué te preocupa?

El la miró con tristeza en la oscuridad. ¿Y si le preguntaba abiertamente? ¿Y si ella lo admitía? El no lo soportaría. Era así de simple. El no podía provocar esa confesión devastadora. Era mejor vivir con los gusanos de la sospecha que tener que vérselas con la noción de que su esposa había tenido otras razones ajenas al amor para casarse con él.

Cobardía... descarada cobardía, sin embargo no podía evitarla. Se frotó los ojos con la yema de los dedos y suspiró profundamente.

-Discúlpame. Tengo una jaqueca terrible. Sólo quería largarme de allí.

-Quizá deberías haber tenido más prudencia con el clarete y el oporto -soltó ella con aspereza, en absoluto tranquilizada por la explicación.

Gabrielle volvió la cabeza hacia la ventana, sintiendo tensas las sienes. El ataque de Nathaniel no había sido simple petulancia. No, iba dirigido a ella, al igual que la causa de su furia.

¿Sospecharía algo? Pero no había pruebas, y jamás las habría. Sólo aquel descuido con el papel secante, y ella lo había explicado con facilidad. Incluso si ahora sospechara de algo, moriría con el tiempo, cuando no sucediera nada que confirmara las sospechas. Ella debía mantener la calma hasta que así ocurriera. Y la actitud de aceptar la manera como él la había tratado esa noche no se adaptaba a su presunción de inocencia.

-Si vuelves a hacerme algo parecido, Nathaniel, te montaré tal número que no querrás sacar la nariz fuera de la casa durante seis meses -amenazó en feroz voz baja.

-No me amenaces, Gabrielle -pero sonaba más hastiado que intimidante-. Si te he avergonzado, te pido disculpas. Estaba desesperado por irme.

-Podrías haber vuelto solo.

-Necesitaba la reconfortante compañía de mi esposa -de nuevo, sin querer, el comentario surgió tan sardónico como el sentimiento que lo producía.

El carruaje arribó a la calle Bruton antes de que Gabrielle pudiera armar una respuesta apropiada. Nathaniel bajó de un salto y le tendió una mano para ayudarla. Gabrielle lo ignoró, pasó a su lado con andar majestuoso y entró en la casa. Sacudió las manos para quitarse los guantes de seda.

-Le deseo buenas noches, señor. Le sugiero que tome alguna medicina para el dolor de cabeza. Sin embargo, no se me ocurre sugerirle nada para su humor.

Con un murmullo de la falda de seda color esmeralda, subió la escalera dejando a Nathaniel en el vestíbulo.

El lanzó una maldición salvaje, se dirigió a la biblioteca y cerró la puerta de un golpe. Se sirvió una copa de cognac de la botella que estaba sobre la mesa, se echó el ardiente licor a la garganta y volvió a tomar la botella. Tenía un gran hueco frío en el pecho, y no podía calentarlo ni llenarlo. Pasó mucho tiempo hasta que me a dormir.

Gabrielle durmió mal y a la mañana siguiente se despertó tarde. Se quedó un momento en la cama preguntándose por qué se sentía tan triste y melancólica, entonces recordó. Las escenas de la noche anterior volvieron a proyectarse con deprimente precisión. ¿Cuánto tiempo continuaría aquello- y cuánto tiempo podría ella mantenerse en calma y soportarlo?

«¡Maldito Talleyrand!"

Hizo sonar la campana y esperó a que Ellie acudiera con el chocolate caliente.

-Qué día miserable, ¿verdad, señora? -Ellie la saludó con alegría al tiempo que depositaba la bandeja sobre la mesa lateral para correr las cortinas de terciopelo rosado, que dejaron ver un cielo gris y encapotado-. Será mejor que encienda las velas -dijo la joven, moviéndose apresuradamente.

Gabrielle se acomodó en las almohadas y tomó la taza de chocolate. El fuerte aroma le hizo daño, el estómago se le subió hasta la garganta.

-Dios mío, ¡voy a descomponerme! -se precipitó fuera de la cama.

Ellie estaba acomodando las almohadas cuando Gabrielle regresó, más pálida de lo normal.

-Quizás el té le caiga mejor que el chocolate, señora -comentó la criada con tono práctico-. A cada una le caen mal distintas cosas... a veces es el café, a veces el té.

- ¿De qué hablas? -Gabrielle volvió a subir a la cama-. Tal vez anoche comí algo que me cayó mal. Probablemente fuera el budín de cangrejo. Me pareció que sabía un poco extraño.

-No lo creo, señora -dijo Ellie mientras alisaba los cobertores sobre las rodillas de Gabrielle-. Han pasado seis semanas desde su última regla.

- ¿Qué? -Gabrielle se apoyó en las almohadas, asimilando esas palabras-. ¿Tanto tiempo?

-Sí, madame.

-Cielo santo -se tocó el vientre con gesto fugaz.

- ¿Le traigo un poco de té?

-Sí, por favor... cualquier cosa que no me repugne.

La boca de Gabrielle se torció de disgusto.

-Ellie...

- ¿Señora?

-Por el momento, esto queda entre nosotras. No quiero decir nada al señor hasta estar segura.

-Por supuesto, señora -Ellie hizo una reverencia y desapareció con la bandeja con el chocolate.

Gabrielle cerró los ojos, con una sonrisa en los labios. Nathaniel no iba a ponerse muy contento, al menos al principio, pero tendría que darse cuenta de que, por muy escrupuloso y cuidadoso que hubiera sido, con el exceso de pasión que tan a menudo los sacudía como un volcán, no era sorprendente que las precauciones no hubiesen resultado suficientes.

De cualquier manera, aquella noticia podría servir para desviar sus pensamientos de su actual obsesión. Le daría otro motivo de preocupación que, para ella, sería algo mucho más fácil de manejar.

Debía escoger el momento para decírselo. Y pronto.

Volvió a tocarse el vientre y la dulce esperanza se tomó una confirmación. No había necesidad de esperar mayores síntomas. Sabía que la semilla de Nathaniel había arraigado.

Ellie volvió a aparecer con el té.

-Un poco de pan tostado por la mañana a veces ayuda, señora -observó la criada-. Así que me tomé la libertad de traerle un trozo. Yo ayudé a mi mamá cuando estaba por tener a Marta.

-Ya veo que tendré que confiar en tu experiencia, Ellie -dijo Gabrielle, y mordió la tostada. Bebió un sorbo de té-. Hasta ahora todo va bien.

-Otra cosa muy buena es el té de rosas, mi madre lo dice siempre -Ellie atizó el fuego y arrojó nuevos leños-. ¿Qué vestido se pondrá esta mañana, señora?

-El traje de montar, por favor. Quedé en ir a cabalgar por el parque -Gabrielle hizo un lado las mantas y se puso de pie. Sin náuseas. A partir de ese momento, té y tostadas por la mañana.

Nathaniel estaba en el salón del desayuno cuando ella bajó. El levantó la vista del *Gazette* sin sonreír al verla entrar.

-Buenos días. Espero que hayas dormido bien.

-No mucho -contestó Gabrielle, sin deseos de sonreír ante tan evidente hostilidad-. ¿Y tú?

-Bien, supongo -reanudó la lectura.

Las ojeras decían otra cosa, reflexionó Gabrielle mientras examinaba las bandejas con una ligera mueca inconsciente de desagrado. Nada le resultaba apetitoso.

Una leve náusea se le alojó en el vientre. Miró a Nathaniel y decidió que aquél no era el momento para compartir su noticia.

Se sentó, tomó un trozo de tostada y la untó apenas con mantequilla antes de cortarla en tiras. Con gesto perezoso sumergió la tira de tostada en el té y la comió con placer.

- ¿Qué diablos estás haciendo? -Nathaniel la miró con incredulidad.

- ¿Qué? -Sobresaltada, Gabrielle levantó la vista en el instante en que sumergía otra tira-. Ah -miró el trozo de tostada con cierta sorpresa-. No sé, sólo me pareció una buena idea. Y es muy rico.

-Es desagradable -aseguró Nathaniel-. Todo blando. Cualquiera pensaría que no tienes dientes.

-Bueno, disculpa si te ofendo, pero...

Sus palabras fueron interrumpidas por el violento ruido de un cristal que se hacía trizas, cuando algo voló a través de la gran ventana y se estrelló contra la pared opuesta.

- ¡Qué diablos! -Nathaniel se puso de pie de un salto mientras la pelota de criquet rodaba debajo de la mesa-. ¡Es la segunda ventana en tres días! ¡Le dije que no jugara cerca de la casa!

Gabrielle se levantó de la silla.

- Tranquilo, Nathaniel -le advirtió-. Solo es una ventana.

Pero si Nathaniel la había oído, no dio muestras de ello. Abrió con violencia la ventana.

- ¡Jake! Ven aquí inmediatamente.

Unos minutos después apareció Jake en el salón, muy acongojado.

-Pe... Perdón, señor -balbuceó-. Estaba practicando el tiro por arriba y se resbaló.

- ¿Qué te dije la última vez? -preguntó Nathaniel con furia.

Jake miró a Gabrielle con un gesto de angustiosa súplica que revelaba que estaba a punto de correr hacia ella. Gabrielle se dio cuenta de que ésa era una ocasión en la que nadie saldría beneficiado con su intervención, pues no haría más que exacerbar la furia del padre. Con discreción ella se desentendió de la situación y se puso a leer el periódico.

- ¿Qué me dices? -preguntó de nuevo Nathaniel.

Dos grandes lágrimas resbalaron por las mejillas del niño, que sollozaba miserablemente.

-Yo estaba esperando a que Primmy me llevara a jugar al parque -explicó entre hipos-. No fue más que un golpe.

-No toleraré la desobediencia -anunció el padre-. Pasarás el resto del día en el aula y no habrá visitas al parque en esta semana.

Los ojos de Jake se agrandaron con horrible consternación.

-Pero, papá...

- ¿Me has oído? -rugió Nathaniel.

Jake se dio vuelta y se fue volando arriba.

-Oh, Nathaniel -dijo Gabrielle en suave protesta-. Esta tarde él iba a ir a Astley's con los hijos de los Bedford. No ha hablado de otra cosa durante días.

Por la expresión de Nathaniel, resultaba evidente que lo había olvidado. Pero sólo dijo, con tono cortante:

-Entonces es de esperar que aprenda bien las lecciones -y se volvió al desayuno que no había terminado.

Gabrielle permaneció un momento sentada, con la frente fruncida. Aparte del viaje a Asdey's, no era un castigo particularmente severo, pero Jake era un niño tan sensible que en general una leve reprensión bastaba.

Al cabo de un momento Gabrielle dijo,

- ¿Podrías reconsiderarlo, Nathaniel? Si él cree que le será negada la invitación durante las próximas tres horas, será suficiente castigo. Ya sabes lo dócil que suele ser.

Nathaniel levantó la vista del plato, y a ella le corrió un frío por la espalda. La miraba como si no la conociera.

-Jake es mi hijo -dijo él con frialdad-. Esto no es asunto tuyo.

Gabrielle se sintió sin aire, como si alguien le hubiera pegado en el estómago. ¿Cómo podía decirle una cosa así? En la práctica, Jake era hijo de ella tanto como de Nathaniel. Había sido una de las mayores alegrías compartidas, uno de los lazos inextricables que los unía.

Sintió como si él estuviese cortando esos lazos.

Sin decir una palabra, empujó la silla atrás y abandonó el cuarto.

Nathaniel dejó caer la cabeza entre sus manos, sintiéndose miserable. No podía continuar así. O se enfrentaba con sus sospechas o las apartaba de él. Pero parecía hallarse atrapado por una influencia satánica que lo obligaba a lastimar una y otra vez, como si esos castigos pudieran mitigar su propio dolor. En lugar de eso, lo aumentaban.

Quizá si se marchaba, si se tomaba un poco de tiempo, si ponía un poco de distancia entre ambos, entonces tal vez las cosas volvieran a su lugar. Iría a Lisboa. Allí había un trabajo para hacer, uno que él podía hacer mejor que cualquiera. Lo distraería. Y cuando regresara, quizás encontrara la respuesta a su horrendo dilema.

Pasó la mañana disponiendo todo lo necesario y regresó a la casa hacia el mediodía, tras una reunión con el primer ministro. La casa parecía muy tranquila, desagradablemente tranquila.

- ¿La señora está en casa?

-Eso creo, señor -Bartram tomó el sombrero y el bastón-. Entiendo que está comiendo en el aula con el señorito Jake.

-Ya veo. ¿El cristalero ya ha arreglado la ventana del salón del desayuno?

-Si, señor -Bartram tosió-. Fue un golpe excelente, señor. Muy buen estilo. Lo vi desde la ventana de abajo. Uno de estos días el señorito se convertirá en un jugador de primera clase, si no le molesta que se lo diga.

La expresión de Bartram era como de madera, salvo el parpadeo de un ojo.

-Primero tendrá que aprender a apuntar mejor -observó Nathaniel, pero había un dejo de diversión en su voz. De algún modo, la perspectiva de entrar pronto en acción había colaborado en la recuperación de su equilibrio.

Subió la escalera hasta el tercer piso y se detuvo en la puerta del aula. La voz alegre de Gabrielle llegó a él desde el otro lado, pero no oyó la voz de su hijo.

Abrió la puerta. Gabrielle y Jake estaban sentados a la mesa iluminada por la luz del fuego. Se dieron vuelta y lo miraron con cauteloso silencio. Nathaniel se sintió como un ogro. Era tan malo como en los días anteriores a Gabrielle.

Los ojos de Jake estaban rojos e hinchados, la mirada de Gabrielle era ilegible, pero él sabía que estaba herida y enfadada.

-Jake, puedes salir con los Bedford -dijo.

El niño saltó con un grito de alegría, transformado su semblante demacrado. Corrió hacia Nathaniel y le arrojó los brazos a la cintura en un abrazo.

- ¡Eh! -Nathaniel le tomó el mentón redondo y se lo levantó-. Será mejor que no vuelva a suceder, ¿me has oído?

-Sí, señor -Jake asintió solemnemente, pero no pudo evitar la sonrisa que se le dibujó inmediatamente en la cara-.Gracias... ¡eres el mejor papá de todo el universo!

Nathaniel sacudió la cabeza divertido.

-Ahora date prisa y ve a prepararte.

Jake corrió hacia su habitación, llamando a Primmy para que lo ayudara a encontrar el abrigo.

Gabrielle apoyó los codos sobre la mesa.

- ¿A qué se debe ese cambio en el corazón?

-A tí -respondió Nathaniel-. Como siempre. Necesito hablar contigo -cerró la puerta.

A ella se le congeló el corazón. ¿La interrogaría?

-Estaré fuera unos meses -dijo Nathaniel, con los hombros apoyados en la puerta que estaba a sus espaldas.

- ¿Lejos? -No pudo evitar su desagrado-. ¿Donde estarás?

-En Lisboa -contestó él, mientras la observaba con atención, pero la expresión de Gabrielle no cambió.

- ¿Por qué?

-Tengo trabajo allí -respondió con vaguedad.

- ¿Quieres que te acompañe? -se puso de pie, con los ojos de pronto encendidos. En ese momento olvidó el embarazo y sólo podía pensar en el estremecimiento de estar juntos de nuevo en la excitación y los peligros de un viaje así... en cómo una aventura semejante podría curar las asperezas de los últimos tiempos y podría poner fin a todas las sospechas y las dudas.

- ¡No seas absurda! -Replicó Nathaniel- Si Fouché te pone las manos encima, tu vida no valdrá nada. «A menos que ella aún esté a su servido.»

-Lo mismo se aplica a ti -señaló Gabrielle-. Oh, vamos, Nathaniel, recuerda la última vez, aquel viaje desde Tilsit. ¿No sería maravilloso hacerlo de nuevo?

Nathaniel se apartó de la puerta, tenía el rostro y los ojos duros como piedra.

-Ahora, escúchame -dijo él con tono suave pero de letal amenaza-. Si se te ocurre seguirme, Gabrielle, convertiré tu vida en un infierno. Te lo juro sobre la tumba de mi madre.

Sin querer, Gabrielle dio un paso atrás.

-Está bien -respondió, al tiempo que levantaba la palma de la mano en un gesto de aceptación-. Era una mala idea... está bien.

Por supuesto. La realidad misma lo habría confirmado. Andar de aventuras por el continente en los primeros meses del embarazo significaría buscarse problemas.

Los ojos de Nathaniel la taladraron durante un momento de silencio tenso, como si le leyera la mente, luego suspiró, en apariencia satisfecho.

-Mañana por la mañana iré a la mansión Burley -dijo con un tono más ecuánime-. Debo resolver algunos asuntos de la propiedad antes de marcharme. Calculo que navegaré a Francia hacia el final de la semana.

- ¿Puedo ir a la mansión Burley? -Preguntó Gabrielle con indecisión.

-No. No tendría sentido. Estaré muy ocupado.

-Ah... Bueno -se encogió de hombros con fingida indiferencia-. Supongo que no sabes cuánto tiempo estarás ausente.

-Unos meses, ya te lo dije.

- ¿Dos... tres... cuatro?

-No tengo idea. Sabes lo difícil que resulta ser preciso en estos casos -contestó, impaciente.

«Sólo quisiera saber cómo estará mi embarazo cuando tu regreses.»

-Sí, lo sé -repuso Gabrielle, y volvió a encogerse de hombros. ¡Maldito sea este hombre! ¿Cómo era posible que se lo dijera, si se mantenía tan hostil y distante?-. Te echaré de menos -intentó poner un poco de calor en la conversación.

Los ojos de Nathaniel se suavizaron.

-Yo también, Gabrielle -lo decía en serio. Incluso cuando ella lo enloquecía, no podía soportar estar lejos de ella-. Pero es algo que debo hacer.

-Entiendo.

Quizá sea hora de una separación, pensó Gabrielle. Quizá, cuando él estuviera lejos de ella, cualquier sospecha que hubiera provocado ese alejamiento se mitigaría.

Nathaniel partió temprano a la mañana siguiente, conduciendo su carrocín. Gabrielle se quedó junto a la ventana contemplándolo desaparecer por la calle. Sentía el cuerpo despojado, como si hubiera sido abandonada en mitad del acto de amor. Y tal vez no fuera una analogía inexacta.

28

Dos días después llegó otra carta de Talleyrand. Era breve y aterradora. Fouché había arrestado a un agente inglés en Calais. Lo habían quebrado y el ministro de Policía creía que en ese momento se hallaba en posesión de datos de vital importancia que pondrían en peligro a toda la red de inteligencia inglesa en Europa.

De manera muy particular, sabía los nombres y tipos de barcos empleados para transportar agentes al otro lado del canal, y conocía la mayoría de los sitios de desembarco que se utilizaban en las costas de Bretaña y Normandía.

Gabrielle leyó la carta dos veces. Unos puntos negros bailaban antes sus ojos, y no podía pensar. Era como si tuviera el cerebro paralizado. Sentía la mano adormecida de la fuerza con que aferraba la carta, se obligó a respirar hondo, para relajar los dedos. La hoja cayó aleteando sobre la alfombra.

Te doy esta información, *ma fille,* para que hagas lo que te parezca mejor. Lo hago para devolverte un favor, comprenderás a qué me refiero. Como siempre, es imperativo que yo no aparezca involucrado. Confío en tu ingenio para que esto no suceda.

Se quedó mirando fijamente las líneas que yacían a sus píes. ¡Ingenio! ¿Sabía él lo que pedía... lo que exigía?

Pero Gabrielle sabía que no. Talleyrand no tenía comprensión alguna de las complejidades de las relaciones emocionales. No disponía de tiempo para eso. Ah, sí, amaba, sentía cariño, era capaz de afecto. ¿Por qué, si no, le había enviado aquella información? Pero jamás podía permitirse que los seres humanos y el laberinto de sus sentimientos interfirieran con él y sus propósitos.

Gabrielle se inclinó para recoger la carta. El movimiento la mareó y se le subió el corazón a la garganta. Se apresuró a enderezarse, llevándose una mano a la garganta, rogando que la oleada de náusea cediera. Esa sensación no la abandonaba en ningún instante, salvo cuando mordisqueaba algún alimento sencillo, pero temía los momentos en que le invadía en una oleada invencible que la obligaba a correr al cuarto de baño.

Piadosamente, dejó de ser una presencia aguda para convertirse en un malestar normal, así que leyó la carta por tercera vez. Pero ahora tenía la cabeza despejada y comenzaron a dar vueltas en su cerebro distintos cursos de acción.

Había uno solo posible. Ella tema que advertir a Nathaniel antes de que el *Curias* zarpara de Lymingcon.

El le había dicho que saldrían hacia el fin de semana. Ahora era viernes. ¿Se refería Nathaniel al viernes mismo, o al sábado?

No tenía sentido especular ni preocuparse en vano. Gabrielle debía partir de inmediato. Si iba a caballo, podría llegar a Hampshire a la mañana temprano. Sería un viaje arduo. Se tocó el vientre. Dios santo, no podría soportar las náuseas a caballo, o al menos no en la versión más aguda. Pero había observado que el aire fresco parecía ayudar, tuvo la sensación de que el pánico mantendría a raya a ese problema menor.

No podía marcharse de la casa sin decir nada. Necesitaba hablar con alguien de su confianza... Primmy. La mujer escucharía lo que Gabrielle le dijera, no haría preguntas y se aseguraría de que nadie se alarmara. Y también haría falta una explicación más clara a Simón, sólo por si algo salía mal.

«No pienses eso.» Guillaume le había enseñado que jamás anticipara lo peor hasta que fuera necesario. Y todavía no había llegado ese momento.

Escribió una larga carta a Simón, contándole todo menos la fuente de su información. Que hiciera las conjeturas que quisiera. Si en verdad ocurría algo, si ella y Nathaniel no regresaban, al menos el dato estaría en manos de alguien que sabría que hacer con él.

Primmy, tal como esperaba Gabrielle, aceptó que lady Praed fuera al campo por unos días. No cuestionó la directiva de que, en el caso de que surgiera alguna dificultad, debía consultar con lord y lady Vambrugh.

Jake rezongó un poco porque no iba con Gabrielle, pero se resignó fácilmente cuando ella le recordó que eso significaría renunciar a una prometida excursión a ver los leones en el Exchange.

A la media mañana Gabrielle estaba en camino a Kingston. La acompañaba un caballerizo que, cuando cambiaran caballos en la mitad del trayecto, llevaría a Londres la montura cansada de Gabrielle en fáciles postas.

En las primeras horas de la tarde entraron en el terreno del Green Man, en Basingstoke. A Gabrielle le dolía la espalda como si hubiera pasado un día entero de

cacería, pero lo ignoró. Aunque estaba hambrienta, solo se quedó el tiempo necesario para elegir un caballo fresco.

La posada te proveyó una cesta con pan y queso envueltos en una servilleta a cuadros, y ella continuó su marcha diez minutos después de haber entrado, mientras el caballerizo descansaba agradecido sus huesos cansados ante el fuego en la taberna, masticando una sustanciosa chuleta de cordero.

Ahora Gabrielle cabalgaba más veloz que nunca en su vida, exigiendo el caballo al máximo y recurriendo a lo más profundo de sus propias reservas físicas para encontrar los últimos vestigios de resistencia.

Eran las seis de la tarde cuando entró en el sendero de la mansión Burley. Cuando vio que la fachada de la casa se hallaba a oscuras, le dio un vuelco el corazón. Si Nathaniel estuviera, habría algo de luz, al menos en la biblioteca. El caballo agotado entró tambaleante en el sendero de grava y se detuvo cuando ella tiró de las riendas ante la puerta principal. El animal permaneció con la cabeza baja, el cuello brillante de sudor.

Gabrielle hizo sonar el llamador de la puerta, tratando de mantener a raya su pánico creciente. Tal vez Nathaniel se hallaba en alguna parte de la propiedad y aún no había regresado. Pero ella sabía que aquello no era más que un mero deseo.

Se oyó el ruido de un cerrojo al abrirse.

-Vaya, señora, no la esperábamos -un estupefacto criado bastante mayor, del personal básico que habían dejado para que se encargara de la casa, la miraba a la luz de un farol que sostenía en alto. Detrás de él, el vestíbulo estaba oscuro, sólo se veía el resplandor de una lámpara que venía de la puerta que conducía a la zona de la cocina.

-El señor... ¿dónde está? -Gabrielle no ofreció explicaciones, se aferraba al umbral pues las piernas amenazaban con flaquear.

-Se ha marchado, señora, hace dos horas. Dijo que no volvería por unos meses.

- ¿A qué hora es la marea alta? -El mar era un factor tan importante en la vida de esas personas de la zona de los pantanos de la costa de Hampshire, que la mayoría sabía los horarios de las mareas tan bien como los días de la semana.

El hombre salió y miró el cielo, donde la luna creciente pendía baja sobre el río.

-Creo que a las diez, señora.

El alivio fue tan grande que Gabrielle casi se sentó en el escalón. Pero sabía que, una vez que dejara de moverse, no podría volver a andar durante horas.

-Lleve este caballo al establo y ensille otro -ordenó-. ¡Rápido!

-Sí, señora -el criado se marchó arrastrando los pies con irritante lentitud, Gabrielle buscó en lo más hondo de sí una fortaleza que no creía poseer, aunque alguna encontró.

-Déjelo, lo haré yo -dijo, y tomó las riendas del caballo-. Usted sígame y cuide de éste.

Quince minutos después salió del establo montando uno de los fogosos caballos de caza de Nathaniel. Encerrada ahora su fatiga en una nube gris que le aturdía la mente, Gabrielle se sentía flaquear y sus muslos apenas sí ejercían alguna presión en la silla. Si el animal decidía que no llevaba una jinete digna sobre el lomo, quizá se entregara a sus propios caprichos y ella no podría impedirlo. Por fortuna, era un caballo de buen carácter y

avanzó con facilidad a medio galope sendero abajo, respondiendo al más leve de los movimientos de los muslos de Gabrielle o al menor tirón de las riendas.

El muelle de Lymington estaba más silencioso que lo que Gabrielle esperaba, pero la sangre le cantó de alivio cuando vio al *Curlew* amarrado en el tugar habitual.

La embarcación estaba oscura, sin señales de movimiento, pero del Black Swan llegaba el mido de voces estridentes, risas y canciones. Tal vez Nathaniel se encontraba en la taberna con la tripulación del *Curlew.* Curiosamente, eso pareció mitigar las náuseas.

¿Debía entrar en la posada y buscar a Nathaniel?

La alarmó el solo pensar en enfrentarlo en su presente estado de debilidad, en medio de una multitud de extraños probablemente borrachos. En cambio, iría a bordo del *Curlew y* lo esperaría allí. Sería un encuentro desagradable en el mejor de los casos, pero al menos, allí sería relativamente privado, y no habría peligro de que Nathaniel se marchara sin que ella lo viera.

Hizo señas a un muchacho soñoliento que estaba cerca de la luz de una de las ventanas de la posada, y le entregó el caballo para que lo llevara al establo hasta que ella pasara a buscarlo más tarde. Después subió a bordo del *Curlew.*

De inmediato la atacaron los olores combinados de alquitrán, pescado y el aceite crudo que utilizaban para las lámparas y vomitó por encima de la borda hasta que pasó el espasmo. De un bolsillo sacó un pan que le había quedado del mediodía. Partió un trozo y lo masticó con lentitud hasta que le produjo el habitual efecto calmante.

Bajó a tropezones por la escalera de la cámara hasta el pequeño camarote que tan bien recordaba, el escenario de la espantosa descompostura de Jake. El catre parecía llamarla, y con un gemido se echó en él, sin prestar atención a la aspereza del colchón de paja bajo su mejilla ni al olor a lana de la fina manta con que se tapó...

Despertó en un mundo apenas iluminado, móvil, ajeno, que no tenía sentido alguno. Su sueño había sido tan pesado que durante varios minutos no pudo mover los miembros aunque el cerebro diera las órdenes correctas. Por fin consiguió volver la cabeza y abrió los ojos.

Nathaniel estaba sentado frente a la pequeña mesa del camarote con una copa de coñac en la mano, observándola con cara de granito, entonces todo acudió de pronto a ella en una marea vertiginosa de recuerdos y pánico. Trató de sentarse y la golpeó la náusea. Con un gemido volvió a acostarse.

Nathaniel habló, y cada una de sus palabras transmitía una amenaza letal.

-Te lo advertí. ¡Y por Dios, Gabby, que las pagarás! ¡Levántate!

Ella no podía levantarse, o al menos no sin vomitar.

-No entiendes...

- ¡Levántate!

¡Oh, Dios! Metió una mano en el bolsillo y sacó el último trozo de pan.

Nathaniel se puso de pie en un solo movimiento airado, arrojando al suelo la copa, que se estrelló contra el tomillo de metal de la mesa y se rompió.

- ¡Si tengo que ponerte de pie yo, Gabrielle, desearás no haber nacido nunca!

Gabrielle se metió el pan en la boca mientras él avanzaba hacia ella y, con una última plegaria ferviente y desesperada para que su estómago se comportara, bajó las piernas por el borde del catre.

-Ponte de pie -Nathaniel se alzaba a su lado, la cara una máscara de furia, los ojos mortales.

Gabrielle tragó el pan casi entero. La cabeza le daba vueltas y de pronto tuvo más miedo que en toda su vida.

Si él se portaba así en ese momento, cuando sólo creía que ella había desafiado su prohibición, ¿qué haría cuando se enterara de la verdad?

-Escucha -dijo con voz débil-. Tienes que escucharme- tienes que saber por qué he venido.

-De pie -repitió él con el mismo tono contenido pero salvaje.

Gabrielle se levantó despacio mientras las palabras salían confusas de su boca en desesperada explicación.

-Fouché... Fouché ha quebrado a uno de tus agentes en Calais. Conoce todos los lugares de desembarco en Normandía... los barcos que usas... Vine a advertirte.

La cara de Nathaniel parecía exangüe a la luz mortecina de la lámpara, ahora sus ojos eran unos agujeros negros en el semblante pálido.

-De modo que es verdad que trabajas para Fouché -dijo con voz carente de emoción.

- ¡No! -Gabrielle negó vigorosamente con la cabeza-. No, Fouché no, nunca he trabajado para Fouché.

-Entonces trabajas para Talleyrand -afirmó él con la misma voz monótona.

-Sí. Pero…

- ¡Zorra! -le pegó con la mano abierta, y ella cayó de espaldas sobre la litera con una mano en la mejilla y los ojos anonadados-. Zorra -repitió-. Confié en ti. Creí en ti. Te amé, que Dios me perdone -se inclinó, le aferró los brazos y la puso en pie de un tirón.

Estaba dominado por una ira tan salvaje que Gabrielle no podía reconocerlo. Aquél no era el Nathaniel Praed que ella conocía -padre, amante, esposo, amigo-, un hombre de humor y grandes pasiones, de lealtades y profundas intimidades. Ese hombre había entrado en un mundo en el que las reglas normales no se aplicaban y las sensibilidades humanas ordinarias habían dejado de existir.

De algún modo tenía que recuperarlo, antes de que ocurriera algo espantoso, irrevocable.

- ¡Por favor, Nathaniel! -Gritó mientras los dedos de él se le hundían en los brazos y los ojos ciegos llameaban de furia implacable-. ¡Por favor! ¡Voy a tener un bebé! -era una súplica desesperada, por un minuto ella reyó que él no la había oído. Y entonces le soltó los brazos y Nathaniel volvió a habitar sus ojos.

- ¿Estás embarazada?

Ella asintió, el alivio que la invadió le hacía temblar las piernas. Se sentó en la cucheta, consciente del ardor en la mejilla y del profundo dolor en los brazos donde él la había magullado.

-Por favor, escúchame. Tengo que contarte todo, quizás entiendas algo.

Nathaniel se apartó. Todavía había una amarga hostilidad en sus ojos, pero se dominaba. No dijo nada. Gabrielle tragó saliva. Estaba por traicionar a su padrino, pero esta vez debía pensar sólo en sí misma -y en Nathaniel y en Jake- y en el niño que llevaba en el vientre.

-Todo comenzó con un hombre al que conociste como *le lievre noir...*

Media hora después había contado la historia y, en el camarote oscuro y maloliente el silencio pesaba por las palabras y las emociones de esos treinta minutos.

-Me usaste -dijo Nathaniel al fin-. Estuviste usándome desde el primer momento en que nos vimos. Hasta tus promesas de amor, la fidelidad que me juraste... todo. Todo formaba parte de tu objetivo.

Gabrielle se quedó mirando el suelo. No tenía palabras para defenderse. Lo que él decía era verdad.

-Sí -admitió en voz baja-. Tienes derecho a verme así. Pero hay otra forma de verlo. Tengo… Tenía... las viejas lealtades para con Talleyrand, para con la memoria de Guillaume, pero también empecé a tener otras nuevas. Traté de encontrar un modo de conciliar ambas.

Alzó la vista para mirarlo a los ojos, en ellos leyó un enorme dolor, también resentimiento.

-Nathaniel, los dos somos espías. Es una actividad vil... pero necesaria. Los dos lo sabíamos. Hice lo que creía mejor.

El abrió la boca para hablar, y de pronto el silencio fue destrozado por el disparo de un mosquete, seguido por otro, y luego muchos más. El barco de pesca se sacudió con violencia y de la cubierta se elevó un grito de dolor.

Nathaniel, pistola en mano, ya estaba en la escalera de la cámara.

- ¡Fouché! -murmuró Gabrielle.

¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Ya habían dejado la protección del Solenc? Le saltó a la mente el horrendo pensamiento de que, pese a todo, había fracasado en su misión. Si no se hubiera quedado dormida no habrían zarpado. Habría dormido horas, tan abrumador era su agotamiento. ¿Por qué Nathaniel no la había despertado? ¿Cuánto tiempo había permanecido sentado allí, arrebatado de ira, observándola, mientras navegaban hacia el peligro?

Gabrielle llevaba su pistola, como de costumbre, en el bolsillo de su traje de montar, así que saltó hacia la escalerilla a los talones de Nathaniel. En la cubierta la escena era de pesadilla. Dan y su tripulación yacían en una pila junto a la borda, que parecía hormiguear de figuras vestidas de negro, y la luz de la luna se reflejaba en sus cuchillos y puñales.

El barco francés se había puesto junto a la proa del *Curlew,* y una red de abordaje cubría la corta distancia entre ambas naves. ¿Cómo había sucedido tan rápido?

Habrían surgido de la oscuridad, y esa descarga de mosquetes habría sido la primera advertencia. La tripulación del *Curlew* había caído casi sin resistencia.

Nathaniel dio un salto adelante. Su pistola habló y uno de los atacantes cayó de rodillas, agarrándose un hombro. Ahora Nathaniel tenía un cuchillo en la mano y estaba en medio del grupo, cortando, apuñalando, pateando con precisión mortal, saltando de un lado a otro con la gracia de un bailarín y el salvajismo de un guerrero.

Gabrielle disparó su pistola en dirección a la refriega y derribó a uno de los rivales de Nathaniel. Tomó un palo roto de la cubierta y lo bajó sobre la cabeza de otro de los hombres que peleaban con Nathaniel. Pero los dos eran demasiado pocos contra todos los demás, y no hacían tiempo a recargar sus pistolas.

Gabrielle se debatía aferrada por dos hombres de ostros oscurecidos con corcho. Lanzaba puntapiés hacia los costados y hundió los codos en el vientre de un hombre que la sostenía por detrás, pero en vano. Tenía los brazos torcidos a la espalda, y gritaba de dolor.

Nathaniel, con un grito de furia, se apartó de su propia lucha al oír el grito, y detrás de él un hombre lo golpeó en la cabeza con el cañón de su mosquete, con fuerza implacable.

Nathaniel cayó en cubierta. El hombre lo pateó en el vientre, pero él yacía inmóvil.

- ¡Nathaniel!

Gabrielle forcejeó con sus captores y volvió a gritar por el dolor intenso que sentía en los brazos. Los insultó, les escupió los insultos más viles que acudieron a su memoria, sin prestar atención más que al terror de que Nathaniel, que continuaba inmóvil con una hinchazón lívida en la frente, estuviera muerto.

Alguien la silenció con un golpe brutal en la boca, y Gabrielle sintió el sabor de la sangre del labio partido.

Luego la arrastraron bajo cubierta. Arrojaron a Nathaniel escotilla abajo tras ella, y Gabrielle soltó otro grito de horror y luchó con renovadas fuerzas. Pero no pudo hacer nada para salvarse de las cuerdas. Le ataron las muñecas a la espalda, luego los tobillos, y la tiraron al suelo.

Allí permaneció mirando cómo amarraban a Nathaniel del mismo modo, y encontró algún consuelo al reflexionar que, si estuviera muerto, no se molestarían haciéndolo.

Oyó hablar a los enemigos mientras completaban su tarea. Iban a dejar a cuatro hombres a bordo del *Curlew* para llevarlos. Junto con los demás prisioneros, al puerto de Cherburgo. La embarcación de ellos, el *Sainte Elise,* continuaría navegando a lo largo de la costa francesa en busca de alguno de los otros barcos que figuraban en su lista.

Gabrielle se quedó muy quieta y callada incluso cuando los hombres patearon el cuerpo inerte de Nathaniel al salir del camarote. Ahora tenía la cabeza bien despejada. Si había nada más que cuatro enemigos, ellos tendrían una probabilidad de vencerlos con la ventaja de la sorpresa. ¿Cuántos hombres de Dan estarían vivos aun? También debían de estar atados, desde luego. Pero si ella conseguía liberarse...

Estaba acostada boca arriba al lado de la mesa. Nathaniel yacía a más o menos un metro de ella, de espaldas. Gabrielle veía las cuerdas alrededor de sus muñecas. Eran gruesas y apretadas, más aun -pensó- que las de ella, que le permitían mover un poco las manos aunque sin esperanza de liberarlas.

Nathaniel gruñó y la cabeza de Gabrielle se alzó de golpe. El continuaba vivo, pero cuando lo llamó en voz baja no obtuvo respuesta.

Con cautela giró la cabeza y sus ojos captaron un brillo bajo la mesa. Demoró un minuto en darse cuenta de qué era. La copa que Nathaniel había hecho caer de la mesa en su arranque de furia. La copa que se había roto contra el tomillo de acero.

El corazón comenzó a latirle veloz, la sangre le resonaba en las sienes al pensar en eso. Cristal roto, un borde afilado... Si conseguía alcanzarlo...

Se quedó mirando el cristal, fijando su situación mentalmente, luego rodó con torpeza hasta ponerse de lado, de modo que la espalda y las manos quedaran en la dirección del cristal. Las patas de la mesa le impedían llegar con todo el cuerpo, pero estiró lo más tejos que pudo las manos atadas, ignorando el renovado dolor de los brazos.

No podía alcanzarlo. Los dedos se esforzaban tanteando en vano en la mugre y el polvo, sin hacer contacto con nada. Levantó las rodillas contra el pecho y empujó el cuerpo doblado hacia atrás hasta meterse entre las patas de la mesa. Los dedos buscaron, encontraron algo filoso, y Gabrielle soltó un ahogado grito de dolor que enseguida se convirtió en una exclamación de triunfo.

Con suma delicadeza cerró los dedos alrededor del pedazo de cristal. No debía permitir que se le cayera, pero no podía aferrarlo con mucha fuerza sin cortarse las manos, e iba a necesitar las dos.

Salió como pudo de abajo de la mesa y estiró el cuerpo con un suspiro de alivio, siempre de costado, extendiendo los brazos lo más lejos posible del cuerpo.

Ahora debía llegar junto a Nathaniel. Pero no podía ponerse de espaldas sin cortarse con el cristal. Volvió a subir las rodillas y se arrastró por el camarote hasta acercarse a él. A continuación tenía que volver a cambiar de posición, de modo que su espalda quedara contra la de su marido.

Cerró los ojos con fuerza y fue dándose vuelta centímetro a centímetro, alzando las caderas lo más posible, arqueando la región lumbar para alejarla de las manos.

Al fin quedó espalda contra espalda con Nathaniel.

Ahora. Pasó un dedo por el borde del vidrio, hasta encontrar el borde más afilado. Luego palpó la cuerda de las muñecas de Nathaniel. El sudor le cubrió la frente a pesar del frío húmedo del camarote, y una oleada de náusea la invadió, pero esta vez se debía más a la angustia que al embarazo.

De la cubierta llegó un grito terrible, luego otro. Gabrielle respiró hondo, tratando de no imaginar lo que sucedía. Debía concentrarse.

Despacio al principio, comenzó a cortar la cuerda de las muñecas de Nathaniel. Pero si continuaba así demoraría demasiado. Mordiéndose con fuerza el labio hinchado, se puso a cortar más rápido. Ahora tenía sangre en las manos, al sentir el líquido pegajoso, la náusea aumentó. ¿Era de Nathaniel o de ella? Imposible saberlo.

Se detuvo, respiraba con bocanadas rápidas y superficiales mientras trataba de dominar el terror.

-Continúa, Gabrielle -la voz de Nathaniel sonó tranquila y pareja, pero la sobresaltó tanto en el intenso silencio de su mundo privado que saltó de miedo...

-No quería que volvieras en ti hasta que hubiera terminado -logró susurrar con los labios secos-. Tengo miedo de cortarte.

-Continúa -repitió él-. Mantendré las muñecas lo más separadas que pueda.

- ¿Y si te corto una vena?

-No lo harás.

Parecía tan confiado que ella pudo continuar pese a la sangre que ahora daba la impresión de cubrirle las dos manos.

-Está bien -dijo Nathaniel en voz baja al cabo de un largo silencio en que el único sonido era el extraño raspar del cristal en la cuerda-. Ya casi lo has logrado. Ya siento que se deshilacha.

-Oh, Dios -susurró Gabrielle.

Sus brazos eran una masa de músculos doloridos, las muñecas se le acalambraban por el esfuerzo, tenía los dedos adormecidos, temía que se le cayera el cristal. Cerró los ojos otra vez, eso la ayudaba a concentrarse, a no ver nada más que la cuerda que se cortaba hebra a hebra con el cristal.

Y entonces terminó. La cuerda estaba cortada.

-Buena chica-dijo Nathaniel en voz baja. Se incorporó. Tenía las manos empapadas de sangre, pero no prestó atención a eso mientras avanzaba poco a poco hacia la maleta apoyada contra el mamparo. Gabrielle se sentía demasiado agotada para darse vuelta y ver qué hacía él. Él retiró un cuchillo con una perversa hoja de doble filo y de una sola estocada cortó la cuerda que tenía en los tobillos. Enseguida se arrodilló junto a Gabrielle.

-No te muevas.

Las muñecas de Gabrielle quedaron desatadas, y ella soltó un sonido de alivio, levantó las manos, flexionó los dedos, se masajeó las muñecas.

-Estás sangrando como un cerdo degollado -observó ella con horror mientras él liberaba sus tobillos.

-Véndame -respondió Nathaniel con tono flemático-. En la maleta hay corbatas.

Gabrielle las encontró y las ató con fuerza alrededor de las muñecas cortadas.

-Sólo hay cuatro hombres. A ver, pon el dedo en el nudo.

- ¿Sólo cuatro? ¿Estás segura?

-Eso les oí decir- Ahora la otra... Bueno, con esto bastará de momento -alzó la vista de su trabajo-. Cuando estabas inconsciente te patearon.

-Ya lo siento -respondió él con voz sombría. Volvió a la maleta y sacó un cuchillo idéntico al primero-. Te han enseñado a usarlo -era más una afirmación que una pregunta.

-Sí. Y también el garrote -agregó Gabrielle. No dijo que nunca había usado arma alguna fuera de las sesiones de entrenamiento.

El le pasó el cuchillo y tomó un trozo de cuerda.

-Quisiera reducir la desventaja en cubierta. Quédate acostada en el suelo como si siguieras atada y ponte a gritar -se ocultó en las sombras atrás de la escalerilla con la cuerda tensa entre las manos.

Gabrielle se acurrucó de frente a la puerta, los pies metidos debajo de la mesa de modo que a primera vista no resultara aparente la ausencia de ataduras en sus tobillos. Entonces empezó a gritar, un grito agudo tras otro, haciendo estremecer los maderos de cubierta.

Arriba resonaron pisadas y la escotilla se abrió de un golpe, llenando la cabina con la luz, gris del amanecer. Estarían terriblemente cerca de la costa francesa, pensó Gabrielle antes de volver a gritar.

Maldiciendo, un hombre bajó ruidosamente.

-Deja ya de gritar, *putain*-y se abalanzó hacia ella, amenazándola con un puño.

Nathaniel maniobró la soga, y el hombre cayó hacia atrás, agarrándose la garganta. Nathaniel lo derribó.

-Jacques... ¿qué pasa ahí? -Gritó una voz desde cubierta.

Nathaniel hizo una señal a Gabrielle y retrocedió.

Los alaridos escalofriantes se reanudaron. Una figura bajó a los saltos. Cuando sus pies tocaron el suelo, pareció darse cuenta de que ocurría algo raro. Dio media vuelta, y con el canto de la mano derecha Nathaniel lo golpeó en un costado del cuello, el hombre cayó sin sentido.

Nathaniel subió por la escalera cuchillo en mano. Gabrielle lo siguió. El aire del amanecer, frío y salobre, le dio en la cara, despejándole la cabeza y haciéndole arder el labio hinchado.

El hombre que iba al timón soltó un grito de advertencia al verlos. Nathaniel había cruzado la cubierta en cuatro zancadas, y hubo un relumbre de acero cuando el francés sacó su cuchillo. Su compañero se abalanzó desde atrás de la vela mayor. No vio a Gabrielle, que le hizo una zancadilla y lo hizo caer en cubierta.

Ahora se suponía que debía usar el cuchillo. Al diablo con eso. Aquélla era una pelea sucia, pero había límites. Tomó un bichero y lo descargó entre los hombros del francés mientras éste intentaba ponerse en pie.

- ¡Mucho mejor! -Gabrielle se permitió una lúgubre sonrisa de satisfacción por la figura derribada, y enseguida corrió hacia los dos que forcejeaban junto al timón, blandiendo el bichero como un garrote vikingo.

El rival de Nathaniel quedó un instante de espaldas a ella, que le clavó el arma entre los hombros. El hombre soltó un grito al sentir los huesos rotos, y cayó al suelo de rodillas.

Nathaniel lo miró de reojo, y luego a Gabrielle.

-También tienes al otro, por lo que veo.

-Sí, pero no está muerto. Al menos, creo que no -se apartó el pelo de la cara y se preparó para no perder el equilibrio en la cubierta resbaladiza mientras el barco subía y bajaba sobre las olas sin gobierno. Estaba lastimada y ensangrentada, tenía los ojos rodeados de sombras negras, sumidos en la cara blanca. Sin embargo, Nathaniel pensó que nunca la había amado más que en aquel momento. Sabía que jamás la había comprendido como lo hacía ahora.

Sonrió cansado.

-Eres toda una luchadora, ¿verdad, Gabrielle?

-Peleo por aquello en lo que creo -respondió ella-.Peleo por lo que amo... de la forma que sea necesario.

Sus ojos le sostuvieron la mirada en una súplica apasionada de comprensión, y en la quietud del alba Nathaniel asintió en señal de sencillo pero completo reconocimiento. Luego dijo:

-Mira qué puedes hacer por Dan y los demás. Yo intentaré que el barco navegue, necesitaré una mano con las velas.

Gabrielle lo dejó al timón y se acercó a Dan y los marineros atados junto a la borda. Dan sangraba por una herida en la frente, otro, un joven de unos diecisiete años, estaba inconsciente, el otro tenía un brazo roto y el hueso astillado le sobresalía de la carne. Eran

heridas innecesarias, obra de los hombres de Fouché, y una oleada roja de odio embargó a Gabrielle mientras los desataba.

- ¡Cabrones! -estalló Dan en ahogada ferocidad-. Estuvieron jugando durante horas con el pobre Jaime -con suavidad puso sobre cubierta al joven inconsciente. Gabrielle recordó los aullidos de dolor y apartó los ojos de las marcas de cuchillo que el muchacho tenía en el pecho.

-Nathaniel necesita ayuda con las velas -dijo con la mayor calma que pudo-. ¿Puedes hacerlo?

-Sí -Dan caminó tieso y dolorido hacia Nathaniel, mientras Gabrielle bajaba para encontrar algo con qué vendar el brazo roto.

Miró de reojo a los hombres que yacían en el suelo del camarote y le sorprendió ver que ambos respiraban. Le había parecido que Nathaniel había matado al que llevaba un garrote. Aunque tenía la garganta herida, aún respiraba con estertores.

Volvió a cubierta e hizo lo que pudo con el brazo herido, vendándolo e improvisando un entablillado de modo de inmovilizar el brazo.

El hombre sonrió débilmente, pero era evidente que no podía hacer nada.

- ¡Gabrielle!

- ¿Sí? -fue hacia el timón.

-Ven aquí -Nathaniel la tomó de los hombros y la puso delante de él-. Agarra el timón. ¿Recuerdas algo de lo que te enseñé en el río aquel día? Mantén el rumbo y trata de que no flamee la vela.

-Haré lo que pueda, pero esto es mucho más grande que el esquife.

-El principio es el mismo. Mira la vela, debe estar llena. Trata de mantener el viento en el costado de tu cara... aquí -con suavidad le tocó la mejilla. Luego se inclinó y se la rozó con los labios, ella supo que él estaba recordando cómo la había golpeado un rato antes.

Gabrielle alzó una mano y le tomó la muñeca vendada.

-Me las arreglaré -dijo ella.

-Sí, ya lo sé. Vamos, Dan, saquemos a estos cerdos del barco.

Ataron a los cuatro hombres inconscientes, bajaron el bote por el costado y pusieron los cuerpos dentro.

-Probablemente los recojan, por desgracia -comentó Nathaniel, mirando con ojos entornados a través de la bruma matinal hacia los peñascos de la costa francesa-. Ojalá podamos salir de aquí antes de que aparezca alguien.

-Izaremos la bandera francesa -dijo Dan-. Eso nos dará cierta ventaja.

Nathaniel miró a Gabrielle. Mantenía las manos firmes sobre el timón, los pies separados, los ojos en la vela mayor. Era diferente de cualquier otra mujer. Y había más valentía en un meñique suyo que en todo un regimiento de infantes de marina.

Y también estaba la fuerza de sus convicciones.

A Nathaniel todavía le dolía pensar que ella lo hubiera engañado, que él hubiera caído en la trampa de Talleyrand. Pero pensó cómo había comenzado todo. Conocía la pasión de Gabrielle. Comprendía su necesidad de vengarse por el asesinato del amante. El habría sentido lo mismo. Y ahora comprendía la curiosa lógica que los había llevado hasta

ese punto. Gabrielle era leal, no había duda. De hecho, su culpa, si es que tenía alguna, radicaba en su exceso de lealtad. Por un accidente de nacimiento había nacido con un pie en cada lado. Su naturaleza tempestuosa y apasionada no le permitiría abandonar ninguno.

Y él la amaba. La amaba por ese valor y esa lealtad tanto como por su pasión, su calidez y su generosidad. Y además llevaba un hijo suyo en el vientre. Se acercó a ella.

-Ahora deja que Dan tome el timón.

Ella cedió con un movimiento cansado de los hombros, tratando de aliviar la dolorosa rigidez, los restos de la dura prueba pasada durante la noche.

-Algún día seré marinera -dijo, sonriente.

La sonrisa era un esfuerzo tan valiente que a Nathaniel volvió a darle un vuelco el corazón. Fue a acariciarla, pero de pronto ella se llevó una mano a la garganta y murmuró:

-Oh, no, ¿por qué ahora? -y corrió a la borda vomitando miserablemente. Pero como no había comido casi nada en las ultimas veinticuatro horas, el espasmo pasó, aunque el malestar no.

- ¿Qué ocurre, amor? -Nathaniel la atrajo hacia él- El mar está tranquilo.

-Creo que voy a volver a descomponerme -dijo Gabrielle-. ¿Por casualidad no tendrás un trozo de pan?

- ¿Pan? No. ¿Por qué?

-Es lo único que me ayuda. Es un espantoso inconveniente, Nathaniel. ¿Helen se mareaba así?

-No creo -se apoyó en la borda, y su expresión era a la vez sombría y confundida-. ¿Cómo sucedió?

Ella le dirigió otra sonrisa apagada.

- ¿Quieres decir que hay muchas maneras?

-Ya sabes a qué me refiero -se frotó la nuca con aire compungido-. ¿Cómo pudiste...?

-Eh -interrumpió ella-. Te aclaro que hacen falta dos.

-Sí, lo sé -la abrazó de nuevo y le apartó el pelo de la frente-. Pero estoy asustado.

- ¿De qué? -Sonrió y le acarició la boca-. Cabalgué sin parar durante diez horas. He pasado una noche que fue toda una prueba. Y todavía estoy aquí, ¿verdad? Todavía embarazada. Soy resistente, Nathaniel. Quizá no sea un rasgo particularmente femenino, pero me entrené en una escuela dura.

-Lo sé -le tomó el mentón-. Tu pobre boca -le besó los labios hinchados con ternura.

- ¿Y entiendes que... por qué...? -ella necesitaba que él se lo dijera, pese a que sabía que ahora la entendía.

El le apoyó un dedo en la boca.

-Ya pasó, Gabrielle. Los dos cometimos errores. No confiamos uno en el otro lo suficiente, quizá con razón -añadió con voz grave-. La confianza llega con el conocimiento. Hemos demorado un largo tiempo en conocemos.

- ¿Pero ahora me conoces? -se apretó contra él.

-Tanto cómo a mí mismo.

-Eso es lo que a mí me asusta-dijo Gabrielle-. Somos tan parecidos... ¿Se puede luchar contra uno mismo?

-Continuamente -respondió él con una sonrisa burlona-. Y sospecho que nosotros seremos la prueba viviente de ello.

29

Ante la puerta cerrada del cuarto de Gabrielle, Jake escuchaba. Alcanzaba a oír voces, gente que se movía de un lado a otro, pero nada que le diera una idea de lo que estaba ocurriendo allí dentro. No podía imaginar qué sucedía- Había preguntado a Primmy y ella le había dicho que él no tenía edad suficiente para comprender. Había preguntado a la señora Bailey y ella le había dado su bendición y le había regalado un trozo de tarta de mermelada para que se marchara. No creía que tuviera algún sentido preguntar a la niñera. Ella no sabía mucho de nada, salvo de mantener las cosas limpias y ordenadas.

Resbaló contra la pared que tenía a la espalda hasta quedar sentado en el suelo, frente a la puerta, abrazándose las rodillas encogidas. Estaba asustado, sin embargo los demás habitantes de la casa parecían entusiasmados. Iban por ahí muy sonrientes y susurraban en los rincones, y él había oído a Ellie reírse con un libro que Milner guardaba en el establo y que hablaba de si sería varón o niña. ¿Por qué habrían de guardar un libro así en el establo?

Fijó los ojos en la puerta pintada de color crema, deseando que se abriera. Papá estaba allí. Ojalá saliera y le dijera qué pasaba.

Detrás de la puerta cerrada, Nathaniel permanecía de pie en las sombras del dosel del lecho, fuera de la línea visual directa de Gabrielle pero lo bastante cerca para responder si ella lo necesitaba. El no sabía qué otra cosa podía hacer. Si la tocaba o le hablaba cuando estaba distraída, ella lo insultaba como un carrero, pero cuando intentaba marcharse de la habitación de puntillas, ella volvía a reclamarlo con urgencia y le decía que necesitaba saber que estaba allí.

No había nada concreto que él pudiera hacer. El médico, la partera y Ellie actuaban con tranquila eficiencia, hablando en voz baja a Gabrielle e ignorando sus maldiciones ocasionales.

El no estaba asustado, pensó Nathaniel. Aquello no se parecía en nada al parto de Helen. La mujer que estaba en la cama era una tigresa, que gruñía y escupía contra el dolor de su desagradable situación, cediendo a su cuerpo pero sin perderse nunca en violentos paroxismos. Su espíritu seguía revoloteando por encima del cuerpo que sufría en el lecho, y pese a que ya había transcurrido seis horas en esa situación, no parecía aflojar. En todo caso, se volvía aún más rebelde a medida que las contracciones se intensificaban.

-Maldita sea, Nathaniel -dijo con súbita claridad-. Si alguna vez vuelves a hacerme esto, te mataré... -jadeó, la frente se le cubrió de sudor y luego se relajó y volvió la cara hacia él. Para asombro de Nathaniel, la sonrisa torcida curvó sus labios-. Qué terrible injusticia, ¿verdad?

-Incluso para ti -respondió con otra sonrisa. Le enjugó la frente con un paño embebido en loción de lavanda.

-Quisiera saber quién inventó eso de «Madre Naturaleza» -dijo Gabrielle en otro momento de respiro-. Ninguna mujer habría impuesto esto a las mujeres.

De repente le agarró la mano mientras el dolor la atacaba sin piedad, durante una eternidad, luego cedía poco a poco.

-Del otro lado de la puerta está Jake -dijo con voz más débil que antes-. Necesita que lo tranquilicen.

- ¿Cómo sabes que está ahí? -preguntó él.

-Porque así debe ser.

Ella volvió a perderse en el dolor, y Nathaniel permaneció a su lado, impotente, durante un minuto, luego fue a la puerta.

¿De dónde sacaba ella tanta fuerza? Excedía en mucho a la del propio Nathaniel en aquel momento. Gabrielle continuaba con sus improperios para que él se sintiera mejor. Y también se preocupaba por Jake, cuando el propio padre ni siquiera había pensado en él.

Abrió la puerta y se le derritió el corazón al ver a su hijo sentado en el suelo, con los ojos muy abiertos, asustado e incapaz de comprender.

- ¿Qué haces aquí Jake? -preguntó con suavidad, al tiempo que cerraba la puerta tras de sí.

-No sé qué pasa -Jake se puso de pie-. ¿Gabby va a morir?

-No, por supuesto que no -Nathaniel se acuclilló para quedar al mismo nivel que su hijo-. Todo marcha como se supone debe marchar. Gabrielle está bien, aunque un poco enfadada porque tener un niño no es una experiencia muy cómoda.

-Mi primera mamá se murió -los ojos de Jake eran grandes estanques castaños de angustia y confusión-. Murió por mi culpa.

Nathaniel negó con la cabeza.

-No, por tu culpa no, Jake. Jamás debes pensar eso -lo estrechó en un intenso abrazo-. Te prometo que Gabrielle no va a morir. Está demasiado ocupada maltratándome -se separó con una sonrisa chistosa y apartó un mechón de pelo de la frente de su hijo.

-Quiero verla.

-Ahora no.

- ¿Por qué?

-Porque no se siente tan bien como para recibir visitas. Pero en cuanto se ponga mejor, tú serás el primero a quien ella querrá ver. Eso ya lo sabes.

Y en verdad Jake lo sabía. Se mordió el labio unos instantes.

- ¿De veras que no va a morir?

-Es verdad. Te lo prometo -Nathaniel se puso de pie-. Ahora quiero que vuelvas con Primmy y te quedes en el aula hasta que yo envíe a buscarte.

- ¿Puedo quedarme aquí?

-No -respondió su padre con firmeza. Si Gabrielle perdiera el control, el niño se aterraría. Y sabía Dios que ella tenía derecho a gritar hasta cansarse si eso la ayudara en algo-. Vete -le dio una palmada en el trasero y lo contempló marcharse arrastrando los pies por el corredor.

Regresó al cuarto y percibió en el aire una tensión que reemplazaba a la calma eficiencia de un rato antes.

Se le subió el corazón a la garganta, se le heló la sangre.

- ¿Pasa algo malo?

-No, señor -respondió el médico, al tiempo que se arremangaba la camisa-. Todo va bien.

- ¡Nathaniel! -la voz de Gabrielle era apremiante.

-Estoy aquí, amor -la tomó de la mano.

Ella la aferró con ferocidad y luego se le convulsionó el cuerpo y un grito tanto de triunfo como de esfuerzo estalló en sus labios.

Nathaniel se quedó mirando mientras su hija llegaba al mundo, una carne cerúlea, azul, manchada de sangre.

-Una hija, señora -anunció la panera-. Una hermosa niña.

-Creo que esto no ha terminado aún -dijo Gabrielle con un jadeo y los ojos muy abiertos.

-Bueno, bueno -murmuró el médico, volviéndose hacia su paciente-. Parece que la niña tiene un hermano.

-No puedo creerlo -murmuró Nathaniel mientras el niño se anunciaba en el mundo con un bramido.

Gabrielle cayó sobre las almohadas, con los ojos cerrados.

-Los quiero, dádmelos -dijo.

-Primero los lavaré, señora -respondió la partera, chocada por el pedido tan poco convencional.

-No -replicó Gabrielle-. Ahora mismo.

La partera dio la impresión de querer protestar, pero lord Praed se adelantó a recoger a los niños, una atrocidad más, según los procedimientos debidos, como si ya no fuera suficientemente escandalosa su mera presencia en la habitación. Con un bufido, la mujer se apresuró a poner los niños desnudos sobre el pecho de su madre.

-No haces nada a medias, ¿verdad, mi amor? -dijo Nathaniel, con los ojos húmedos y una sonrisa maravillada, y acariciaba con delicadeza las dos pequeñas cabezas.

Gabrielle rió débilmente.

- ¿No son hermosos?

-Lo serán aún más, señora, cuando estén bañados y vestidos -declaró la partera, reafirmando su autoridad-. Ahora démelos. No queremos que sientan frío, ¿verdad?

Con una mueca, Gabrielle entregó sus hijos a Nathaniel, que se indinó para besarla.

-Eres milagrosa -susurró en su boca.

-Ahora, señor, debemos asear un poco a la señora -anunció la partera, indicando la puerta-. Sin duda todos estarán ansiosos por saber que la señora ha dado a luz a estos dos niños tan sanos.

-No -Gabrielle levantó una mano imperativa- Jake debe ser el primero en saberlo.

-Por supuesto -repuso Nathaniel-. Me quedaré aquí hasta que estés lista para recibirlo.

Ignorando los resoplidos de la partera, se sentó en el alféizar de la ventana, con las piernas estiradas, las manos detrás de la cabeza y una sonrisa soñadora en los labios, pensando en su familia. ¿Cómo había pensado alguna vez que no quería tener más hijos?

El ajetreo continuó durante media hora más, luego Ellie corrió las cortinas del lecho y anunció:

-La señora está lista para recibir visitas, señor.

Nathaniel se acercó a la cama. Gabrielle estaba sentada, apoyada en una pila de almohadas, su palidez se fundía con el lino blanco bordado. Le habían cepillado el pelo hasta darle cierta semejanza con su habitual intensidad. Unas sombras negras manchaban la piel debajo de los ojos color carbón, pero en ellos había vida y risa.

-Ve a buscar a Jake -pidió Gabrielle-. Y estoy segura de que el doctor apreciará una copa de algo para humedecer la cabeza de los bebés -alzó irónicamente una ceja al recordarle su papel.

Nathaniel sacudió la cabeza apesadumbrado. Junto al lecho de muerte de Helen no había habido festejos, no era de sorprender, entonces, que hubiera olvidado ese ritual.

Sin embargo, lo rectificó con facilidad, y pronto el médico pudo degustar una copa del mejor coñac de la botella que Nathaniel había traído de su habitación.

Jake se levantó cuando su padre entró en el aula.

- ¡Señor! -Primmy dejó de lado el bastidor y lo miró con ojos a la vez aprensivos y entusiasmados.

-Está todo bien -dijo lord Praed-. Ven, Jake. Gabrielle te espera -tendió la mano y el niño corrió hacia él.

-Pero, lord Praed... ¿Qué... qué...? -la pregunta quedó sin responder, pues Nathaniel se marchó del aula llevando de la mano a su alborotado hijo.

Cuando se acercaron a la Suite de la Reina, Jake soltó la mano de su padre para salir corriendo y entrar como un rayo a la habitación.

-Gabby…

Se detuvo en la puerta, con la vista fija en la cama.

-Hay dos -dijo con más indignación que placer.

-Sí, ha sido una gran sorpresa -respondió Gabrielle con voz alegre-. Ven a conocerlos.

Jake se acercó a la cama con cierta cautela. Espió entre los chales que sostenía Gabby, uno en cada brazo.

- ¿Cuál es cuál?

-Bueno, ésta es tu hermana -Gabrielle indicó el chal de la izquierda-. Y éste es tu hermano.

Jake se quedó mirando los dos seres y comentó:

-Uno de cada uno.

-Así es -su padre se inclinó-. Pero no me preguntes cómo hace para distinguirlos, envueltos así.

-Es fácil -dijo Gabrielle-. La hermana de Jake tiene un rizo en la frente.

-Y el otro no tiene nada de pelo -pronunció Jake, al tiempo que trepaba a la cama-. ¿Puedo tenerlo?

Gabrielle le pasó el envoltorio derecho y sonrió mientras Jake trataba de acomodar el pequeño bulto vivo en sus brazos.

- ¿Quién viene? -Nathaniel fue hasta la ventana y la abrió para dejar entrar el suave calor de la noche de julio. Abajo crujía la grava bajo las ruedas de un coche.

-Georgie, supongo -dijo Gabrielle con calma, mientras jugaba con los deditos de su hija.

- ¿Pero cómo pudo saberlo?

Gabrielle sonrió, acariciando el mentón de la beba.

-Cuando nos suceden cosas importantes, siempre lo sabemos. Es algo muy misterioso.

-Viene con lady DeVane -observó Nathaniel con leve resignación, asomado a la ventana- Imagino que Simón y Miles y lord DeVane no vendrán muy atrás.

Gabrielle rió entre dientes.

-Creo que lord DeVane no. No le gustan mucho los niños. Pero seguro que Miles y Simón vendrán.

Nathaniel retiró a su hijo menor de los brazos del mayor y dijo:

-Corre abajo, Jake, y da la bienvenida a lady Vanbrugh y lady DeVane, acompáñalas aquí arriba.

Jake parpadeó. Aquélla era una responsabilidad nueva. Miró el paquete que era su hermano. Tan pequeño...

-Sí, papá. ¿Puedo decirles que son dos? -bajó de la cama y salió corriendo de la habitación antes de que Nathaniel pudiera responder.

-Déjame alzar también a la niña -pidió Nathaniel, con ojos resplandecientes de puro orgullo.

Gabrielle le pasó el otro paquete y se recostó sonriente. El orgullo y la dicha de Nathaniel por sus hijos la tomó por sorpresa, se preguntó el porqué, mientras lo observaba sostener a los hijos, esperando presentarlos a sus primeros admiradores externos.

-Gabby... -Georgie fue la primera en pasar por la puerta, como un rayo-. ¿Salió todo bien? Estaba tan preocupada por o... -ignorando a Nathaniel y sus envoltorios, voló a la cama y echó los brazos al cuello de su prima-. Mírala -dijo entre lágrimas y risas-. ¡No pareces más cansada que después de un día de cacería!

Gabrielle la abrazó con fuerza.

-En realidad, querida, prefiero cazar.

-Sí, es espantoso, ¿verdad? -Georgie se enderezó y buscó el pañuelo. Con los ojos nublados, se volvió hacia Nathaniel, que ponía de mala gana los niños en los brazos de lady DeVane-. Felicitaciones -dijo, y se puso de puntillas para besarlo en la mejilla con un afecto que lo sorprendió.

Por su parte, Nathaniel la abrazó con una intensidad que sorprendió a ambos.

-Bueno, esto es muy digno de ti, querida Gabby -observó lady DeVane con placidez, hamacando a los niños en sus brazos-. Siempre dando sorpresas.

-En verdad así es, señora -convino Nathaniel, sentado en la cama junto a Gabrielle. Atrajo a Jake entre sus rodillas y le acarició el mentón.

- ¿Ya les han puesto nombre? -preguntó lady DeVane, al tiempo que entregaba un bebé a su ansiosa hija.

Gabrielle abrió la boca, pero Nathaniel habló primero.

-Imogen.

-Ah, sí, por la madre de Gabby. Muy apropiado... ¿Quieres sostener a tu hermana, querido? -lady DeVane posó su vaga sonrisa en Jake.

Jake quería preguntar cómo hacía esa dama para saber qué bebé estaba dándole, si ignoraba lo del rizo. Pero no sería cortés preguntar. Tendió los brazos.

- ¿Y el varón?

-William-respondió Nathaniel.

De pronto Gabrielle se puso tiesa. No era uno de los nombres que habían considerado.

- ¿Es un nombre de la familia, lord Praed? -preguntó lady DeVane con curiosidad.

-No -contestó Nathaniel-. Es en honor a una vida pasada.

Miró a Gabrielle, y ella esbozó su sonrisa torcida, con los ojos llenos de amor.

La muerte de Guillaume había dado comienzo a aquella historia. El hijo de Gabrielle celebraría su vida.

FIN